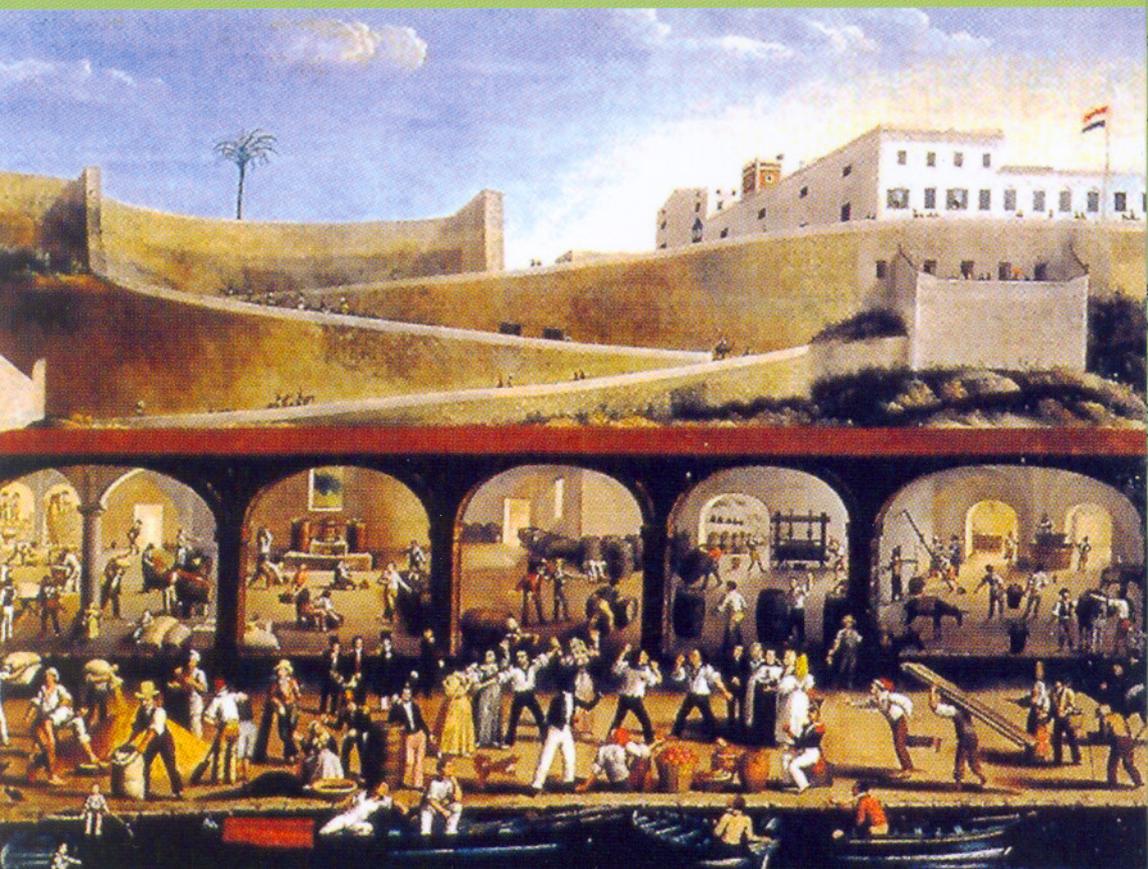


ENRIQUE ALCALÁ ORTIZ

MENORCA

Y PEDRO ALCALÁ-ZAMORA ESTREMEIRA



Enrique Alcalá Ortiz

**MENORCA
Y PEDRO ALCALÁ-ZAMORA
ESTREMERIA**



Alcalá Ortiz, Enrique

Menorca y Pedro Alcalá-Zamora Estremera / Enrique Alcalá Ortiz. -- Menorca : Institut Menorquí d'Estudis, DL 2009. -- 272 p. ; 21 cm. -- (cova de Pala ; 25)
ISBN 978-84-95718-58-7

I. Institut Menorquí d'Estudis

1. Alcalá-Zamora Estremera, Pedro 2. Menorca -- Vida social i costums -- 1906/1910

929 Alcalá-Zamora Estremera, Pedro

821.134.2-92(460.32Menorca)

© Enrique Alcalá Ortiz

Imprès a Espanya. *Printed in Spain*

Edita: Institut Menorquí d'Estudis

Patrocina: Consell Insular de Menorca

Imprimeix: Editorial Menorca, SA - Tel. 971 35 16 00

Dipòsit legal: ME-23/2009

ISBN: 978-84-95718-58-7

Col·lecció: Cova de Pala, 25

Índice

Introducción.....	7
-------------------	---

PRIMERA PARTE

PEDRO ALCALÁ-ZAMORA ESTREmera:

APUNTES BIOGRÁFICOS.....	11
---------------------------------	-----------

Capítulo I. Hijo de la burguesía prieguense.....	13
---	-----------

De una ilustre familia.....	16
-----------------------------	----

Pedro, Francisco de Paula, Lino, José Luis María de la Encarnación.....	22
--	----

Hermano de la Cofradía de la Soledad.....	30
---	----

La sede del Casino de Priego, antigua propiedad de Pedro Alcalá-Zamora Estremera.....	32
--	----

Sus visitas a Priego.....	36
---------------------------	----

Con el opositor don Niceto Alcalá-Zamora.....	39
---	----

Capítulo II. Huérfano a los diecisiete años.....	41
---	-----------

De bohemio romántico y calavera a soldado, traductor, literato y periodista.....	43
---	----

Director en Córdoba del periódico conservador	
---	--

<i>La Monarquía</i>	47
---------------------------	----

Un cordobés de Priego.....	53
----------------------------	----

Nochebuena triste.....	64
------------------------	----

Capítulo III. Corresponsal en la Península y Baleares.....	69
---	-----------

De nuevo en Madrid.....	74
-------------------------	----

De intérprete en Mahón y otros puertos.....	80
---	----

Amigos de Priego y de fuera.....	89
----------------------------------	----

Capítulo IV. Aspectos de su personalidad y su obra.....	101
--	------------

Antología crítica social y opiniones varias.....	116
--	-----

Efemérides biográficas.....	131
-----------------------------	-----

SEGUNDA PARTE.

DESDE MAHÓN. Por Pedro Alcalá-Zamora Estremera	137
<i>Capítulo V. Crónicas mahonesas</i>	139
1. Notas de un viaje.....	139
2. Una visita a Pompeya.....	143
3. Vida tranquila (Cartas menorquinas).....	147
4. Después de las fiestas.....	149
5. Desde Barcelona.....	154
6. San Juan (Cartas mahonesas).....	158
7. Huevos y letras.....	160
8. Paliqne veraniego (Cartas mahonesas).....	163
9. Pasividad oriental (Crónicas mahonesas).....	167
10. Fiesta en Villa Carlos (Cartas mahonesas).....	170
11. Recordando a Córdoba.....	175
12. La fiesta de la Patrona (Cartas mahonesas).....	180
13. Racha de duelos.....	184
14. Lío monetario. O monedas al índice.....	188
15. Al Polo en globo.....	189
16. Un desengaño.....	194
17. Después del naufragio (Cartas mahonesas).....	197
18. Dos noticias.....	203
19. Los festejos de Santa Bárbara (Cartas mahonesas).....	207
20. Sea para bien.....	214
21. Almas nobles.....	218
22. Poesía de Redel. Impresiones de un lector.....	223
23. Playas y baños (Desde Mahón).....	230
24. ¡Si me cayeran...!.....	237
25. Amar a los niños y a la naturaleza (Desde Mahón).....	240
26. Leyendo a Pedro de Lara.....	244
27. Blasfemos y verdugos.....	249
28. Desde Mahón.....	254
29. Elecciones (Desde Mahón).....	259
30. Nochebuena (Desde Mahón).....	263

Introducción

Este libro es una recopilación incompleta de artículos publicados en el *Diario de Córdoba* por **Pedro Alcalá-Zamora Estremera** en el espacio de tiempo que va desde abril de 1906 a 1910, escritos en Mahón (Menorca). Decimos incompleta porque en las hemerotecas de Córdoba el catálogo de la prensa cordobesa está lleno de lagunas. Faltan colecciones de periódicos enteros y otras están muy incompletas, por lo tanto es casi probable que existan más artículos de los aquí presentados.

La idea primaria de nuestro trabajo de investigación realizado en el curso 2002-2003 en Córdoba era la recopilación de noticias sobre Priego. Al ir pasando páginas y más páginas nos encontramos con autores prieguenses como Carlos Valverde López, José Serrano Aguilera, Manuel Sidro de la Torres, entre otros, y por supuesto, Pedro Alcalá-Zamora. Estos trabajos de autores prieguenses los fuimos recopilando, algunos tan numerosos hasta formar un volumen, como es el caso presente. Más tarde cuando empezamos a profundizar en la figura de nuestro protagonista nos enteramos que también firmaba con el seudónimo de *Luis de Estremera* para sus crónicas y artículos de opinión y con el *Lamparilla* para sus artículos de contenido taurino. Con esta firma existen artículos que no se presentan en este trabajo por la causa indicada. Al menos nos queda el consuelo de que no están perdidos, porque en cualquier momento y con ganas de trabajar se puede iniciar una nueva búsqueda sabiendo que la cosecha será fructífera.

El trabajo de campo lo hemos efectuado fundamentalmente en la Biblioteca Municipal de Córdoba, donde existe una buena hemeroteca de contenido cordobés y provincial y en menos cuantía en la Biblioteca

Provincial de Córdoba. Para el estudio de su vida y obras nos han ayudado el Archivo de la Universidad de Granada, Biblioteca Nacional, Real Academia de Córdoba, Archivo Parroquial de la iglesia de la Asunción de Priego, Archivo Municipal de Priego, y los libros *Memorias íntimas y populares* de Carlos Valverde López, *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*, de Ricardo de Montis, *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras* de Rafael Ramírez Arellano, amén de sus propios artículos de los que hemos sacado perfiles de su obra y su vida.

Estimo, con razón, que estamos ante un libro apreciable, un libro del que podemos sentirnos orgullosos tanto los prieguenses, como los mahonenses y los menorquinos en general y esto a la vista de la importancia literaria, histórica, antropológica y artística de los trabajos que se presentan, como demostramos ampliamente en este libro.

La vida de Pedro Alcalá-Zamora Estremera es una verdadera novela romántica, digna de la pluma de un Pérez Galdós, de un Zola o Dumas. Las excentricidades de su juventud hicieron que malgastara una inmensa fortuna, y ya pobre y con una gran cultura, hablaba perfectamente francés e italiano, se dedicó a la traducción de artículos y novelas, para redacciones de periódicos y editoriales, y a la creación de sus propias obras, como poesías, artículos variados, novelas, cuentos, monólogos dramáticos, diccionarios y obras bilingües de pedagogía.

La mayor parte de su producción está perdida, si bien abrigamos esperanza de que en alguna biblioteca, sin base de datos en Internet o en los tomos callados de ciertas hemerotecas, se encuentre más obra de este articulista al que podemos comparar con el cordobés Ricardo de Montis,

o con los artículos de Larra, Ramón de la Cruz y Mesonero Romanos. En sus artículos, crónicas o cartas retrata con maestría de estilo y agudeza de ingenio las sociedades andaluzas de Córdoba y Jaén, la de Madrid, y la isleña de Mahón. Su pluma sagaz, aguda y crítica pone de manifiesto cuestiones candentes de la época que vive. Cuando le leemos nos retrotrae a finales del XIX y principios del XX, poniendo ante nuestros ojos una visión exacta del ayer, tan necesario para comprender el hoy histórico. Y todo con una prosa moderna, con frases cinceladas, justas, sin barroquismos, pero llenas de imágenes que realzan el comentario y lo elevan hasta metas de gran maestría estilística. Lenguaje rico, léxico variado, demostrativo de un dominio absoluto del castellano, que adereza frecuentemente con frases latinas, francesas, italianas o inglesas. Prosa fresca, atractiva, de lectura agradable para gozar leyendo y viajar al ayer de nuestros abuelos.

En la primera parte, titulada *Apuntes biográficos*, exponemos, como su nombre indica, los pormenores de su vida obtenidos en los archivos prieguenses, en escritores prieguenses y cordobeses y los detalles que él mismo da en sus artículos. Vemos las circunstancias de su nacimiento dentro del seno de una familia acomodada, anécdotas de su infancia y juventud, así como su relación con cofradías y otras instituciones prieguenses, y sus venidas a su pueblo natal. Le sigue otro bloque donde narramos su vida de bohemio en el extranjero, y su vuelta a España ya arruinado. Continuamos con su estancia en Córdoba donde ejerce como director del periódico conservador *La Monarquía* y las variadas publicaciones de cuentos, novelas y artículos que lleva a cabo. Proseguimos el estudio con los apartados “*Corresponsal en Jaén*”, “*De nuevo en Madrid*” y “*De intérprete en Mahón y otros puertos de la península*” en los que tenemos ocasión de enterarnos de los pormenores de sus sucesi-

vas estancias en las ciudades citadas. Dedicamos otro apartado a comentar las relaciones de amistad mantenidas, tanto de amigos de Priego como los que fue haciendo a lo largo de su vida, así como los comentarios de libros que hace a algunos de sus amigos literatos. Continuamos con un pequeño comentario sobre aspectos de su personalidad y obra. Dividimos su vida en dos etapas, una de bohemio y despilfarrador y otra de hombre sensato y trabajador incansable. Analizamos el hecho de permanecer soltero y algunas de las enfermedades que padeció, así como las características y detalles de todas sus obras impresas. Completamos con una pequeña antología de textos, sacada de los artículos recopilados, en la que podemos evaluar el estilo, léxico y temática empleada, poniendo punto y final con *Efemérides biográficas*, pequeño resumen biográfico de todo lo expuesto en los apartados anteriores, con el objetivo de presentar un compendio sintético y echar una mirada de conjunto a su vida y obra.

La segunda parte la titulamos *Desde Mahón, por Pedro Alcalá-Zamora Estremera*. Presentamos en ella treinta artículos escritos en Mahón desde abril de 1906 hasta el año 1910. La temática es variada, si bien muchos de ellos describen importantes costumbres y aspectos de los mahonenses.

Agradecemos ampliamente al *Institut Menorquí d'Estudis* y a su coordinador científico, don Josep M. Vidal Hernández el haber hecho posible la edición de este trabajo.

Priego de Córdoba, agosto de 2004

Primera parte

Pedro Alcalá-Zamora Estremera

Apuntes biográficos

Capítulo I

HIJO DE LA BURGUESÍA PRIEGUENSE

Cuando allá por los primeros años de la segunda mitad del siglo XX estudiaba el bachiller en el Instituto Laboral de Priego de Córdoba, para mis clases de francés (por entonces era el idioma más estudiado en los planes de estudio), me compraron un diccionario de Francés-Español Español-Francés, editado por la Editorial Sopena de Barcelona, de pastas duras, color celeste oscuro por el precio de 60 pesetas. De aquellas pesetas de entonces, escasas y difíciles de conseguir. Hoy esas pesetas representan 36 céntimos de euro, es decir una cifra ridícula, pero entonces equivalían a más del cinco por ciento del sueldo mensual de un maestro de escuela. Es decir, que el diccionario costaba caro, muy caro, en términos comparativos. Pero la cuestión del precio y su dificultad para adquirirlo no es el caso. En la portada y grabado en oro se leía el nombre del autor: **P. DE ALCALÁ-ZAMORA**. Y en la primera página, tanto en francés como español se expresaba: "*Diccionario Francés-Español y Español-Francés por Pedro de Alcalá-Zamora y Théophile Antignac, revisado, ampliado y puesto al día por Gonzalo Suárez Gómez, catedrático de Francés. Basado en los mejores diccionarios conocidos, con la pronunciación figurada, gran número de locuciones proverbiales y las frases familiares más corrientes en el lenguaje ordinario. Enriquecido, además, con una extensa tabla de nombres propios, personales y geográficos.*" Recuerdo lejanamente que alguien me dijo que el autor era de Priego. El hecho de utilizar un libro tan grueso, (cerca de 1.200 páginas), escrito por un prieguense, aunque para mí des-

conocido, me llenó de satisfacción. Con el tiempo seguí usándolo hasta que perdió parte del lomo, sin embargo, y a pesar de su deteriorado aspecto que había conseguido por las muchas horas de uso, nunca lo aparté de mi lado, y todavía lo conservo con mimo. La primera edición de esta obra vio la luz en 1911 a la que siguieron numerosas ediciones en años y décadas posteriores. La última tuvo lugar en el año 1990.

El autor quedó olvidado durante varias décadas. Hasta que ya metido en la dinámica de la investigación y estudio de la historia, folclore, personajes y en general de todo lo referente a la cultura prieguense, Antonio Miranda, —entonces contable en la casa de las hermanas Calvo, actual sede de varios museos— en la década de los ochenta del pasado siglo, me dio para fotocopiar dos libros titulados *Cuentos y Más cuentos*, cuyo autor era de nuevo Pedro de Alcalá-Zamora. Los leí encantado. Disfruté con su prosa y con la rica imaginación de sus temas. Con el tiempo, el nombre de Pedro Alcalá-Zamora me fue resultando familiar. Pero se me presentaba un problema que tardé en resolver. En el siglo XIX en la familia Alcalá-Zamora habían existido tres *pedros*, sucesivamente, abuelo, hijo y nieto: Pedro Alcalá-Zamora y Ruiz de Tienda, Pedro Alcalá-Zamora Franco (hijo del anterior) y Pedro Alcalá-Zamora Estremera, nieto del primero e hijo de José Alcalá-Zamora Franco. ¿Qué Pedro Alcalá-Zamora fue el autor de los libros arriba mencionados?

Carlos Valverde López en su excelente libro *Memorias íntimas y populares* escribe estos párrafos correspondientes al año 1912: “[...] *El 3 de mayo, cuando yo regresaba a Priego me encontré en la estación de Puente Genil a mi antiguo amigo y compañero D. Pedro Alcalá-Zamora, a quien no conocí por lo pronto; tan desfigurado y desmedrado le tenía la enfermedad mortal que estaba padeciendo.*

Desde allí, vinimos juntos a Priego.

Aquí se hospedó en casa de su sobrino D. Alfredo Calvo Lozano quien, así como su familia, le prestó no sólo generosa hospitalidad sino exquisita asistencia en su terrible e incurable mal hasta que finalizó sus días en uno de los últimos de julio del mismo año.

D. Pedro Alcalá-Zamora que era algo menor que yo, había perdido a su padre en 1874 y a su madre en el siguiente, de modo que a los 17 años era huérfano. Esta desgracia fue causa de que sin el consejo y el freno paterno, emprendiera una vida de ostentación en las principales cortes europeas, sobre todo en Roma, y agotase su fortuna, que era cuantiosa, en doce años.

Pero él que no supo ser rico, supo ser pobre: cuando quedó sin patrimonio, acomodóse a sus circunstancias; estudió, trabajó, escribió, quedándose casi ciego a fuerza de escribir, y sin molestar a nadie dominó su situación, vivió decorosamente, colaboró en muchas publicaciones, dejó algunos libros originales, tradujo obras extranjeras, entre ellas la famosa novela Quo Vadis, y, en suma, fue más grande siendo pobre laborioso que rico holgazán. Por eso su ruina a nadie perjudicó, sino a él, no le humilló, le enalteció.”¹

Este Pedro y el autor de los libros eran la misma persona. Su nombre completo es Pedro Alcalá-Zamora Estremera, aunque en buena parte de sus libros y artículos firmaba con “*Pedro de Alcalá-Zamora*”.

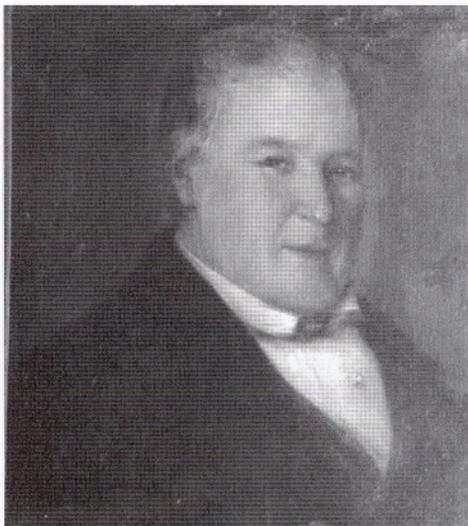
¹ VALVERDE LÓPEZ, Carlos: *Memorias íntimas y populares*. Año 1912. Manuscrito.

DE UNA ILUSTRE FAMILIA

Nuestro protagonista había nacido en el seno una de las familias más nobles y adineradas de la ciudad de Priego de Córdoba. Su abuelo paterno fue Pedro Alcalá-Zamora y Ruiz de Tienda (a su vez hijo de Francisco Ubaldo familiar del Santo Oficio de la inquisición de Córdoba), Capitán Graduado, Cruz de Sufrimientos de Guerra por la Patria, diputado a Cortes en varias legislaturas desde el año 1812 en las Cortes de Cádiz. En el 1818 fue nombrado Regidor perpetuo de Priego y vocal de la Junta de Contribución del Reino, se enfrenta a Fernando VII en su etapa absolutista, teniendo que huir a Inglaterra. Los vaivenes de la política real le hacen ser diputado provincial, senador, gobernador de Sevilla o perseguido y encarcelado. Niceto Alcalá-Zamora y Torres, primer presidente de la II República Española, dedica estas expresivas frases: *“El hermano de mi bisabuelo don Pedro Alcalá-Zamora, se batió por la libertad en Bailén, estuvo prisionero en Ocaña por orden de Fernando VII, y de este lance quedóle la preocupación, que luego mostró como diputado, de la mejora de las cárceles, previendo tal vez que algún otro miembro de su familia volvería a pasar por ellas. Como diputado además, fue de los primeros que reconoció a Isabel II, es decir, a la rama entonces liberal de los Borbones frente a la carlista.”*² La vena escritora e investigadora ya la tenía este abuelo, siendo autor de una historia manuscrita de Priego fechada a finales del siglo XVIII y de múltiples árboles genealógicos. Es autor de un folleto titulado *Observaciones sobre el cultivo de los olivos en Andalucía*. En unión de su amigo el marqués de Cabriñana escribe la obra *Memoria sobre los obstáculos que impiden el fomento de la agri-*

² BARGA, Corpus: “El Presidente de la República Española, contado por él mismo”. La Voz, número 4717, 19 de diciembre de 1931.

*Pedro Alcalá-Zamora
Ruiz de Tienda (1778-1850).
Abuelo de Pedro*



*Mercedes Alcalá-Zamora Franco,
tía de Pedro*





Encarnación Estremera, madre de Pedro

José Alcalá-Zamora Franco, padre de Pedro

cultura.” De su matrimonio con María Candelaria Franco Ayerbe, hija del corregidor de Carcabuey, tuvo cinco hijos, José, Pedro, Mercedes, Luis y Federico.³

³ FERNÁNDEZ LÓPEZ, Rafael: “El Capitán de las Milicias Urbanas de Priego, Pedro Alcalá-Zamora”, *Adarve*, número 403-404, Semana Santa 1993, página 79 y siguientes. Artículo con las siguientes fuentes: Archivo General Militar de Segovia. Sección 1ª. División 1º, legajo A 1054.

VALVERDE MADRID, José: “Introducción a Apuntes para la historia de Priego por Pedro Alcalá-Zamora.” *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*.

MUÑOZ DUEÑAS, María Dolores: “D. Pedro Alcalá-Zamora en la primera hora del liberalismo español. Datos para una biografía.” *Fuente del Rey*, mayo de 1990, número 77, páginas 6 y 7.

El primero de ellos, José Alcalá-Zamora Franco será el padre de nuestro héroe. Nacido en Priego el primero de abril de 1818 en la Carrera de las Monjas, fue bautizado ese mismo día por el cura teniente Francisco Gutiérrez Bermúdez en Santa María de la Asunción, única parroquial de la villa de Priego, provincia de Córdoba y abadía de Alcalá la Real.⁴ Recibe una educación acorde con el alto nivel social de su familia. Así, después de la instrucción primaria, en abril de 1830, inicia sus estudios de enseñanza media en Cabra, siendo alumno del Colegio de Humanidades de la Purísima Concepción de Cabra. Prosigue su educación en el Colegio Mayor San Bartolomé y Santiago de Granada, en cuya universidad cursa la licenciatura de Derecho, terminándola en 1841. De vuelta a Priego se dedica al ejercicio de su carrera, como dice el libro *Los diputados pintados por sus hechos*, “con un crédito envidiable en todo el partido judicial, donde era consultado en todas las cuestiones de interés, no solamente contenciosas, sino también de carácter administrativo o económico”. Siguiendo las ideas políticas de su padre así como su trayectoria de parlamentario, trabaja activamente dentro de las filas del partido liberal progresista.

En 1851, José Alcalá-Zamora Franco con 33 años de edad, algo mayor para su época, contrae matrimonio con María Encarnación Estremera Calvo-Rubio, doce años menor que él, hija de Luis Estremera Burgos y Rosalía Calvo-Rubio Aguado y Arias, ésta natural de Coronil, provincia de Sevilla. La esposa llevaba 28.010 reales en dote y 48.000 en arras, siendo todo 76.010 reales.⁵

⁴ ARCHIVO PARROQUIAL DE LA IGLESIA DE LA ASUNCIÓN DE PRIEGO DE CÓRDOBA: Libro de Bautismos, número 59, folio treinta.

⁵ ARCHIVO MUNICIPAL DE PRIEGO: Actas notariales, libro 519 de José García Calabrés, página 264.

Contra los diez años de política moderada, se sublevó en 1854 el general O'Donnell en Madrid y tras el manifiesto de Vicálvaro, consigue atraerse a los liberales a su movimiento revolucionario, derribando al ministerio del conde de San Luis, y formando otro progresista, presidido por Espartero, que con la ayuda de O'Donnell gobernaron juntos durante dos años, llamados el "bienio progresista".

José Alcalá-Zamora Franco, desde los primeros momentos del pronunciamiento, es nombrado Presidente de la Junta Revolucionaria de Priego, y después vicepresidente de la Provincial de Córdoba, siendo designado por el Partido Liberal candidato para las Cortes Constituyentes, resultado elegido diputado durante el período 1854 a 1856. El *Diario de Córdoba* siguiendo de cerca el trabajo de los parlamentarios lo cita en numerosas ocasiones junto a otros diputados como León y Medina, Pacheco, Vega, Armijo, Ortiz Amor, Bastida, y Vargas. Forma parte de la comisión de la Ley del ferrocarril Córdoba-Sevilla y realiza votaciones referentes al uniforme de los diputados en los días de gala, trono constitucional, supresión del impuesto de Consumos, componentes del ejército, asignaturas en los seminarios, incompatibilidades de los diputados, condiciones de la sanción del Rey a las leyes votadas en Cortes, establecimiento de la tolerancia religiosa y suspensión de garantías constitucionales entre otras.

Después de los cinco años del gobierno de Unión Liberal presidido por O'Donnell se suceden varios gobiernos que tuvieron que hacer frente a frecuentes motines y conspiraciones, evolucionando los moderados hacia el absolutismo lo que aumentó la oposición de los liberales que se hicieron revolucionarios y conspiradores, ahora divididos en demócratas, unionistas y progresistas. Por esta rama es elegido representante en la asamblea progresista de 1864. Forma parte activa en la Revolución del año 1868 que logra derribar a Isabel II, siendo nombrado presiden-

te de la Junta Revolucionaria en Priego y vicepresidente de la provincial, como ya ocurriera en 1854. Propuesto para las Cortes Constituyentes es elegido por la circunscripción de Montilla por una abrumadora mayoría, tratando siempre en sus actuaciones desde 1869 a 1870 de consolidar el triunfo de la revolución. Ejerce como senador de 1871 a 1872 durante el breve reinado de Amadeo, y más tarde forma parte de la candidatura Radical para senador de la provincia junto a los señores don Patricio de la Escosura, D. Rafael María Gorrindo y Castro y D. Juan Alaminos y Vivar. La proclamación de la República frustra estas aspiraciones.

Muere repentinamente en Priego el año 1874 de un ataque de apoplejía. El *Diario de Córdoba* le dedica, como epitafio, estas palabras: “*Ha fallecido en Priego el Sr. D. José Alcalá-Zamora, Senador del Reino que ha sido y diputado a Cortes en varias legislaturas. En muchas ocasiones ha figurado entre las personas más influyentes de la provincia, siempre ha desempeñado todos sus cargos con notable rectitud, siendo un modelo de amistad y de consecuencia, lo que le ha granjeado en todo tiempo la general estimación. Su numerosa y apreciable familia se ve en estos momentos presa de un agudo y justo dolor, por lo que le deseamos algún consuelo*”.⁶

En el cementerio Santo Cristo de Priego, existe una urna funeraria del abuelo y padres de Pedro Alcalá-Zamora Estremera, con las siguientes inscripciones: “*Panteón familiar erigido por el Exmo. Sor. D. José Alcalá-Zamora, senador del Reino. Año 1872*”. “*En memoria de su idolatrado padre Sor. D. Pedro Alcalá-Zamora, fallecido en 24 de mayo de 1850, cuyas cenizas reposan aquí. Sit terra levis*”. “*El Exmo. Sr. D. José Alcalá-Zamora y Franco ex diputado a Cortes Constituyentes y ex sena-*

⁶ *Diario de Córdoba*: número 7149, del 24 de junio de 1874.

dor del Reino. Falleció en 20 de junio de 1874. S.T.L". "La Sra. D^a. Encarnación Estremera Calvo Rubio, viuda del Exmo. Sr. D. José Alcalá-Zamora Franco. Falleció el 22 de junio de 1875. D.E.P".

PEDRO, FRANCISCO DE PAULA, LINO, JOSÉ LUIS, MARÍA DE LA ENCARNACIÓN

Como hemos indicado más arriba, Pedro Alcalá-Zamora Estremera nació en la entonces llamada villa de Priego (Córdoba) el día 23 de septiembre de 1858, cuando su padre contaba con 40 años de edad y había sido diputado en las Cortes Constituyentes unos años antes.

Su partida de bautismo dice textualmente: *"En la villa de Priego de Córdoba y Abadía de Alcalá la Real en el día veinticinco de septiembre de mil ochocientos cincuenta y ocho; yo don Antonio María Calvo Rubio, presbítero, Bachiller en Derecho Civil, con licencia y en presencia de don Juan Antonio Calvo, cura coadjutor de Santa María de la Asunción, única de la misma, bauticé solemnemente a Pedro Francisco de Paula, Lino, José Luis María de la Encarnación, que nació a las once y media de la noche del día veintitrés del corriente, vive Carrera de las Monjas, es hijo legítimo del licenciado don José Alcalá-Zamora y Franco, ex diputado de las Cortes Constituyentes, y de doña María de la Encarnación Estremera y Calvo Rubio su mujer; abuelos paterno don Pedro Alcalá-Zamora y Ruiz, y doña María de la Candelaria Franco y Ayerve, su mujer, difuntos; y maternos don Luis Estremera y doña Rosalía Calvo Rubio Aguado de Arias, difuntos, todos naturales y vecinos de esta villa, excepto la abuela paterna que es de Coronil, provincia de Sevilla; fue su padrino el Sr. Dr. Francisco de Paula Calvo Aguado de Arias, al que advertí su obligación. Testigos, don Rafael Molina, pres-*



Pedro Alcalá-Zamora Estremera en sus años jóvenes

*bítero y don Juan de Dios de Gámiz y para que conste lo firmamos Juan Antonio Calvo y Sánchez. Antonio María Calvo y Rubio”.*⁷

Dentro de su familia, acomodada y culta, recibiría una enseñanza tradicional de gran contenido católico con preceptores y maestros escogidos, muchos de los cuales serían sacerdotes, como él mismo cita. Lo que sabemos de su infancia se debe a la pluma del propio biografiado. En 1906 en un artículo dedicado a su amigo el poeta Carlos Valverde López, nos recuerda algunas aventuras de sus veranos infantiles, junto a las aguas del Río Salado: “[...] *Convengo, también, en que hallarás más fresco esparcimiento entregándote al refrescante ejercicio, deporte o como te plazca decir, de la natación en las glaucas ondas del Mediterráneo, que en las tibias, si que también, escasas, aguas del Salado.*

¡El Salado! ¡Qué gratas remembranzas evoca este nombre, de tiempos que pasaron para no volver, como pasan todos, por supuesto, pues no hay noticia de que ningunos, desde la Creación acá, desanduvieran lo andado.

¡Cuántos recuerdos trae a mi memoria de sucesos que no han de repetirse, y que si se repitieran no me parecerían lo mismo que entonces, despojados ya de encanto que les prestaran ojos infantiles y juicios de niño!

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Aún no he olvidado los baños del Loro, situados al pie de la rojiza vertiente de la Fuente María. El agua, calentada por los ardientes rayos de un sol de justicia o de verano andaluz, capaces de fundir las piedras, apenas se renovaba gracias a la penuria y parsimonia de la corriente. Su profundidad no pasaba de un metro, y sin embargo, mi estatura no me

⁷ ARCHIVO PARROQUIAL DE LA ASUNCIÓN. PRIEGO DE CÓRDOBA. Libro de bautismos. Año 1858.



• *Pedro Alcalá-Zamora Estremera* •

Pedro Alcalá-Zamora en sus años jóvenes

permitía hacer pie, circunstancia que a menudo me exponía a los ahogadillos con que, en broma, recompensaba mis travesuras el bueno del P. Zurita, del cual me defendía, cuando lograba acudir a tiempo, el excelente don José Torres, capellán de las Angustias.

¡Cómo gozaba yo con aquellas batallas fluviales, y cuánto agradecía la protección que dispensaba el bondadoso don José, en cuyo pecho derramé más de una lágrima!

Todavía no se han borrado de mi mente las correrías por alamedas y cañaverales y las excursiones cerro arriba, que me procuraban un baño de sudor, algunos coscorriones y no pocos cardenales en el cuerpo ni escasas averías en la indumentaria...

Recordando aquella época con los mil detalles que forman su urdimbre, esmaltándola bellamente, minucias, nonadas en sí, mas para mí deliciosas, invade mi alma dulce melancolía, ¡lástima grande es que los sucesos me recuerden muchos nombres de personas queridas, unos, indiferentes, otros, la mayoría de los cuales ya no figuran en la lista de los vivos!

Mutatis mutandem, lo pasado viene a terminar prosaicamente en el hoy que se impone con su desconsoladora realidad; es una película cinematográfica que acaba mal; un preludio de Bach que concluye en tango flamenco [...]”⁸

Con 45 años recuerda con nostalgia sus semanas santas infantiles pasadas en Priego bajo el cuidado cariñoso de su madre. En magistrales frases nos dice: “[...] *¿Quién, que haya visto la luz primera bajo el purísimo cielo de Andalucía, no siente surgir en su cerebro y repercutido en el corazón vaga o distinta la remembranza de sus años primeros, evocada, como por mágico conjuro, por las dos palabras que sirven de epígrafe a estas líneas? ¡Semana Santa! El vestido de gala, que la coque-*

⁸ Véase ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: “Cháchara veraniega”. *Diario de Córdoba*, número 17007, 16 de agosto de 1906.

tería infantil, inconsciente pecado del que es irresponsable el pecador, nos hacía mirarlo con amorosos ojos; los Oficios divinos que por la imponente solemnidad y el lujo del culto nos impresionaban hondamente, despertando las primeras rudimentarias ideas acerca de la grandeza de nuestra sacrosanta Religión; las procesiones con sus soberbias imágenes y sus numerosas luces, desfilando lentas ante apiñada muchedumbre que, silenciosa, fervorosa, con el recogimiento propio de nuestro pueblo, acrecentaba la magnificencia del acto, lanzándonos a una especie de arrobamiento, mezcla de asombro y de éxtasis... Y flotando en esta sucesión de impresiones, como flotan las moléculas doradas por alegre rayo del sol; haciendo vibrar las más delicadas fibras del corazón con vibraciones de onda luminosa que en sí lleva calor y vida, con vibraciones de onda sonora que arrastran envuelta en perfumadas auras melodías beethovianas el recuerdo de la madre amorosa que nos conducía al templo a orar, nos explicaba los Santos Evangelios y quedo, muy quedo, para no turbar la majestad del lugar sagrado, deslizaba en nuestro oído indicaciones encaminadas a agitar en el alma de niño el sentimiento religioso, a encender la antorcha de la Fe, que había de iluminar el áspero sendero de la existencia, para hacer firme nuestro paso, desembarazando el camino de los peligrosos guijarros y de las horribles tinieblas de la duda.

*Mezcla de divino y de humano, como de hombre, al fin, que tiene cuerpo y alma, el sentimiento nos conmueve con intensidad grande a impulso del recuerdo de ese ayer lejano ¡ay!, que ya forma parte de lo que fue, de lo que va a Dios, a la eternidad de donde saliera; que vive sólo en nuestro espíritu y difícilmente se exterioriza, porque es inefable [...]*⁹

⁹ Véase ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: "Semana Santa". *Diario de Córdoba*, número 15811, 7 de abril de 1903.

Durante su juventud, y con la edad de dieciocho años participa en algunos de los movimientos culturales que se organizan en Priego, bien para recoger fondos para ayudar a la Cofradía de la Columna o como propio divertimento. “Llegado el mes de junio, -nos dice Carlos Valverde López- la Real Hermandad de Ntro. Padre Jesús en la Columna acordó construir unas lujosas andas de plata a tan sagrada efigie, y con objeto de poder reunir fondos proyectó la organización de una compañía lírico-dramática de aficionados.

La ocasión no podía ser más propicia, pues a la sazón se encontraban en Priego don Antonio Caracuel, su hija doña Leonor y su sobrina Carolina, todos los cuales, más que aficionados, eran artistas notables.

Con estas bases se formó la compañía, cuyo personal, por lo que respecta a las obras dramáticas, era el siguiente:”¹⁰

Como director de escena y primer actor figuraba Antonio Caracuel de la Cámara; galanes, Carlos García Madrid, Carlos Valverde López y Pedro Alcalá-Zamora; otros actores eran Leonor Caracuel y Serrano y Miguel Carrillo Tallón, contando como apuntador a José Custodio Alcalá-Zamora Caracuel. En otro apartado estaban los cantantes, coristas, instrumentistas y decoradores.

A mediados de julio de este año pusieron en escena un drama en tres actos y en verso original de Luis Eguilaz titulado *La vaquera de la Hinojosa* y la zarzuela en un acto *El loco de la guardilla*.

En este mismo año Pedro Alcalá-Zamora interviene en un juguete cómico de Carlos Valverde López, titulado *La inocentada*, donde salían a relucir de una forma bufa y grotesca personalidades célebres de la actualidad nacional y local. “*Reñían unos gallos auténticos en escena: don Trinidad Linares y don José Santaella; hablaba desde las butacas*

¹⁰ VALVERDE LÓPEZ, Carlos. *Memorias íntimas y populares*: Manuscrito. Año 1876.

don Pedro Alcalá-Zamora; voceaba desde el paraíso fingiéndose borracho don Antonio Ávila Zorrilla; reventaba una vejiga don Juan Eugenio Moreno, y por último, salía de la concha con toda su respetabilidad don José Eustaquio Alcalá-Zamora, vestido de inocente.

Ninguna de las dos noches pudo terminarse la función porque la risa y algazara del público era tanta, que impedía a los actores hacerse oír”.¹¹

De sus estudios medios y superiores nada sabemos hasta ahora. Probablemente estudiaría en los mismos centros de su padre, es decir, bachillerato en Cabra y Derecho en Granada. Rafael Ramírez de Arellano, con palabras de Carlos Valverde López, nos dice que en 1874, cuando estaba estudiando en Granada la carrera de Derecho murió su padre, y con este motivo volvió a Priego, suspendiendo sus estudios. Particularmente hemos hecho gestiones en el Archivo de la Universidad de Granada para obtener toda la información posible con resultados negativos. Allí no consta ningún expediente a su nombre. Las razones se nos escapan. No obstante esto, el dato de sus estudios granadinos lo damos como cierto, puesto que lo da un amigo que también estudiaba en Granada por aquellos años en la misma Facultad.

“Al año siguiente de la muerte de su padre, muere su madre, quedando a cargo de una tía, hermana de la madre, llamada Soledad Estremera, pero como ésta falleciese también en 1876 y encontrándose en posesión de dos millones de capital y sin persona que le contuviera, se instaló en diversas capitales europeas donde consumió su capital”.¹²

¹¹ VALVERDE LÓPEZ, Carlos: *Memorias íntimas y populares*. Manuscrito. Año 1877.

¹² RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*. Tomo I. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1921.

HERMANO DE LA COFRADÍA DE LA SOLEDAD

Pedro Alcalá-Zamora Estremera, junto a sus padres y tíos, forma parte de una de las cofradías más antiguas de Priego, que hacía estación de penitencia el Viernes Santo por la noche y celebraba fiestas votivas en el mes de mayo.

En el libro *Soledad en todos* se recoge lo siguiente: A mediados del siglo XIX en el nomenclátor de la Cofradía de la Soledad de Priego constaban de 34 cofrades eclesiásticos (más 21 agregados a éstos), y 90 seculares (más 70 agregados), con un total de 215. Entre ellos se contaba como hermano especial al duque de Medinaceli quien en una ocasión manda una limosna extraordinaria de 800 reales para ayudar a la confección de un nuevo manto para la imagen.



Escudo de la familia Alcalá

Y si bien duque no había nada más que uno, los hermanos representaban la clase de más poderío económico, cultural y político de la sociedad prieguense. Apellidos como Calvo, Aguilera, Caracuel, Serrano, Fernández, León, Arriero, Nepomuceno, Madrid, Luque, Rubio, Amores, Lozano, Arjona, Ruiz, Gámiz, Valverde, Carrillo, Codes, Santaella, Valera, Ortiz, Castilla, Linares y otros muchos son bastante significativos, los cuales vivían en las calles más importantes de la ciudad.

Si algunos miembros de la familia Alcalá-Zamora tradicionalmente se han asociado con la Cofradía de la Columna, como Niceto Alcalá-Zamora, su padre y algunos de sus tíos, en la Cofradía de la Soledad, en buena parte del siglo XIX estaban dados de alta sus miembros más significativos social y políticamente. Así tenemos a José Alcalá-Zamora Franco y a sus hermanos Federico, Mercedes, José y Luis, y a nuestro protagonista, Pedro Alcalá-Zamora Estremera, y según la costumbre, los cónyuges estaban asociados como cofrades con los mismos derechos. De la misma familia podemos citar a Gregorio Alcalá-Zamora Caracuel y a su hermano Luis, Rita Alcalá-Zamora, y los padrinos de Niceto Alcalá-Zamora, Niceto Rubio y Enriqueta Torres.¹³

Sin embargo, los más comprometidos con la Cofradía de la Soledad fueron los Estremera. En el año 1821 nos encontramos a Luis A. Estremera y Burgos, su abuelo materno, notario eclesiástico, quien solicita a la Abadía de Alcalá la Real el restablecimiento de la inactiva Cofradía de la Soledad, consiguiendo implantar dos directivas, una para la Hermandad y otra para la Cofradía. Más tarde, en 1826, siendo fiscal de la Cofradía, exhibió en una ocasión un certificado donde constaba que

¹³ ALCALÁ ORTIZ, Enrique: *Soledad en todos*. Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba. Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, Real Cofradía del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de la Soledad Coronada. Priego de Córdoba, 1994, página 155.

la Cofradía marchaba normalmente cuando se fundó la Hermandad en el año 1684, y que aquella era dueña de todas las imágenes que estaban en la capilla, cuyos documentos exhibía. Ya fallecido, una hija suya llamada Joaquina Estremera, miembro durante muchos años de la Junta de Gobierno de la Hermandad, deja un depósito para su culto un Niño Jesús de bulto que estaba colocado en el altar mayor de la capilla de la Soledad.¹⁴

LA SEDE DEL CASINO DE PRIEGO, ANTIGUA PROPIEDAD DE PEDRO ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER

De nuestro libro *El Casino de Priego y otras sociedades recreativas (1848-1998)*, copiamos los párrafos siguientes.

Desde su creación en 1848 el Casino Primitivo había organizado bailes en las fiestas señaladas, a los que algunas veces acudían estudiantinas de los pueblos vecinos; en otras, se montaba una “tienda de campaña” en el Real de la Feria.

A finales del año 1884 se suspenden los bailes programados debido al terremoto que sacudió Andalucía, por esta razón, nuestros jóvenes se sacan la espina, bien sacada, en el siguiente de 1885, ya que los bailes suspendidos se celebran en dos domingos sucesivos de febrero, a los que le siguen los dos de máscaras de la Pascua de Resurrección, el de julio en los jardines de la sede, los de feria y los de diciembre. Con tanta asiduidad se dan este año, que el presidente propone “teniendo en consideración la frecuencia con que se dan bailes en esta sociedad, en cuyos días

¹⁴ ALCALÁ ORTIZ, Enrique: *Soledad en todos*. Páginas, 82, 91, 93 y 103. Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba, Cofradía de la Soledad, Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros. Priego, 1994.



Casa natal de Pedro Alcalá-Zamora, actualmente sede del Casino de Priego

hay que pedir prestado un lavabo por carecerse de él”. En algunos de los bailes de este año la Sociedad pide prestada la casa deshabitada a Pedro Alcalá-Zamora, situada en la calle Prim, actual Carrera de las Monjas.¹⁵

La actual sede del Casino era propiedad de Pedro Alcalá-Zamora. Desde su creación, la Sociedad fue buscando albergue para alquilar puesto que nunca tuvo el suficiente superávit para hacerse con una sede de su propiedad, adecuada a su postín y situada en un lugar céntrico. El primer intento de comprar una casa aparece en 1881, llevándose a cabo una suscripción voluntaria y abierta con objeto de reunir los cien mil reales necesarios. Pero fue insuficiente este primer intento para poder comprar una casa.

Como se encuentran de nuevo a diecinueve meses de la finalización del contrato y con la seguridad de la no renovación del actual, se ponen en tratos para alquilar la casa que Cristóbal Cubero Solís poseía también en la calle Río. A pesar de las ofertas del propietario, no se llega a un acuerdo, ya que se elige finalmente, la oferta de Pedro Alcalá-Zamora, hecha por su representante y apoderado Juan Alcalá-Zamora por ser más a propósito para la Sociedad, propietario de una casa en la calle Prim (hoy carrera de las Monjas). Pedro Alcalá-Zamora, ausente de la localidad, había escrito indicando *“las condiciones que ésta quisiera imponer, pues tratándose de que en su casi totalidad está compuesta por amigos y parientes el principal objeto es complacerlos en cuanto pueda”*. En las condiciones ofrecidas se arrendaría la casa por seis años, comenzando

¹⁵ ALCALÁ ORTIZ, Enrique: *El Casino de Priego y otras sociedades recreativas. (1848-1998)*. Páginas 184 y 185. Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba. Año 2000.

como era costumbre en la época el día de San Juan, 24 de junio de 1887, obligándose el arrendador a respetar el contrato en el caso de ser vendida la casa, correr dos salones, hacer un común a propósito, poner una reja con sus puertas y cristales en cada una de las salas bajas, arreglo de cañerías, es decir, las obras mayores de cien reales. Por el alquiler, se pagarían cinco pesetas diarias por mensualidades vencidas y se las adelantaría al arrendador mil pesetas para realizar las inversiones previstas. Al término del contrato, la Sociedad no tendría que reformar las obras realizadas.¹⁶

Más tarde Pedro Alcalá-Zamora con la casa alquilada por el Casino, la vende a José María Ruiz Torres.

El 19 de febrero de 1898 es el día histórico de la firma de la escritura ante el notario Ramón José Linares Martos, actuando de una parte, como vendedor José María Ruiz Torres, soltero y mayor de edad, que se la había comprado a Pedro Alcalá-Zamora Estremera; y como comprador el Presidente del Casino, Pablo Luque Serrano. La casa se adquiere por 22.500 pesetas, (90.000 reales), pagando en el acto de la firma 15.000 pesetas, (en billetes y monedas de plata), y las 7.500 pesetas restantes, aplazadas en seis años imponiendo a este capital un interés anual de un ocho por ciento. La casa que se compraba, situada en el número 26 de la calle Prim, constaba de tres cuerpos de fondo y tres pisos de elevación, patio principal con fuente de agua limpia y jardín con una superficie de 825 metros cuadrados; lindaba por su derecha entrando con otra de Rita Alcalá-Zamora, y por la izquierda, con la casa posada de Ángeles Alcalá-Zamora Caracuel.¹⁷

¹⁶ El Casino, etc., página 187.

¹⁷ El Casino, etc., página 218.

SUS VISITAS A PRIEGO

A la vuelta de su periplo europeo vive sucesivamente en Madrid, Córdoba, Jaén, Madrid de nuevo, Mahón, Algeciras y Alicante. Durante estos años, hace algunas visitas a su pueblo natal, sobre todo para ir liquidando su hacienda o bien definitivamente, cuando se encuentra gravemente enfermo para morir en la ciudad donde nació.

La primera visita documentada la hace en 1887 para “*vender las fincas que le quedaban, cuyo importe consumió pronto en Madrid*”.¹⁸ Algunos pormenores de esta primera visita nos los cuenta Ricardo de Montis: “[...] *a costa de grandes economías, decidióse a visitar a su pueblo natal, del que apenas conservaba recuerdos. En él parecióle advertir que sus amigos y compañeros de la infancia le trataban con desvío; atribuyólo al temor que tuviesen aquellos de que él fuera a pedirles protección y volvió a Madrid, triste y apesadumbrado*”.¹⁹

Diez años después, y viviendo todavía en Madrid vuelve de nuevo a Priego hospedándose en la casa de su amigo y familiar Carlos Valverde López que por esta época estaba dedicado a la política dentro de las filas del Partido Conservador. Como estaba en buenas relaciones con el conde de Torres Cabrera, jefe del partido en la provincia, consigue de éste que nombre a Pedro Alcalá-Zamora director del periódico *La Monarquía*, cargo que ejerció en Córdoba dignamente hasta que dejó de publicarse tres años más tarde, exactamente el 31 de enero de 1900.²⁰ De este visita cuenta Ricardo de Montis: “[...] *Cuando contó con nuevos ahorros fue otra vez a Priego; invitó a una comida íntima a aquellas personas con las cuales se hallaba resentido, por su proceder, y cuando llegó el*

¹⁸ RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael: etc.

¹⁹ MONTIS, Ricardo de: texto de la nota 49.

²⁰ RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael: etc.

momento de los indispensables brindis hizo constar, empleando toda clase de eufemismos y recursos de la Retórica, que, aunque se hubiera arruinado, no tenía necesidad de recurrir a los amigos, porque aprendió a trabajar, no sólo para ganarse el sustento, sino para permitirse el lujo, en algunas ocasiones como aquella, de convidar a los camaradas de la niñez [...]”²¹

La penúltima visita que tenemos documentada se produce en 1899. A finales de junio, siendo director del diario *La Monarquía*, se toma unas semanas de vacaciones y se viene a Priego a descansar, si bien con la añoranza de Córdoba, de sus amigos y de las tertulias. Así se lo comunica en un artículo aparecido en el *Diario de Córdoba*, dedicado a sus compañeros y amigos Mariano M. Alguacil y Ricardo de Montis. “*Con mi equipaje bajo el brazo (un puñado de cuartillas, los “Cantos de sin eco”, de Anaya, y las “Obras literarias”, de Redel, libros que pienso leer durante mi veraneo) me reía para adentro, como sir Jorge, contemplando los “mundos” en torno mío y los mozos sudando el quilo para transportar de un furgón a otro aquellos almacenes de trapos.*

-“Tourista” pero práctico- murmuraba yo- aludiendo a los dueños de los equipajes. En fin, ya estoy aquí. [...]”

Sigue narrando sus tranquilos días de lectura, debajo de una noguera, al arrobamiento poético que embarga su alma, la dulce placidez de la horas junto a la Fuente del Rey, el recuerdo de una mujer hermosa, aunque también tiene momentos para la crítica. Se queja de la poca luz y la oscuridad reinante en cuanto anochece a pesar de las lámparas de gas y de la poca lógica en la aplicación del escaso presupuesto municipal: “*No puedo cantar las delicias del campo, porque al cordobés no le sorprende, y porque esto como resulta bien es en verso y no tengo la facundia*

²¹ MONTIS, Ricardo de: texto de la nota 49.

métrica, rítmica o como sea, de Ricardo, ni siquiera el bosque virgen de hirsutos pinos que él lleva por cabellera, cosa que debe facilitar mucho la metrificación; pero si le envidio esto, Ricardo, en cambio, me envidiará la dicha de poder cantar en prosa, por personal conocimiento, los gratos efectos de la dulce vagancia.

¡Qué hermoso es dejar que las ideas corran, tendido sobre la verde enjalma, que dijo Blasco, a la sombra de copudo nogal!

¡Ni originales que leer, ni regente que pida líneas, ni visitas que amenicen el trabajo de redacción!

Por las noches, cuando sentado en el oscuro Paseo, en la oscura Fuente del Rey o en cualquiera otra oscuridad me dedico a tomar el fresco, recuerdo a mi olímpico amigo Mariano, sudando bajo la luz de gas, y siento el deseo de un rato de charla, prosecución de aquel que interrumpió a dejarme sentado en un banco del Gran Capitán en su último palique...

Aquí, en cuanto anochece, todo está oscuro, aunque no huele a queso, incluso la administración municipal. La política de campanario ha descubierto el procedimiento de que no haya un céntimo más que para cosas inútiles.

*¡Ah! Os ruego que no le contéis a nadie que me he vuelto perezoso, tan pronto como me he encontrado ocioso por primera vez. Acaso la ociosidad no ha engendrado a la pereza y ésta es producto del estado del espíritu... Sueño, sueño, y en mis ensueños, surge, hija acaso de la poesía, que siento, aunque no la versifico, una figura de mujer, joven y bella, alta, esbelta, de rubia cabellera y rasgados ojos, cuyos fulgores me estremecen... ¿Será la musa? ¿Me iré tornando poeta, ahora, que Ricardo no canta?"*²²

²² ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: "Un rato de charla". *Diario de Córdoba*, número 14491, 7 de julio de 1899. Artículo dedicado a Mariano M. Alguacil y Ricardo de Montis.

CON EL OPOSITOR DON NICETO ALCALÁ-ZAMORA

Durante su estancia en Priego, Pedro Alcalá-Zamora tiene ocasión de asistir a una comida homenaje que se le da al joven abogado Niceto Alcalá-Zamora y Torres, quien acababa de obtener el número uno en las oposiciones a las plazas de oficiales del Consejo de Estado. Puesto oficial que siempre había sido antesala para alcanzar altos cargos políticos.

Sus íntimos amigos se reúnen en la quinta La Calderetilla, entonces propiedad de Santiago Serrano para darle un banquete a tan prestigioso opositor que tantas expectativas va despertando.

Acuden D. Francisco Ruiz Santaella, D. José Serrano Ramos, D. Francisco Alguacil Alcaide, D. Pedro Alcalá-Zamora,²³ D. Celso Beca E.



Don Niceto Alcalá-Zamora con un grupo de amigos y correligionarios en Priego

²³ Al no poner los apellidos completos existe la posibilidad que este Pedro Alcalá-Zamora pueda ser Pedro Alcalá-Zamora Franco, tío de nuestro protagonista.

de los Monteros, D. Daniel Zurita Ruiz, D. José Madrid Linares, don José Cañizares Calderón, D. Maximino Serrano Torres, D. Baldomero Rodríguez Cobo, D. José Fernández Gómez, D. José Linares Serrano, don Adolfo Lozano Sidro, D. Francisco Serrano Madrid, D. Juan Bufill Torres, D. Bernabé F. de Villalta, D. Paulino Castilla Caracuel.

D. Rafael Serrano Lozano, hijo del dueño del referido vergel, en representación de su señor padre, hizo los honores de la casa. El acto resultó brillantísimo.

A los postres hubo entusiastas brindis, entre los que se distinguieron los del padre de D. Niceto, de su hermano Manuel, el del susodicho joven que, con hermosas frases, en un sentido discurso, expresó a sus amigos el más vivo agradecimiento.²⁴

²⁴ CARRILLO: "Ecos de la provincia". *Diario de Córdoba*, número 14517, 3 de agosto de 1899.

*Capítulo II***HUÉRFANO A LOS DIECISIETE AÑOS**

Al ser elegido su padre José Alcalá-Zamora Franco diputado en las Cortes constituyentes en 1854 y tener que hacer frecuentes viajes a Madrid y por estar invadida la península del azote del cólera cree conveniente hacer testamento y lo hace en la modalidad de cerrado junto a su mujer. A su muerte en 1874, a pesar de haber pasado veinte años y cambiado las circunstancias familiares, el documento no lo había alterado.

En las disposiciones de cómo desea su entierro y el lugar, por entonces no estaba inaugurado el actual cementerio del Santo Cristo, ambos esposos se declaran poseedores de los bienes recibidos de su padre (que no especifica) y de la dote aportada por su esposa. De todos estos bienes hace heredero universal al hijo o hija que esperan, y a los que pudieran nacer después, ya que su mujer Encarnación Estremera estaba embarazada de cinco meses de su tercer hijo, puesto que los dos anteriores nacidos murieron con cincuenta días. Declara ser curador *ad bona* de dos niñas menores que viven en su compañía a las que administra su capital; tener hecha una donación de 48.000 reales a su esposa; se legan mutuamente el quinto de sus bienes en calidad de usufructo; en caso de morir sin hijos el marido nombra herederos a sus hermanos, y la mujer a su padre y en defecto a la hermana de su mujer Soledad Estremera Calvo; a ésta le dejan un capital de 20.000 reales que recibirá en fincas, disfrutando del usufructo toda la vida pero a su muerte el legado irá a parar a los herederos del matrimonio; igualmente el marido, en caso de morir sin hijos legaba tres fincas en usufructo a su mujer, algunas de ellas tan importantes como la casería del Arroyo del Conejo, llamada Alquería de Zamora. Otras pequeñas cantidades dejaban a sus hermanos y criados.

En el caso de morir con hijos menores, el marido nombraba curador *ad litem* a su hermano Pedro Alcalá-Zamora Franco y *ad bona* a su mujer.

En julio de 1874, un mes más tarde de la muerte de su esposo, con un hijo menor de edad legal, Encarnación Estremera hace testamento cerrado. Después de especificar las circunstancias de su óbito y nombramiento de albaceas, nombra heredero universal de todos sus bienes a su único hijo llamado Pedro Francisco de Paula Lino. Aparte lega algunos reales a los criados y a los que la asistan en sus últimos días, dejando a su hermana Soledad que vive en su compañía la cantidad de 60.000 reales en fincas y la casa donde vive, así como los muebles, todo en usufructo, pasando a su muerte a su hijo. Esta hermana también sería la curadora *ad bona* en caso de que al morir ella, su hijo fuese menor de edad.

Y desafortunadamente así pasó. Antes del año de haber otorgado el testamento, en junio de 1875, fallece Encarnación Estremera, dejando a su hijo Pedro con 16 años de edad al cuidado de su hermana Soledad. Pero como dice el refrán “las desgracias nunca vienen solas” y a los pocos meses también muere Soledad Estremera. De esta forma, el joven Pedro Alcalá-Zamora con apenas diecisiete años de edad se encuentra huérfano y dueño de una gran fortuna valorada en más de 2.000.000 de reales.

Joven y rico, sin padres, sin hermanos, al verse sólo es seguro que entrara en una fase depresiva, pues lo primero que hace es abandonar los estudios que cursaba en Granada. A pesar de ser menor de edad legal, llegaría a un acuerdo con su curador *ad litem* Antonio Calvo Serrano, porque poco después abandona el hogar de sus padres y se marcha al extranjero donde vive con toda clase de lujos y despilfarros hasta consumir prácticamente toda su fortuna.

De su estancia en el extranjero sabemos algunas circunstancias y anécdotas que nos contó su amigo cordobés Ricardo de Montis Romero y que publicó en forma de artículos en el *Diario de Córdoba* y más tarde en su

libro titulado *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*, y que nosotros divulgamos íntegramente en el capítulo siguiente de esta obra con los números de registro 9, 10 y 11, allí invitamos al lector a leer los interesantes detalles de la vida de nuestro personaje durante estos años de su vida.

Nos cuenta que con el boato de un príncipe habitó palacios y viajó en lujosos trenes. Vivió en París, en Roma, Venecia y viajó por Egipto y otros lugares de Europa, tratándose con altos miembros de la nobleza española y europea, sosteniendo correspondencia con Carlos de Borbón y formando parte del séquito de la Princesa Ratazzi, así como algunas aventuras en defensa del honor patrio y de ostentación en los mejores salones de la burguesía italiana.

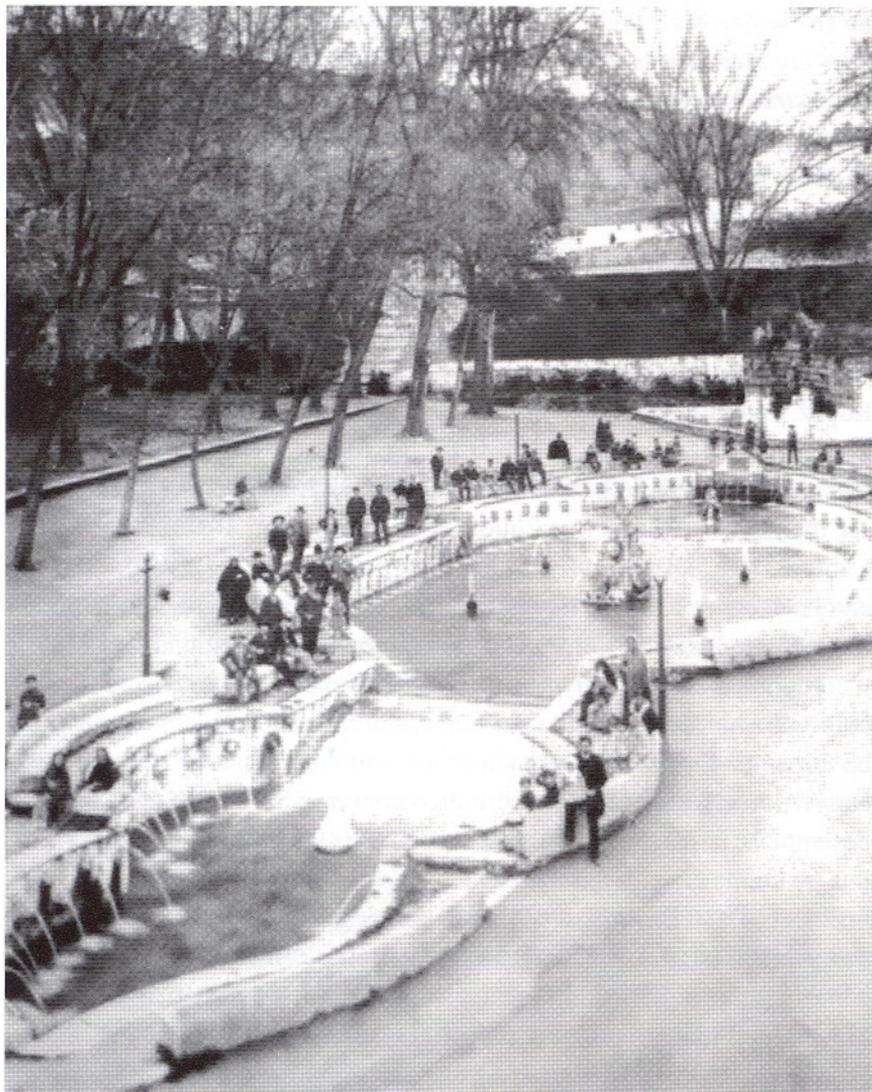
Entre diez y doce años estuvo gastando tan inmensa fortuna nuestro romántico joven pensando que su vida de lujo y despilfarro nunca tendría fin, pero con lógica matemática llegó un día que su administrador en Priego, representante y apoderado Juan Alcalá-Zamora, le comunicó que su hacienda estaba casi consumida y que los envíos masivos de reales se habían terminado.

DE BOHEMIO ROMÁNTICO Y CALAVERA, A SOLDADO, TRADUCTOR, LITERATO Y PERIODISTA

Con el dinero que le quedaba sigue viviendo en Italia, llegando a vender ropas y joyas para continuar su ritmo de vida, hasta que definitivamente, sin avisar a conocidos y amigos, cuando sólo tenía dinero para el viaje de vuelta, regresa a España instalándose en Madrid, donde pasa días de verdadero agobio económico hasta el punto de verse obligado a transportar maletas en la estación para sacarse unos céntimos.

Su aire aventurero y romántico le hace sentar plaza de soldado en un regimiento de artillería madrileño. Y el que había vivido como un príncipe soportó con paciencia franciscana la dura vida de los soldados en aquellos años, conviviendo con la tropa como un quinto más y resistiendo los lugares comunes del cuartel y el trato severo de los oficiales de aquellos tiempos con unos soldados en general pobres y analfabetos, ya que los jóvenes cultos y adinerados solían librarse del servicio militar. Por esta razón les resultó extraño a los jefes, mientras descansaban de unas maniobras, ver un día a un soldado raso hablando en italiano con el nuncio de Su Santidad en España. El coronel sorprendido y curioso lo mandó llamar y el soldado de artillería contó largo y tendido todos los pormenores de su vida. Desde aquel día, su vida en el cuartel se hizo más suave, ya que fue rebajado de algunos servicios y destinado a las oficinas, hasta el coronel que conocía a algunos miembros de su familia y amigos le consiguió trabajo como traductor en algunos periódicos y editoriales, compaginando durante algún tiempo su compromiso como soldado y su actividad como traductor. Expirado el plazo nos dice Ricardo de Montis “[...] *el novel escritor alquiló un modesto cuarto en la calle del Conde Duque, para dedicarse a su labor durante todo el tiempo que le dejaran libre sus deberes militares. Allí tradujo infinidad de novelas y cuentos y allí escribió los primeros originales con que dio a conocer su firma en las columnas de El Comercio de Córdoba*”. Colaboraciones de las que opina: “[...] *cuentos y narraciones interesantes con forma literaria correctísima, y de alguna composiciones poéticas muy delicadas*”.

Ramírez de Arellano nos cuenta que en 1887 Pedro Alcalá-Zamora fue a Priego a vender las fincas que le quedaban, cuyo importe consumió pronto en Madrid. Y añade, según le escribió Carlos Valverde López: “*A los treinta años hallábase, pues, en Madrid sin familia, sin bienes y sin carrera, teniendo sólo en su favor una gran ilustración, adquirida en sus*



Priego. Fuente del Rey

largos viajes, y el conocimiento de varias lenguas europeas”, y unido a esto “un carácter de adaptación a todas las vicisitudes de la vida, en cuya virtud no le hacían mella los mayores desastres económicos, y tan placentero vivía gastando 400 liras diarias en Roma, como una peseta en Madrid. Desde 1887 al 97 vivió en Madrid merced a la protección que le prestaba el Marqués de Dos Hermanas, antiguo deudo suyo, y de lo que cobraba por sus artículos en varios periódicos”.

En 1897 Pedro Alcalá-Zamora Estremera vuelve a Priego, quizás para vender lo último que le quedaba, que era la casa familiar, actual sede del Casino de Priego. En esta ocasión se hospeda en casa de Carlos Valverde López, renombrado poeta prieguense. Por esta época Valverde López estaba metido en política dentro de las filas del Partido Conservador. Había sido alcalde, diputado provincial y preparaba su candidatura para ser diputado en Madrid, así que sus relaciones con el Conde de Torres Cabrera, jefe del partido y propietario del diario *La Lealtad*, eran por entonces cordiales y de entendimiento. Conociendo, pues, las actitudes literarias de Pedro y su intensa colaboración en los periódicos de Madrid y cordobeses, Carlos Valverde propone al Conde a Pedro Alcalá-Zamora como director del periódico del que era propietario, cuya plaza se hallaba vacante. Propuesta aceptada y así tenemos a nuestro protagonista convertido en director de un periódico conservador cordobés. Cargo que desempeñaría hasta finales de enero de 1900 cuando el diario entra en una profunda crisis y desaparece.

El diario *La Lealtad* se publicó por primera vez en abril de 1886, por Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres-Cabrera, como órgano del Partido Conservador, siendo su primer director Juan Menéndez Pidal y entre sus redactores se encontraba el poeta Manuel Fernández Ruano, entre otros. Alcanzó cierta fama su sección *A punta de tijera*, buscada con interés por ser siempre de contenido polémico. Con

apenas un año de existencia entra en crisis, abandona el director, tomando la solución de editarlo conjuntamente con *Las Ocurrencias*, editado en Madrid. A partir de 1888 se edita de nuevo en Córdoba cambiando frecuentemente de director. Por el año 1893 cambió su título por *La Monarquía*, siendo dirigido por Navarro Prieto, hasta que en enero de 1897 lo sustituyó Pedro Alcalá-Zamora. Cuando el Partido Conservador se desmembró por la muerte de Cánovas, dejó su carácter conservador para convertirse en órgano de la Cámara Agrícola, cambiando su nombre por *La Voz de Córdoba*, título con el que desaparece el 31 de enero de 1900.²⁵

DIRECTOR EN CÓRDOBA DEL PERIÓDICO CONSERVADOR *LA MONARQUÍA*

La Lealtad o *La Monarquía* contó con algunos colaboradores destacados como Francisco de Borja Pavón quien, aparte de otros trabajos, publicó un interesante estudio sobre la historia de la prensa cordobesa, y las colaboraciones, y la mayoría de las veces dirección, del propio conde de Torres-Cabrera. Generalmente en la redacción trabajaba el director, un redactor, un joven noticiero que ejercía a la vez de ordenanza y algún aprendiz. Mantuvo interesantes polémicas sobre todo con el romerista *El Adalid*, dirigido por Enrique Valdelomar.

Al principio confeccionaban el diario en un pequeño cuarto instalado en la calle García Lovera y la composición y tirada en la imprenta *La Actividad*. Después de la reorganización del Partido Conservador el

²⁵ MONTIS, Ricardo: "Un periódico menos", *Diario de Córdoba*, número 14693, 2 de febrero de 1900.

conde compró una imprenta, que tituló *La Puritana*, e instaló en la calle Claudio Marcelo, trasladando la dirección a uno de los salones de su palacio.

A este diario llega como director Pedro Alcalá-Zamora, como hemos visto en 1897, cuando su relación con la prensa había sido de colaborador y traductor en periódicos madrileños y cordobeses. Su falta de experiencia no fue óbice para que ejerciera la dirección con toda profesionalidad. Llenando con su pluma, arte y maestría los tres años finales de esta publicación. Con sus escritos en este diario seguramente habría para llenar varios tomos, pero en las hemerotecas cordobesas no existe ningún ejemplar ni de *La Lealtad* ni de *La Monarquía* por lo que lamentamos esta ausencia, aunque nunca perdemos la esperanza de que algún día puedan aparecer en alguna biblioteca particular de Córdoba. Nos queda pues este consuelo, para enriquecer el patrimonio cultural prieguense y cordobés de este paisano tan destacado.

En los diarios cordobeses nos hemos encontrado alguna de la intensa actividad desarrollada en *La Monarquía* y en Córdoba por Pedro Alcalá-Zamora durante estos tres años.

A los pocos meses de estar ejerciendo como director, la redacción de *El Diario de Córdoba* ponderaba y hacía grandes elogios del artículo “La hidra” aparecido en *La Monarquía*, donde hacía un análisis de la trágica muerte de Antonio Cánovas del Castillo y las causas del anarquismo dando consejos muy sabios a los hombres de gobierno.²⁶

Pero no todo fueron flores. Un diario con opinión necesariamente debe aparecer la polémica y el director de *La Monarquía* la tuvo con Juan de Obregón y González. Su cuestión personal quedó zanjada por las cumplidas explicaciones públicas que el señor Obregón había dado a Alcalá-

²⁶ DIARIO DE CÓRDOBA: “Notable trabajo”, número 13837, 17 de agosto de 1897.



Córdoba. Avenida del Gran Capitán

Zamora. Desconocemos el origen del enfrentamiento ni la difusión pública que pudo tener, solamente los detalles de su conclusión satisfactoria.²⁷

Lo encontramos en una reunión en el despacho de García Lovera, director de *El Diario* junto con otros directores de publicaciones cordobesas a fin de iniciar una campaña a favor del cabo Ruiz natural de La Rambla. Alcalá-Zamora sería uno de los redactores del escrito que sería enviado a varios organismos públicos.²⁸

Otro dato expresivo de su integración en la vida comunitaria cordobesa lo demuestra el hecho de ser secretario de la Junta Permanente de Festejos de la capital de Córdoba.²⁹

²⁷ EL LIBERAL CORDOBÉS: "Lance terminado", número 27, 6 de marzo de 1898.

²⁸ EL LIBERAL CORDOBÉS: "Por el cabo Ruiz", número 31, 4 de abril de 1898.

²⁹ DIARIO DE CÓRDOBA: "Certamen literario", número 14063, 16 de abril de 1898.

Por el año 1903 un grupo de jóvenes de “la buena sociedad cordobesa” fundaron una revista semanal a la que pusieron el nombre de *Tierra Andaluza*. Con un formato apaisado se publicaban crónicas, poesías, cuentos, revistas de salones y crónicas abundantes de sociedad. Casi todas las noches los redactores y colaboradores se reunían en el local de la redacción en la calle de la Morería, y allí intercambiaban opiniones, presentaban proyectos, escribían cuartillas. Entre los más asiduos se encontraban Francisco Viu, Fernando Muñoz Sepúlveda y Emilio Drake. Ricardo de Montis recuerda “[...] un veterano de la profesión, don Pedro Alcalá-Zamora, y el autor de estas líneas, frecuentaban tales reuniones, en concepto de correctores y consejeros de los noveles escritores y allí pasábanse ratos muy agradables, respirando ese ambiente de juventud y satisfacción que vigoriza a quienes han comenzado ya a descender por el áspero sendero de la existencia. Los días de la publicación de la revista solían celebrarlo con cenas modestas que para ellos eran verdaderos banquetes”.³⁰

La intensa actividad desarrollada por nuestro escritor no se concretizó en su labor como director de *La Monarquía* que él solo confeccionaba en sus últimos tiempos. Sigue colaborando con igual intensidad, al mismo tiempo, en las páginas de *El Comercio de Córdoba* y de *El Diario de Córdoba*, siendo además director del semanario *El Toreo*. Con los ejemplares de *El Comercio* ha pasado lo mismo que con los de *La Monarquía*, *El Toreo*, *La Lealtad* y *La Voz de Córdoba* (en su primera época), donde colabora, hasta ahora no existe constancia de ellos en las hemerotecas cordobesas, por lo tanto, hemos perdido sus escritos. Colabora en el

³⁰ MONTIS ROMERO, Ricardo: *Notas cordobesas*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Tomo VIII, página 163 y siguientes, capítulo titulado “Tierra Andaluza”.

Almanaque del Diario del año 1899, publicación extraordinaria que la redacción solía confeccionar anualmente. En el de este año traía una portada de Romero de Torres, un fotograbado de Laporta, santoral, callejero, noticias, balance literario cordobés, anuncios y en el *Ramillote Literario* figuran inspiradas composiciones en prosa y verso de Rosario Vázquez, Francisco de Borja Pavón, Teodomiro Ramírez de Arellano, M. de Jover, Juan Tejón y Marín, Pedro Alcalá-Zamora.³¹

Un caso aparte representan sus artículos en el *Diario de Córdoba*, donde colabora asiduamente desde el año 1897 hasta 1910, escasamente dos años antes de su muerte. Artículos que son crónicas, resúmenes de noticias, comentarios, opiniones y creaciones literarias hasta un total de 152, número que damos con ciertas reservas pues en los archivos de la Biblioteca Municipal de Córdoba y Provincial donde hemos consultado faltan muchos números. El conjunto de estos artículos forma casi en su totalidad las páginas de este trabajo de recopilación y estudio de su obra.

Como dice Ricardo de Montis, durante el siglo XIX y gran parte del XX entre los literatos y periodistas españoles se extendió la moda de los seudónimos. Como ejemplos podemos citar a Mariano José de Larra el de *Fígaro* y Cecilia Bhoil el de *Fernán Caballero*. En Córdoba abundan los ejemplos. El insigne Juan Valera firmó obras con el nombre de *Un aprendiz de helenista*; Julio Valdelomar firmaba con el anagrama de *Maria J. Vlaudello*, Manuel Fernández Ruano, *Martín Garabato*, Juan Menéndez Pidal, *Walfrido*, Francisco Ortiz Sánchez, *Fray Tranquilo*. Como en toda la prensa cordobesa en *La Monarquía*, el ingenioso escritor Esteban de Benito usó el seudónimo de *Poliuto*, y más tarde Pedro Alcalá-Zamora el de *Luis Estremera*, en las crónicas y cuentos y el de

³¹ DIARIO DE CÓRDOBA: "El Almanaque del Diario", número 14701, 11 de febrero de 1900.

Lamparilla, en las reseñas de las corridas de toros.³² Como hemos tenido ocasión de ver más arriba *Luis Estremera* es el nombre y primer apellido de su abuelo materno, llamado Luis Estremera y Burgos. Con esto hacia una especie de justicia familiar, y compensaba a su madre, puesto que su nombre de pila, Pedro Alcalá-Zamora, era el de su abuelo paterno.

A todo esto se unen las publicaciones de obras de su propia autoría. La primera que tenemos datada en Córdoba, el año 1897, recién nombrado director. Es la obrita titulada *Empeño de honra*, un pequeño monólogo editado en los talleres de *La Puritana*, donde hemos visto se confeccionaba *La Monarquía*. Fue estrenada con notable éxito en el Gran Teatro de Córdoba que desde su construcción en 1871 por Pedro López Morales, acogió en su escenario todo tipo de espectáculos y grandes artistas de los más diversos géneros. Comedias, zarzuelas, óperas, conciertos, estudiantinas, cantantes de todas clases, funciones de títeres, prestidigitación e ilusionismo, bailes, películas cinematográficas con acompañamiento de bailarinas, variedades, así como actos políticos y festivales benéficos. Y naturalmente no podían faltar obras de estreno de distintos géneros, originales de Salvador Barahona, Blanco Belmonte, Julio Pellicer y Ricardo de Montis, entre otros.

Al año siguiente, 1898, en los talleres de *La Actividad*, publica ya un libro con más entidad titulado *Cuentos*, con prólogo del Duque de Hornachuelos, algunas de estas composiciones ya habían sido publicadas en diversos diarios. Con ellas demuestra la riqueza de su imaginación, la captación psicológica de sus personajes y variedad de temas, poniéndose a la altura de los grandes narradores.

³² MONTIS ROMERO, Ricardo de: *Notas cordobesas. (Recuerdo del pasado)*. Tomo V, página 49. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

UN CORDOBÉS DE PRIEGO

En los tres años de intensa vivencia en Córdoba, Pedro Alcalá-Zamora adopta a la ciudad como su segunda patria chica. Es más, en sus escritos posteriores, después de su marcha de la ciudad califal, trasluce con palabras llenas de nostalgia el profundo y sincero amor que profesaba a Córdoba, a su ambiente, a sus tertulias y a sus amigos. Córdoba para él fue una segunda madre. En ella encontró campo abonado para el desarrollo de sus inquietudes profesionales y amigos para alimento de su alma afectiva.

Desde el primer momento, desde sus primeras ausencias, siente una fuerte nostalgia por Córdoba, sus tertulias y su ambiente. Le dice a sus amigos de redacción, mientras estaba de vacaciones en Priego: *“Gozad, vosotros, de las amenas “soirées” del Teatro-circo; contemplando a la bella Ascensión Miralles, adorada por morenos y rubios; reíd a mandíbula batiente cada vez que el simpático Casimiro haga una de las suyas; disfrutad escuchando los melodiosos y dulces gorgoritos de la Grúa: yo, entre tanto, viviré en la holganza, recitando a menudo el famoso soneto de Bretón, y pasando la existencia entre bocado y ronquido, como cualquier animal doméstico que tiene conciencia de la dignidad de su ocio”*.³³

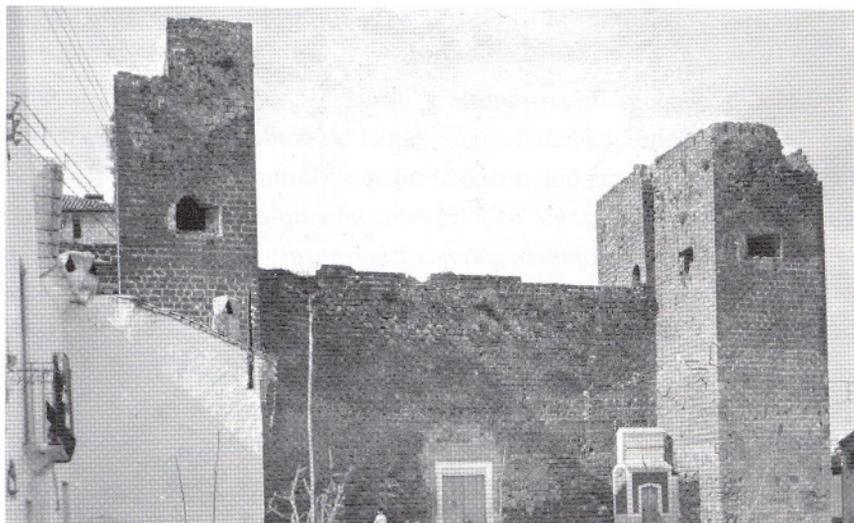
Y un mes más tarde a sus mismos amigos, pidiéndole la carta de respuesta que le deben: *“Un mes ha que aguardo, con el ansia que esperamos lo agradable, una carta, que en justa correspondencia a la que le dediqué apenas hube llegado a esta pintoresca comarca, me trajera los ecos de esa peña que forma el epílogo de nuestras noches, y de ese Gran Capitán, donde, durante el verano, pasamos las horas de holganza que los periódicos nos dejan, y a la verdad son muy pocas.*

³³ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: *Diario de Córdoba*, número 14491, 7 de julio de 1899.

*Deleitábame ya viendo entre las iguales líneas, con los ojos de la imaginación, las siluetas de las cordobesas y las flores con que adornan sus negros cabellos, que tan lindamente describe mi amigo Ricardo; creía oír los ecos de las causeries de última hora, que con tanto gracejo ameniza mi amigo Mariano, y ¡nada! El primero canta en sonetos, como Petrarca a Elena, y el segundo mantiene ociosa la donosa pluma. [...] Gozad, por las noches, de las delicias del paseo, admirando los ojos, la elegancia, los encantadores palmitos de nuestras paisanas; esparcid el ánimo oyendo a mi amigo Pepe Lacarra subrayar las picarescas seguidillas del contraamaestre, en Mariana, y aplaudiendo a su simpática hija, que se ha hecho una buena artista, en poco tiempo; yo, mientras, desde las gradas del trono de la dulce Pereza, cuyo leal servidor soy, os dedicaré un recuerdo amistoso, y entre bostezo y bostezo fraguaré un maquiavélico plan de venganza”.*³⁴

Ya en Madrid, le dice a su amigo Mariano Martínez Alguacil en un artículo en el que comenta el *Anuario del Diario de Córdoba* del año 1903: “[...] Amo a Córdoba con amor profundo: cuanto de ella viene, paréceme que me trae a este infierno madrileño, algo de esta tierra bendita, saturada del oxígeno de la Sierra sin par, del olor del tomillo, del romero y del azahar de sus naranjos; envuelto en los torrentes de viva luz de nuestro diáfano cielo eternamente azul, y vibrando con las melancólicas y primitivas cadencias de los aires regionales” *¿Qué extraño, pues, que versos y prosa de mis coterráneos, al llegar hasta mí, pasando por esa casa, cuyo grato recuerdo no me abandona y más se aviva cuando más se prolonga la ausencia, me inspiran el deseo de dedicarle unas cuartillas al DIARIO, si además se trata de un libro útil, en mayor o menor escala, y en el*

³⁴ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: *Diario de Córdoba*, número 14530, 17 de agosto de 1899.



Priego. Castillo



Priego. Carnicerías municipales

cual, por circunstancias ajenas a mi voluntad no he colaborado? [...]”.³⁵

Seis años después de su partida y desde Mahón, donde trabaja y se repone de su maltrecha salud, sigue aún el recuerdo intenso como manifiesta en estas palabras que dirige al mismo Mariano Martínez: “[...] *La noche hermosa, serena, me trajo el pensamiento de la lejana Córdoba, donde las noches son también serenas y hermosas, y que en tales momentos celebraría la velada de San Bartolomé.*

Allí, en los días caniculares en que el sol abrasa y el aire quema como el del desierto africano, las calles estrechas y tortuosas de árabe trazado ofrecen encantos singulares y gratas sorpresas, especialmente al atardecer, cuando las puertas se abren, permitiendo al ausente curioso escudriñar con la mirada los misteriosos patios de las casas ricas y los rientes y simpáticos de las pobres moradas de obreros. El toldo, que atajando el paso a la traviesa luz meridiana, mantiene el recinto que cobija en deliciosa penumbra; el rápido surtidor que al subir parece sutil columna de cristal y al descender la irisada lluvia produce murmullos suaves y cristalinos chocando contra la clara linfa que la taza de mármol aprisiona; las ligeras cortinas agitándose con indolente oscilación al más leve soplo del viento; la figura femenil, digna de ser descrita por un Bécquer, que blanco el vestido y vaporoso como la espuma, lee o se columpia en americana mecedora, hacen del tantas veces cantado patio cordobés algo extraordinario que únicamente allí se ve: un cuadro fascinador en que todo es elocuente y habla el alma con el mudo lenguaje de los colores y los aromas, que, combinados, impresionan los sentidos, despertando sentimientos vagos, dulces, inefables.

³⁵ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: “¿Puedo hablar?”, *Diario de Córdoba*, número 15773, 26 de febrero de 1903.



Priego. El pósito

Calles estrechas y de poco tránsito; plazuelas desiertas, en las que la yerba crece y el paso de los viandantes siguiendo siempre las mismas líneas, traza sendas, blanquecinas, en la verdeante alfombra. En una de las encaladas paredes que bordean angosta vía, se abre la puerta de una casa de obreros.

El patio, lo primero que se ofrece a la vista, está empedrado con gruesos, redondos y desiguales guijarros, bruñidos de puro limpios.

La pobreza de los vecinos no puede pagar marmóreos pavimentos; pero si no hay dinero, hay voluntad y brazos para tener la casa como los chorros de oro. Por obra y gracia de estos mismos brazos, el patio, que desnudo dejaría mucho que desear, está convertido en jardín, embellecido por los nardos, dompedros, miramelindos y jazmines, que en arriates y macetas ostentan su verde follaje y su flora policroma, ocultado resquebrajaduras, panzas y vetusteces de los muros.

Aquellos macizos de verdura ofrecen a las gentiles cordobesas de escultóricas formas, tez morena y ojos de fuego, las flores que colocan entre sus cabellos de azabache, realzando su hermosura en las noches de verbena.

¡Verbenas cordobesas! No; las veladas que se celebran en los barrios populares de la Catedral, Alcázar Viejo, Santiago, San Agustín, Santa Marina, no son verbenas madrileñas que pintara don Ramón de la Cruz y después su tocayo Mesonero Romanos; ni mucho menos los decadentes y chulaponas de nuestros días; tienen sello propio, netamente cordobés.

La banda de música que generalmente las ameniza les da cierto carácter que en nada se parece al que imprime el desafinado pianillo de manubrio, ruidoso regulador del “agarrao” indecoroso y procaz; el simpático Tío Vivo, sin la vistosa “mise en scène” que lo moderniza y adultera; el tío-vivo clásico, el prototipo, el de caballos azules, encarnados, amarillos, de pelo inverosímil y tosca talla, gira rechinando alegre como sonrisa de bonachón anciano, conduciendo regocijadas muchachas y mancebos, decidores, por cuyos ojos se desborda la satisfacción de vivir.

Las arropías, predilecta golosina de rapaces y mozuelos, que tampoco la desdeñan hombres hechos y derechos y mujeres de su casa, exhibenla en la aseada mesilla la típica arropiera. Bajo un cielo diáfano, de purísimo azul, el aire tibio, trae fragancias de romero y oleadas de azahar de la vecina sierra, y la muchedumbre semeja mar multicolor con corrientes, remolinos y oleaje.

La juventud, eterna princesa de la vida, espárcese gayamente, y en la atmósfera se respira algo jocundo y rejuvenecedor que vigoriza la sangre y ensancha el corazón. Acá y allá, atrayendo las miradas, como la luz a las mariposas, vense rostros femeninos de ojos grandes, fulgurantes y aterciopelados, que de vez en cuando tienen destellos diamantinos.

En las ricas cabelleras de ébano, blancos ramos de olorosos jazmines contrastan con el color de los cabellos que adornan, y en los frescos labios purpurinos retozan deliciosas sonrisas, provocadoras de requiebro andaluz breve, galante y agudo. Y el piropo llega, o más propiamente, el requebrar no cesa; porque a eso, a ver las buenas mozas y dedicarlas chicoleos poniendo a contribución el propio ingenio, va la chavalería —y los que ya pasaron a la primera y aún a la segunda reserva— luciendo el airoso castoreño y los trapitos de cristianar.

Las tabernas cercanas hacen su agosto despachando sin tregua copas, medias y botellas de dorado Montilla, que no es atrabiliario y penden-ciero, sino verboso y alegre, con parola inagotable y buen humor comunicativo.

Así, entre jolgorio y regocijo, cuyo rumor se va poco a poco extinguiendo; palabras dulces que pronunciadas quedo, muy quedo, al oído de las bellas, señalan el comienzo de unos amores, y nubes de verano que amontonándose por fútiles motivos empañan la dicha de dos novios, deslízase y termina la velada en paz, y no sé si en gracia de Dios...

La vibración de una campana, viniendo de lejos, háceme volver a la realidad. El mar, en calma, continúa como tembloroso espejo de plata; enfrente, en la isla del Rey, brillan las luces de Hospital militar, y detrás levántase para la poco elevada loma de San Antonio, recortando en el azul del cielo la ondulante línea de su cumbre y recordándome, como puede recordar lo pequeño a lo grande, la hermosa sierra que limita el horizonte del Gran Capitán, de la amplia arteria que no he visto prolongada hasta la estación, y sin embargo me parece contemplarla.

Me parece tener ante los ojos las larguísimas líneas luminosas que desde San Nicolás se extienden, como aéreos rieles de fuego, hasta la plaza de la Estación Central; las hileras interminables de veladores

de los cafés sosteniendo los panzudos y blancos botijos de la Rambla llenos de agua del Cabildo, clara y fresca; las tertulias en torno de ellos y el ir y venir con reposado paso de todo Córdoba, que pasea en su calle favorita, buscando aire fresco, y que acude al Teatro Circo a aplaudir los gorgoritos de la tiple o a reírse oyendo los embutidos de Ortas.

*Viendo todo eso con la imaginación, y mandando a la patria chica un suspiro que nostálgico se escapa, regreso a la ciudad a medianoche, en medio de silencio solemne que sólo interrumpe el suave chapoteo de las mansas ondas plateadas por la luna. Mahón, 28 agosto”.*³⁶

Igualmente, desde Madrid, cuando se produce un hecho de interés escribe entrevistas o una amplia crónica. Así nos cuenta las gestiones de Antonio Pineda, Alcalde de Córdoba que llega a la Corte para dar impulso a algunas obras pendientes de realización como la carretera de Córdoba a Villaviciosa y el arreglo de la estación de Cercadilla.³⁷ Canta el triunfo obtenido en Madrid por la Estudiantina del Centro Filarmónico, agrupación que obtiene el primer premio, actúan en el Teatro de la Zarzuela y en Palacio delante del Rey. *“Los cordobeses de todas clases y condiciones residentes aquí, miramos, como es natural, con gran cariño a nuestros paisanos, y experimentamos satisfacción vivísima por sus triunfos y honda emoción, recordando la patria chica, cuyas auras parece que nos acarician en estos momentos, llegando hasta nosotros en alas de las brillantes y dulces notas del malogrado Lucena y del maestro Rücker. Al paso de la Estudiantina por la calle Alfonso XII he visto llorar a algunas madres; probablemente serían cor-*

³⁶ ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER, Pedro: “Recordando a Córdoba”. *Diario de Córdoba*, número 17014, 2 de septiembre de 1906.

³⁷ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: *Diario de Córdoba*, número 15979, 30 de septiembre de 1903).

*dobesas a quienes aquel vivo recuerdo de la ciudad querida emocionaba hasta el punto de arrancarles lágrimas”.*³⁸

Este amor a su ciudad adoptiva no es óbice para ver sus defectos, o señalar caminos para su desarrollo. Le dice a su amigo Mariano Martínez:

– “*Si en Córdoba fuéramos sacudiendo lo más enérgicamente posible el atavismo, el dulce atavismo que nos hace propender a la indiferencia de las razas africanas que han dejado en nuestra vida honda huella de su larga dominación, la propaganda del clima sería constante tema de la Prensa periódica y justificado anhelo de la municipalidad. Trabajando con acierto y perseverancia, llegaríamos a convertir la incomparable Sierra en estación de moda en determinadas épocas del año, con gran beneficio para los intereses de la capital. Mas no divaguemos: si la empresa es larga, laboriosa y difícil, más difícil, laborioso y largo es acometer la empresa con la unanimidad y la decisión de que nos ha dado ejemplo Málaga y Alicante...*”³⁹

En otro de sus artículos sobresalientes analiza las causas de la indiferencia de los cordobeses a cualquier iniciativa de progreso con motivo de una reunión convocada por el conde de Torres-Cabrera, su antiguo jefe, que había citado a una reunión a más de novecientos agricultores y sólo asisten diecinueve. Ante esta indiferencia general, se pregunta: “*Nadie ignora, repito, todo eso, sin embargo, como si por un fenómeno atávico el fatalismo árabe reviviera en los actuales habitantes de antiguo Califato, estos ven venir el mal, vaticinan el desastre, protestan débilmente lamentándolo en privado, y se cruzan de brazos a aguardar estoccos que se cumpla lo que está escrito ¿Tal pasividad nace de la apatía*

³⁸ Ib. *Diario de Córdoba*, número 16117, 20 de febrero de 1904.

³⁹ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: *Diario de Córdoba*, número 15773, 26 febrero 1903.

meridional, pasado de raza? ¿Es consecuencia de la degeneración que el político inglés señalaba al clasificar a España entre los países moribundos?

¿Procede de la desilusión o de la falta de fe en sus propios conciudadanos? Difícil es pronunciarse. Sin embargo, obsérvese que los hijos de la tierra hispana, cuando se alejan del enervante ambiente nacional, son activos, emprendedores y constantes, y de sus buenas condiciones dan concluyentes pruebas en diferentes partes del mundo. Luego a un pueblo que cuenta con "tal materia prima", no debe considerársele como moribundo ni hay por qué creer en la degeneración de una raza que se transforma al sólo cambio del ambiente.

¿Proviene esa apatía de la falta de fe en los hombres y en las ideas?

Es verosímil, y en este caso el mal es hondo; pero el remedio está en la mano de los mismos pacientes, que en vano lo esperarán de aquellos en quienes no creen, impotentes para darlo por su propio esfuerzo, mientras no se les preste enérgica y eficaz ayuda.

¡País singular el nuestro! ¡Nadie cree en los repúblicos y, no obstante, todo se espera de su gestión con la pasividad más absoluta! Iniciativa y lamentaciones, censuras y propósitos, se traducen en palabras vertidas en reducidos círculos; la práctica nunca sigue a la teoría, ni la acción apoya al verbo, como si todas nuestras necesidades y aspiraciones quedaran satisfechas con el platónico desahogo de una disertación [...]".⁴⁰

Para el *Diario de Córdoba*, su periódico de toda la vida, es decir, desde que llega a Córdoba hasta unos meses antes de sentirse gravemente enfermo, le dedica palabras sinceras de agradecimiento por lo que repre-

⁴⁰ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: "Pasividad oriental", *Diario de Córdoba*, número 16987, 5 de agosto de 1906.

senta para él, tanto cuando vive en Madrid, como cuando trabaja en Mahón. Desde Madrid cuenta: “*Los cordobeses amantes de la histórica ciudad que lejos de ella residimos, constreñidos por la necesidad o alejados por otra causa, abrimos con ansia el DIARIO. Parece que él nos trae un cachito de vida cordobesa, evocando el recuerdo vivo de personas y lugares que nos son familiares; y mientras nos engolfamos en su lectura, creemos estar en la tertulia del Círculo o de la Cervecería, rodeados de nuestros habituales contertulios, oyendo voces conocidas y viendo caras de amigos. El decano de la prensa local es, pues, una necesidad para el cordobés neto*”.⁴¹

Y pasados los años, continúa con la misma opinión, quizá aún más viva: “*Cuando abrimos el DIARIO los que vivimos lejos de Córdoba, nos parece que acaricia nuestra frente la brisa de la sin par Sierra, perfumada de romero y azahar; creemos percibir los confusos, característicos rumores de los círculos y cafés, centros de reunión de nuestros amigos, y hasta nos forjamos la ilusión, a veces, de que una voz conocida hiere nuestro oído, y visiones de personas y lugares que nos son queridos surgen en la mente. Por eso le aguardamos con impaciencia, como a grata visita, y lo leemos desde la cabeza hasta el pie de imprenta, viviendo un rato en plena Córdoba y olvidando cuanto nos rodea [...]*”.⁴²

⁴¹ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: “Cosas de la semana”. *Diario de Córdoba*, número 16160, 2 de febrero de 1904.

⁴² ALCALÁ-ZAMORA ESTREMER, Pedro: “Sea para bien”, *Diario de Córdoba*, número 17149, 20 de enero de 1907.

NOCHEBUENA TRISTE

A pesar de las intensas relaciones sociales desarrolladas durante su etapa cordobesa, y a pesar de tener a algún buen amigo cerca como Ricardo de Montis Romero, también tuvo sus momentos de *esa soledad acompañada*, que muchos años más tarde nos recuerda el amigo en este artículo: “*Aquella Nochebuena, de los numerosos amigos que diariamente nos reuníamos en el café del Gran Capitán, sólo acudieron dos a la amena tertulia, Pedro Alcalá Zamora y el autor de estas líneas.*”

Las horas transcurrían para nosotros lentas, con una abrumadora monotonía; echábamos de menos la charla de los camaradas, sus bromas, sus rasgos de ingenio, el ruido y la algazara propios de la gente joven que no pierde jamás la alegría ni el buen humor.

Aquella soledad produjo en nosotros el aburrimiento, la memoria empezó a evocar los recuerdos de otras noches análogas más felices, de los seres queridos que se fueron para no volver, de la infancia que pasó y súbitamente nos hallamos envueltos en una verdadera nube de tristeza.

Las campanas de los templos comenzaron a lanzar sus vibrantes sonos al espacio; por las cristaleras del café veíamos pasar a los fieles que se dirigían a las iglesias; Alcalá Zamora y yo, sin previo acuerdo, nos levantamos de nuestros asientos a la vez, diciendo casi a coro: vamos a la Misa del Gallo.

Pocos momentos después estábamos en el templo de San Nicolás.

Un sacerdote muy anciano celebró el Santo Sacrificio, ante un gran concurso, formado en su mayoría por hombres y mujeres del pueblo.

Durante la ceremonia desencadenóse un furioso huracán; densas nubes cubrieron la atmósfera y empezó a llover torrencialmente.

Cuando, terminada la Misa del Gallo, salimos al pórtico de la iglesia, parecía que se habían roto las cataratas del cielo.



Priego. Fuente de la Salud



Priego. Iglesia de la Asunción

¿Dónde refugiarse de aquel inesperado temporal? Los cafés estaban ya cerrados; los alrededores del paseo del Gran Capitán semejaban una balsa enorme.

En medio de la densa oscuridad que nos envolvía observamos unas luces, las únicas que iluminaban aquellos lugares. Eran las del casino de la Peña, que aún permanecía abierto.

Allí nos dirigimos todo lo de prisa que nos permitía andar el agua-viento, el cual azotaba nuestro rostro y empapaba nuestras ropas.

En un diván próximo a la puerta dormitaba un camarero; el que estaba de guardia. En un ángulo del salón había un grupo formado por cuatro personas, todas silenciosas y meditabundas.

Fuimos a engrosar el grupo y se suscitó un animado diálogo que duró muy poco tiempo.

Nadie tenía ganas de hablar, todos parecíamos sumidos en hondas meditaciones.

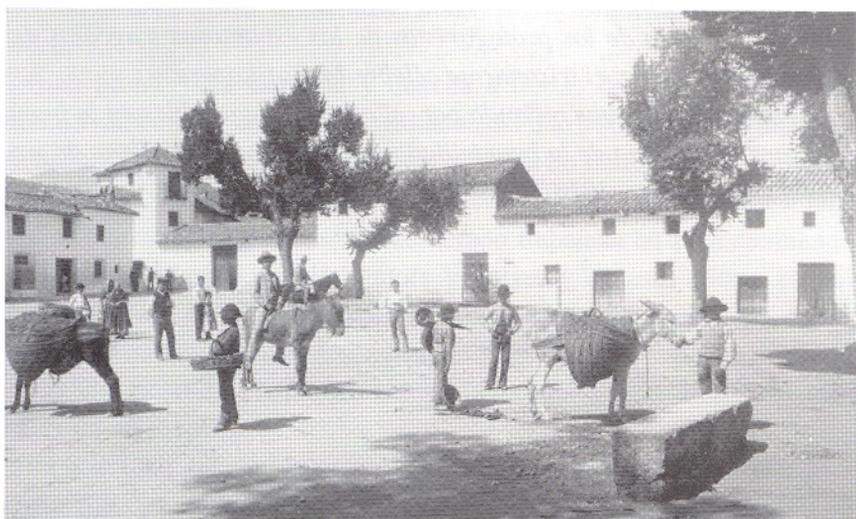
Uno de los contertulios, bebedor impenitente, hallábase ya bajo la influencia del alcohol, y, dando traspiés, retiróse a otro ángulo del salón para que le dejásemos dormir tranquilo.

Pedimos unas copas y se reanudó la conversación, pero no una charla animada y alegre, sino triste y fría como aquella noche tempestuosa.

Todos recurrimos al arsenal de los recuerdos; un joven militar, compañero mío de estudios, hablábanos de las hermosas fincas que sus padres, ya arruinados, poseyeron en un pueblo de la provincia, en las que pasamos, felices, algunas temporadas de vacaciones; otro joven, de negra barba y rostro pálido, también rememoraba episodios de su niñez, que transcurrió, asimismo, en la sencilla morada campesina de una apacible aldea; Alcalá Zamora narraba, con amargura, las suntuosas fiestas a que asistió algunas nochebuenas en el extranjero.



Priego. Plaza del Palenque. Teatro Principal y pósito. (Foto García Ayola)



Priego. Plaza del Reñidero

La otra persona que figuraba en el grupo, un hombre de unos veinticinco años, de carácter sombrío, escuchaba atentamente a los demás, sin intervenir apenas en la conversación.

Cuando la lluvia y el viento amainaron un poco, todos nos dispusimos a retirarnos a nuestros hogares, quedando súbitamente deshecha la inesperada reunión.

El joven de la barba negra y el rostro pálido exclamó al despedirse, con una amargura infinita: ¡dónde estaremos la Nochebuena del año próximo!

Aquel infeliz, hijo de una buena familia de desahogada posición, a quien el vicio impulsó a dedicarse a crupier de las casas de juego, el 24 de Diciembre del año siguiente ocupaba una cama de un hospital, donde murió poco tiempo después.

El individuo que escuchaba a sus contertulios y apenas intervenía en la conversación, se hallaba en el calabozo de una cárcel, a dos pasos del patíbulo; era uno de los protagonistas de las espantosas tragedias del Huerto del Francés; el tristemente célebre Muñoz Lopera.

Los demás seguíamos rodando por el mundo, incansables en la lucha que para la mayoría de la humanidad representa esta vida, llena de sinsabores. Diciembre, 1918.”⁴³

⁴³ MONTIS ROMERO, Ricardo: *Notas cordobesas*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1989. Tomo III, páginas 143 a 146.

Capítulo III

CORRESPONSAL EN LA PENÍNSULA Y BALEARES

El cierre del diario *La Monarquía* dejó a Pedro Alcalá-Zamora, viviendo en Córdoba y sin empleo, dedicado a la publicación de sus libros y a la colaboración con *El Diario de Córdoba*. Sobre esta situación comenta Ricardo de Montis: “*Al desaparecer del estadio de la prensa local el órgano del partido conservador, el cuentista y traductor de novelas que en él había empezado a esgrimir las armas del periodismo, logrando en muy poco tiempo colocarse en primera fila entre la legión de sus camaradas, quedó en situación análoga a la que atravesara en Madrid cuando se decidió a sentar plaza.*”

Pero tampoco ahora se amilanó; con gran entereza, sin vacilaciones en su espíritu, sin perder un momento la alegría y el buen humor, arrojó todos los rigores de la adversidad, privaciones, dolores físicos y morales [...].”

Bien pronto deja Córdoba y marcha a tierras de Jaén, instalándose definitivamente en la capital a mediados del año 1900. Aquí permanecerá hasta agosto del 1902, es decir, su estancia en tierras del Santo Reino duró dos años. Los motivos por los cuales deja Córdoba y marcha a Jaén no los hemos conseguido. Por este tiempo trabajaba en Jaén ejerciendo la abogacía Manuel Alcalá-Zamora y Torres y en esta misma capital fue presidente de la Audiencia Antonio J. Caracuel y Cámara, ambos familiares suyos, aunque muy lejanos. Es posible que trabajara en algún periódico, posibilidad que no hemos investigado, pero que pensamos hacer en un futuro.

La actividad documentada que desarrolla en Jaén se concretiza en las facetas de director del semanario *El Toreo*, redactor o corresponsal de *El Diario de Córdoba* y la edición de sus libros.

Su labor como publicista de sus propias creaciones se amplía con la publicación de su libro *Más cuentos*, en el año 1902, con prólogo de su compañero Guillermo Belmonte Müller y editado en la imprenta del *Diario de Córdoba*. Por este tiempo ya había publicado, como hemos visto, *Empeño de honra*, *Cuentos* y una novela titulada *Mademoiselle de Chateau Plat*, y tenía en prensa otra novela llamada *El secreto de una muerta*. Además trabajaba en otra, llamada *Los espejuelos rojos* y en una colección de artículos que llevaba por nombre *Tipos cómicos y cosas ridículas*.

Algunos de los artículos que publica el *Diario de Córdoba*, mandados desde Jaén por Pedro Alcalá-Zamora, se inician con la frase *De nuestro querido compañero de redacción* o *De nuestro redactor Alcalá-Zamora*, nunca dice “corresponsal”, sino “redactor”. Hemos recopilado una treintena larga de artículos que suele encabezar con los nombres “De viaje”, “Charla”, “Desde Jaén”, “De la semana” o con el nombre del tema que crónica o comenta.

Nos enteramos que es director del semanal *El Toreo* por una carta suya que publica el *Diario* para aclarar una noticia mal interpretada: “UNA CARTA Y UN SUELTO.- Señores directores del Diario de Córdoba, El Español y El Defensor. Muy señores míos y distinguidos compañeros: el exceso de original obligó a retirar alguno del número XVII de El Toreo, correspondiente al día 6 del mes actual; entre estos originales tocó por error, y sin que yo interviniera en ellos, a un suelto, que decía así: “Dice El Liberal que en el entierro del gran Rafael, llevó una cinta don Juan Antonio Montero en representación de la prensa madrileña y de la de Córdoba.

Por lo que toca a aquella nada ha que objetar, pues el señor Montero es corresponsal de El Imparcial; pero en cuanto a la segunda, el señor Montero no tiene con ella más afinidad que la que puede haber entre una escribanía de actuaciones y la redacción de un periódico.

La circunstancia de ser semanal El Toreo, hace que la publicación de estas líneas en el número próximo viniera a distancia muy larga del suceso; como creo que el señor Montero debe rectificar, en la parte indicada, lo dicho por el popular colega madrileño, si hubiere error, o justificar el haber asumido una representación que ostentar no podía, con tal fin acudo a las columnas del ilustrado periódico que usted dirige.

Dándole las gracias, me repito suyo, buen amigo y afectísimo compañero q. b .l. m. d. ud, PEDRO ALCALÁ-ZAMORA. Director de El Toreo Córdoba, 7 agosto 1900”.⁴⁴

Se explica pues que en sus crónicas desde Jaén y provincia abundan sus comentarios sobre espectáculos taurinos. Corridas, novilladas y charlotadas son objeto de su atención y para ello se desplaza en tren, ómnibus o a caballo al pueblo o ciudad donde se celebran la fiesta, sobre todo en época de verano y en el primer año de su estancia en tierras jienenses. “*La actividad de mis viajes veraniegos tiene algo de ardilla, -según define ésta el caballo de la Fábula- y precisamente porque no reposo, carezco de tiempo para enterarme de lo que pudiera constituir la base de una carta de información*”, nos comenta en una ocasión. A la feria de Martos acude en compañía de un amigo también periodista, para ello toma el tren Linares a Puente Genil. “*Poco después apareció a lo lejos Martos, recostado en la histórica peña. Si has visto de noche un Nacimiento con sus inaccesibles pendientes y sus casas iluminadas, que parecen colocadas una encima de otras, puedes formarte una idea del cuadro que el pueblo ofrecía*”.

Asiste a la novillada de Linares donde actúan Tremendo y Alvaradito, en la que mueren nada más y nada menos que quince jamelgos corneados por los toros.

⁴⁴ ALCALÁ-ZAMORA, Pedro: “Una carta y un suelto”, *Diario de Córdoba*, número 14873, 8 de agosto de 1900.

En otra ocasión sale de Santiago de Calatrava montado a caballo y en Martos toma el tren para ir a la feria de Cabra: *“Cerca de treinta kilómetros debe de ser la distancia verdadera, y recorrerla a caballo, bajo un sol de justicia, es un martirio; nubes de polvo envuelven al desdichado viajero, que suda el quilo merced a la alta temperatura, y llega a su destino rebozado como pescado que van a freír.”* Detalla con cierta pena el retraso de los trenes que muchas veces es de horas, así como el barullo que se forma en los vagones de tercera. *“He visto a mis buenos amigos los señores Cienfuegos, Albornozy y Zejalbo, capitán el primero y tenientes los segundos de Sagunto; los tres han venido a caballo: un recorrido de 70 kilómetros, que es una verdadera marcha de resistencia. Torean Bonarilo y Parrao.”*

Desde Herencia va a Alcázar de San Juan en ómnibus. Describe la chiquillería y la gran cantidad de gente desocupada que acude a ver a los viajeros. Allí es invitado a casa de doña Antonia Montes. En la corrida, pasada por agua, actúa *Manolete* (padre) y *Torerito Chico*. Después asiste en Úbeda para ver a *Lagartijo*, y por supuesto a las que se dan en Jaén, capital donde contempla las faenas de *Lagartijo*, *Mazzantini*, *Algabeño Chico* y *Gallito*, entre otros.

Retrata bien los acontecimientos sociales más importantes de Jaén. Como la Semana Santa; las fiestas del Carnaval, con sus fantoches y máscaras; los bailes y conciertos de la familia Moretti en el casino ubicado en el antiguo palacio del Condestable de Castilla Miguel Lucas de Iranzo; la llegada masiva de quintos para incorporarse a filas, hasta el punto de hacer dos turnos en la fonda del Comercio donde se aloja; la implantación de los contadores de energía eléctrica y la consiguiente subida de la factura de consumo; romería de la Cabeza; baños de Jabalcuz; los chanchullos en Linares para librar a jóvenes del servicio militar; los conflictos de los obreros; los temporales prolongados y la

apertura de la cocina económica con bonos de 15 céntimos, para calmar los horrores del hambre; y la misa multitudinaria celebrada en la catedral con motivo de la entrada del nuevo siglo. Del extinguido XIX hace un exhaustivo análisis, de los progresos y adelantos industriales y de las numerosas guerras e invasiones de los países poderosos: *“El siglo en que más rudo contraste ha formado el progreso y la barbarie; la libertad y la opresión; la moralidad y la desvergüenza”*.

Temas de contenido general son objeto de sus comentarios como el bandolero *Conole* que ha formado partida en Levante; la lucha contra la mendicidad que sostiene el alcalde madrileño, mientras que en Cataluña se hace campaña para la abolición de las corridas de toros, asunto con el que él no está de acuerdo, y las elecciones, con opiniones de rigurosa actualidad: *“Pero entre tanto, las elecciones son un acontecimiento que pone en actividad la política menuda y en campaña a los que aspiran a hacer la felicidad de la provincia labrándose, de camino, la suya propia”*.

Otros temas de su interés, siempre tocados con una gran maestría y corrección, son la soberbia, la avaricia, y algunas modas como la colocación de nombres en las calles de personajes sin importancia, la proliferación de agencias matrimoniales donde pican tantos incautos y la crítica graciosa que hace de los sombreros de su época: *“El sombrero generalmente feo a que aludo es el complicadísimo artefacto que la moda ha colocado como remate en las cabezas femeninas. A veces parece cesto de verdulera repleto de frutas y legumbres; en ocasiones se presenta como cajón de costurera con muchos y variados trapos multicolores; ya semeja nido de pajaritos con todos los accesorios, volátiles inclusive, y montón informe siempre; a menudo campea sobre él una nube de tul, trasunto de la que en el momento oportuno oculta a los ojos de los espectadores la estatua de doña Inés de Ulloa, o un brillante “esprit” tembloroso como cabeza de perlático”*.

Y desde luego no olvida la Córdoba de sus amores. Un extenso y documentado trabajo dedica a la encomiable labor de la Cruz Roja cordobesa realizada a través del hospital. Así como del calor que se suda en Córdoba los días de verano, y lo poco que se lava la gente, que huyen del agua como gatos, y el que más se lava, lo hace los domingos y las fiestas de guardar, pero sólo la cara y las manos. *“El resto del cuerpo, lo que no se ve, deben de tenerlo estos individuos cubierto de retratos y del año que se les pidan, como las cascarrías que llevaba en el manteo el estudiante del cuento [...] Conozco a más de un hidrófobo, para acercarse al cual es necesario tomar antes la precaución de ponerse tampones en las narices [...] Y acaba con la causa de sus vigiliias y desvelos nocturnos: “¡Las chinches! ¡Las moscas! Plagas veraniegas, que con los pianos de manubrio y el calor, son terribles enemigos del sueño; y si a esto se añade la fortuna de habitar en una casa cercana a un campanario, se comprenderá que haya momentos en que el hombre piense en la paz de los sepulcros”*.

DE NUEVO EN MADRID

Como hemos dicho más arriba, en agosto de 1902 vuelve a Madrid. Deja Jaén y su provincia y decide sentar de nuevo plaza, allí donde las posibilidades de trabajo son más numerosas. Su viaje hacia la capital de España buscando nuevos rumbos nos lo explica él mismo en una de sus primeras crónicas publicadas en el *Diario de Córdoba*: *“Ocho viajeros veníamos en el departamento que me tocó en suerte. A poco de salir de Córdoba siete dormían a pierna suelta y yo unas veces les miraba de envidia, otras me entregaba a la contemplación de paisaje, al poético “clair de la lune”, y alguna, también, intenté en vano el conciliar el*



Calle de Alcalá de Madrid

sueño. Así pude disfrutar del hermoso panorama que, visto a la luz del astro de la noche, ofrecía Despeñaperros; cuadros fantásticos, en los que los altísimos picos, las enormes masas de rocas y las sombras combinaban las más absurdas y monstruosas figuras. ¡Qué agradable temperatura en Santa Elena, qué aire tan saturado de oxígeno y con cual ansia lo respiraba yo, al salir medio asfixiado de un coche lleno de sudorosos viajeros y forrado de grueso paño, donde el polvo y el carbón me ahogaban!”.

Si en Jaén le fue bien o mal en su actividad, no lo sabemos exactamente y por lo tanto las razones de su vuelta. Por palabras de Ricardo de Montis conocemos “*que torna a Madrid para proseguir dedicándose a la traducción de obras extranjeras*”.⁴⁵ Sin embargo, esta actividad de tra-

⁴⁵ MONTIS, Ricardo de: *Diario de Córdoba*, número 19132, 31 de agosto de 1912.

ductor no será la única, porque ciertamente trabajaba además en la redacción de un periódico, al menos en algunas temporadas, como él mismo comenta en unos de sus artículos cuando critica el ruido infernal, con su música en conserva, que hacen los organillos ambulantes que pueblan las calles de Madrid y aturden a los ciudadanos en busca de tranquilidad y reposo: *“Resulta muy grato para el que se retira de la Redacción cuando empieza a amanecer, que le alegren las primeras horas de la mañana con el famoso tango del Cangrejo o los no menos célebres “couplets” de “La Muñeca”; y es también delicioso un chotis “pertinaz” cuando está un desdichado devanándose los sesos para emborronar unas cuartillas. Sea todo por Dios, y séanos leve el redivivo organillo”*.

En otra ocasión, con motivo del comentario que hace al *Almanaque del Diario*, justifica sus elogios, diciendo que está todo el año escribiendo de lo que le viene en gana: *“[...] Porque las conveniencias sociales, esas pícaras conveniencias que ponen el veto cuando les place, no toleran que quien pasa el año escribiendo de lo que le viene en ganas, aplaudiendo o censurando, con arreglo a su manera de ver errónea o acertada, pero suya al fin, diga un día, porque así lo siente lo que han hecho los de casa me parece muy bien”*. Y escribe y escribe, en su habitación por la que pagaba en tiempos normales quince pesetas, en el café o en el restaurante donde acude a almorzar, porque sigue estando soltero y sin relación conocida desde que volvió de Italia, donde se hacía siempre acompañar por una chica negra. Su tiempo de trabajo constante se ve cortado por algunas gripes y resfriados menos graves, o por enfermedades más serias. Para justificar la interrupción semanal de sus crónicas en la prensa cordobesa, detalla a los lectores en el 1904: *“El hombre propone y Dios dispone”*, dice el adagio. *Aunque mis propósitos eran no interrumpir estas periódicas comunicaciones con los lectores del DIARIO, la Salud, dama caprichosa y testaruda, lo ha dispuesto de otro*



Gran Vía de Madrid

modo; y cuando tras larga interrupción de señales de vida y pensaba reanudar mis trabajos hebdomadarios, ella me lo prohibió terminantemente. Mis buenos deseos fueron, pues, estériles y la inacción forzosa. "Sic voluere fala". Posible es que el amable director haya censurado "in petto" mi obstinado silencio; no por la pérdida que para el DIARIO

represente que seguramente no es ninguna, sino por el incumplimiento de la obligación por mí contraída; pero me consuela pensar que líneas más amenas han ocupado el espacio destinado a estas croniquillas [...]

Tampoco tenemos datos de sus salidas de la capital madrileña. Al llegar el verano solía escribir artículos contando el despoblamiento de Madrid en la época estival, incluso familias carentes de medios, con el exclusivo fin de guardar las apariencias, empeñando ajuares o pidiendo préstamos por los que pagaban el no despreciable interés del sesenta por ciento. Como nos cuenta, él se encontraba entre los “inamovibles”, está claro que no andaba muy sobrado de pesetas, a pesar de la intensa actividad que llevaba: *“Hablando de los que se van y se quedan sin vacaciones: Por aquí quedamos, como dijo cierto torero cordobés, si la fama no miente, para ponderar la escasa concurrencia que hay en la plaza, los “músicos y acá”, es decir, los “forzosos”, los “inamovibles”, y los gatos”*.

En Madrid permanecerá hasta finales de abril del año 1906. En estos casi cuatro años de estancia en la capital del Reino le hemos recopilado casi sesenta artículos, bastantes menos de los que sin duda mandó, porque los solía hacer semanalmente con los nombres *De domingo a domingo*, *Cosas de la semana*, *Desde Madrid* o el nombre del tema del que escribía.

En este amplio catálogo de artículos predominan los de tema madrileño. Así nos enteramos ampliamente del Madrid de principios de siglo XX, un Madrid al que frecuentemente le hace duras críticas, a la vez que analiza las causas del problema y expone las soluciones. Temas variados como la vida misma, o como él diría en el francés que tan bien escribe y habla *“c’est la vie”*. Entre esta variedad de temas, podemos citar, la mortalidad infantil, que alcanza casi la cifra de quinientos al año, la mayoría niños menores de cuatro años, debido a las malas condiciones de las viviendas, alimentación deficiente e infecciones como el tifus exantemá-

tico y la tuberculosis; el baile social que se crea con cada crisis gubernamental; la pésima organización de la policía española como indudablemente origen de la impunidad y libertad que gozaba la gente de mal vivir; los numerosos crímenes que se comenten de todas clases y motivos, así como los suicidios; la contaminación de alimentos, tema del que dice que no pasaba un día sin que no se descubran nuevas adulteraciones; el contraste de las tiendas de lujo y el ejército de haraposos deambulando por las calles, sobre las mendicidad madrileña sus crónicas son escalofriantes, tema recurrente al que acude muchas veces; las celebraciones anuales como las juergas de Nochevieja, la esperanza de progreso que depositan los españoles en la lotería, carnaval, Corpus, Cuaresma a la que nadie hace caso, verbena de San Juan, ambientes taurinos y callejeros, con sus disputas y controversias, día de difuntos con la gente acudiendo en masa a los cementerios; acontecimientos de gran trascendencia como el recibimiento del presidente de la República Francesa y la pillería de los vendedores callejeros y fondistas para engañar a los visitantes extranjeros, la muerte del papa León XIII, o el entierro multitudinario de Núñez de Arce; asuntos de la moda como los pantalones blancos cuidadosamente arremangados que causan furor, el bando del alcalde desterrando del teatro los monumentales sombreros de las señoras, creando una monumental polémica parecida, salvando las distancias, al motín de Esquilache, las señoras se defienden pidiendo que no se fume en los teatros porque la gran cantidad de humo impide ver con claridad; o el nuevo y fresco uniforme de rayadillo y la gorra blanca de la guardia municipal; variados estrenos teatrales y de zarzuelas, algunos de pésima calidad, que a veces crean problemas de orden público o causan escándalo como *La chica del maestro* y *El vals de las olas*; catástrofes como graves accidentes ferroviarios, las muertes causadas por el tranvía, incendios como el que destruye el teatro Eldorado, dejando a más de

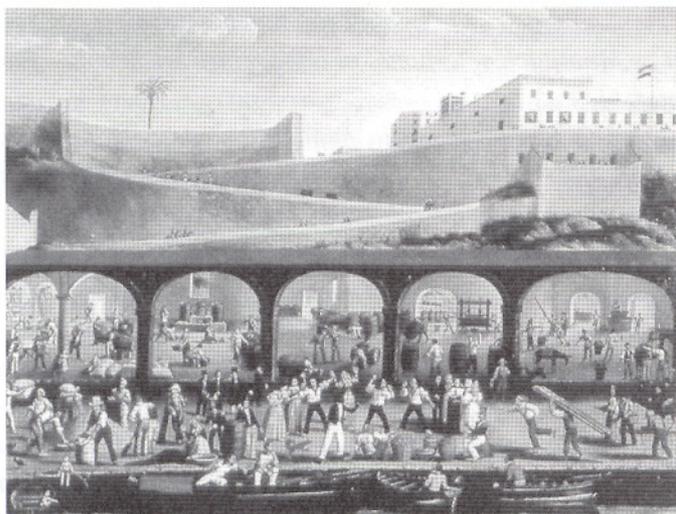
doscientas familias sin empleo o el que destruye el asilo de mendigos de la Montaña; algunas reformas en Madrid como la construcción de la Gran Vía, que al final nos dice que se había quedado en una “vía grande”; y la expectación que levanta un acróbata llamado *Diavolo*, que montado en bicicleta recorría una pista en espiral.

Entre los temas de contenido no madrileño podemos destacar la fuga de Cecilia Aznar, *Tobalito* y *Paquichi*, estos últimos en Cádiz y el ridículo que hace la policía. De asuntos internaciones comenta la guerra civil de Marruecos y las noticias contradictorias de los periódicos, el asesinato de los reyes de Servia, la guerra ruso-japonesa y el peligro amarillo. Y como temas de contenido costumbrista y filosófico la poca importancia que se le da en España a la pérdida del tiempo.

Y desde luego no olvida los temas y personas de su amada Córdoba, ya comentados anteriormente.

DE INTÉRPRETE EN MAHÓN Y OTROS PUERTOS

En de abril de 1906 viaja en tren de Madrid a Barcelona, aquí tomará un barco que lo lleva a Menorca y concretamente a Mahón, ciudad de su nuevo destino, donde había conseguido un trabajo por oposición como intérprete en el servicio de Sanidad exterior. En la primera de sus crónicas nos da cuenta de los detalles de su salida de Madrid: *“Después de largo período de silencio, impuesto por mi quebrantada salud, reanudo hoy mi interrumpida comunicación con los lectores del DIARIO, suponiendo que algunos tengan la bondad de echar una ojeada a mi prosa; téngome la ilusión de que así ocurre, y tengo hasta el hiperbólico punto de creer que alguien ha advertido mi prolongado callar. Consigno mi gratitud, y prosigo.*



Escena del puerto de Mahón (anónimo menorquín)

En busca de vida tranquila y aires nuevos, salí de la villa tres veces coronada, triple diadema que no le impide disfrutar de incomparables elementos patológicos y edilicios, para merecer también el remoquete de “Ciudad de la muerte”. Y la muchedumbre de curiosos y de amigos de los viajeros, que acude al zarpar un buque, espectáculo siempre igual, emocionante siempre.

[...] Yo era el único cuya diestra nadie estrechaba, el único que miraba indiferente el agitarse de los blancos pañuelos en ademán de despedida, al que al apartarse de la orilla no dejaba en tierra inquietudes ni zozobras ni las abrigaba en el corazón.

Rápida remembranza de lo pasado me dio instante de nostálgica melancolía.

Los pañuelos seguían agitándose ya casi imperceptibles; la muchedumbre iba trocándose a la vista en negra mancha que resaltaba sobre

el fondo de los edificios; la ciudad fue hundiéndose poco a poco en el horizonte, y Montjuich se esfumó, al cabo, entre las brumas. Estábamos en alta mar.

[...] Cerca de las nueve de la mañana me despertaron el girar de cabestrante y duro ruido de cadenas; fondeábamos en Mahón. Yo había dormido diez horas seguidas, al cabo de muchos meses de no lograr gozar del sueño más que un par de horas cada noche. Mi curación empezaba con el cambio de aires, y en menos de un mes me he restablecido casi por completo.

A Dios gracias, señor Director, puedo reanudar mis interrumpidas tareas, y en cartas sucesivas iré dando cuenta de mis impresiones”.

Recalcamos pues lo que él mismo nos cuenta: sale de Madrid en busca de la salud, llevaba muchos meses durmiendo sólo dos horas diarias, y ya en el barco “*el único que no dejaba inquietudes ni zozobras ni las abrigaba el corazón*”, todo lo cual son claros síntomas de una depresión mayor. Enfermad que no pudo con él en la isla y que fue desterrando como manifiesta y después demostraría por la gran cantidad de trabajo desarrollado en su estancia en la isla balear. Y la actividad es uno de los síntomas más evidentes de salud síquica y mental. Sin embargo, nada nos dice de otra enfermedad que ya le estaba minando la salud y que sería probablemente la causa de la pérdida de sueño y de la depresión: un cáncer de laringe, al que no pudo detener y que finalmente acabaría con su vida unos años más tarde. De su hábito de fumador, conocemos una referencia de él mismo, fechada en agosto de 1900 cuando se dirigía en tren a la feria de Martos (Jaén) en compañía de otro periodista: “*Íbamos solos, chupando dos endiablados cigarros de los que la Tabacalera tiene ahora la bondad de vender a medio real y hay que fumarlos al lado de la vela, haciendo antes las disposiciones testamentarias para prevenir*

un caso de intoxicación [...]". Por desgracia, el augurio hizo diana en su persona.

A finales de mayo de 1906, pocas semanas después de su llegada a Mahón vuelve de nuevo a Madrid. No sabemos si por causas profesionales, para tomar posesión de su nuevo destino, para entregar alguna traducción o por visita médica. Reside un mes largo y tiene ocasión de cronicar los tristes sucesos ocurridos el día de la boda de Alfonso XIII y el aspecto de Madrid y los sentimientos de la gente con tal motivo. Y como es habitual, sus viajes en tren están siempre llenos de molestias que nos suele contar con toda clase de detalles. De este Madrid-Barcelona, ya definitivo, nos cuenta: "*¡Qué tren y qué viajito! Entre unas respetables matronas, no sé si aragonesas, y un número considerable de cestas, maletas, maletines, sombrereras, mantas y paquetes de todas formas y tamaños, vine hasta Zaragoza, como sardina en lata, mientras halagaba mis narices la consecuencia de calor complicado con la media docena de casas de baños, de que hablaba en mi carta anterior, para medio millón de madrileños, y acariciaba mi oído la charla incesante, ingeniosa y amena de uno de los graciosos que siempre brotan por generación espontánea, como los hongos, en los trenes y en las fondas*".

A la llegada a Barcelona, antes de tomar el barco, pasa un fin de semana junto a Guillermo Núñez de Prado, un poeta cordobés a quien había conocido en Córdoba viviendo de una forma bohemia e informal, pero ahora había sentado cabeza, se había casado y había conseguido un empleo para llevar su hogar. Se sorprenden agradablemente del cambio tan radical experimentado por este amigo y compañero de inquietudes literarias.

Ya en Mahón, Pedro Alcalá-Zamora resaltará en varias crónicas la vida tranquila y el lento discurrir de los días. "*Aquí ocurre lo mismo que podría suceder en el Limbo, donde, según el dicho vulgar, no sucede*

nada, absolutamente nada”, nos dice, a la vez que admira uno de los rasgos sobresalientes de los mahoneses: “*Un observador dado a investigaciones psicológicas podría llenar muchas cuartillas con el estudio moral de un pueblo que no da que hacer al juzgado y ama la buena música, prefiriendo las frases de Bizet, Massenet, Puccini y Leoncavallo, las melodías de Bellini, Verdi y Donozetti y los conceptos de Meyerber, a los clásicos “jipíos” de nuestra gente de bronce, que distan tanto de la pintoresca y primitiva inspiración popular como del arte*”.

El Bien Público, diario de Mahón, el lunes 21 de mayo de 1906, año XXXV, número 9924 recoge al respecto: “**OJEADA A LA PRENSA.** EL “*Diario de Córdoba*”, en su número correspondiente al día 13 del actual, publica una “*Carta Menorquina*”, debida a la bien cortada pluma de nuestro estimado amigo D. Pedro Alcalá-Zamora.

En ella se describe la pintoresca perspectiva que ofrece desde el mar esta población; se ensalza la limpieza de las vías y casas de esta ciudad, se canta un himno a la honradez y carácter apacible de los menorquines, poniendo para demostrarlo en boca de nuestro inteligente y recto Juez de Primera Instancia la siguiente frase: “Yo creo que acabaré por olvidar el oficio, porque aquí nadie delinque”.

En dicha carta se retratan también con fidelidad diferentes costumbres del país, haciendo notar la afición al bel canto y consignando otros datos que demuestran la impresión favorable que de esta isla ha recibido el autor, en el corto tiempo que lleva aquí de residencia”.

Las largas horas del día que le deja libre su empleo, las llena con una actividad agotadora. Como ya hiciera en Jaén y Madrid, desde Mahón sigue mandando su crónica semanal al *Diario de Córdoba*, no sabemos si también lo hace a algún periódico madrileño, y además colaborando de una forma intensa con la casa editorial Sopena de Barcelona. Esta empresa le edita en 1908 un curioso libro titulado *Lecciones gráficas*, en

español-francés, y como decía el cronista de la obra, libro tan ameno como útil e instructivo, adornado con más de quinientos grabados, y que revela con exquisita sencillez la variedad de conocimientos de su autor, no menos que su competencia en materias filológicas y su dominio del idioma francés. Después de felicitarlo, añadía que se encontraba haciendo otros trabajos de índole parecida para otras casas editoriales.⁴⁶

De este trabajo fuera de la editorial Sopena no nos ha llegado por ahora información. Este mismo año de 1908, a principios de noviembre, nos lo encontramos a bordo del barco *El Cabañal* mientras lee el libro *Cantos de un poeta* de su paisano y tocayo Pedro de Lara: “*Hace quince meses que trabajo sin levantar mano en dos obras que debía terminar en plazo fijo; acabo de entregar la segunda al editor y de encargarme de otras, que me ocupará hasta fin de año, a la que no puedo robar, sin caer en falta, ni una hora de los cuatro meses que faltan; y para descansar; para distraer el ánimo, voy a recorrer rápidamente, en quince días –el editor no me deja ni uno más– Barcelona, Tarragona, Valencia, Alicante y Palma de Mallorca; total: siete días de navegación y los ocho restantes para visitar las cinco poblaciones. En estos siete días leeré lo que me queda por ver de este libro y emborronaré unas cuartillas*”. Añadiendo a continuación: “[...] *Me tomo quince días de solaz –un día justo por cada mes de trabajo– con intención de descansar y prepararme a una labor que no me dejará reposo en lo que queda de año; que quiero ver, aunque sea muy a la ligera, Tarragona, Alicante, Valencia y Palma...*”

Indudablemente unos de estos libros que le ocupan tanto tiempo y trabajo será el *Diccionario español-francés y francés-español*, cuya primera edición es de 1911⁴⁷ (según datos bibliográficos conseguidos por

⁴⁶ DIARIO DE CÓRDOBA: “Nuestros paisanos”, número 17617, 10 de mayo de 1908.

⁴⁷ En este año ya había sido trasladado a Alicante, estando unos meses en Algeciras.

Internet). Se harían numerosas ediciones posteriores —como ya indicamos más arriba— siendo la última en 1990, es decir, el diccionario fue utilizado ampliamente por millares de estudiantes franceses y españoles durante muchas décadas, quizás sea esta, hasta ahora, su máxima contribución al desarrollo cultural del pueblo, tema del que se había ocupado en muchos de sus artículos.

Sus temas de esta última etapa siguen la estructura de sus lugares de residencia anteriores, es decir, de referencia local, temas varios y noticias sobre Córdoba, estas últimas ya comentadas.

En sus *Cartas mahonesas* nos narra, con esa pluma a la que no le falta detalle, elecciones municipales donde critica el caciquismo persistente, el voto comprado y cautivo, nochebuenas, días de difuntos, la verbena de San Juan, donde empieza a emplear palabras en idioma balear, fiestas del Carmen, fiestas en Villa Carlos en honor de San Jaime con su típica carrera de caballos de la que hace sobresaliente descripción, de Nuestra Señora de Gracia patrona de Mahón, y algunas en los regimientos militares con los cuales tenía relaciones profesionales, como los festejos celebrados en el cuartel de Artillería en honor de Santa Bárbara, o el Dos de Mayo, en los que suele haber “*foot-ball a pie*”, un juego inglés y charlotada, espectáculo éste de los toros con pocos aficionados en la isla. De la vida cotidiana, destaca la paz de los veranos, la fresca brisa, los baños cómodos y agradables en aguas limpias y transparentes. Destacamos igualmente sus narraciones de naufragios que con tanto detalle conoce por servir de intérprete entre náufragos y autoridades portuarias.

En cuanto a temas varios, podemos destacar la traducción del artículo del periódico napolitano *Il Pungolo* detallando la erupción del Vesubio y la salvación de las ruinas romanas de Pompeya, ciudad monumento que él había visitado varias veces, la racha de duelos que ya en pleno siglo XX no desaparecen, la aventura de unos americanos que proyectan el

descubrimiento del polo en un globo dirigible y algunos casos destacados de supersticiones en la culta Europa.

A finales del mes de diciembre de 1910 dice en su carta: *“He terminado mi misión de cronista balear, por este año, amigo lector; perdóname las “latas” que te he dado. Y ve juntando resignación para las que te voy a procurar en el venidero, si el director no le manda colgar en la espetera la pecadora pluma a tu servidor”*. Las órdenes de director del *Diario de Córdoba* no las sabemos. En las hemerotecas de Córdoba no hemos encontrado ya ningún artículo después de esta fecha. Así que seguramente no siguió mandando ya más artículos. La enfermedad se le complicaría de una forma grave y le impediría seguir escribiendo y trabajando de una manera regular. Tampoco tenemos documentado el año y medio siguiente último de su vida. En un momento, no sabemos cuando, es trasladado, voluntariamente o no, a Algeciras y más tarde a Alicante donde seguiría ejerciendo su profesión según palabras de Ricardo de Montis. Y cuando ya se notaba en estado terminal en el desarrollo de su mal, a primeros de mayo de 1912 vuelve a Priego, su pueblo natal, siendo acogido en casa de Alfredo Calvo Lozano, un sobrino por parte de madre, falleciendo el 28 de julio de 1912. Su acta de defunción dice literalmente: *“En la ciudad de Priego provincia y Obispado de Córdoba a veintinueve de julio de mil novecientos doce, yo el licenciado don Evaristo Meléndez Alarcón, presbítero, abogado, rector y cura propio de Santa María de la Asunción, única parroquial de la misma y arcipreste de ella y su partido, (bauticé solemnemente) digo mandé dar cristiana sepultura en el cementerio de ella al cadáver de don Pedro Alcalá-Zamora y Estremera, soltero de cincuenta y tres años de edad, hijo de don José y doña María de la Encarnación su mujer; todos de esta naturaleza y ciudad; falleció ayer en la calle Prim a consecuencia del cáncer de laringe, según certificado del facultativo; fue su entierro solemne*

acompañado hasta las afueras de la población. Y para que conste lo firma fecha at supra. Licenciado Evaristo Meléndez."⁴⁸

Años más tarde su amigo y compañero en las tareas informativas y literarias escribiría estas palabras de recuerdo: "*Una terrible enfermedad, un cáncer en la garganta, aniquiló su naturaleza robusta y cuando comprendió que se hallaba herido de muerte fue en busca de refugio a su pueblo natal, a Priego, ansioso de encontrar el calor que prestan la familia, los amigos de la infancia, cuando se siente el frío precursor de la tumba.*

Allí rindió la jornada de la vida, muy ruda para él, pues si el mundo al principio le ofreció senda de flores, pronto se troncaron éstas en espinas que destrozaron su corazón.

Pedro Alcalá Zamora dejó, por toda herencia una máquina de escribir, un verdadero blasón, el mejor de todos, pues mientras los escudos que en su época floreciente adornaban sus charolados carruajes sólo le sirvieron para conducirle a la miseria; aquella máquina, su mejor amigo, le ayudó a ganar el sustento en los días tristes de la adversidad. Diciembre, 1918."⁴⁹

Seguramente sus restos descansan en el panteón familiar mandado construir por su padre, donde yacen abuelo paterno, padre y madre, sin embargo, no consta ninguna inscripción en el mausoleo y eso que existe el espacio adecuado. Su sobrino muere igualmente al mes siguiente y no pudo cumplir sus últimas voluntades si es que las expuso oralmente, porque ante notario no constan. Por otra parte, está claro que una máquina de escribir usada no es suficiente para pagar a marmolistas inscripciones

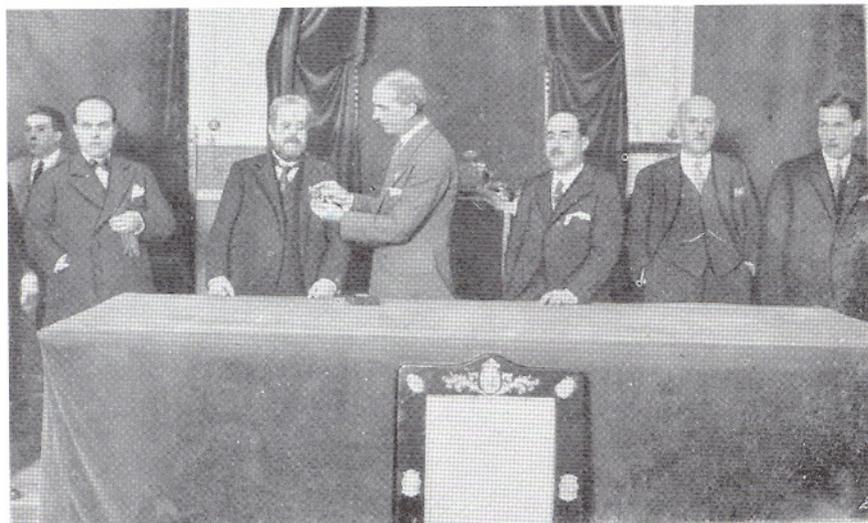
⁴⁸ ARCHIVO PARROQUIAL DE LA IGLESIA DE LA ASUNCIÓN DE PRIEGO DE CÓRDOBA. Libro de Defunciones, año 1912, folio 305.

⁴⁹ MONTIS ROMERO, Ricardo de: *Notas cordobesas. (Recuerdos del pasado)*. "Don Pedro Alcalá-Zamora". Tomo III. Edición facsímil. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1989. Páginas de 177 a 191.

costosas. ¡Muy lejos quedan ya las fabulosas cantidades gastadas en sus viajes por Europa y África, y en lugares como París, Roma, Venecia, Pompeya, Egipto...!

AMIGOS DE PRIEGO Y DE FUERA

En la primera parte de este trabajo hemos visto algunos momentos de la relación de Pedro Alcalá-Zamora Estremera con paisanos de Priego o con miembros de su familia. En su libro *Cuentos* le dedica el titulado “El retrato” a su amigo y pariente Pedro Romero Franco. En *Más cuentos* ofrece sendos relatos a los prieguenses José Luis Castilla Ruiz y a su hijo Antonio Castilla Abril. En este mismo libro dedica el cuento “Sol y



Homenaje al periodista Ricardo de Montis en 1930, amigo de Pedro Alcalá-Zamora en Córdoba

nubes” a Julio Romero de Torres. Este rasgo nos lleva a la conclusión lógica que en sus años de residencia en Córdoba entabló alguna relación de amistad con el más célebre de los pintores cordobeses.

Si bien a los citados anteriormente les dedica cuentos, a Martín Alcalá-Zamora Castillo, familiar muy retirado, e ingeniero de Puertos, Caminos y Canales, le escribe en el año 1899 un extenso artículo por haber tenido el valor y la decisión de instalar una fábrica de energía eléctrica en Lucena. Aprovecha para narrar todos los detalles de la inauguración a la que asiste Pedro Alcalá-Zamora pues por este tiempo era director de *La Monarquía*. En este día histórico para la industriosa ciudad, 2 de febrero de 1899, hubo voltear de campanas, disparos de cohetes, preces de los sacerdotes, Marcha Real, y vítores estruendosos de la multitud al mover la palanca de interruptor con la que se hizo la luz.

Sin embargo, a través de sus escritos en el *Diario de Córdoba* será con Carlos Valverde López con el que tiene una mayor relación de amistad. Algunas de las veces que Pedro Alcalá-Zamora viene a Priego se hospeda en casa de aquél que precisamente estaba casado con una hermana de José Luis Castilla Ruiz a quien hemos visto dedica un cuento.

Con Carlos Valverde mantiene una relación epistolar a través de las páginas del *Diario* cordobés. En agosto de 1908, desde Mahón, Pedro Alcalá-Zamora le dedica un artículo titulado “Cháchara veraniega”, de especial interés para los prieguenses puesto que relata algunas aventuras de su infancia, como los baños que salían tomar en el río Salado. Bien pronto, en septiembre, tiene la respuesta de Carlos, que entonces residía en Málaga, con un extenso artículo, titulado “De antaño a hogaño”, magistral e histórico, contándole cómo eran las ferias alrededor de la mitad del siglo XIX, artículo ya clásico en la historiografía prieguense y



*Alfredo Calvo Lozano. Cobijó en su casa a Pedro Alcalá-Zamora. 102x70 cm.
Óleo, lienzo. Adolfo Lozano Sidro, 1904*

que su autor incluiría en parte en su novela *Gaspar de Montellano*. Semanas más tarde, encendida ya la relación epistolar pública, Pedro le dedica *Cháchara lexicográfica*, donde pone de manifiesto, con un soberbio alarde de conocimiento, el dominio de los idiomas francés y español, y con razón, porque estos años estaba trabajando en un diccionario bilingüe sobre estas dos lenguas. Ya en 1907, Carlos recoge el reto lanzado y arremete contra los escritores modernistas, después escribiría una obra más extensa contra esta moda en la poesía, estilo para él, un poeta clásico, carente de arte. Pedro le da la razón en parte, aunque le indica en sus *Mujeres polizontes* unas atinadas referencias sobre los adelantos que se van imponiendo, como el caso de mujeres que ya habían entrado en el cuerpo de policía y otras ejerciendo como conductores en coches de alquiler, en estos tiempos fuera de España, por supuesto. Ya en el verano de 1907, Carlos de nuevo le contesta con *Crónicas malacitanas*, detalles de la feria de Málaga contada en redondillas. Por este año terminan las dedicatorias, hasta que en un año después, en el verano de 1908, Pedro se acuerda que le debe un escrito y mientras hace un cruceo de quince días por las costas catalana y alicantina, encuentra un hueco, y le cuenta algunos avatares de su vida y sus opiniones sobre el verano, en su carta titulada *Rápido veraneo*. Después de esto no conocemos más dedicatorias.

Fuera del entorno de su ciudad natal, los que más nombra son amigos cordobeses, entre ellos Ricardo de Montis y sobre todo Mariano Martínez Alguacil. A este último, ya a finales de 1898, le dedica *Farfaleta*, un gran cuento lleno de imaginación, intriga y magia. A los dos citados arriba, cuando en 1899 pasa unas vacaciones en Priego, le brinda un artículo titulado *Ausencias causan olvidos* volviendo a insistir con otro hasta que los aludidos le contestan con uno festivo y ocurrente, escrito en prosa pero intercalando mucha poesía, pequeñas estrofas, unas



Casa donde falleció en Priego de Córdoba

veces coplas y otras redondillas, donde le expresan el ambiente de calor de Córdoba y le reiteran su amistad:

*La amistad para nosotros
flor es que brota del alma
y no existen huracanes
que logren arrebatarla.*

Esta flor que brota del alma será para Pedro Alcalá-Zamora un rosal lleno de flores. A Ricardo lo felicita por la perseverancia y minuciosidad con que lleva el balance del movimiento literario cordobés, mientras que a Mariano Martínez Alguacil, como redactor jefe de *El Diario de Córdoba*, le sigue dedicando artículos cuando residía en Jaén, Madrid o Mahón. En ellos le comunica alguna noticia sobre el encuentro de algún amigo común y las circunstancias de su vida; le felicita por la confección del *Almanaque*, anual del periódico; le narra las nostalgias de sus días vividos junto a ellos y pasados en Córdoba o lo felicita efusivamente cuando a Mariano le conceden la Encomienda de Isabel la Católica. Le dice con palabras sinceras: “Martínez Alguacil es periodista de vocación, un convencido; tiene personalidad propia; es popular y querido de los cordobeses, que ya, en ocasión análoga, le demostraron su simpatía regalándole por suscripción las insignias de otra cruz...” Expresando en otros escritos lo que representa Mariano para la empresa: “Yo no puedo recordar el DIARIO sin que a su nombre surja el de Mariano, ni pensar en éste sin acordarme de aquél; ambos son para mí como ciertos adjetivos, que no pueden andar sin el correspondiente sustantivo; o como los afijos gramaticales. He llegado a imaginarme si el corazón de Mariano será un número del DIARIO, y cada ejemplar de éste un ejemplar del corazón de aquél.”



El poeta prieguense Carlos Valverde López. (F. Asensio. 1913. Hotel Colón. Málaga)

Dedica atención a varios escritores cordobeses, periodistas o no, con los que tuvo una intensa relación que no pierde a pesar de la lejanía.

Uno de ellos es Enrique Redel y Aguilar, escritor cordobés nacido en Córdoba en 1872, autor de trabajos tanto en prosa como en verso. En prosa escribió biografías de personajes ilustres como la de *Ambrosio de Morales* y costumbres de su tierra cordobesa. Desde Jaén, Pedro Alcalá-Zamora acusa recibo de un libro de Redel titulado *Lluvia de flores*, cuya lectura “*le provoca gratísimas impresiones*”, y a la vez le ha hecho meditar sobre su vida solitaria y las dulzuras de un hogar del que no goza. En 1707 Redel publica el libro *La lira de plata* con prólogo de Salvador Rueda. “*Ánimo se necesita para publicar un libro de versos en la época presente*”, le dice Pedro, quien aprovecha para hacer una crítica de los poetas y la poesía que pasan indiferentes para la mayoría del público y más en un país donde casi nadie leía. Y más adelante le comenta: “*Entre el tomo primero de sus Obras literarias y el libro de referencia a mediado un considerable lapso de tiempo. La forma literaria de Redel ha cambiado mucho, el campo de sus conocimientos ha ensanchado considerablemente, su léxico es incomparablemente más rico y vigoroso y firme el concepto y valiente la expresión; pero en el fondo, el nervio que vibra, el alma que anima, es el sencillito corazón del propio Redel de antaño [...]*”.

A Julio Pellicer se lo encuentra Pedro Alcalá-Zamora en la redacción del diario *La Monarquía* trabajando en su equipo. Con toda lógica adquiriría con él una entrañable amistad. Pellicer se distinguió con narraciones cortas de carácter costumbrista. Cuando desapareció *La Monarquía* pasó a formar parte del equipo del *Diario* compartiendo tareas informativas con los periodistas arriba citados y con Juan Ocaña y Calvo Rubio. En 1897 Julio Pellicer publica un libro titulado *Pinceladas* con prólogo de Manuel Reina. Como son compañeros de



Tumbas de Luis Alcalá-Zamora Franco y Encarnación Estremera en Priego

redacción, Pedro hace una crítica de su libro en el *Diario*, porque ve de mal gusto hacerlo en el periódico donde ambos trabajan. “Cada artículo es un cuadro de costumbres – le comenta Pedro- dibujado y colorido a grandes rasgos, pero sus “pinceladas” tan vivas, que se ve, se palpa y obliga a reconocer que el autor observa y tiene “una cámara fotográfica en los ojos”, como dicen nuestros Apeles contemporáneos [...]”. Este mismo año Julio Pellicer será el actor del monólogo estrenado por Pedro Alcalá-Zamora en el Gran Teatro de Córdoba titulado *Empeño de honra*. Desde Madrid, en 1903, Pedro Alcalá-Zamora reseña el estreno de “dos estimados amigos y paisanos”, Blanco Belmonte y Pellicer que, junto con Larra, habían puesto en escena la zarzuela titulada *La coleta del maestro*, estrenada en la capital madrileña con éxito de cartel.

Camino de Mahón, en junio de 1906, se encuentra en Barcelona esperando en el muelle a su antiguo amigo Guillermo Núñez de Prado, poeta y periodista a quien vemos trabajando en *El Comercio* y *La Lealtad*. Núñez de Prado lo invita a cenar y a almorzar a la vez que le cuenta las peripecias de su vida desde su salida de Córdoba. Se había casado, esperaba un hijo y trabaja intensamente para sacar a su familia adelante. Pedro le cuenta a su amigo Mariano: “Guillermo, romántico y soñador en sus versos, bohemio impenitente en su vida, infantil en el sentir, se ha transformado; hoy es obrero infatigable de la pluma, se acuesta a las nueve de la noche, se levanta al amanecer y trabaja todo el día sin levantar mano. ¿Cómo y en virtud de qué se ha operado esta metamorfosis? Por el eterno femenino, querido Mariano, que es el reactivo más eficaz, la palanca más poderosa para el hombre que tiene corazón”. Después hace un comentario de un libro de Núñez titulado *Los dramas del anarquismo*, cuya edición “se agotó a escape con gran contento del editor”.

Otro amigo en las tareas periodísticas de Pedro Alcalá-Zamora en el *Diario* es Juan Ocaña a quien dedica frases de verdadera amistad. Celebra su simpatía, sus chistes y sus obras que hacían menos pesado el trabajo en la redacción, sobre todo los días de intenso calor que se padecen en Córdoba durante el verano. Juan Ocaña, como la mayoría de estos amigos citados, no es sólo periodista, sino poeta, autor dramático e investigador, cuenta en su haber con un drama histórico en tres actos titulado *El grito de la independencia* y un libro de investigación histórica titulado *Apuntes para la historia de la villa de Móstoles* con prólogo de Enrique Redel. En 1908, en unos de los artículos que le dedica a Carlos Valverde López, nos comenta Pedro Alcalá-Zamora el libro *Mosquetazos* de Juan Ocaña aconsejando su lectura porque en él se halla la sonrisa, la franca carcajada, un sagaz espíritu de observación y una sátira fina.

Al poeta Pedro de Lara, le llama amigo, tocayo y paisano. Desde la cubierta del barco *El Cabañal*, Pedro se dedica a la lectura y comentario del libro *Cantos de un poeta*. A Pedro de Lara le dice frases como escritor elegante de pensamientos delicados con bellas imágenes y que hacer vibrar dulcemente las cuerdas del corazón. Terminamos este apartado citando al *Dómine Cervatana* a quien Pedro Alcalá-Zamora escribe una elogiosa crítica por su libro *Obras, autores y cómicos*, colección de artículos publicados en las columnas de *España Artística*.

De los amigos de redacción en los diarios madrileños hemos conseguido por ahora pocos datos. Sólo conocemos a Camilo Bargiela, quien consigue dejar la redacción y ser nombrado jefe de un consulado. Lo describe como un *chico* pródigamente dotado de nariz y de bigotes, también de gran entendimiento y hombre muy culto. Le desea suerte en su nuevo destino burocrático.

De vuelta de un crucero por las costas del Mediterráneo se encuentra a su amigo Pepe Caldés que llevaba seis meses y medio de navegación a vela por los mares americanos. En él tiene paño de lágrimas y reposo de sus cuitas donde desahoga durante horas sus lamentaciones.

Entre otros amigos, podemos citar a los oficiales Cienfuegos, Albornoz y Zejalbo, a los que encuentra montados a caballo camino de la feria de Martos; también camino de Madrid se topa con su distinguido amigo Luis Gamero Cívico, quien marcha a Londres a dejar en un colegio a un hijo suyo; a Guillermo Belmonte Müller, poeta y compañero de redacción que le hace un prólogo para un libro de cuentos; al marqués de Dos Hermanas, protector y amigo a quien dedica *Empeño de honra*; al conde de Torres Cabrera, propietario de *La Monarquía* con el que trabaja durante tres años; el duque de Hornachuelos, el cual le escribe un prólogo para unos de sus libros de cuentos; a la princesa Ratazzi, con la que viaja por Europa; al nuncio de su Santidad en España; y, hasta con personajes de estirpe regia como Carlos de Borbón, pretendiente a la Corona, con el que se carteaba y de quien poseía un retrato dedicado.

*Capítulo IV***ASPECTOS DE SU PERSONALIDAD Y SU OBRA**

Lo más destacado de la personalidad de Pedro Alcalá-Zamora es el contraste de su comportamiento en las dos largas etapas de su existencia. Excluyendo su vida hasta los diecisiete años, la primera etapa podríamos establecerla desde esta edad hasta alrededor de los treinta años, cuando se instala en Madrid, y una segunda etapa hasta su muerte con cincuenta y tres años.

De la primera etapa, la mayoría de los datos que conocemos se los debemos a su amigo Ricardo de Montis, quien escribe algunos artículos a su muerte y panegíricos de recuerdo, a los que podemos sumar algunos detalles aislados que Pedro Alcalá deja traslucir en sus artículos.

Está claro que las muertes de su padre, madre al año siguiente y su tía, unos meses después, que lo cuidaba, tuvo que producirle, además del consiguiente dolor, una depresión de la que seguramente quiso escapar, y heredero de una gran fortuna inició un periplo de lujo, ostentación, despilfarro y viajes por diversos países de Europa y África. Al menos tuvo casa en París y Roma. No hemos conseguido el año exacto del inicio de su periplo, si lo inició en la edad juvenil o esperó hasta cumplir los veinticinco años, cuando se obtenía la mayoría de edad por estos tiempos. Nos inclinamos por que saldría de Priego, bastantes años antes de ser mayor de edad porque durante su estancia en el extranjero, aparte de gastar casi toda su fortuna, adquirió una inmensa cultura, pues hablaba correctamente francés e italiano, poseyendo además amplios conocimientos de inglés y latín, y en aquellos tiempos estar fuerte en tales idiomas implicaba casi necesariamente la residencia en el país de origen.

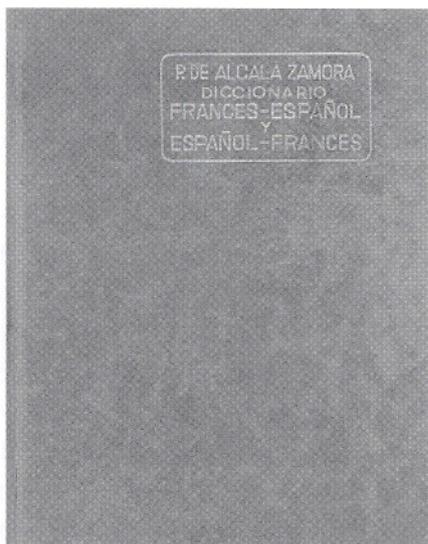
En estos años jóvenes, descocado y sin previsión de futuro, fotografía exacta de un personaje de novela romántica, fue gastando mucho más

que su capital le rentaba y poco a poco fue vendiendo los valores y fincas heredados, sin pensar, suponemos, que un día se le acabarían y se le presentaría el problema del vivir cotidiano, como así le pasó.

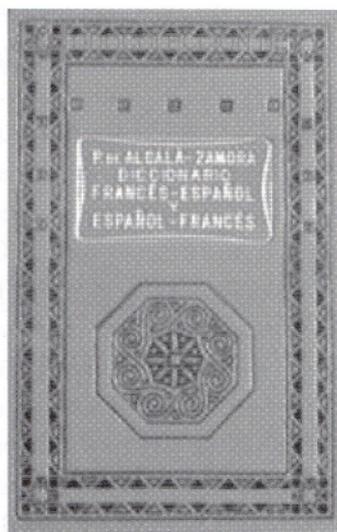
Algunas anécdotas de esta etapa demuestran una personalidad inmadura y con grandes problemas de adaptación a la realidad. Palacios, fiestas aparatosas (para asistir a una cubre viste un traje de torero de perlas y otras joyas), viajes caros, desafío para salir en defensa de un español que estaba en estado ebrio del que resultó con una herida en la pierna, viajes con princesas, intensa relación social con la nobleza, el ir acompañado de una chica negra y de un gran perro, todo coadyuva a pintar ese cuadro de un joven descentrado que busca el escape a sus tormentos interiores. Paralelamente a esta vida donde gasta el capital heredado, también estudia, lee, aprende, practica deportes, toca instrumentos musicales y adquiere una gran cultura que a la postre será lo que le dará de comer en la siguiente etapa de su vida, cuando ya pobre se tiene que poner a trabajar para ganarse el sustento diario.

Con cerca de treinta años, con gran parte de sus propiedades gastadas, se instala en Madrid y para aliviar su estómago ingresa en un regimiento militar como voluntario. Desde luego todavía andaba descentrado. Porque es casi seguro que a la edad en que debía cumplir el servicio militar, pagaría la cuota correspondiente y se libraría de la mili, escena habitual en las familias burguesas de entonces. El hecho de ingresar como soldado raso, cuando había vivido como un príncipe es desconcertante, y a pesar de estar en una edad bastante madura, indica una nueva huida de la realidad. Allí conviviría en cuarteles con malas instalaciones, pasaría sus noches en dormitorios colectivos y malolientes, comería la bazona del rancho que le daban a la tropa y conviviría con soldados, la inmensa mayoría analfabetos. Tampoco tenemos documentado el tiempo de permanencia en filas como soldado voluntario. Posiblemente allí se

*Diccionario Francés-Español y
Español-Francés.
Editorial Ramón Sopena*



*Diccionario Francés-Español,
Español-Francés de
P. Alcalá-Zamora*



cumplió en su persona el adagio popular *la mili hace hombres*, haciendo en él diana, porque cuando mejora su situación dentro del ejército, ya empieza a trabajar como traductor de novelas y artículos en algunas redacciones de periódicos madrileños. De tal forma, que al cumplir sus obligaciones militares se instala en un pequeño cuarto, y continúa con esta actividad con la que va malviviendo. De esta etapa despreocupada de su vida, apenas si tenemos un dato de su propia mano. En cierta ocasión, cuando cuenta la carestía de la vida madrileña, cita el hecho de que en París durante la celebración de la Feria de Muestras, aquella de la Torre Eiffel, un cochero por llevarlo al recinto le pidió cien francos; cuando el Vesubio entra en erupción traduce y publica un amplio artículo alegrándose de la salvación de Pompeya, donde había estado varias veces y da cuenta de la impresión que le produjo ver algunos cadáveres momificados de la etapa romana; de Egipto pondera el aspecto de obra maestra y eterna de las construcciones faraónicas.

Su venida a Priego en el año 1897 para vender lo poco que le quedaba, lo último que venderá será la casa paterna (actual residencia del Casino de Priego), y su estancia en casa del poeta Carlos Valverde López cambiará el rumbo de su vida. Este amigo y lejano familiar, le busca empleo como director en el periódico conservador *La Monarquía*, y aquí, durante tres años ejercerá las labores periodísticas y se integrará de lleno en la vida cultural de Córdoba. Continuará con su labor de creador propio ya iniciada en Madrid, y llenará su tiempo escribiendo intensamente poemas, cuentos, novelas y artículos de opinión. Conseguirá muchos amigos, la mayoría compañeros en las labores periodísticas y literarias de los que conservará un gran recuerdo toda su vida.

Cuando abandona Córdoba, de su estancia en Jaén podemos destacar sus viajes a diferentes pueblos en fiestas para seguir de cerca las corridas de toros, con el objeto de llenar la revista semanal *El Toreo*, de la que

D I C T I O N N A I R E
FRANÇAIS - ESPAGNOL
ET
ESPAGNOL - FRANÇAIS

PAR
PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

ET
THÉOPHILE ANTIGNAC

REVU, AUGMENTÉ ET MIS À JOUR

PAR
GONZALO SUÁREZ GÓMEZ

PROFESSEUR DE FRANÇAIS. - OFFICIER D'ACCADEMIES.

Fondé sur les meilleurs dictionnaires connus, avec la prononciation figurée, un grand nombre de locutions proverbiales et les phrases familières les plus courantes dans le langage ordinaire. Enrichi, en outre, d'une longue table de noms propres de personne et géographiques.

EDITIONS RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95 — BARCELONE

D I C C I O N A R I O
FRANCÉS - ESPAÑOL
Y
ESPAÑOL - FRANCÉS

POR
PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

Y
THÉOPHILE ANTIGNAC

REVISADO, AMPLIADO Y PUESTO AL DÍA

FOR
GONZALO SUÁREZ GÓMEZ

CATEGÓRICO DE FRANCÉS

Basado en los mejores diccionarios conocidos, con la pronunciación figurada, gran número de locuciones proverbiales y las frases familiares más corrientes en el lenguaje ordinario. Enriquecido, además, con una extensa tabla de nombres propios, personales y geográficos.

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95 — BARCELONA

Diccionario Francés-Español, Español-Francés

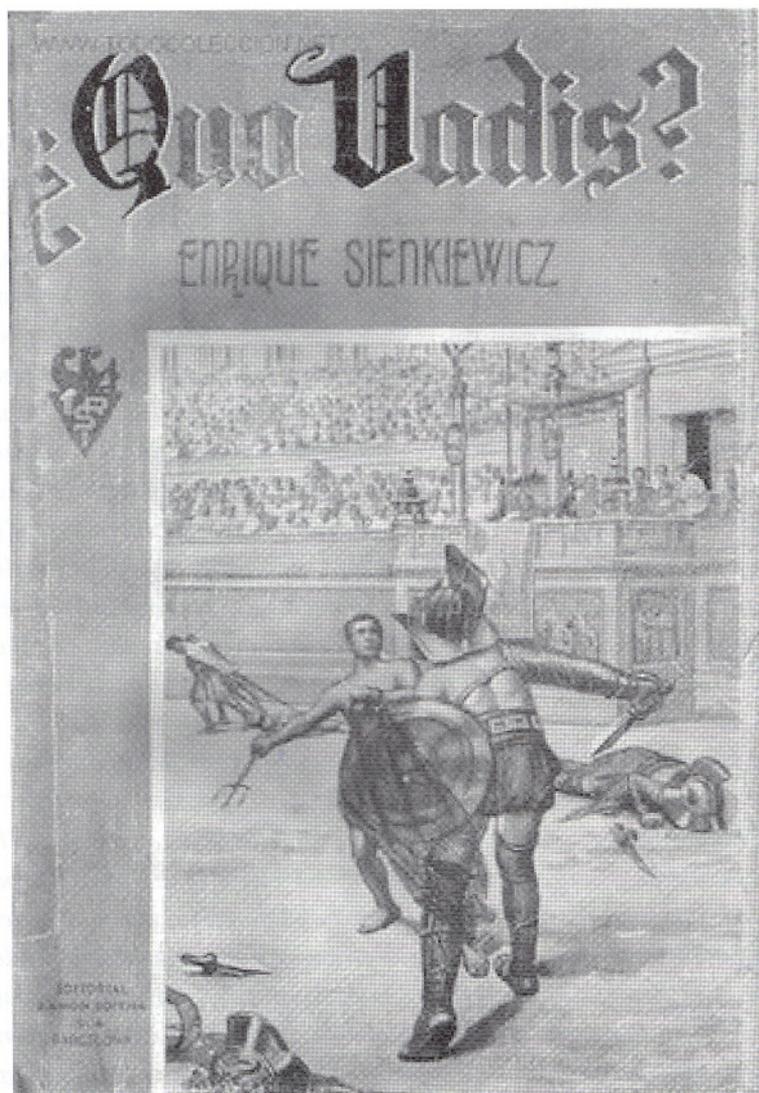


Firma de Pedro Alcalá-Zamora

era director. De vuelta en Madrid, de nuevo trabaja en redacciones de periódicos, pero echa mucho de menos el ambiente de Córdoba con el que se siente identificado. De Madrid criticará muchos de sus aspectos. Deja traslucir en estos reproches a la ciudad del oso y del madroño el contraste que le ha producido su estancia en capitales europeas mucho más adelantadas. Así los viajes en tren por España son objeto de crítica, la gran cantidad de pobres y mendigos, el mal acondicionamiento de las viviendas de los obreros, la farsa de la vida política y las elecciones, los accidentes producidos por el tranvía, los ruidos callejeros, el mal olor de las gentes que nunca se lavan más que las manos y la cara y eso en ocasiones solemnes, la adulteración de los alimentos, el sistema educativo o la ineficacia de la policía.

Con un pequeño empleo como traductor y con una gran depresión que no le deja dormir, marcha a Mahón donde encuentra un cierto reposo a sus males físicos y síquicos. De esta etapa podemos resaltar su intensa relación con la editorial Sopena, para quien escribe un diccionario de francés- español y español-francés, algunas obras bilingües y traduce novelas. De la isla resaltaré la vida tranquila y el carácter apacible de sus habitantes, donde no hacían falta los juzgados. Enfermo de gravedad, se traslada a Algeciras y después a Alicante, y ya en fase terminal vuelve a Priego, donde fallece a los cincuenta y tres años de edad.

Uno de los rasgos característicos de la personalidad de Pedro Alcalá-Zamora será el hecho de permanecer soltero. Que tuviera algún tipo de trastorno sexual en lo que comúnmente se admite como una vida normal, no lo tenemos constatado, es decir, no sabemos si tenía alguna tendencia homosexual o frustraciones de juventud que le produjeran algún tipo de complejo frente a la mujer. En Italia lo vemos acompañado de una señora negra, algunos viajes los hace en compañía de la princesa Ratazzi y



La novela Quo Vadis fue traducida por Pedro Alcalá-Zamora Estremera

Ricardo de Montis habla de amores y relaciones platónicas con una cantante de ópera. Aparte de esto nada más sabemos.

En sus crónicas nunca manifiesta su deseo de casarse y formar una familia, pero sí siente esa soledad del soltero en muchos momentos y el discurrir monótono de sus días. En su artículo, firmado en tierras de Jaén en 1900, dedicado a Mariano Martínez Alguacil, le dice: “[...] *pero, siempre lejos de ese Gran Capitán de mis ocios, donde transcurre, durante el verano, la mitad de mi monótona existencia*”. Aunque nunca se encontrará aburrido: “*De igual manera que hay organismos sanos refractarios a determinados males, debe de haber temperamentos inaccesibles al hastío; porque no recuerdo haberme aburrido nunca, aunque sí que me han aburrido en más de una ocasión*”. No obstante, años más tarde se contradice, porque cuando residía en Mahón y pasaba algunos días en la playa, sí llegaba a aburrirse: “[...] *y con ver cómo disfrutaban la chiquillería y la gente moza, pues, dicho sea de paso, rodeado de sesudos “homes” y entre personas sistemáticamente serias y acompasadas, de las que menosprecian las menuencias de la vida porque las juzgan indignas de su alta atención, me aburro soberanamente*”.

En 1902, comenta el libro *Lluvia de flores* de Enrique Redel y su lectura le vuelve melancólico y echa en falta la dulzura de un hogar: “*Los desdichados que vivimos solos, completamente solos entre el bullicio de la sociedad, como solo va el errante cometa cruzando el espacio infinito entre innumerables mundos: los que comprendemos la soledad de dos en compañía; los que -sociabilidad aparte- sentimos en todo su horror la soledad moral y material no nos angustia; los que anhelamos afectos y espiritual abrigo, precisamente porque de ellos carecemos, forjamos en nuestras íntimas soledades, cuando la imaginación vuela en pos de las esperanzas, ilusiones acaso, un hogar quimérico, santua-*

PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

CUENTOS

CON UN PRÓLOGO

DEL

DUQUE DE HORNACHUELOS



CÓRDOBA: 1898

Establecimiento tipográfico La Actividad, García Lovera, 16

Teléfono número 77

Portada del libro Cuentos

rio de la dicha, punto en donde ansiamos arribar en busca de amparo contra las borrascas de la existencia. Y ese hogar, dulce y misterioso retiro que adornamos con las galas de deseo, que el anhelo embellece, se presenta a los ojos del alma como sublime creación que espiritualiza la humana prosa, simbolizando la ventura”.

De nuevo la lectura de versos de Redel le llevará a momentos de nostalgias y recuerdo de la madre a la que tan pronto perdió: *“Por mi parte, aunque soltero o quizá célibe he leído con deleite las intimidades del corazón de este poeta cristiano, en el que la fe y el amor son sólidos sustentáculos de la dicha descrita. [...] Posible es que los que nacimos en un hogar que los vientos de la vida barrieron como deshace el huracán un montón de hojas secas; los que en lo más hondo del pecho hemos erigido un altar para rendir culto a la madre, alma de aquel hogar, figura augusta y dulce; los que a través del agitado vivir y rudas vicisitudes recorreremos el mundo como aves de paso, siempre en extraña tierra, solos siempre, carentes de afecto puro, cuyo calor vivifique nuestro espíritu, los que hallamos consuelo abriendo a los ojos de la memoria el tabernáculo de los recuerdos iluminado por el perenne amor que los sustenta, descubramos en los versos de Redel mayor encanto del que verán otros mortales que sientan menos nostalgias o estén pletóricos de cariño”*.

Si las únicas delicias hogareñas de las que disfrutó fueron con sus padres, se alegra cuando se encuentra con un amigo ya casado, soltero recalcitrante como él: *“Yo, soltero empedernido, aunque cansado de la soltería, he gozado contemplando a la dichosa pareja [...]”*.

La “enfermedad de los nervios que padecía” que no le dejaba dormir, le lleva a odiar el ruido callejero. Desde Madrid se queja insistentemente de los puestos de vendedores y la gritería de los vecinos, pero

será a los organillos mecánicos a los que dedica sus mayores desprecios, con su música enlatada y la perturbación que le producen por la mañana cuando desea coger el sueño después de haber regresado a su habitación cansado de trabajar en la redacción hasta altas horas de la madrugada. Cuando ya en Mahón, va en alguna ocasión a Barcelona para asuntos de sus trabajos con las editoriales vuelve impresionado, el que tan cosmopolita fue en su juventud: *“Barcelona, con su ruido y su agitación de gran urbe, me ha aturcido, como al pobre aldeano que desde la quietud de su lugar se lanzara al bullicio de la Ciudad de los Condes. Allí, en la roqueta menorquina, disfruto de envidiable sosiego, como conviene a mis padecidos nervios y a mi no menos cansado espíritu; en Barcelona se me hace insoportable la muchedumbre que dificulta el andar, me molestan los tranvías, automóviles, coches, carros y demás máquinas de producir ruido y atropellar transeúntes, porque me obligan a salir de mi habitual descuido y además me aturden y marean. ¡Con cuánto placer pisé la cubierta del Cabañal el miércoles por la noche!”*

Aficionado a los toros, practicó deportes como la equitación, natación y esgrima, manteniendo un cuerpo sano y de aspecto deportivo. Bajo el traje del último figurín de moda, inspiraba curiosidad, por su apostura e indumentaria. Montó en globo y tocaba el arpa en las fiestas italianas. Practicaba el hábito de fumar y en cuanto a la bebida alcohólica, sólo tenemos una referencia de su amigo Mariano Martínez, cuando desde Córdoba le escribe a Priego donde se encontraba de vacaciones: *“Abandona a ”tío Pepe”;* *deja a Priego, pueblo en que viste la luz primera; vente a Córdoba a proseguir tus labores, a frecuentar tus amistades, pero déjate aquel famoso sombrero negro, compañero de tus viajes, o por lo menos tráete el arpa.*

*Aquel célebre instrumento
con que alternaste en Italia
con príncipes y marqueses
tocando en calles y plazas
según las crónicas cuentan
de las épocas pasadas”.*

En cuanto a otros rasgos sobresalientes de su personalidad y carácter, tenemos que acudir de nuevo a su amigo Ricardo de Montis, quien nos los describe de una forma sobresaliente: *“Pedro Alcalá Zamora, por una de sus excentricidades y rarezas, tenía que colocar las cuartillas de distinto modo, según el trabajo que fuese a escribir; a lo largo, si eran originales para periódico; a lo ancho si se trataba de cuentos o novelas y aseguraba muy seriamente que le era imposible coordinar una idea si colocaba el papel en forma distinta de la indicada, según los casos.*

Este hombre original no concedía valor alguno al dinero, por eso lo derrochaba; adaptábase perfectamente a todas las posiciones sociales, lo mismo a la más elevada que a la más humilde; con igual satisfacción que en la mejor fonda se hospedaba en la casa de huéspedes o en el parador de la última categoría; importábase un ardite presentarse con blusa, bombacho y sombrero cordobés de anchas alas ante las mismas personas que estaban acostumbradas a verle vestido con sujeción a las últimas modas parisinas y a su figura se amoldaban perfectamente desde el traje de rigurosa etiqueta hasta el del rudo campesino.

En su trato tampoco distinguía de clases; cortés, afable y expresivo con todo el mundo, veíasele departir con el aristócrata o con el menestral empleando análoga corrección, igual afecto, la misma cordialidad.

Era digna de ser examinada su correspondencia íntima; con la carta blasonada de don Carlos de Borbón o de un título nobiliario en que le

informaban de recepciones y fiestas brillantes, recibía la de un torerillo contándole sus triunfos imaginarios; con el billete perfumado de una cantante de ópera, perteneciente a ilustre familia, que, al perder su fortuna, se dedicó al arte para vivir de él, y con la que Alcalá Zamora tuvo amores platónicos gran parte de su vida, la epístola casi ininteligible de un rudo aragonés del que se hizo gran amigo en el regimiento de que ambos formaron parte.

El último director de La Monarquía, que era la personificación de la ingenuidad y la franqueza, sólo conservaba un secreto que nunca pudieron arrancarle ni las personas de su mayor confianza; la edad que tenía y resultaba muy difícil averiguarla por tratarse de una de esas personas de las que vulgarmente se dice que no envejecen jamás.”⁵⁰

Y prosigue con su descripción: *“Las innumerables vicisitudes porque pasó no modificaron un ápice su carácter, ni su modo de ser; espléndido, generoso, derrochador, cuanto poseía estuvo siempre a disposición de sus amigos. Las penas jamás lograron fruncirle el ceño, siempre animado, alegre, pasó por este mundo viviendo más que en él en la admirable región de los sueños, de las ilusiones y de las esperanzas. He ahí el secreto de que nunca se borrara la sonrisa de sus labios”.*

Cuando critica a su obra le llama periodista hábil, literato correctísimo, conecedor del idioma castellano, culto publicista, con trabajos irreprochables, dominando todas las secciones, lo mismo el artículo doctrinal, fiestas de sociedad, corridas de toros o la gacetilla variada, siendo ingenioso en la polémica, contundente y siempre cortés con el adversario.

Estudió y leyó con gran ahínco, no explicándose sus amigos donde había adquirido tanta cultura. En sus escritos deja traslucir sus conoci-

⁵⁰ MONTIS ROMERO, Ricardo de: *Notas cordobesas. (Recuerdos del pasado)*. “Don Pedro Alcalá-Zamora”. Tomo III. Edición facsímil. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1989. Páginas de 177 a 191.

mientos de las lenguas vivas y muertas. A modo de ejemplo citamos algunas expresiones: *ce que femme vent dieu le vent, sans façon, au grand complet, malgré eux, nouveauté française, gratter le russe et vousse et vous trouverez le cosaque, n'ayant pas altéré ses prix, l'éspace d'un tour le nom ne fait pas la chose, oh, la vile moneta, dolce far niente, motu proprio et gratis et amore, guardo e passo, chi lo sa, per troppo variar, natura é bella, tutti contenti, il riso fa buon sangue, in temporibus illis, noli me tangere, altis plerunque, adjacent abrupta, qui tolis peccata mundi, fiat luz, ejusdem furfiris, finis coronat opus, ave, civis romanus, panem nostrum cuotidianum, mens sana in corpore sano, in illo tempore, great attraction, looping the loop...*

Y por citar algunos personajes, artistas variados, políticos, literatos y periodistas a los que nombra y comenta en sus artículos: Plinio, Nerón, Dante, Gustavo Doré, Moret, Goya, Quevedo, Julio Verne, Emilio Zola, Quintana, Ayala, Garcilaso, Machaquito, Duque de Osuna, Ferrer, Máximo Gorki, León Tolstoi, Mariano de Cavia, Offmenbach, Parmentier, Beethoven, Ticiano, Mesonero Romanos, Hernán Cortés, Floridablanca, Garibaldi, Abd-el-Azis, Cavostany, Núñez de Arce, Zorrilla, Campoamor, Echegaray, Villamediana, Chamberlain, Kara Georgewitch, Becerra, Sagasta, Carlos Rubio, Eusebio Blasco, Pepe-Hillo, Godoy, Homero, Arístides, Plutarco, Fidas, Silvela, Solón, Guerrita, Maura, Ponso du Terrail, Canalejas, Montero de los Ríos, Rioja, Pérez Galdós...

Como hemos comentado a lo largo de este trabajo biográfico, la obra de Pedro Alcalá-Zamora Estremera está repartida por periódicos y revistas de Madrid y Córdoba en los que dejó numerosa producción en prosa y en verso, la traducción de artículos y novelas, y libros de producción propia que detallamos en este cuadro:

LIBROS DE PEDRO ALCALÁ-ZAMORA ESTREmera		
TÍTULO	TEMA Y GÉNERO	ESPECIFICACIONES VARIAS
<i>Empeño de honra</i>	Monólogo dramático en prosa	Estrenado en el Gran Teatro de Córdoba con éxito extraordinario, el 28 de agosto de 1897. Establecimiento tipográfico "La Puritana". Córdoba, 1897. 11 páginas.
<i>Cuentos</i>	Narrativa. Cuentos	Prólogo del Duque de Hornachuelos. Establecimiento tipográfico "La Actividad". 199 páginas. Córdoba, 1898.
<i>Más cuentos</i>	Narrativa. Cuentos	Prólogo de Belmonte Müller. 1902. Imprenta del <i>Diario de Córdoba</i> , 198 páginas.
<i>Mademoiselle de Chateau Plat</i>	Narrativa. Novela	Agotada en 1902.
<i>El secreto de una muerte</i>	Narrativa. Novela	En colaboración. En prensa en 1902.
<i>Los espejuelos rojos</i>	Novela	Memorias de un hombre de bien. En preparación en 1902.
<i>Tipos cómicos y cosas ridículas</i>	Artículos	En preparación en 1902.
<i>Lecciones gráficas</i>	Pedagogía	En español-francés, ilustrado con más de quinientos grabados. Editorial Sopena. Barcelona, 1908.
<i>Diccionario francés-español y español-francés</i>	Lingüística. Filología	En colaboración con Théophile Antignac. 1192 páginas. Editorial Sopena, Barcelona. Numerosas ediciones. Primera edición 1911, última, 1990.

Su obra poética, publicada en parte en las páginas del *Comercio de Córdoba*, hasta el día de hoy está perdida. Sólo hemos conseguido un romance titulado *Carta de un soldado* publicado en *El Diario de Córdoba*.

Dos de sus cuentos fueron premiados en concursos celebrados en Córdoba, ambos publicados en *El Diario*, en julio de 1902 y después incluidos en su libro *Más cuentos*. Son: *Los anteojos azules*, que obtuvo el primer premio en el Certamen de la Sociedad Económica, y *Los ojos de gato*, premiado con accésit en el mismo Certamen.

ANTOLOGÍA DE CRÍTICA SOCIAL Y OPINIONES VARIAS

ABURRIMIENTO

Y a propósito, declaro, amado Teótimo, que no creo en el aburrimiento más que en el poder de los sortilegios. Dudo que flote en el ambiente de los pequeños centros como las fiebres palúdicas a la vera de los pantanos; lo mismo que ciertas enfermedades, encuentra terreno abonado en el organismo por el pseudo-paciente para martirio suyo y de los que le rodean. De igual manera que hay organismos sanos refractarios a determinados males, debe de haber temperamentos inaccesibles al hastío; porque no recuerdo haberme aburrido nunca, aunque sí que me han aburrido en más de una ocasión.

ARMAS

Pues más imposible parece, y sin embargo, nada más cierto, la libertad con que en este país lleva cada ciudadano en el bolsillo un arma fabricada y comprada expresamente para destripar prójimos. Así se explica que la información de la prensa, desde hace algunos días, deje una sangrien-

ta estela. Aquí se mata por celos, por matonismo, por codicia, por cuanto puede encender las pasiones. Estas desembocan siempre en dos recipientes: en el cementerio y en la cárcel.

ARMAS II

Para mí es indudable que todo individuo que en la vida normal y exenta de riesgos de cierta índole, de la ciudad, trae armas por costumbre, se siente guapo y homicida, de pensamiento al menos.

Persuadir a los temerones de que sus alardes y fanfarronadas son impropios de gente civilizada es imposible, y extirpar la casta por la educación, medio seguro al que debe aspirar todo pueblo culto, es largo y lento; pero hacer que se cumplan las leyes es menos difícil y más rápido. El hecho de llevar un arma prohibida tiene su sanción penal, y agentes tiene también la autoridad encargados de hacer que se cumplan las leyes. Publicadas en la Prensa las órdenes referentes a los cacheos, no debe el público alegar ignorancia; al portador de armas prohibidas, llévese inexorablemente al juzgado, y no se despachen licencias sino con la garantía y conocimiento, y se habrán evitado muchos de los crímenes que casi a diario suministran epígrafes emocionantes para la *crónica negra*.

Hora es ya de combatir con energía los restos de barbarie que nos señalan lugar poco honroso entre los pueblos europeos y de que comprendan ciertas gentes, con vistas al Riff, que la matonería andante, al mismo tiempo que merece desprecio por el bajo nivel moral que revela, es acreedora a severa represión y duro castigo.

ASEO

Y si tal ocurre con los turistas nacionales, no hay que decir hasta qué punto se abusa de los extranjeros. En estas ocasiones se pone de relieve,

como en ninguna otra, el atraso en que vivimos. En todas partes se procura mimar al forastero: aquí se le ahuyenta. El otro día me pregunta un inglés *que tiene la costumbre de lavarse* y no podía hacerlo en su alojamiento por carecer de tina, (aunque pagaba cien pesetas diarias) dónde podría tomar el conocido baño; y enterado de que aquí contábamos con media docena de establecimientos de esta clase para más de medio millón de habitantes, se quedó estupefacto. El infeliz no sabía que el baño es *cosa de lujo*; pero si a las horas de calor anduvo entre la muchedumbre, el olfato le explicaría ingratamente la resultante de medio millón de vecinos y la media docena de balnearios.

ASEO II

Todo no se puede hacer de una vez, en el caso presente los que vivimos cerca de una plazuela, con taparnos las narices, cerrar herméticamente los balcones y usar a menudo los desinfectantes en casa, estamos arreglados.

Pero también, como consecuencia de lo expuesto, que cada calle se convierta en una plazuela y bazar, donde se ven envueltos, en encantadora heterogeneidad, legumbres y trapos viejos, calzados y buhonería; objetos comestibles que pregonan, encomian y ofrecen los vendedores a grito herido, produciendo una algarabía infernal, mientras los que no nos levantamos con el alba dormimos, dulcemente arrullados por aquella música, y las maritornes sacuden alfombras, sábanas, etc., en los balcones, sobre las cestas de las hortalizas que, en correcta alineación, bordean las aceras.

ASOCIACIONES

La conciencia del deber impulsa a los hombres a contribuir, en la medida de su radio de acción, a la vida pública, y guiados por el sentido práctico forman las asociaciones que tan activa parte toman en la reforma

social; estas colectividades son las que en incesante labor buscan la resolución de los grandes problemas planteados por la civilización. Mantenerse pasivamente alejados de la lucha y negar a regatear la cooperación, si se hace por ignorancia del deber propio y de los ajenos derechos, revela un estado de incultura altamente pernicioso y que no honra a un pueblo; si a conciencia, es delito de lesa patria, que no puede germinar en pechos españoles; si por indiferentismo, síntoma deplorable de degeneración, inadmisibile en la raza.

BUROCRACIA

Nadie ignora que en este país todo lo burocrático va a paso de tortuga, porque suele trabajarse poco y el famoso expediente o desempeña funciones semejantes a las de los clavitos de que están sembrados los billares romanos para entorpecer la marcha de la bola. No parece, pues, muy justificado que después de un invierno en que se ha hecho poco, por defectos de organización y vicios consuetudinarios, la pléyade ofi-cinesca se entregue al reposo, para reponerse de las fatigas de *dolce far niente*.

CACIQUISMO

El caciquismo, atavismo feudal, es maléfica planta, cuyas raíces dificultan y entorpecen el movimiento de la máquina administrativa, verdadera base de la vida moderna por lo que a los pueblos respecta. Merced a él se encumbran, asaltando elevados cargos en villas y capitales de provincia, nulidades que no tienen más guía, fuera de las órdenes que acatan, que su lucro personal; verdaderos vampiros, que deben volver a la sombra de la vida privada, de donde nunca debieron salir.

CONDICIONES DE VIDA

El hacinamiento de seres humanos en casas estrechas, faltas de luz, de sol y de aire —que son casi todas las de la villa y corte— el descuido en lo que respecta al jabón y al agua, pues del medio millón de habitantes de Madrid tiene quizá no llegue al uno por ciento los que llevan sus abluciones diarias más allá de lavarse la cara y las manos; la mala alimentación que la necesidad o la vanidad imponen a la mayoría de los madrileños; todo contribuye a que la mortalidad sea aterradora y las epidemias extremadamente peligrosas.

DESCRIPCIÓN

Emplazado en el fertilísimo campo de la Campania, de un lado tiene la vida exuberante de la naturaleza plétórica; de otro, los horribles paisajes de la falda del Vesubio; terrenos yermos de ceniza y piedra pómez, donde nada vive, que recuerdan los grabados de Gustavo Doré en el *Infierno* de Dante, y por techumbre un cielo diáfano, de purísimo azul, en el que radiante sol ilumina los vivos colores de la ciudad vacía, silenciosa, sosegada, impasible, como cuerpo admirablemente embalsamado, al que la ausencia del alma da la fría impavidez de la estatua, que ofrece eternamente la expresión que el autor le imprimiera...

DESCRIPCIÓN II

A través de aquellos renglones veía yo una cabeza calva y rubia bañada en sudor; una cara colorada, cuya boca resoplaba, y unos ojuelos azules, vivos y picarescos, que seguían, mirando por los cristales de unas lentes, la escritura alta, desigual, nerviosa y enrevesada que la pluma iba trazando. Las tres o cuatro puertas del salón estaban abiertas; el bienhechor botijo de La Rambla, por no ser menos que el redactor aludido y que los otros, sudaba también, colocado en su ventilado puesto; pero ni el

más leve soplo de aire pasaba, a pesar de las invitaciones, por las abiertas puertas y ventanas. Sólo Serafín, que nada tiene de *fresco*, entraba de vez en cuando a aumentar el martirio pidiendo original.

DÍA DE DIFUNTOS

El público acude al camposanto el día 1º de noviembre, lo mismo que el día de San Isidro va a la Pradera, al Canal el miércoles de Ceniza y al Prado las tardes de Carnaval: a divertirse. Es el tributo que rinde a la memoria de los muertos, hay también mucho que no resulta edificante.

DÍA DE DIFUNTOS EN MENORCA II

La piadosa romería que, en Madrid, por ejemplo, nada tiene que envidiar a la clásica de San Isidro, aquí es seria, mesurada, digna: nadie habla a voces en la ciudad de los muertos ni pisa las sepulturas. No se oye una carcajada ni se derrocha el buen humor impropio del sagrado lugar, ni fuma ningún hombre, ni piropea a las mujeres, aunque sean guapas. Tampoco hay vendedores de comestibles y *bebestibles* que den la nota verbenera pregonando su mercancía, ni, por consiguiente, compradores que prostituyan la piadosa romería convirtiéndola en gira campestre con merienda y curda anexas. La muchedumbre recorre pausadamente los patios y galerías, se detiene a contemplar lo que le llama la atención y se va por donde ha venido, más no sin pasar por la capilla.

DUELOS

Ahora le toca al duelo el turno de moda.

El *Juicio de Dios* lo abolió la civilización, sustituyéndolo con el *Juicio del mundo*, que si visto a la luz del sentido común no niega la casta, comparado con su ilustre progenitor patentiza el abolengo y la

modificación sufrida hasta su perfecta adaptación al medio social de nuestros días, en el que vive como el pez en el agua.

Hace un puñado de siglos creíase de buena fe que Dios, aprobando las barbaridades de los hombres, poníase de lado de las armas que defendían la razón y las llevaba al triunfo; hoy nadie cree semejante herejía; por el contrario, todos y cada uno están convencidos de que apelar a esa *suprema ratio* es una atrocidad a veces, ridículo en ocasiones y absurdo siempre. Mas la sociedad (que en colectividad legisla, sin perjuicio de renegar individualmente de la obra común) ha decretado la necesidad del duelo y es forzoso acatarla.

Si la ira y el deseo de venganza arman el brazo, la pelea nada tiene que envidar a la que navajazo limpio se verifica en la mitad de arroyo; pero aún hay clases, lo mismo por lo que respecta a la posición social de los combatientes que por lo que atañe a la longitud de acero homicida o rasguñador, la ira por la ira y venganza por venganza, hemos convenido en que unos lances sean de honor y deshonrosos otros. Bárbaro o ridículo, el duelo es absurdo e inmoral.

Los tribunales de honor son los llamados a dirimir las cuestiones que, por su índole especial, no pueden someterse a los ordinarios y se encomiendan hoy a las armas.

Mientras llega ese día, protestemos de la anacrónica costumbre... sin descuidar la esgrima, por si acaso.

Y siga la racha.

ECONOMÍA

En las cuestiones económicas, todo queda en que pagamos... los que casi no tenemos con qué. ¡Pícaro dinero!

EDUCACIÓN

Los niños de hoy son los hombres de mañana; ellos formarán las *masas populares*, los gremios, la clase media, las clases directoras, cuanto anima y da impulso, vida, honra y prosperidad a un pueblo: de su educación, de los sentimientos que ella desarrolle, de las ideas que le inculque, dependen la grandeza o la decadencia de la nación. Una labor constante y progresiva, labor de cada día, de cada hora, de cada minuto; una labor que no cese en el hogar en la escuela y que el legislador la auxilie y allane es el único medio eficaz de redimir a un pueblo que en sueño suicida duerme al calor de pasadas glorias. (...) Aquellos son traviesos y enredadores, como exige la madre Naturaleza para que se desarrollen; pasan del llanto a la risa y viceversa, bruscamente, como sucede cuando las causas determinantes no dejan huella perdurable. Sus travesuras me encantan, sus lágrimas me apenan, sus carcajadas me regocijan y su dicha refleja en mi corazón. Creo en ellos, que no engañan como los hombres ni como estos forjan a la sombra la traición y el dolor.

EDUCACIÓN II

El amor al estudio es muy poco común entre nosotros, circunstancia que nos mantiene alejados del concierto europeo; los planes de reformas en la enseñanza se suceden con harta rapidez, y merced a la desquiciada política que padecemos y que lo invade todo en este desdichado país, aquellas reformas son constantemente *reformadas*, sin que nunca llegue el caso de que el tiempo demuestre si sus frutos son buenos o malos.

ELECCIONES

Un día de elecciones es casi trasunto de un juicio final anticipado y de tamaño reducido, por las resurrecciones que se advierten. ¿En qué se

parecen un colegio electoral y una sala de juego? –me preguntaba en cierta ocasión un amigo aficionado a las adivinanzas.

En que en ambos lugares se levantan muertos.

ENVIDIA

La asiduidad y la perseverancia en el trabajo, cuando llevan por brújula una inteligencia clara y por apoyo una voluntad firme, logran que el éxito corone las empresas y apartan los obstáculos que surgen en el camino o los rompen si no se desvían al primer empuje de su fuerza avasalladora. Pero la humanidad, como todo en el mundo, tiene al par que el anverso de las grandezas el reverso de las ruindades, y éstas, como el reptil, incapaces de erguirse, se arrastran tratando de morder los pies, cuyo paso intentan atajar. La idea nueva que resplandece tiene enemigos, que lo son de cuanto no crearon ellos; la personalidad que se levanta proyecta sombra, y la sombra de una personalidad es absolutamente intolerable para los que entre las sombras se agitan porque sus pobres cerebros se fundirían al calor de los rayos solares.

HAMBRE

¡Triste condición la del que se ve en el trance de pensar de esta manera! Pero con frecuencia desconsoladora anuncian los periódicos que en tal o cual sitio ha levantado el juzgado el cadáver de un hombre que ha muerto..., de hambre, y es terrible que rodeada de semejantes, de lujo y de riqueza, caiga una criatura, como la que no hace mucho cayó en la calle de Sevilla, herida por el hambre. Es inconcebible que un hombre honrado dé en manos de la policía, como ocurrió pocos meses ha a un albañil, por haber robado un pan o dos, para su mujer y sus hijos, que agonizaban de inanición en su mísera vivienda.

LECTURA

Aquí el libro es artículo de lujo, y si es de versos... ¡horror!, más que lujo es suntuosidad inaudita o intolerable... y, a la par, casi patente de nulidad para el autor.

LIBERACIÓN FEMENINA

Mas la mujer –apetitos aparte– como madre y como esposa, sin feminismos que la metamorfoseen, en *anfíbio*, en ser moralmente bisexual, o en guardia civil con enaguas, merece todo linaje de consideraciones y de facilidades, para allanarle el camino de su importante misión social. Ellas son las que *hacen* hombres y los hombres los que *hacen* nación; *ergo*...

LOTERÍA

La lotería, pues, es un síntoma de enfermedad nacional, y los miles de billetes que se expenden, merced al secuelo de un milagroso *gordo*, indican el arraigo del mal, sintetizando el carácter español, en lo que tiene de soñador y perezoso.

MENDICIDAD

Desde el mendigo profesional que perdida la aprensión vive y bebe en la holganza, a costa de las almas caritativas, hasta el que provisto de la competente licencia asienta sus reales en las puertas de los templos, ni más ni menos que lo hacían sus antecesores en la época de los Austrias, la escala de la mendicidad es variadísima. El aspecto de toda esa caterva sucia, astrosa, da a las calles más céntricas, a los atrios de las iglesias y a las entradas de los cafés, donde tienen su campo de operaciones o su *peña*, es poco apropiado para una ciudad europea; puesto que en Europa se entienden estas cosas de diferente modo que en África.

Las molestias que irrogan al transeúnte asediándoles con sus peticiones y hasta faltándole el respeto en muchos casos si no *suelta la perra*, son intolerables. Si la causa en que fundan la demanda es una enfermedad o un defecto físico, hemos de sufrir resignados que exhiban a dos dedos de nuestra nariz la llaga, el muñón o lo que sea, aunque la vista de la lacería, de la úlcera o la deformidad nos revuelva el estómago.

MODA

La Moda, deidad voluble y tornadiza, entronizó un día los monstruos ornamentales de la Edad Media, el abigarramiento del Churriguera, los peinados complicadísimos de los siglos XVII y XVIII, los semiesféricos guardainfantes de que tan fiel retrato nos legara el eximio Velázquez; todo ello, incurso en el ridículo, si a través de los años lo miramos, hoy nos mueve a risa. La sencilla indumentaria griega y romana, los no menos sencillos tocados de hetairas y matronas, continúan siendo bellos, mal que les pese a Leonard y Cambrils, de tiempos cercanos; el ridículo de los *démodé* no ha podido caer sobre ellos, ni aún después de exhibirlos con música de Offembach. La arquitectura del Parthenón, nada ha perdido de su belleza soberana, y, solemne en sus augustas líneas, ni aún se digna bosquejar una sonrisa de lástima ante las aberraciones que de la enfermiza imaginación de un pintor escenógrafo han trasladado sus epilépticas contusiones a la edificación urbana.

MUJERES

El bello sexo alicantino, tipo singular de indescriptible atractivo, es riquísimo en encantadores ejemplares, capaces de sacar de quicio a un cenobita; las garbosas madrileñas, con su soltura y sus lindos palmitos,

se llevan de calle al más templado; y unas y otras en las calles, en los paseos, en los baños, en los teatros, en los cafés y en los *restaurants*, comiendo al aire libre, dan con sus caras hechiceras y sus *toilettes* de colores claros indefinible encanto a estos cuadros veraniegos.

POBREZA

Ya en muchas plazas públicas han colocado estufas, para que los pobres del arroyo calienten sus ateridos miembros. En torno de estos caloríficos se agrupan los chiquillos. En sus rostros, sucios por el abandono y la miseria, la falta de alimentación y la baja temperatura han marcado hue-llas que inspiran piedad. Aquellos niños encogiditos, mal cubiertas las carnes por astrosos ropajes, despiertan en el observador ideas muy tristes acerca de hoy y fundados temores acerca del mañana...

POETAS

Cuando los poetas y el pueblo se entienden, cuando el segundo siente las bellas artes porque la educación eleve el nivel de cultura batiéndole las cataratas para facilitarle la percepción consciente de lo bello, entonces tendré, como tuvo el francés, *su* Berenguer, cuyas estrofas aprenderé de memoria; cuidará de que la tumba de *su* Musset nunca carezca de frescas y olorosas flores; amará a los niños, respetará los árboles y protegerá a los pájaros.

Mientras esto no ocurra, el poeta será para el vulgo una superfluidad, como la manecita de marfil que figura en el tocador de muchas damas, aunque éstas no carecen de bruñidas y sonrosadas uñas. Se le oirá sin escucharle, cantará para el mundo, aportando a la evolución su labor constante; y el mundo, sin creer que pase de ingrato, recogerá el fruto de ingenio ajeno, pagándolo con la indiferencia y el abandono.

POLICÍA

Sabíamos que la policía madrileña no brillaba precisamente por lo bien que respondiera al fin para que fue creada; sabíamos, porque los periódicos nos lo contaban con lamentable frecuencia, que los ladrones casi nunca *eran habidos*, y sabíamos que la audacia de éstos corría pareja con la ineptitud de aquélla.

El vicio, el delito, el crimen, la ausencia del sentido moral, la degradación, cuanto revela la gangrena que corroe el cuerpo social entre sombras, ha aparecido inopinadamente, de manera brutal, a nuestros ojos. La opinión, alarmada, ha clamado y la primera medida, la primera satisfacción dada a la opinión, a la conciencia pública, ha sido la suspensión de los polizontes. Mientras esto dure, el Cuerpo de Seguridad se encargará de las funciones de aquellos.

SUPERSTICIÓN

Convenimos en que es, por lo menos, ridículo creer que un huevo sea anuncio de graves y transcendentales acaecimientos; en que el vuelco de un salero no puede determinar un disgusto serio, ni la rotura de un espejo una desgracia de la familia; y sin embargo, el atavismo, ese pícaro sedimento hereditario, cosquillea al lacustre que yace dentro de cada hombre adormecido por el curso de los siglos y la música del progreso, y aunque no le despierte de todo, le obliga a dar señales de vida.

TIEMPO

España deber ser el país donde más *abunda* el tiempo.

O lo que es lo mismo: el tiempo aquí, no tiene medida, y si la tiene es tan grande, que necesitamos mil expedientes para achicarlo.

En innumerables asuntos tratamos de *ganar tiempo*... ¿aprovechando los minutos? No. Invirtiendo semanas en lo que pudiera hacerse en pocos días.

Cuando *nos sobra* una hora imaginamos la manera de *matarla* es apeteciendo que si no muere a mano airada le dé la tentación de volver para fastidiarnos.

Y lo peor del caso es, que habiendo mucha gente dedicada exclusivamente a matar el tiempo, este factor tan importante de la vida se venga como puede, o se defiende a menos, y hace pagar caros los atentados.

Pero, como suele ocurrir, pagan justos por pecadores.

VAGOS

Verdad es que para desengrasar dice un periódico: “*La langosta se encuentra a las puertas de Madrid*”. ¡Y figúrense VV., lo que ocurriría si llegara a entrar en la coronada villa! ¡Ya me imagino el horror de vecindario, cuando el temible insecto invada cosecha de vagos que en aquellos parajes fructifica espontáneamente, como las plantas silvestres!

VIVIENDA

El que de las alegres ciudades andaluzas venga a la corte y dé un paseo por los barrios bajos, se explicará perfectamente la aterradora mortalidad que se registra en la villa; y aún se asombrará de que no sea mucho mayor, pues es milagroso que barrios enteros no se despueblen. Las llamadas *casas de corredor* son horribles colmenas en que centenares de seres humanos se revuelven en el espacio que racionalmente no debían ocupar más de algunas decenas. Un par de mezquinas habitaciones y una microscópica cocina componen la vivienda de cada familia. En aquellas se amontonan los individuos en lamentable promiscuidad de sexos y edades. Lo reducido del local obliga a los niños a presenciar todas las escenas que ocurren en la casa; lo mismo las expansiones conyugales que las *brongas*; igualmente las diserta-

ciones paternas y maternas, que las murmuraciones y comentarios, chismes y cuentos de todo color y género, que son pasatiempo y comidilla de las comadres.

El desdén y el abandono de que han sido objeto las casas en que viven gentes de escasos recursos, es verdaderamente criminal, y tiempo es ya de que venga un alcalde con iniciativas y energías bastantes, como parece tenerlas el señor Vicenti, para comenzar la batalla en defensa del progreso, de la moral y de la salud pública.

VOLUNTARIOS

Ocho voluntarios catalanes, de los quinientos héroes que al mando de Prim derramaron su sangre en África por el honor nacional, han venido a Madrid a depositar una corona en la tumba de Isabel II y otra en la del caudillo que les llevó al combate. Estos ocho viejecitos representan una ráfaga de aire oxigenado que orea el viciado ambiente en que vivimos; un mentís viviente a los que niegan nuestra *leyenda dorada*; un destello del alma genuinamente española y una muestra de la verdadera Cataluña, ajena a separatismos y vocinglerías de unos pocos.

Aquí han encontrado acogida cariñosa y los madrileños miran con respeto los típicos trajes de pana azul y las barretinas de los ancianos voluntarios. Noviembre empieza bien. Veremos como acaba.

EFEMÉRIDES BIOGRÁFICAS

1858.

* Nace en Priego de Córdoba, el día 23 de septiembre, en el seno de una familia acomodada, del matrimonio formado por José Alcalá-Zamora Franco (senador del Reino y diputado en Cortes Constituyentes) y Encarnación Estremera Calvo-Rubio.

* Es bautizado dos días más tarde por el presbítero Antonio María Calvo Rubio en la iglesia parroquial de la Asunción de Priego, recibiendo los nombres de Pedro Francisco de Paula, Lino, José Luis María, siendo su padrino Francisco de Paula Calvo Aguado de Arias.

1874.

* Muere su padre cuando estaba estudiando en Granada la carrera de Derecho. Interrumpe sus estudios.

1875.

* Fallece su madre, quedando a cargo de su tía Soledad Estremera, hermana de la madre.

1876.

* Fallece su preceptora, quedando en posesión de una gran fortuna, valorada en más de dos millones de reales.

* Participa en diferentes obras dramáticas que organizan jóvenes prieguenses con objeto de recaudar fondos para la Cofradía de la Columna.

1877.

* Junto a su padre, los hermanos de éste, Federico, Mercedes, José y Luis, y otros familiares, formaba parte del nomenclátor de la Cofradía de la

Soledad. En la que también estaban dados de alta como cofrades su madre, su abuelo materno Luis Estremera y Burgos y algunas tías maternas.

* Interviene en un juguete cómico de Carlos Valverde López, titulado *La inocentada*.

1888.

*Se instala en París durante varios años y más tarde en Roma, Venecia y otras capitales europeas, viviendo como un príncipe, codeándose con la aristocracia y dando fiestas suntuosas hasta consumir casi todo el capital heredado.

1887.

* Vuelve a Priego para vender las fincas que le quedaban, cuyo importe consume pronto en Madrid.

* Alquila la casa paterna, por cinco pesetas diarias, a la Sociedad Casino de Priego.

1887 a 1897.

* Ingresas como soldado raso en un regimiento de Artillería.

* Vive en Madrid modestamente en una humilde fonda, protegido en parte por el marqués de Dos Hermanas, antiguo deudo suyo, y de lo que ganaba traduciendo periódicos y novelas para grandes editoriales, y escribiendo artículos en varios periódicos.

* En diferentes periódicos de la capital y provincias populariza su nombre y el seudónimo de "*Luis Estremera*".

1888.

* Colabora en la página literaria de *El Comercio de Córdoba*, enviando desde Madrid, cuentos, artículos y composiciones poéticas.

1897.

* Vuelve a Priego, hospedándose en casa de Carlos Valverde López, por entonces diputado de la Comisión Provincial por el Partido Conservador, quien le propone al conde de Torres-Cabrera para que lo nombre director del periódico *La Monarquía*, cuyo cargo desempeñó hasta la desaparición del periódico tres años después, aunque ya con el nombre de *La Voz de Córdoba*.

* En el diario *La Monarquía* escribe una editorial titulada “La hidra” donde hace un análisis de la trágica muerte de Antonio Cánovas del Castillo, las causas del anarquismo, dando consejos muy sabios a los hombres de gobierno. La redacción del *Diario de Córdoba* le hace grandes elogios ponderando lo acertado de sus opiniones.

* En una función de la trapecionista Geraldine Leopold, conoce a Ricardo de Montis, naciendo desde aquel momento una gran amistad.

* Por estos años solía usar el seudónimo de “*Luis Estremera*” en las crónicas y cuentos, y el de “*Lamparilla*”, en las reseñas de las corridas de toros.

* Estrena con éxito extraordinario en el Gran Teatro de Córdoba *Empeño de honra*, monólogo dramático en prosa que después editaría en este mismo año en el establecimiento tipográfico “La Puritana” de la capital cordobesa.

1898.

* Publica el libro *Cuentos*, con prólogo del duque de Hornachuelos, en el establecimiento tipográfico “La Actividad” de Córdoba.

¿...?.

Otras obras anteriores a 1902.

* *Mademoiselle de Chateau Plat*, novela. Agotada.

* Según publica *El Liberal Cordobés*, Juan de Obregón y González da cumplidas explicaciones “con honrada y espontánea franqueza” a Pedro Alcalá-Zamora, quedando zanjada la cuestión surgida entre ambos señores.

* Asiste a una reunión de periodistas cordobeses y se encarga junto a García Lovera de la redacción de cartas dirigidas a la Diputación Provincial y a los ayuntamientos de La Rambla y de Córdoba, pidiendo diversos favores para el cabo Ruiz.

* Es secretario de la Junta Permanente de Festejos de la capital de Córdoba.

* Asiste habitualmente, junto con Ricardo de Montis, a las reuniones del Consejo de Redacción de la revista semanal *Tierra Andaluza*, ayudando con su consejo y pluma a los jóvenes escritores.

1900.

* Fallece su familiar Antonio J. Caracuel de la Cámara, presidente jubilado de la Audiencia de Jaén.

* Deja de publicarse *La Voz de Córdoba*, título que había adoptado *La Monarquía*.

* Colabora en la sección “*Ramillote literario*” del “ANUARIO DE 1889”, publicado por *El Diario de Córdoba*.

* En agosto traslada su residencia a Jaén.

* Por esta época es director del semanario *El Toreo*.

1902.

* Su cuento *Los anteojos azules* obtiene el primer premio en el Certamen celebrado por la Sociedad Económica de Córdoba, y *Los ojos de gato*, un accésit en el mismo Certamen.

* Publica su libro titulado *Más cuentos*, confeccionado en la imprenta del *Diario de Córdoba*, con prólogo de Guillermo Belmonte Müller.

* Por estas fechas tenía en prensa:

El secreto de una muerta. Novela. En colaboración.

Y en preparación:

Los espejuelos rojos. (Memorias de un hombre de bien.) Novela.

Tipos cómicos y cosas ridículas. Colección de artículos.

* Se instala en Madrid, desde allí envía artículos semanales a *El Diario de Córdoba*.

1906.

* Consigue un puesto como traductor en el Servicio de Sanidad Exterior de Mahón.

1908.

* La editorial Sopena le publica *Lecciones gráficas*, en español-francés, ilustrado con más de quinientos grabados.

1911.

* Es trasladado a Algeciras y posteriormente a Alicante. Le diagnostican un cáncer en la garganta.

* Aparece la primera edición del *Diccionario Francés-Español, Español-Francés*, editado por la Editorial Sopena, realizado con la colaboración del francés Théophile Antignac.

De este libro se harán numerosas ediciones, siendo la última el año 1990.

1912.

* Regresa a Priego muy enfermo, siendo cuidado en la casa de su familiar Alfredo Calvo Lozano, falleciendo a los tres meses de su llegada, el día 28 de julio de 1912 a los 53 años de edad.

Segunda parte.

Desde Mahón, por Pedro Alcalá-Zamora Estremera

Capítulo V

CRÓNICAS MAHONESAS

1. NOTAS DE UN VIAJE

Señor Director del DIARIO DE CÓRDOBA. Después de largo período de silencio, impuesto por mi quebrantada salud, reanudo hoy mi interrumpida comunicación con los lectores del *DIARIO*, suponiendo que algunos tengan la bondad de echar una ojeada a mi prosa; téngome la ilusión de que así ocurre, y tengo hasta el hiperbólico punto de creer que alguien ha advertido mi prolongado callar. Consigno mi gratitud, y prosigo.

En busca de vida tranquila y aires nuevos, salí de la villa tres veces coronada, triple diadema que no le impide disfrutar de incomparables elementos patológicos y edilicios, para merecer también el remoquete de *Ciudad de la muerte*.

El tren correo, que marcha con bastante lentitud, pero en cambio lleva coches un poco cómodos (y váyase lo uno por lo otro) me condujo a Barcelona en poco menos de veinticuatro horas. Un día de camino de hierro, para el que padece una enfermedad nerviosa es un martirio que no permite recoger notas de viaje, sobre todo, si la mayor parte de trayecto se recorre de noche.

Cuando amaneció Dios, rodaba el convoy por tierra de Cataluña, por esa tierra hermana, en la que cuatro cabezas desequilibradas hablan de *Espanna* como de país extraño y enemigo, y esgrimiendo, en su demanda, armas de dos filos, causan heridas más profundas en su propio pecho que en el que intentan desgarrar.

Y aquellos terrenos cultivados con esmero y arte —que aún en rudas labores como las agrícolas, el arte cabe— las altas chimeneas de ladrillo vomitando el denso humo revelador de su actividad fabril; las alegres *torres*, villas de recreo donde el propietario tiene el necesario reposo, después de la febril agitación de un vivir laborioso.

En una palabra, aquella hermosa comarca ofrecía la *fisonomía* de riqueza y cultura que todo buen español anhela contemplar en las tierras que se expanden desde Asturias hasta Andalucía, de Extremadura a Valencia. Recordaba otros rincones de nuestro suelo y pensaba cómo la voluntad, puesta al servicio del bien común, transforma terrenos, desarrolla la riqueza y da vida a los pueblos; vislumbraba la facilidad de realizar la justa aspiración de entrar en el concierto europeo, aparejada con esta grata idea, acudía al cerebro, en irritante contraste, la opción de la realidad, penosa como íncubo, la incuria endémica, el amo atávico, la cizaña caciquil, la iglesia moral que entorpece las mejores cualidades de este pueblo, mal gobernado generalmente, y digno de suerte mejor.

Con pena pensaba en todo eso, y me parecían, vistos al través de tales ideas, como más odiosos los malos españoles que en su demencia suicida hieren y matan, sin cejar en su infame obsesión, noble Cataluña, por incomprensible su malquerencia hacia la madre patria.

Llegamos a la Ciudad de los Condes. Claramente vi el lujoso Apeadero, cuando el tren apenas se detuvo; la amplia y hermosa vía llamada, si no recuerdo mal, paseo de Colón, que contigua al puerto, junto al cual se yergue, esbelta y elevada columna, la estatua del inmortal liguro que tanto podía decir si, redivivo, se diera una vuelta por estos dominios que él ensanchó y que hoy se encuentran reducidos a menos de lo que antes eran.

En el trayecto, desde la estación ferroviaria al embarcadero, junto al que se disponía a levar anclas el vapor en que debía embarcarme, todo lo que vi contribuyó a vigorizar las ideas apuntadas arriba...

Largo rato permanecí en el alcázar cerca del *Menorquin*, contemplando lo que podía ver de la gran urbe: fachadas y sólidas arcadas de piedra, las frondosas copas de los árboles del paseo vecino, Montjuich, conocido por su renombrado castillo, que despunta como pétreo coloso guardavigilante de la joya catalana...

Y la muchedumbre de curiosos y de amigos de los viajeros, que acude al zarpar un buque, espectáculo siempre igual, emocionante siempre.

Yo era el único cuya diestra nadie estrechaba, el único que miraba indiferente el agitarse de los blancos pañuelos en ademán de despedida, al que al apartarse de la orilla no dejaba en tierra inquietudes ni zozobras ni las abrigaba en el corazón.

Rápida remembranza de lo pasado me dio instante de nostálgica melancolía.

Los pañuelos seguían agitándose ya casi imperceptibles; la muchedumbre iba trocándose a la vista en negra mancha que resaltaba sobre el fondo de los edificios; la ciudad fue hundiéndose poco a poco en el horizonte, y Montjuich se esfumó, al cabo, entre las brumas. Estábamos en alta mar.

El crepúsculo empezaba a ceder el paso a las sombras de una noche fría y desapacible. Ciertos señores, que hablaban en catalán, permanecían en cubierta desafiando el fresco vientecillo y la humedad, quizá porque les molestaran menos que el mareo, probable si se encerraban en el salón. El idioma en que conversaban me impedía tomar parte en la tertulia, y como la oscuridad tampoco me permitía ver más allá de la borda, decidí refugiarme en el fumadero a conseguir pitillos y a leer una traducción de Luciano, que en Zaragoza me había regalado un viajero milanés.

Cerca de las nueve de la mañana me despertaron el girar de cabestrante y duro ruido de cadenas; fondeábamos en Mahón. Yo había dormido diez horas seguidas, al cabo de muchos meses de no lograr gozar del

sueño más que un par de horas cada noche. Mi curación empezaba con el cambio de aires, y en menos de un mes me he restablecido casi por completo.

A Dios gracias, señor Director, puedo reanudar mis interrumpidas tareas, y en cartas sucesivas iré dando cuenta de mis impresiones.

No faltará quien se alarme, humorísticamente, y exclame: ¡éste va a descubrir las islas Baleares! Tranquilícese, que no me impulsa la *vocación*, como a otros, a creer que lo que aprenden o ven por vez primera permanecerá ignorado para sus contemporáneos, si ellos no se toman el trabajo de dárselo a conocer.

No estará de más, sin embargo, consignar que de las *islas adyacentes* se sabe en la Península casi lo mismo que de las de Crocet o del propio planeta Marte; y aún menos se sabría sin lo dicho en los periódicos con motivo de la reciente visita de don Alfonso XIII al archipiélago canario, y lo que dijeron dos años hace, cuando nuestro joven Monarca vino al balear.

Tales andan estas cosas, que en Madrid no pude averiguar con certeza cuando salían de Barcelona vapores directos para Mahón. Conozco a más de uno y más de dos, para quienes no hay más Baleares que Mallorca, y todo lo de este archipiélago es mallorquín; y sé de más de cuatro, cuyos conocimientos en la materia no van más allá de las ensaimadas. Palma y Las Palmas son para no pocos una misma población, y Mahón de Alicante, según atestiguan sobrescritos que he visto... No huelga, pues, recordar de cuando en cuando que este archipiélago existe, con todas sus islas, hasta el presente, ni contar algo de lo que por acá ocurra.

A ello dedicaré algunas cuartillas, si Dios me da la salud que he venido a buscar.

Mahón, 21 abril.

(“*Diario de Córdoba*”, número 16893, 29 de abril de 1906)

2. UNA VISITA A POMPEYA

Pocas o quizá ninguna nota de actualidad pudiera despertar interés más grande que lo referente a los terribles incendios de San Francisco, en Norteamérica, y a la erupción del Vesubio; y seguramente resultaría menos interesante cuanto yo pudiera decir que el relato, hecho por un testigo presencial al señor Zaniboné, redactor del periódico napolitano *Il Pungolo*, que a continuación traduzco creyendo hacer cosa grata a los lectores del *DIARIO DE CÓRDOBA*.

Las noches de mayor actividad eruptiva, en los comienzos, han sido fecundas en emociones fuertes para los guardianes de Pompeya.

“El sábado, 14, por la noche, aún continuaban en sus puestos aquellos centinelas, guardianes de una ciudad sin habitantes, que componían unos cuarenta, entre guardias, guías y obreros. El personal de las fondas próximas había huido. De los pueblos cercanos, envueltos en caliginosa irrespirable atmósfera, no tenían noticias, porque ningún fugitivo había pasado por las puertas pompeyanas. El Vesubio rugía sin cesar y los relámpagos azulados, que sin interrupción se sucedían, iluminaban con siniestros fulgores el infierno que se desencadenaba en la falda del monte; de cuando en cuando, un rugido terrible hacía conmovirse las viejas murallas de la ciudad, y por un desgarrón de las densas nubes, que todo lo envolvían, vislumbrábase la lava cada vez más cerca. ¿Qué hacer? La mayor parte de los guardas eran padres de familia y tenían sus mujeres e hijos en Ottajano o en Torre Aunnozista, amenazados quizá, en todos momentos, por la lava, amenazados de muerte, mientras que en Pompeya los muertos dormían en profundo, eterno sueño, desde hacía dos mil años ¿Ni quién piensa en guardar una ciudad muerta a la hora que quizá señala la del exterminio general? Los guardias abandonaron la ciudad de la muerte y corrieron hacia los pueblos de los vivos, esto es:

hacia la vida, o lo que es lo mismo, al encuentro del fuego, de la lava, de otra muerte...

Sólo tres guardas continuaron en sus puestos, vigilando tumbas milenarias y una ciudad que enmudeció siglos ha y que permanecía impasible ante el furor volcánico: eran Antonio y Sandolo Vitiello y Giovanni Resdina, acompañados de sus perros; dos enorme mastines de terribles dientes y encarnizados ojos, que en aquella roja noche de sangre y azufre, Virgilio, a verlos en la puerta del averno, los habría tomado por cancerberos.

Uno de los guardias narró así la tragedia: Sería media noche, cuando me pareció oír entre el fragor incesante de relámpagos y truenos, un crujido violento en dirección al *Teatro Trágico*; creí que se había hundido la casa que se reconstruye junto a la de los *Amorcillos Dorados*, cuyos trabajos se suspendieron hace poco, no pude contenerme y llamé a los perros, lanzándome en la indicada dirección. Llegué corriendo a la calle de Portamarina, donde está el *Museo*, entré y pude persuadirme de que nada ocurría; sólo advertí que a los sacudimientos ocasionados a las viejas piedras por los rugidos subterráneos, los petrificados cadáveres allí conservados se estremecían, como si experimentaran terror a la idea de morir por vez segunda de aquella muerte horrible.

Fui ansioso a la *Casa de los Amorcillos*: Todo en ella estaba incólume. Mas el cielo, entre tanto, adquiría un aspecto cada vez más espantoso, y encima del Vesubio brillaban rápidos resplandores, semejantes a rayos, que yo no había visto nunca. Me encaramé sobre un arco cerca del *Foro*, y a la lívida luz de los relámpagos pude contemplar los campos vesubianos que, por una parte humeaban, mientras que por otra, a pesar de aquella vivísima luz, yacían envueltos en densas tinieblas. Me di cuenta de la situación: la lava llegaba a la población, y más allá llovían cenizas.

Volví la cara, con el alma oprimida por la angustia, hacia Pompeya, donde habito cerca de treinta años: la ciudad, iluminada por el fuego y los relámpagos rojos, azules y blancos, semejava el escenario de un teatro cuando se representa la tempestad.

Maquinalmente me encaminé a la *Casa de Diómedes* y luego a la *Quinta de los Ustios*; los perros se impacientaban, ladraban y corrían de acá para allá, no comprendiendo la causa de mis carreras a aquellas horas y con tal angustia; pero les espantaba lo rojizo del cielo, lo furioso de los rugidos volcánicos y la electricidad de la atmósfera. Deteníanse a las puertas de las casas a olfatear y escarbar. Entré en la *Casa del poeta dramático* y en la *Quinta*; en ambas reinaba la calma. Los relámpagos se sucedían tan frecuentes, que producían continua luz, y los arriates llenos de flores que hay en el atrio de la *Quinta* se veían como a la luz del sol.

El agua de las fuentes parecía, al correr, plata líquida, y producía murmullos extraños, como sollozos, que yo no había oído nunca.

Salí y se recrudecía con más violencia que antes la ira de Dios, hasta el punto, que no me explico cómo no se ha hundido nada, debiendo hundirse todo. Proseguí recorriendo la ciudad, al ocaso, ora entre densísimas tinieblas, ora entre fulgores que me cegaban.

De pronto oí que los perros ladraban en la *calle de los Sepulcros*, pero me faltó valor para acudir; estaba rendido, anonadado. Sin saber cómo me encontré en mi cuarto; amanecía, y ya había estado fuera, sin noción del tiempo, cinco horas... Hoy podemos decir que Pompeya surge por segunda vez...”

Como se ve por el anterior relato, la ciudad muerta no ha sufrido el menor deterioro en el reciente sacudimiento vesubiano, mientras las demás poblaciones han padecido bastante. Ni una partícula de ceniza, ni una molécula de polvo ha caído sobre las viejas piedras, mudos testigos de la horrenda tragedia que Plinio y la tradición nos han contado; dijéran-

se que el destino de los hombres y el de las ciudades que más han gozado de la vida, tiene muchos puntos de contacto, y que lo mismo ciudades que hombres, no mueren más que una vez.

Aún recuerdo la honda impresión que en mi ánimo produjo aquel *alegre cadáver* de ciudad, cuando lo visité por vez primera.

Emplazado en el fertilísimo campo de la Campania, de un lado tiene la vida exuberante de la naturaleza pletórica; de otro, los horribles paisajes de la falda del Vesubio; terrenos yermos de ceniza y piedra pómez, donde nada vive, que recuerdan los grabados de Gustavo Doré en el *Infierno* de Dante, y por techumbre un cielo diáfano, de purísimo azul, en el que radiante sol ilumina los vivos colores de la ciudad vacía, silenciosa, sosegada, impasible, como cuerpo admirablemente embalsamado, al que la ausencia del alma da la fría impavidez de la estatua, que ofrece eternamente la expresión que el autor le imprimiera...

Pompeya se ha salvado. El peligro que le amenazaba, seguramente ha conmovido a muchos amantes del arte y de la historia, más que impresionara a Nerón la noticia del terrible terremoto del año 63. El emperador histrión recitaba en el teatro de Nápoles, y no quiso por tan *fútil* motivo interrumpir la representación. Pompeya se ha salvado; el cadáver milenario ha sido respetado; pero en cambio los pueblos vivos han sufrido las consecuencias de la furia vesubiana, y campos ricos y fértiles han sido devastados.

Mahón, 27 abril.

(“*Diario de Córdoba*”, número 16896, 2 de abril de 1906)

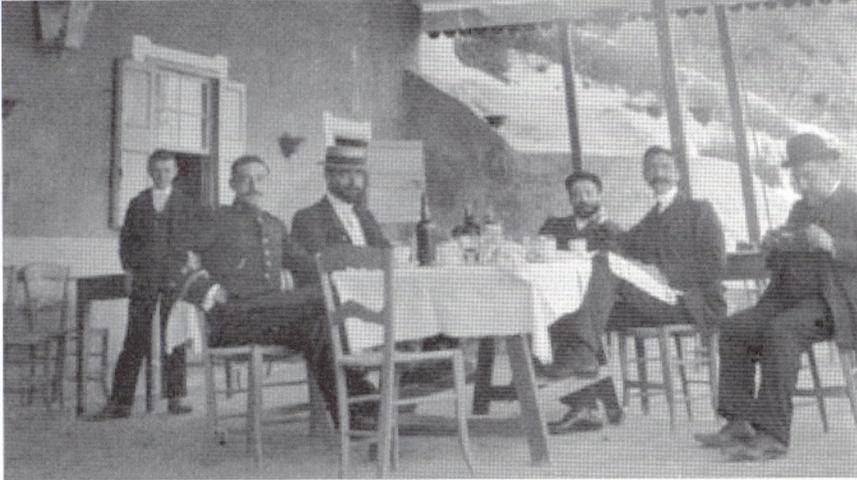
3. VIDA TRANQUILA (Cartas menorquinas)

Con muy pocos días de intervalo he leído en un semanario madrileño, cuyo nombre no acude ahora a mi memoria, y sí el *DIARIO DE CÓRDOBA*, dos *bostezos* provocados por la monotonía de la vida en poblaciones de corto vecindario. *Bostezos* estampé, lector benévolo, aunque no ignoro que, según la docta corporación que limpia, fija y da esplendor, bostezar no es escribir, sino suspirar hacia dentro abriendo involuntariamente la boca más de lo re [...] ⁵¹ y expresado con afinación. Un observador dado a investigaciones psicológicas podría llenar muchas cuartillas con el estudio moral de un pueblo que no da que hacer al juzgado y ama la buena música, profiriendo las frases de Bizet, Massenet, Puccini y Leoncavallo, las melodías de Bellini, Verdi y Donozetti y los conceptos de Meyerber, a los clásicos *jipíos* de nuestra gente de bronce, que distan tanto de la pintoresca y primitiva inspiración popular como del arte.

Cerrado el teatro, no queda para pasar la velada más recurso que el casino; y ya es bastante, pues los que se aburran pueden procurarse el consuelo de aburrirse reunidos.

Y a propósito, declaro, amado Teótimo, que no creo en el aburrimiento más que en el poder de los sortilegios. Dudo que flote en el ambiente de los pequeños centros como las fiebres palúdicas a la vera de los pantanos; lo mismo que ciertas enfermedades, encuentra terreno abonado en el organismo por el pseudo-paciente para martirio suyo y de los que le rodean. De igual manera que hay organismos sanos refractarios a determinados males, debe de haber temperamentos inaccesibles al hastío; porque no recuerdo haberme aburrido nunca, aunque sí que me han aburrido en más de una ocasión.

⁵¹ Falta una columna de texto.



Grupo de amigos

Lo difícil de lograr es vivir manteniendo en huelga perpetua cuerpo y espíritu sin que la actividad se venga haciéndonos sentir el embrutecedor y soporífero peso del ocio...

Y el ocio, aquí como en Viena, en París o en Madrid, tiene sus horas de reinado. Los forasteros, militares o civiles, pero casi todos dependientes de Estado, terminado el rato de ocupación que su cargo exige, no encuentran distracciones que les hagan menos lento el curso de tiempo, que en las pequeñas poblaciones parece eterno, especialmente el que viene de centros grandes. El paseo en determinado lugar no es diario, sino reservado para los domingos y fiestas de guardar; entre semana, el alfoz de Mahón: “*que es poco agradable, áspero, pedregoso, sin árboles, como tapias de piedra que dividen las heredades y poca amenidad*”, es el único que brinda con sus cómodos y limpios caminos al ejercicio. Mas estas diversiones en días laborables son exclusivas de sexo feo; el bello sexo pasea, al anochecer, por las calles Nueva, Arravalete y Castillo.

Y claro es que los que se dedican a repetir todas las tardes los mismos paseos, sosteniendo durante ellos idénticas conversaciones; los que recorren las propias aceras a horas dadas; los que cronométricamente acuden al Casino y viven, en una palabra, esa vida con falsilla, pronto se saben de memoria fisonomías, trajes, etc. etc., de todos los demás que frecuentan esos lugares, y en fuerza de repetirse el poco ameno espectáculo, acaba por cansar al mismísimo Job, prototipo de la paciencia...

Mas el remedio es sencillo y de fácil explicación, pues consiste en apartarse de la rutina. Procedimiento que aconsejo a los que se aburren en provincias.

Mahón, 8 mayo.

(“Diario de Córdoba”, número 16907, 13 de mayo de 1906)

4. DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Por espacio de unos días la vida en Madrid ha sido casi imposible; atraídos por la boda real, que ha despertado inmenso entusiasmo, y por el natural deseo de ver los anunciados festejos, a la oferta acudieron muchos forasteros y no pocos cientos de extranjeros.

La circulación por las calles, especialmente en las del centro, era difícil y penosa por la aglomeración de gente y porque los no acostumbrados a andar por urbes populosas estorban el paso a los demás, se detienen inoportunamente a contemplar los escaparates, pisan, codean, estrujan al transeúnte y ni caminan ni dejan caminar.

Con tal concurrencia en las vías y disfrutando de una temperatura que recordaba la famosa *del frito*, se necesitaba valor heroico para lanzarse a la calle.

Por si estas molestias, inevitables por el aumento circunstancial de población flotante no bastaban, los exploradores forasteros le aguardaban con el trabuco echado a la cara para limpiar los bolsillos.

Hay que advertir que aquí, donde los elementos para hacer, no ya agradable, sino tolerable, la vida al forastero, faltan en absoluto, se procura por todos los medios mortificarle y desplumarle. Lo que no impide que se hable de la *industria del turismo*, como si el terreno fuera abonado para implantarlo.

El desdichado que, aprovechando la rebaja de los precios de los billetes ferroviarios, se ha venido en los mixtos...

En este afortunado país, donde, al revés que ocurre en el resto del mundo civilizado, se procura que nadie viaje y que el viaje se haga en las peores condiciones posibles, el que no puede pagar billete de primera tampoco puede aprovechar los expresos, y el viajero de tercera ha de ir forzosamente en los mixtos, sin que las víctimas de la mencionada clase merezcan, por parte de los empleados, mayores consideraciones que las que se guardan a un rebaño de carneros.

Parece que el viaje en tercera se paga de su bolsillo cuando menos dada por merced señalada y misericordia de las empresas, según lo mal que se le trata.

Molido y asenderado llega el viajero a la villa del Oso, y si sale con vida de la acometida que, ofreciéndole alojamiento, le dan en la estación los mozos, muchos y hasta golfos, empieza el calvario de la vivienda. Que aquí son malas casas de huéspedes y que, en general, las habitaciones carecen de condiciones higiénicas, es asunto pasado; y si esto ocurre en circunstancias normales, imagínese el lector curioso qué ocurrirá en épocas excepcionales.

Patronos de *a dos pesetas con principal* han exigido cinco duros diarios al forastero, sin mejorar, por ello, la estancia y mala comida ni el



Mahón. Calle Arravaleta. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

desvencijado retrete. Por dormir en una alcoba interior, sin ventilación alguna, donde apenas había un fermentado lecho, por el que no pagará de alquiler más de veinticinco pesetas mensuales, dos duros por cada noche. Cualquier fondista que se tiene por honesto no pide menos de mil pesetas anuales.

En una palabra, se ha querido ganar en los tres días de las fiestas para vivir todo el año, aunque las víctimas se marchen como el gallo de Morón, y jurando no volver más a los Madriles.

Y si tal ocurre con los turistas nacionales, no hay que decir hasta qué punto se abusa de los extranjeros. En estas ocasiones se pone de relieve, como en ninguna otra, el atraso en que vivimos. En todas partes se procura mimar al forastero: aquí se le ahuyenta. El otro día me pregunta un inglés *que tiene la costumbre de lavarse* y no podía hacerlo en su alojamiento por carecer de tina (aunque pagaba cien pesetas diarias) dónde

podría tomar el conocido baño; y enterado de que aquí contábamos con media docena de establecimientos de esta clase para más de medio millón de habitantes, se quedó estupefacto. El infeliz no sabía que el baño es *cosa de lujo*; pero si a las horas de calor anduvo entre la muchedumbre, el olfato le explicaría ingratamente la resultante de medio millón de vecinos y la media docena de balnearios.

En fin, de cuantas, no hemos venido a bañarnos, sino a divertirnos.

Pocas veces se ha despertado el entusiasmo popular, como ahora, ante un acontecimiento político. He presenciado entre la multitud el paso de las comitivas, y he podido apreciar que el pueblo mira con verdadero cariño a su Rey, está muy satisfecho de su enlace. Al saber que se casaba enamorado con el amor de los veinte años, la simpatía popular se extendió a la novia; al ver que la novia es de belleza ideal y lleva pintada su angelical bondad en el semblante, el pueblo se sintió subyugado y aplaudió y vitoreó con toda su noble alma a la joven pareja. Una vez más la juventud, la bondad y la belleza, se han impuesto por el poder de su fuerza incontrastable.

Yo he visto estallar la indignación en todas las clases sociales, sin distinción de matices políticos, cuando la mano del monstruo manchó de sangre juvenil, inocente y generosa, el blanco velo de la desposada y segó tantas vidas; yo la he visto estallar formidable, apasionada, con más violencia que la bomba misma. Yo he oído narrar el espantoso acontecimiento a hombres y a mujeres de pueblo, y todos, todos sin excepción, encomian con entusiasmo la actitud serena del Monarca, y ponen en su boca las frases que ellos, en su caso, quisieran haber proferido, dándolas por oídas.

Esto es lo que siempre ha hecho el pueblo con sus ídolos.

Hoy puede afirmarse, con pruebas fehacientes, que Madrid ama a sus Reyes, y que éstos están en el corazón de España entera, aquí representada en los terribles momentos.

El pánico que en los forasteros produjo el atentado fue grande; al siguiente día de la catástrofe advertíase en las calles disminución de la concurrencia. Mas llegó el tiempo de la retreta y en la carrera se agolpaba la multitud, en la fatídica calle Mayor no se cabía y en la plaza de la Armería el gentío era inmenso. El espectáculo luminoso resultó muy bien, y fue aplaudidísimo.

Entre tanto el feroz criminal se había hecho justicia en Torrejón de Ardoz, causando una nueva víctima, y la Prensa nos sorprendía dando a la publicidad el nombre del que le procuró los medios para fugarse. Sin la garantía de aquel hombre, el monstruo no habría logrado salir de la villa; tales eran el odio, la desconfianza y el ansia de echarle mano para hacer justicia de Lynch.

Las fiestas han terminado, y los rezagados preparamos las maletas, satisfechos de haber venido, aunque llevando en el ánimo la amargura por la terrible catástrofe, que no se borra de la mente, horror de tal magnitud. Por otra parte, puede asegurarse que el tremendo acontecimiento ha venido a consolidar y evidenciar el amor de España a sus Reyes.

Vueltos a la vida normal, ayer comenzó el movimiento político con la dimisión del Gobierno y la ratificación absoluta e incondicional de la confianza Real al señor Moret. Ya tienen los aficionados tema de discusión.

Madrid torna a su vida ordinaria. El tiempo se revuelve, y del calor asfixiante de los días anteriores ha saltado al fresco y a la lluvia. La gente habla ya del veraneo, y yo, que en la ocasión presente soy de los que se van, lío también los bártulos para volver a la tranquila y plácida isla donde he logrado reponer casi por completo mi quebrantada salud.

Madrid, 8 junio.

(*"Diario de Córdoba"*, número 16935, 10 de junio de 1906)

5. DESDE BARCELONA

A Mariano Martínez Alguacil

No quiero hablar de Madrid; allá queda envuelto en nubes de dorado polvo, tan dorado e impalpable como las ilusiones que forjan y acarician, al amor de deseo, muchos que a la Corte llegan en demanda de fortuna.

Allá queda, impresionado aún por la catástrofe del 31 de mayo, siguiendo con interés el curso del proceso y discutiendo en torno de la mesa del café la oportunidad e inoportunidad del decreto de disolución y si vendrá o no vendrá el discutido decreto.

Allá queda, preparándose para las *imperirosas vacaciones...* y sin forasteros.

Sin forasteros, digo, porque creo que todos los que quedaban eligieron para marcharse el tren en que yo salí. ¡Qué tren y qué viajito! Entre unas respetables matronas, no sé si aragonesas, y un número considerable de cestas, maletas, maletines, sombrereras, mantas y paquetes de todas formas y tamaños, vine hasta Zaragoza, como sardina en lata, mientras halagaba mis narices la consecuencia de calor complicado con la media docena de casas de baños, de que hablaba en mi carta anterior, para medio millón de madrileños, y acariciaba mi oído la charla incesante, *ingeniosa y amena* de uno de los graciosos que siempre brotan por generación espontánea, como los hongos, en los trenes y en las fondas.

Este martirio me hizo reflexionar mucho acerca de lo mal que estamos en punto de higiene, a ferrocarriles..., y a educación. Paso porque una persona no se lave cuidadosamente, si, como los gatos, siente instintiva repugnancia al agua; pero no es justo que esta persona haga sufrir a los demás las consecuencias de su falta de aseo y, por lo tanto, en verano al menos, debe viajar en coche especial...



Mahón. Casas Consistoriales. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

En el Apeadero me aguardaba Guillermo Núñez de Prado, nuestro antiguo amigo y compañero; pero muy cambiado; tanto, que no es el mismo Guillermo que conocimos. Aquella noche me invitó a cenar, a comer al siguiente día; me acompañó, charlamos mucho, y en el corto espacio de tiempo que hemos estado reunidos, he hecho observaciones y aprendido cosas que bastarían para escribir un libro no desprovisto de interés ni de enseñanzas. Por eso, en vez de repetir las *impresiones de un viaje*, que yo estampé dos meses o tres hace, prefiero comunicarte esta impresión, recogida en mi camino.

Guillermo, romántico y soñador en sus versos, bohemio impenitente en su vida, infantil en el sentir, se ha transformado; hoy es obrero infatigable de la pluma, se acuesta a las nueve de la noche, se levanta al amanecer y trabaja todo el día sin levantar mano. ¿Cómo y en virtud de qué se ha operado esta metamorfosis? Por el eterno femenino, querido

Mariano, que es el reactivo más eficaz, la palanca más poderosa para el hombre que tiene corazón.

En punto a amor, no confundamos la víscera con la carnaza ni el sentimiento con la sensualidad; lo primero salva o redime y los segundo perturba y extravía: es el equilibrio, en eso como en todo, lo que hay que buscar.

Guillermo se ha casado y pronto será padre de familia. Se ha casado con una rubia angelical, en cuyos azules ojos y dulce fisonomía, se adivina el alma de un ángel del hogar, un alma como la que necesitaba la de Guillermo para fundirse.

El propio interesado no puede explicarme el proceso de transformación, pero yo lo he visto claro en aquella casa modesta, donde todo sonríe. Amó de la manera que aman los corazones como el suyo; es decir, sin trampa ni cartón y a toda máquina. Las frescas auras de este sentimiento cercaron aquel cerebro, en el que nervios, disgustos, penas y lecturas circunstanciales habían acumulado errores y amarguras; y el poeta soñador de antaño y el escritor escéptico y mordaz de hogaño, se trocaron en el hombre laborioso que, venturoso en el hogar, y con la paz en el espíritu, trabaja para este hogar, donde es feliz, y piensa y juega bonachonamente, como todo el que abriga alma sencilla y dichosa.

Yo no he tenido tiempo de hablar mucho con su mujer, y por lo tanto me ha faltado ocasión de hacerla comprender el *milagro* que ha realizado; pero el día que hablemos. acaso será pronto, porque han prometido visitarme en Mahón- la haré comprender que ha sido el caso la resurrección... moral de un Lázaro moderno.

Ambos cónyuges creen que no tienen voluntad propia y obedecen a la del otro; o lo que es lo mismo; visto y juzgado desde afuera: la identificación de los dos en la sociedad conyugal es tan completa, que puede aplicárseles con justicia aquello de *dos cuerpos y un alma*.

Yo, soltero empedernido, aunque cansado de soltería, he gozado contemplando a la dichosa pareja, oyendo a Guillermo exponerme proyectos, relatar sus trabajos y emitir opiniones con el aplomo y la cordura de un sesudo; de vez en cuando chispeaba un rasgo de humorismo o brotaba ingenuo y cándido un paréntesis pueril del antiguo Guillermo, y este se sorprendía a hacérselo notar ¡cómo si el fondo humano pudiera transformarse!

De cuando en cuando también una atinada observación de la señora de Núñez de Prado, una respuesta oportuna o un razonamiento justo me revelaban que a la dulzura, la modestia y la bondad, una clara inteligencia. Y yo me decía: he aquí cómo un corazón y un cerebro han acrisolado sin esfuerzo, sin violencia, a un hombre, que hoy se considera feliz al verse amado sin saber cómo.

Con esa paz de espíritu e impulsado por la noble ambición de procurar el bien a la mujer amada, Guillermo trabaja mucho, ha logrado crearse un nombre, y su último libro, *Los dramas del anarquismo*, se agotó, a escape... con gran contento de editor.

Me acompañó el sábado por la noche y el domingo; es el único tiempo de que dispone en la semana. Hoy, lunes, ha vuelto al yunque, hasta el sábado venidero... ¿Crearías tal metamorfosis realizable? Indudablemente, no; y sin embargo es un hecho: yo lo he visto. Lo he visto con alegría, porque Guillermo es digno de ser dichoso, y me alegra el bien de mis amigos.

El caso de Guillermo se presta, como antes he dicho, a escribir un proceso psicológico interesante, aunque no nuevo, y que confirmaría el adagio francés que dice: *ce que femme vent dieu le vent*.

Hablando de nuestro amigo se me ha ido el santo al cielo, y cuando vuelvo de mi apoteosis me percató de que no me queda espacio para tratar de nada más; será desde Mahón, en mi próxima carta. Mañana

embarcaré para Menorca y allí reanudaré mi comunicación con el DIARIO, casi interrumpida con motivo de mi viaje a los Madriles.

25 junio. (*"Diario de Córdoba"*, número 16952, 28 de junio de 1906)

6. SAN JUAN (Cartas mahonesas)

Las añejas costumbres populares tienen sus encantos, y los que amamos las tradiciones las vemos desaparecer con pena.

La verbena de San Juan, celebrada en todo España, trae a la memoria del que ya peina canas gratos recuerdos de días que pasaron para no volver... los dioses se van. La facilidad de las comunicaciones, los vientos de positivismo reinante, la vida moderna, en una palabra, barre lo rancio, lo típico, lo característico de regiones y pueblos, mezclando, fundiendo, asemejándolo todo paulatinamente.

Desapareció el pintoresco y airoso traje andaluz, y hoy, en el campo como en la ciudad, la indumentaria es, con ligeras variantes, cortada por el mismo patrón que en el resto de España. Apenas si en el paseo del Gran Capitán se advierten, en la noche del 23, restos de la antigua velada, adulterados, degenerados y agónicos.

En algún pueblo de la provincia, todavía suele el toro enmaromado correr entre las sombras y propinar revolcones a los mozos atrevidos, y las mozas vierten en el agua [...] ⁵² orden de jerarquía, cerrando la comitiva el Cayle mayor y siguiéndoles los dos alguaciles montados en mulos, como los maceros, y todos vestidos de etiqueta. Esta lucida cabalgata llevaba sus asistentes a guisa de palafreneros. Dirigíanse a

⁵² Falta texto.

Mahón.
El Ayuntamiento a principios del siglo XX.
(Colección Miquel Àngel Limón Pons)



la ermita de San Juan, donde se cantaban las completas, y al salir tomaban un refresco en la huerta contigua. Luego regresaban a la ciudad y la cabalgata se disolvía en orden inverso del seguido para reunirse.

Al alborear el día de San Juan, en ese cielo arrebolado, preludio de una hermosa salida de sol en días solsticiales, la gente se lanzaba por las vías que conducen a la ermita para oír la misa primera, gozando de paso el ambiente matinal aromatizado por los efluvios de los frondosos vergeles que enriquecen aquella deliciosa comarca, mientras la *culcade* iba reuniéndose como en el día anterior. Hacía después el tradicional *cozagol* en la plaza, y se iba a misa, a la ermita, cuyas cercañas estaban cuajadas de gente deseosa de verla y de holgar por el *plá de San Juan* comiendo las indispensables avellanas tostadas y ros-

quillos y apagando la sed en las salutíferas aguas de la respetada fuente del Santo.

Terminada la misa, volvía la cabalgata a la ciudad, [...] ⁵³
(“*Diario de Córdoba*”, número 16954, 1 de julio de 1906)

7. HUEVOS Y LETRAS

Se dice que la superstición y la ignorancia van de la mano, y fundándose en tal afirmación, los nombres de España y de Marruecos aparecen reunidos en las columnas de los periódicos, siempre que un suceso da ocasión de fustigar el atraso en que vivimos, con el saludable fin de corregirlo; sin embargo, la superstición, como las moscas, es difícil lanzarla por completo y *se cuela* en los más cultos países.

Bien lo demuestra un periódico berlinés que tira cientos de miles de ejemplares, contando con formalidad germánica que en un pueblo cercano a la capital del Imperio famoso por los embutidos (como si dijéramos Candelario o Vich) una gallina del jefe de la estación ferroviaria ha puesto un huevo, lo cual no tiene nada de extraño; pero sí lo tiene el que este huevo saliera a luz marcado cabalísticamente con la letra F.

El periódico no explica la significación de la misteriosa “efe”, pero un diario austriaco recuerda, a este propósito, un grave suceso ocurrido en Inglaterra y originado por otro huevo *escrito*.

Dice que en 1849 todo Londres se alborotó, porque la gallina de un portero puso un huevo con varias letras del alfabeto.

El 8 de febrero del mismo año habíanse sentido varios temblores de tierra, y el último fue tan violento que los muebles se movieron y no

⁵³ Ídem.

pocos vecinos, a pesar de la proverbial pudibundez británica, salieron de sus domicilios, huyendo, en paños menores.

El obispo publicó una pastoral, las gentes se dieron a hacer calendarios y vaticinios, todos, en una palabra, estaban casi convencidos de que el fin del mundo era cosa resuelta y llegaría de un momento a otro.

Un soldado, que hondamente impresionado había tomado las cosas muy a pecho, lanzóse a la calle excitando a la gente a ponerse bien con Dios, porque él sabía positivamente que el día 5 de abril, el tercer terremoto, muchísimo más fuerte que los anteriores, reduciría a escombros la ciudad y no dejaría títere con cabeza.

El triste profeta fue arrestado y recluido en un manicomio; pero, excitados los ánimos, sus profecías no cayeron en el vacío, y a los londinenses no le llegaba la camisa al cuerpo.

Así las cosas, un *guasón*, sin duda, que lo mismo nacen

*“del Betis cristalino
junto a la orilla”*

que en las márgenes del Támesis, propaló la noticia de que una gallina de Edminton había puesto un huevo, en el que se leía claramente: *Beware*, que es lo mismo que si en castellano decimos: ¡Cuidado! ¡Mucho ojo! ¡Atención! o cualquier voz preventiva de las que se emplean para avisar a uno del peligro y que se aperece, si puede, a la defensa.

Con el terreno abonado, fue la noticia como el reguero de pólvora.

Aprovechando la circunstancia de ser domingo, partieron miles de personas para Edminton deseosos de cerciorarse del extraordinario fenómeno, y desafiando la lluvia que caía como si fuera a repetirse el diluvio universal.

La historia no dice si vieron o no vieron el terrible huevo; yo me inclino a creer que lo verían y hasta que sus ojos leyeron en letras tan claras como las de un cartel de teatro el espeluznante *Beware*, especie de *Manes*, *Thecel*, *Phares* traducido al inglés y arreglado a la escena de 1849.

Ello fue que nadie dudó que la catástrofe ocurriría el jueves por la mañana, fundándose en la predicción del soldado, robustecida por el huevo fatídico, y que el miércoles comenzó el vecindario a *tomar el olivo*.

Un corresponsal del *Weekly Journal* comunicó a este diario que al pasar por el camino de Sloughe había encontrado treinta carruajes *llenos de personas distinguidas* que huían de la muerte.

Cuando pasó el peligro y, como ocurre siempre, cada uno, echando la cosa a bromas, se reía del miedo de los demás, los periódicos publicaron interminables listas, en las que figuraban nombres de pares, diputados y *gente conocida*, como por acá decimos, que por salvarse del horroroso desastre habían ido a refugiarse al extremo Norte de la isla.

Y como los pobres tampoco se resignaban a acabar sus días míseramente aplastados bajo las ruinas de Londres, como rata entre cascote, también abandonaron la población, yendo a acampar donde buenamente podían y llevando consigo camas, mesas, sillas y cuantos enseres domésticos creyeron necesarios para sufrir lo menos mal posible las durezas de aquel éxodo impuesto por las convulsiones sísmicas.

Véase como la profecía de un loco y los signos más o menos cabalísticos de un huevo... que probablemente no existiría más que en la mente del autor de la broma, sacó de sus casillas, y aún de sus casas, a un pueblo culto, sesudo y metódico, merced a la superstición que, imperando o latente, vivirá tanto como la humanidad.

Convenimos en que es, por lo menos, ridículo creer que un huevo sea anuncio de graves y transcendentales acacimientos; en que el vuelco de

un salero no puede determinar un disgusto serio, ni la rotura de un espejo una desgracia de la familia; y sin embargo, el atavismo, ese pícaro sedimento hereditario, cosquillea al lacustre que yace dentro de cada hombre adormecido por el curso de los siglos y la música del progreso, y aunque no le despierte de todo, le obliga a dar señales de vida.

Hoy no adoramos al Sol, ni a la caballa, ni al buey Apis como los antiguos; pero nos explicamos científicamente que indios y egipcios lo hicieran diputándolos por deidades. Ya lo dijo un personaje de Ricardo de la Vega: *hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad*, y por lo tanto no sería de extrañar que el día menos pensado nos revelara un sabio investigador el vínculo misterioso que relaciona el huevo alfabético con los movimientos seísmicos; el derramarse un tintero, un salero o el hacer girar una silla, con una riña inevitable, etc, etc. Entonces les tocará a los supersticiosos reírse de los despreocupados, en desquite de las pullas, cuchufletas y epigramas de que por ahora son blanco.

Mahón, 3 julio.

(“*Diario de Córdoba*”, número 16960, 8 de julio de 1906)

8. PALIQUE VERANIEGO (Cartas mahonesas)

El verano es la estación de los pobres y de los holgazanes. No quiero decir que para los pobres haya estación buena ni para los holgazanes época en que amen el trabajo.

El verano es menos cruel que el invierno para el desheredado.

Por lo que atañe al holgazán, cierto zángano, que lo era en grado sumo, decía: *Me gusta el verano porque no hay nada que hacer; en invierno tiene uno que atizar el fuego a cada momento, y es ejercicio muy penoso.*

El calor trae consigo economía de alimentación, de abrigo, de calefacción y alumbrado.

En cambio impone a muchos la necesidad del veraneo, no precisamente por motivos de salud, sino de vanidad.

La vida social se va complicando.

Y lo peor de eso es que las rentas y sueldos no aumentan en proporción de las exigencias sociales; ni siquiera de las verdaderas necesidades.

No importa. Hay que veranear.

En un importante diario extranjero dice un cronista: *“Reniego; esta ciudad es un infierno de asfalto, en que se agosta, sufre y gime un pueblo de víctimas y esclavos; víctimas de la miseria y esclavos del deber. Los que nada tienen que hacer y sólo viven para divertirse, se han marchado; quedan en la ciudad los que viven para trabajar los que trabajan para vivir: periodistas y proletarios”*.

El cronista se queda corto; de Madrid, otro infierno, tan dantesco cuando le azotan los fríos de diciembre, como cuando le achicharran los calores de julio, no sólo se van los que *no viven más que para divertirse*: veranean, dónde y cómo dios y su ingenio les deparan, las víctimas de quiero y no puedo, los poseídos del demonio de la vanidad, los que sacrifican a las apariencias la higiene de hogar y con ella la vida de la propia prole.

Las familias conocidas no visitan las alcobas, ni la cocina, ni el estómago; cuando van a casa de las amigas no pasan de la sala, y con tal de que esta parezca casi lujosa y las niñas emperejiladas, no importa que la anemia, la tuberculosis y demás menudencias, engendradas por falta de alimentación y de higiene, se incuben en aquellas dependencias de hogar doméstico.

Hay que veranear a todo trance, no para que los míseros pulmones y la empobrecida sangre se oxigene, sino para no ser menos que las de Fulánez y para ser más, si se puede.

¡Vanidad de vanidades, tus numerosos sacerdotes, merecerían el calificativo de heroicos, si no les encajara mejor el de desequilibrados!

Ya ha empezado la lista anual que trastorna el seso a más de cuatro apreciables madres de familia con cocido y sin principio; gracias a esa publicidad halagüeña para unos y *tantálica* para otros, tenemos noticia de que *han salido* para Majalandrín muchas personas, cuya existencia no sospechábamos. También hay, ya es sabido, quien oculta cuidadosamente el lugar de sus *illegiature*, que, no es ameno, ni elegante, ni de moda, y anuncia que va a Juan de Luz o Sebastián, como debemos decir, desde que hemos convenido que la capital de Rusia no se llama ciudad de San Pedro, sino de Pedro, a solas, para que nadie sepa con certeza de qué Pedro se trata.

Bueno será –dicho sea de paso– que los habitantes de Santa Eufemia tengan en cuenta esta innovación *Santófoba* y Eufemia haga pareja con Peteraburgo, esperando que imiten su ejemplo Sant-Auder, Santi Llana, Santisteban, etc.

En Menorca no hay playa de moda, por consiguiente, no vienen conspicuos personajes a quienes *interviewar*, entrevistar o moler a preguntas para arrancarles opiniones y declaraciones acerca de la *vertencia* hondoguatemalteca, de la cuestión de los kutzoralacos, origen del conflicto greco rumano; de lo que dice el general López Domínguez ni de lo que Antonio Maura verifica.

Tampoco acuden elegantes damas que proyecten fiestas y deportes, ni bellas andariegas que revoloteen en torno del tapete verde y caldeen cabezas inflamables. En cambio, los aires son salubérrimos; la fresca brisa y las amplias viviendas hacen muy tolerable el calor; las aguas del puerto son limpias y transparentes y los baños cómodos y agradables.

La vida veraniega se desliza en paz y en gracia de Dios, pues cada uno vive a sus anchas, sin las exigencias y el ajeteo que trae consigo el mundo elegante.

Digan lo que quieran los *sportmen* de pantalón arremangado y sombrero a la Guillermon, en Menorca se veranea muy bien, y en la capital no carecemos de honestos recreos y fiestas agradables que satisfagan a las personas de gustos sencillos, aunque aburran a los *que los padecen complicados*.

Hace pocos días, el 16, se celebró la fiesta de la Virgen del Carmen, patrona de la gente de mar: función religiosa en que ofició el Obispo y predicó un buen orador carmelita; carreras de cintas, de bicicletas, presididas por un ramillete de guapísimas y distinguidas muchachas; fuegos artificiales, etc, etc.. Mañana, domingo, se celebrará la procesión que resultará brillante. Hoy ha llegado la escuadra, compuesta del *Pelayo*, *Carlos V* y *Río de la Plata* y con tal motivo, esta tarde estará muy concurrido el muelle de Calafiguera, donde han fondeado los tres barcos. El miércoles habrá fiestas en el vecino y pintoresco pueblo de Villa-Carlos, en honor de su antiguo patrono San Jaime. Creo, pues, no haber exagerado al afirmar que aquí no faltan novedades que rompan la monotonía de la vida ordinaria.

Y como el *quid*, en Mahón y en cualquier parte, está en ofrecer a las gentes ocasión de que se reúnan para ver y ser vistas, que es la *great attraction* de todas las fiestas, esas ocasiones abundan aquí, en la estación actual, y con ellas basta, si no para divertirse, para distraerse y matar al enemigo común: el tiempo; es de lo que se trata y a lo que llamamos pasar bien la vida.

Aunque en realidad sea el tiempo dichoso, o el dichoso tiempo (como VV. gusten) el que nos parta por el eje.

Mahón 21 de julio.

(“*Diario de Córdoba*”, número 16980, 29 de julio de 1906)

9. PASIVIDAD ORIENTAL (Crónicas mahonesas)

“El dilema se nos presenta hoy claro y sencillo: o aquí queda conciencia del deber o ya no queda nada” (El Conde de Torres-Cabrera). En el *DIARIO* de 22 de julio leo un artículo, tan concienzudo como interesante, en el que el Conde de Torres Cabrera, con elocuentes razones, hace enérgico llamamiento a las fuerzas agrícolas cordobesas y termina presentando el dilema que figura a la cabeza de estas líneas; viril apóstrofe que debe hacer vibrar los nervios de los hombres a quienes va dirigido. ¡Ojalá sea parte a que sacudan su tradicional apatía mis coterráneos!

No he de lanzarme a disquisiciones estadísticas ni a cálculos sobre la producción y tributación, empresa que no sabría ni podría llevar a término; quede labor tan complicada para el ilustre prócer cordobés, infatigable y denodado paladín, competentísimo en la materia, que ha consagrado sus grandes facultades al vital asunto, y para la Cámara Agrícola, cuya voz lleva, aquel tan digna y briosamente. Mas entre la copia de cifras demostrativas que avaloran el artículo mencionado, hay dos que arrojan desconsoladora diferencia y entristecen el ánimo con las reflexiones que tal resta sugiere.

Novcientas veintitrés personas fueron convocadas a una reunión importantísima para los agricultores y sólo *diecinueve* acudieron, aparte la Junta Directiva; es inconcebible que en país esencialmente agrícola, de las *novcientas veintitrés*, *novcientas cuatro*, es decir, casi todas, se mostraran sordas a la voz, no solamente del deber y del interés común, sino del propio interés. Y esto es síntoma alarmante en un pueblo.

No se trataba de imponerse una molestia ni realizar un sacrificio en aras de ideales altruistas; tratábase de aunar voluntades que deban querer lo mismo, de establecer la cohesión indispensable para lograr un fin

conveniente y necesario para toda una clase, y por ende para los individuos que la componen.

Nadie ignora que la máxima maquiavélica *divide y vencerás* es axiomática, porque *la unión constituye la fuerza*. Ciego ha de ser de intelecto el que no vea que informándose en el concepto que esas máximas entrañan, el espíritu de asociación se abre camino con fuerza incontrastable, arraiga más y más en los pueblos modernos y modifica por su sola virtud, en evolución lenta y continua, la vida social. La voz que pide aislada, aunque alegue derechos justos suele perderse en el vacío, como la bíblica que clamaba en el desierto. El esfuerzo personal podrá no ser infructuoso si logra que le secunde; pero las fuerzas disgregadas en vano pugnarán; que la gota de agua de por sí, sólo es vivero de infusorios que no alcanza ni aún a apagar la sed, y formando grandes masas truécase en río que asuela o fecundiza, y en fuerza transformadora y productiva si la dirigen el saber.

Nadie ignora, repito, todo eso, sin embargo, como si por un fenómeno atávico el fatalismo árabe reviviera en los actuales habitantes de antiguo Califato, estos ven venir el mal, vaticinan el desastre, protestan débilmente lamentándolo en privado, y se cruzan de brazos a aguardar estoicos que se cumpla *lo que está escrito*. ¿Tal pasividad nace de la apatía meridional, pasado de raza? ¿Es consecuencia de la degeneración que el político inglés señalaba al clasificar a España entre los países moribundos?

¿Procede de la desilusión o de la falta de fe en sus propios conciudadanos? Difícil es pronunciarse. Sin embargo, obsérvese que los hijos de la tierra hispana, cuando se alejan del enervante ambiente nacional, son activos, emprendedores y constantes, y de sus buenas condiciones dan concluyentes pruebas en diferentes partes del mundo. Luego a un pueblo que cuenta con *tal materia prima*, no debe considerársele como mori-

bundo ni hay por qué creer en la degeneración de una raza que se transforma al sólo cambio del ambiente.

¿Proviene esa apatía de la falta de fe en los hombres y en las ideas?

Es verosímil, y en este caso el mal es hondo; pero el remedio está en la mano de los mismos pacientes, que en vano lo esperarán de aquellos en quienes no creen, impotentes para darlo por su propio esfuerzo, mientras no se les preste enérgica y eficaz ayuda.

¡País singular el nuestro! ¡Nadie cree en los repúblicos y, no obstante, todo se espera de su gestión con la pasividad más absoluta! Iniciativa y lamentaciones, censuras y propósitos, se traducen en palabras vertidas en reducidos círculos; la práctica nunca sigue a la teoría, ni la acción apoya al verbo, como si todas nuestras necesidades y aspiraciones quedaran satisfechas con el platónico desahogo de una disertación.

La conciencia del deber impulsa a los hombres a contribuir, en la medida de su radio de acción, a la vida pública, y guiados por el sentido práctico forman las asociaciones que tan activa parte toman en la reforma social; estas colectividades son las que en incesante labor buscan la resolución de los grandes problemas planteados por la civilización. Mantenerse pasivamente alejados de la lucha y negar a regatear la cooperación, si se hace por ignorancia del deber propio y de los ajenos derechos, revela un estado de incultura altamente pernicioso y que no honra a un pueblo; si a conciencia, es delito de lesa patria, que no puede germinar en pechos españoles; si por indiferentismo, síntoma deplorable de degeneración, inadmisibles en la raza.

Hay que atribuirlo, pues, a la pasividad moruna que por un resto de atavismo consérvase latente, mantenida por el clima de la hermosa comarca en que un cielo siempre diáfano y un enervante sol provocan la indolencia y crean más poetas y soñadores que pensadores profundos y prácticos positivistas.

En la vida de las naciones llegan momentos críticos en los que es necesario la acción, la acción cooperativa guiada por noble deseo común; los pueblos, entonces, piensan alto y sienten hondo. Al calor de ideas y sentimientos, se funde el hielo de la apatía y resurge la raza fuerte y viril; pero si el *deshielo* no se verifica, si al vivificador contacto los nervios no vibran poderosos la enérgica reacción no se produce, es que *ya no queda nada*, como dice la segunda proposición del dilema del señor Conde, de la que Dios nos libre, y hay que repetir con Aliquiere: *Lasciate ogni speranza*.

(“*Diario de Córdoba*”, número 16987, 5 de agosto de 1906)

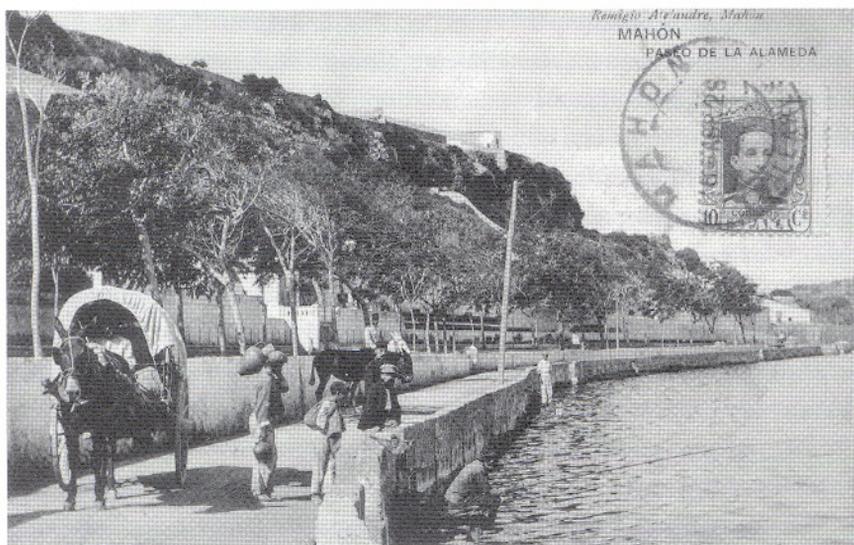
10. FIESTAS EN VILLA CARLOS (Cartas mahonesas)

Las fiestas, esta vez, han sido en Villa Carlos, lugar de veraneo de la buena sociedad mahonesa, situado a menos de dos kilómetros de la ciudad, en una punta muy pintoresca, casi en la boca del puerto. En un pueblecito limpio, alegre y sano, con las calles anchas, tiradas a cordel y bonitas e higiénicas casas, la mayoría de un solo piso. Tiene dos calas: Calafons y Calacorp, cómodas y abrigadas, y ofrece deliciosas vistas desde los parapetos que, a manera de balcón, le rodean por las partes que miran al mar.

Algunos edificios, levantados al borde mismo de las rocas, parece que van a precipitarse en las azules aguas que bañan sus pies.

Este delicioso pueblo no siempre se llamó Villa Carlos ni estuvo emplazado en el lugar que hoy ocupa; caso curioso, aunque no único en la historia.

En vista de la frecuencia con que turcos y berberiscos se metían en este pueblo como Pedro por su casa, llegando el caso de que el famoso corsario Barbarroja se enseñoreara de él, pensóse en fortificar la entrada; y



Mahón. Paseo de la Alameda. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

en mayo de 1554 colocaron la primera piedra de un castillo, que se llamó de San Felipe, porque este era el nombre del Príncipe de Asturias que firmó la orden por mandato de su señor padre, el Emperador Carlos V, el cual vivía retirado de los quebraderos de cabeza de la república. Hay también quien opina que le dieron tal nombre a la fortaleza en atención a que las obras comenzaron el día en que celebraba la festividad de dicho santo. Fuera la causa una u otra, ello es que San Felipe se llamó el fuerte y que al amparo de sus murallas, y tomando de él nombre, echó cimientos un caserío, progenitor, como si dijéramos, del actual Villa Carlos y albergue de gente que no brillaba por la moralidad de las costumbres ni la dulzura del trato, pues nunca han sido santos varones y virtuosas Lucrecias precisamente los que han seguido a los ejércitos para medrar a su sombra.

Las vicisitudes porque pasó en el decurso de los años la antigua Ínsula Minor de los romanos, especialmente a partir de la primera de las tres dominaciones británicas, se señalaron por la destrucción del castillo y del poblado, que ya constituía para los hispanos verdadera y absurda manía, y por su reedificación y medra, que con mejor juicio y empeño no menos tenaz, emprendían los ingleses cada vez que pasaban la planta en la isla. Tales alternativas arrasaron el arrabal de San Felipe, hicieron surgir no lejos de sus ruinas a *Georges Town* o Ciudad de Jorge en honor del monarca inglés reinante entonces; convirtióse dos veces este nombre en el de Villa Real de San Carlos, porque Carlos III regía a la sazón los destinos de las Españas, y todo vino a quedar más adelante en el Villa Carlos sin Santo ni Real que hoy conocemos.

Que los filipenses era de armas tomar, *in temporibus illis*, lo demuestran varios hechos, entre ellos el curiosísimo de haberse formado una tropa mujeril, al mando de cierta doña Casilda Carborán, que custodiaba y defendía el castillo, cuando los soldados de la guarnición salían a alguna correría.

Tal es, contada a grandes rasgos, la historia de la célebre fortaleza que mandara levantar Felipe *el Prudente* antes de ceñirse la corona de ambos mundos, historia que terminó con la voladura de las colosales obras, algo de las cuales queda en pie en estado de ruina, y mucho de las subterráneas puede verse todavía.

Como memoria viviente de arrabal y castillo, ha llegado hasta nuestros días Villa Carlos, metamorfoseado, por lo que respecta a sus habitantes, que en nada difieren hoy de los mahoneses, y con el marcadísimo carácter inglés que a sus vías y edificios les imprimieran los hijos de Albión; a pesar de su actual nombre, continúa teniendo por Santo Patrono, al que lo es de España, cuya festividad celebra el 25 del mes corriente con la tradicional *culcade* o cabalgata, carreras de caballos (que no se parecen

a las exóticas del *turf* y al *jockey*, pues tienen sello propio, netamente menorquín) bailes públicos y fuegos artificiales.

Salen a caballo, vestidos de frac, con pantalón, chaleco y guantes blancos, sombrero apuntado y espadín, los concejales, presididos del *fabiolé* o pifano y el tamboril. Pasean por las calles Mayor y de la Iglesia, que se cortan, formando cruz, y luego, ya en una, ya en otra de dichas vías, alternativamente, ejecutan las carreras. En estas toman parte todo el que quiere, sin más requisito que inscribir previamente su caballo. Los corceles van lujosamente enjaezados con gualdrapas de terciopelo bordadas y flores en el frontal y la testera. Los premios son cucharas de plata colocadas en vasos cubiertos de flores, y los vencedores los pasean en triunfo.

Entre tanto, una banda de música toca en la Explanada –plaza vastísima y cuadrada, cuyos lados los forman los cuarteles antiguos y modernos y las Casas Consistoriales. Y en el centro de esta y en la calle de la Iglesia pasea la numerosa concurrencia de payeses y de ciudadanos de Mahón acuden en demanda de un rato de esparcimiento.

Payesas y villacarleñas muy guapas, de tez fresca y fuertemente morena, negros y chispeantes ojos y esbelto talle, vestidas con los trajes veraniegos de claros colores, dan la nota más grata y atractiva de la sencilla y agradable fiesta. Y a pesar de la aglomeración de personas, y de que la muchedumbre se compone, en gran parte, por lo que se refiere al sexo feo, de labradores, soldados y gente de mar, dominando mucho, en número, la gente moza; no obstante que el baile al aire libre dura hasta la alborada, no se ve una *curda*, ni se promueve una riña, ni hay un escándalo, ni nadie falta al respeto y a la consideración debido a las mujeres, base, incentivo y alma de toda fiesta de este género.

Este fondo de moralidad y buena crianza, característico del pueblo minoricense, es digno de elogio siempre y donde quiera que se halle;

más en época como la presente, en que la gran prensa ha creído necesario abrir una campaña contra los desmanes y groserías de que es objeto en muchas poblaciones importantes el sexo débil, merece señalarse encarecidamente, porque honra a un pueblo y da de él ventajosa idea.

La fiesta de Santiago, que empezara por la mañana con la función religiosa que la caballería, allí acuartelada, dedica anualmente a su Santo Patrón, terminó por la noche con unos modestos, pero vistosos fuegos artificiales.

O más exactamente: gracias al antes mentado baile público, que duró hasta el alba, la fiesta *se empalmó* con la de Santa Ana, que también la celebra Villa Carlos; pero esta verbena difiere algo de la anterior. Aquélla era popular, llamésmola así, mientras que a la del 26 concurre lo más granado de Mahón, sin que por ello las clases populares dejen de asistir también.

Desde las cinco de la tarde, por la excelente carretera que conduce al pueblecito, no cesan de rodar carruajes particulares y de punto llenos de gente, bajo un sol de justicia, entre nubes de polvo y con una temperatura que sin la proximidad del mar sería asfixiante.

Al mismo tiempo, sobre las tranquilas y azules aguas del puerto se deslizan multitud de falúas y de botes, que a remo, o aparejados de místico o de guairo hacen rumbo a Villa Carlos.

Y comienza el paseo en la Explanada, mientras la banda militar *ejecuta escogidas piezas de su variado repertorio*.

A la concurrencia antes apuntada, súmase ahora la *crème* mahonesa, con sus elegantes *toilettes* y la variedad de tipos que ofrece la colonia forastera, procedente de todas las regiones peninsulares: altas y bajas, delgados y gruesas, morenas y rubias... y guapas, sobre todo, son tantas las damas que se ven en el paseo capaces, por sus encantos, de poner a prueba a un nuevo San Antón, que los que no nos sentimos anacoretas nos sentimos... mareados ante aquel cinematógrafo viviente, atrayente y fascinador.

A las ocho de la noche ábrese una tregua destinada a la importante tarea de cenar y luego se reanuda el paseo.

Santiago y Santa Ana han cerrado, por este mes al menos, la serie de fiestas. Si, como se dice, ignoro con qué fundamento viene a fondear en este puerto la escuadra francesa, es de suponer que habrá nuevas fiestas en obsequio de los marinos, y que éstos darán alguna a bordo para corresponder a los mahoneses.

(“Diario de Córdoba”, número 16991, 9 de agosto de 1906)

11. RECORDANDO A CÓRDOBA

A Mariano Martínez Alguacil

La noche calurosa, aumentado la murria que se había apoderado de mí, inspiróme deseos de pasear solitario a orillas del mar; bajé la pendiente que conduce a los muelles y me dirigí lentamente hacia el Fonducho, mirando, sin mirarlos casi, a los pocos vecinos de los andenes, que en pacífica y soñolienta tertulia tomaban el fresco sentados a la puerta de sus humildes albergues.

En un grupo de falderos militares oíase el rasguear de una guitarra, interrumpido *secundum artem* por el clásico y difícil *punteo* de complicada orquesta. El tañedor echaba el resto, como suele decirse, evocando quizá, al vibrar las cuerdas, nostálgicos recuerdos de la tierra que lo vio nacer, y el auditorio escuchaba silencioso y atento; de cuando en cuando prorrumpía en entusiastas exclamaciones, en la que se mezclaba el dejo regional de casi todas las costas españolas, desde el catalán hasta el gallego, desde el cartagenero al gaditano, formando babélico guirigay.

A medida que yo avanzaba muelles adelante, acentuábase la soledad. En las pobres viviendas ya no había luz, los transeúntes escaseaban y el chapoteo de las tranquilas aguas del puerto apercibíase más perceptible. En la caleta de Calafiguera la quietud era absoluta. La luz de la luna fingía en los acantilados monstruosas y fantásticas figuras, y rielando en la mar dábala aspecto de tremulante espejo.

Sentéme en un noray a contemplar el bello cuadro, a respirar la fresca brisa y dar libre curso a la imaginación: a combatir la murria con la dulce y melancólica soledad que alivia el espíritu y excita el cerebro.

La noche hermosa, serena, me trajo el pensamiento de la lejana Córdoba, donde las noches son también serenas y hermosas, y que en tales momentos celebraría la velada de San Bartolomé.

Allí, en los días caniculares en que el sol abrasa y el aire quema como el del desierto africano, las calles estrechas y tortuosas de árabe trazado ofrecen encantos singulares y gratas sorpresas, especialmente al atardecer, cuando las puertas se abren, permitiendo al ausente curioso escudriñar con la mirada los misteriosos patios de las casas ricas y los rientes y simpáticos de las pobres moradas de obreros. El toldo, que atajando el paso a la traviesa luz meridiana, mantiene el recinto que cobija en deliciosa penumbra; el rápido surtidor que al subir parece sutil columna de cristal y al descender la irisada lluvia produce murmullos suaves y cristalinos chocando contra la clara linfa que la taza de mármol aprisiona; las ligeras cortinas agitándose con indolente oscilación al más leve soplo del viento; la figura femenil, digna de ser descrita por un Bécquer, que blanco el vestido y vaporoso como la espuma, lee o se columpia en americana mecedora, hacen del tantas veces cantado patio cordobés algo extraordinario que únicamente allí se ve: un cuadro fascinador en que todo es elocuente y habla el alma con el mudo lenguaje de los colores y los aromas, que, combinados,

impresionan los sentidos, despertando sentimientos vagos, dulces, inefables.

Calles estrechas y de poco tránsito; plazuelas desiertas, en las que la yerba crece y el paso de los viandantes siguiendo siempre las mismas líneas, traza sendas, blanquecinas, en la verdeante alfombra. En una de las encaladas paredes que bordean angosta vía, se abre la puerta de una casa de obreros.

El patio, lo primero que se ofrece a la vista, está empedrado con gruesos, redondos y desiguales guijarros, bruñidos de puro limpios.

La pobreza de los vecinos no puede pagar marmóreos pavimentos; pero si no hay dinero, hay voluntad y brazos para tener la casa como los chorros de oro. Por obra y gracia de estos mismos brazos, el patio, que desnudo dejaría mucho que desear, está convertido en jardín, embellecido por los nardos, dompedros, miramelindos y jazmines, que en arriates y macetas ostentan su verde follaje y su flora policroma, ocultado resquebrajaduras, panzas y vetusteces de los muros.

Aquellos macizos de verdura ofrecen a las gentiles cordobesas de escultóricas formas, tez morena y ojos de fuego, las flores que colocan entre sus cabellos de azabache, realzando su hermosura en las noches de verbenas.

¡Verbenas cordobesas! No; las veladas que se celebran en los barrios populares de la Catedral, Alcázar Viejo, Santiago, San Agustín, Santa Marina, no son verbenas madrileñas que pintara don Ramón de la Cruz y después su tocayo Mesonero Romanos; ni mucho menos los decadentes y *chulaponas* de nuestros días; tienen sello propio, netamente cordobés.

La banda de música que generalmente las *ameniza* les da cierto carácter que en nada se parece al que imprime el desafinado pianillo de manubrio, ruidoso regulador del *agarrao* indecoroso y procaz; el simpático

Tío Vivo, sin la vistosa *mise en scène* que lo moderniza y adultera; el tío-vivo clásico, el prototipo, el de caballos azules, encarnados, amarillos, de pelo inverosímil y tosca talla, gira rechinando alegre como sonrisa de bonachón anciano, conduciendo regocijadas muchachas y mancebos, decidores, por cuyos ojos se desborda la satisfacción de vivir.

Las *arropías*, predilecta golosina de rapaces y mozuelos, que tampoco la desdeñan hombres hechos y derechos y mujeres de su casa, exhibenla en la aseada mesilla la típica *arropiera*. Bajo un cielo diáfano, de purísimo azul, el aire tibio, trae fragancias de romero y oleadas de azahar de la vecina sierra, y la muchedumbre semeja mar multicoloro con corrientes, remolinos y oleaje.

La juventud, eterna princesa de la vida, espárcese gayamente, y en la atmósfera se respira algo jocundo y rejuvenecedor que vigoriza la sangre y ensancha el corazón. Acá y allá, atrayendo las miradas, como la luz a las mariposas, vense rostros femeninos de ojos grandes, fulgurantes y aterciopelados, que de vez en cuando tienen destellos diamantinos. En las ricas cabelleras de ébano, blancos ramos de olorosos jazmines contrastan con el color de los cabellos que adornan, y en los frescos labios purpurinos retozan deliciosas sonrisas, provocadoras de requiebro andaluz breve, galante y agudo. Y el piropo llega, o más propiamente, el requiebrar no cesa; porque a eso, a ver las buenas mozas y dedicarlas chicoleos poniendo a contribución el propio ingenio, va la *chavalería* —y los que ya pasaron a la primera y aún a la segunda reserva— luciendo el airoso castoreño y los trapitos de cristianar.

Las tabernas cercanas hacen su agosto despachando sin tregua copas, *medias* y botellas de dorado Montilla, que no es atrabiliario y pendenciero, sino verboso y alegre, con *parola* inagotable y buen humor comunicativo.

Así, entre jolgorio y regocijo, cuyo rumor se va poco a poco extinguiendo; palabras dulces que pronunciadas quedo, muy quedo, al oído de las bellas, señalan el comienzo de unos amores, y nubes de verano que amontonándose por fútiles motivos empañan la dicha de dos novios, deslízase y termina la velada en paz, y no sé si en gracia de Dios...

[...]

La vibración de una campana, viniendo de lejos, háceme volver a la realidad. El mar, en calma, continúa como tembloroso espejo de plata; enfrente, en la isla del Rey, brillan las luces de Hospital militar, y detrás levántase para la poco elevada loma de San Antonio, recortando en el azul del cielo la ondulante línea de su cumbre y recordándome, como puede recordar lo pequeño a lo grande, la hermosa sierra que limita el horizonte del Gran Capitán, de la amplia arteria que no he visto prolongada hasta la estación, y sin embargo me parece contemplarla.

Me parece tener ante los ojos las larguísimas líneas luminosas que desde San Nicolás se extienden, como aéreos rieles de fuego, hasta la plaza de la Estación Central; las hileras interminables de veladores de los cafés sosteniendo los panzudos y blancos botijos de la Rambla llenos de agua del Cabildo, clara y fresca; las tertulias en torno de ellos y el ir y venir con reposado paso de todo Córdoba, que pasea en su calle favorita, buscando aire fresco, y que acude al Teatro Circo a aplaudir los gorgoritos de la tiple o a reírse oyendo los *embutidos* de Ortas.

Viendo todo eso con la imaginación, y mandando a la *patria chica* un suspiro que nostálgico se escapa, regreso a la ciudad a medianoche, en medio de silencio solemne que sólo interrumpe el suave chapoteo de las mansas ondas plateadas por la luna.

Mahón, 28 agosto.

(“Diario de Córdoba”, número 17014, 2 de septiembre de 1906)

12. LAS FIESTAS DE LA PATRONA (Cartas mahonesas)

Nuestra Señora de Gracia es la Patrona de Mahón, y su festividad la celebra la Iglesia el día 8 del mes actual, como es sabido; con este motivo los mahonenses comenzaron los festejos la víspera y terminaron el domingo 8.

El sábado por la noche hubo en la amplia Explanada, que se extiende delante de cuartel de Infantería, donde se aloja el regimiento de Mahón, número 63, una función de fuegos artificiales e iluminación y música en el inmediato paseo de Isabel II.

Los fuegos fueron sencillos, como ha de costearlos un Ayuntamiento que no nada en la abundancia, si se tiene en cuenta que el mahontino ha emprendido costosas obras edilicias para aliviar en lo posible la penosa situación de la clase obrera, originada por la crisis de la industria del calzado, tan importante en esta ciudad. Fueron sencillos, digo, y añadido que fueron también modestos, pero de buen gusto, y algo más que una vulgar quema de pólvora amenizada con detonaciones.

El paseo estuvo concurridísimo: la triple avenida, bordeada de árboles, era estrecha para tanta gente, pues acudieron todas las clases sociales. Allí se veían, codeándose en democrática heterogeneidad, la dama y la *menestrала*, la hija del conspicuo y la del pescador. En cuanto a tipos, habíalos variadísimos, porque la colonia forastera, bastante numerosa, compónenla americanos de las perdidas Antillas y peninsulares de casi todas las regiones, desde la andaluza hasta la cantábrica, de la extremeña a la levantina; había, pues, gran variedad de ejemplares de la bella mitad del género humano, para deleite de los ojos de la mitad fea, cuya representación no era menos heterogénea y nutrida.

En Mahón no disfrutamos de muchas fiestas y es necesario aprovechar las que hay. Las populares, que, como más baratas, suelen ser las



Mahón. Vista parcial del puerto. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

más frecuentes, son un pretexto tan barato como otro cualquiera para pasar el rato todos acudimos; esta unanimidad humanísima y plausible determina la promiscua muchedumbre mencionada.

Mas la concurrencia al paseo de diferentes clases sociales, que en ciertas ciudades sería intolerable, semillero de atrevidas incongruencias, con menoscabo de la consideración debida al bello sexo, en Mahón no ofrece peligro; porque, como ya he dicho repetidas veces, la buena crianza es carácter distintivo de este pueblo. Y entiéndase por buena crianza no el superficial y vano cumplimiento de empalagosa cortesía que distingue al cumplimentero, sino el respeto a lo que de él es digno, empezando por la mujer.

El sábado, a las ocho de la mañana, la banda municipal recorrió las calles tocando alegres marchas, y a los tres y media de la tarde hubo en el *Cos Nou* –Carrera Nueva, que diríamos en castellano–

carreras de pollinos, burros, mulos, potros y caballos, según rezaba el programa.

En otro tiempo estas carreras se verificaban en el Cós de Gracia o en la calle de Moreras, hoy del Doctor Orfino, y en la Explanada, lugares poco a propósito para hipódromos, lo que ocasionaba atropellos y desgracias; ahora se practican en el punto antes indicado, en la orilla septentrional del puerto, entre el Arenal y el puente de la *Cudársega*, que se presta para que desde las alturas cercanas, desde las casas y miradores de la ciudad y desde los botes que se arriman a lo largo del muelle pueda la gente presenciar el espectáculo.

Los menorquines son desde tiempo inmemorial aficionadísimos a correr los fogosos caballos que se crían en sus *lancas* o cerrados y casi no hay fiesta sin carrera. De los predios y de los pueblos vecinos vienen muchos labradores expresamente para ver las carreras, y terminadas éstas tornan a sus lares sin importárseles un ardite de los demás números del programa.

Las carreras, aquí, no tienen semejanza con las exóticas que en la Península conocemos, importadas de Inglaterra con sus nombres bárbaros, impronunciables para labios latinos, su aparato escénico, y sus simiescos carreristas; las cabalgaduras van aparejadas como a los dueños les place y los corredores llevan pantalón de forma usual, elásticos cubriendo el busto y descubierta la cabeza. Los caballos corren hoy, como he dicho, en el *Cos Nou*, ancha vía en la orilla septentrional del puerto.

Las alturas que dominan la carretera corónanse de espectadores; lo mismo ocurre en los pretilos de las múltiples cuestas que conducen a la ciudad; el paseo de la Alameda, lugar muy bonito y fresco, situado frente por frente y paralelo al *Cos Nou*, esta concurridísimo, y en el palco toca una banda militar. La parte del puerto comprendida entre el men-

cionado Cos y la Alameda, se va poblando poco a poco de botes, falúas, automóviles, y lanchas de vapor; la multitud de embarcaciones con toldos y sin ellos, unas a vela, a remo otras, de vapor éstas, de gasolina aquéllas; y el conjunto, con la variedad de colores de los cascos y la blancura de las lonas, cruzándose rápidas o lentas en todas direcciones, para solaz de los que las tripulan o para llevar pasajeros de una orilla a otra, ofrecen un golpe de vista bellissimo, delicado, encantador.

Los espectadores del lado de la Alameda están a la sombra con una temperatura agradabilísima; los del *Cos Nou*, los que no se conforman si no ven las cosas a tiro de beso, aguantan a pie firme los rayos de un sol que achicharra; no sé cómo no se asan.

● Pasan los caballos a rienda suelta, levantando nubes de dorado polvo; los curiosos corren a colocarse en medio de la carretera, para seguirlos con la mirada. Civiles y municipales ruegan, mandan, gritan; en vano: los curiosos no tienen más que ojos para mirar los corceles que, rápidos, se alejan.

Uno, veinte metros retrasado, corre ciego, hostigado por el jinete que aún abriga la esperanza de recuperar la distancia perdida. Los curiosos imprudentes no le sienten llegar, y el noble bruto, en su veloz carrera, arrolla a un artillero; y caballo, soldado y carrerista ruedan maltrechos por tierra...

Ha terminado el espectáculo con una nota triste, aunque no de tan funestas consecuencias como era de temer; con un accidente fácil de evitar, si de modo riguroso y terminante se prohibiera a ese reducido número de curiosos imprudentes la estancia en el hipódromo durante las carreras.

● Las regatas de balandros, guairos y místicos, se verificaron el domingo; los primeros veleros disputábanse la copa de plata regalo del Rey y los místicos la placa de la Liga marítima Española.

● El puerto ofrecía idéntico aspecto al del día de las carreras; la tarde era también espléndida, pero el viento que reinaba era flojito, lo que quitó

lucimiento a la contienda. La copa la ganó el guairo *Abril*, patroneado por don Francisco Abril, pero hubo una reclamación y no sé que habrá acordado el jurado, que debió reunirse anoche. La placa la obtuvo el místico *Julián*, que lo patroneaba don Juan Flaquer.

En los círculos El Consey, Monárquico y creo que en algún otro, hubo bailes de sociedad, donde los aficionados al galante ejercicio coreográfico sudaron la gota gorda; lo que no les impidió pasar muy divertidos la velada, porque el calor tropical que hemos disfrutado en estos días no arredra a la gente moza, cuando de bailar se trata.

En vista de tantas fiestas es necesario convenir en que los que se lamentan de la vida monótona y aburrida de Mahón, se quejan de vicio, pues las diversiones deben estar distribuidas prudentemente. Por ahora se han acabado.

Mahón, 11 septiembre.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17027, 16 de septiembre de 1906)

13. RACHA DE DUELOS

Llevamos una temporadita en la que no es posible abrir un periódico sin encontrar, a la primera ojeada, noticias de *lances* pendientes, de *cuestiones personales* resueltas *satisfactoriamente* por medio de un acta o zanjadas *honradamente* merced a un rasguño de arma blanca o a un balazo de pronóstico reservado.

Habrán ustedes observado que ciertas cosas vienen por rachas, como las erupciones volcánicas y las enfermedades epidémicas.

Si se trata de suicidios, parece que se despierta el afán de imitación o se respira el contagio: amantes desdichados que antes no habían caído en la cuenta de su desventura; menesterosos que hasta entonces no se

percataron de su inopia, y quisquillosos que nunca sintieron tan vivo el prurito de la susceptibilidad, experimentan la necesidad de suprimirse y ¡zas!, al otro mundo en tren expreso o en el mixto, pues hay medios de emigración para todos los gustos.

Ahora le toca al duelo el turno de moda.

El *Juicio de Dios* lo abolió la civilización, sustituyéndolo con el *Juicio del mundo*, que si visto a la luz del sentido común no niega la casta, comparado con su ilustre progenitor patentiza el abolengo y la modificación sufrida hasta su perfecta adaptación al medio social de nuestros días, en el que vive como el pez en el agua.

Hace un puñado de siglos crefase de buena fe que Dios, aprobando las barbaridades de los hombres, poníase de lado de las armas que defendían la razón y las llevaba al triunfo; hoy nadie cree semejante herejía; por el contrario, todos y cada uno están convencidos de que apelar a esa *suprema ratio* es una atrocidad a veces, ridículo en ocasiones y absurdo siempre. Mas la sociedad (que en colectividad legisla, sin perjuicio de renegar individualmente de la obra común) ha decretado la necesidad del duelo y es forzoso acatarla.

Si la ira y el deseo de venganza arman el brazo, la pelea nada tiene que envidar a la que navajazo limpio se verifica en la mitad de arroyo; pero aún hay clases, lo mismo por lo que respecta a la posición social de los combatientes que por lo que atañe a la longitud de acero homicida o rasguñador, la ira por la ira y venganza por venganza, hemos convenido en que unos lances sean de honor y deshonoros otros.

En el combate singular no vence fácilmente el que tiene de su parte la razón, sino el más diestro, el más ágil, el de valor más sereno; y como es casi imposible que los dos adversarios reúnan idénticas condiciones, claro es que uno de ellos lucha con ventaja.

Mas el que tiene conciencia de la propia inferioridad en el manejo de las armas, no puede alegarla sin incurrir en nefando pecado, del que la sociedad nunca le absolverá; torpe, y quizá agraviado, debe *ir al terreno* a que le maten, de propina, y se cumpla el refrán que dice: *tras... cornudo apaleado*. Las salas de armas están abiertas para todos y el torpe lo es porque le da la gana; esto no será lógico ni sensato, pero es claro como el agua y consta en un código caballeresco francés.

Desde que el duelo, saliendo de Escandinavia, marchó triunfante hasta colarse de momio en la España de nuestros antepasados, se ha dicho y legislado sobre él no poco, mereciendo la atención de papas, reyes, concilios y gobiernos; pero modificado, combatido y reglamentado, según las épocas y vicisitudes, ha llegado a nuestros días vivo y coleando, para baldón de la moral y verruga de la decantada civilización que disfrutamos.

La Liga antiduelista labora sin cesar y algo adelanta, mas lucha contra preocupaciones y prejuicios arraigados por añejos e hijos de la ignorancia, y tiempo y trabajo ha de costarle purificar el ambiente y limpiar el cuerpo social de este parásito absurdo y anacrónico.

Puede el avariento procurarse el dinero ajeno sorteando el Código con tal cautela, que para sí la quisiera el espada de más cartel; juéguese el amante de la sota hasta su propia sombra, si le place; perturbe el licencioso la paz del hogar y ufánese con el adulterio; la sociedad tiene la manga ancha, es indulgente con las debilidades humanas, y aunque avaro, jugador y libertino sean triple calamidad y hagan más víctimas que el cólera, no les pondrá en el *Índice*, ni les negará la sonrisa, ni entregará sus inmoralidades a la trompeta de la Fama.

Mas ¡ay de ellos, y aún del más intachable de los hombres, sí no acuden al *terreno del honor*, cuando el mundo lo quiere! La sociedad olvidará la anchura circunstancial de su manga, trocará en severidad la indul-

gencia y caerá como una sola furia sobre el cobarde, señalando su pecado a la execración universal.

Si el duelo no es el *Juicio de Dios*, ni estamos persuadidos de que vence siempre en ellos la razón, ni la estocada recibida borra la bofetada que se recibió como preludeo, ni la paz conyugal turbada renace por su virtud, ni el resultado aniquila lo que establecieron los hechos, ¿para qué sirve? ¿Para alardear de un valor muy relativo, sin el cual no puede ser probo e inteligente funcionario público, juriconsulto sapiente, honrado padre de familia y otras muchísimas cosas, que no exigen los arrestos de un *Cid*?

Erójasele al valor un monumento grandioso, si se quiere; tanto, que deje tamañito al de Cheops; el valor es conveniente, útil y hasta bello; pero no neguemos a nadie el derecho de llevar al instinto de conservación al extremo a que su temperamento le arrastre.

Nadie suele ser cobarde por gusto y seguramente el cobarde, en ocasiones, reniega de su corazón menguado y daría el alma al demonio con tal de poseer los alientos de Roldán.

Después de todo, un duelito de los ordinarios y corrientes no ha menester de la pujanza de un García de Paredes y está, por lo tanto, al alcance de todas las fortunas.

Lo cual representa un adelanto, que debe ponerse en el activo de la civilización.

Bárbaro o ridículo, el duelo es absurdo e inmoral.

Los tribunales de honor son los llamados a dirimir las cuestiones que, por su índole especial, no pueden someterse a los ordinarios y se encomiendan hoy a las armas.

Mientras llega ese día, protestemos de la anacrónica costumbre... sin descuidar la esgrima, por si acaso.

Y siga la racha.

(*"Diario de Córdoba"*, número 17037, 26 de septiembre de 1906)

14. LÍO MONETARIO, O MONEDAS AL ÍNDICE

Si uno tiene dinero, malo; si no lo tiene, peor.

En el primer caso, vive con el alma en un hilo; en el segundo, con el alma en un puño.

Profundos pensadores, sabios insignes, perspicuos escritores y hasta la familia han dado la voz de alerta al hombre para ponerle en guardia contra los peligros de tener dinero.

Tiempo perdido; el hombre persiste en su afición al oro.

Y lo que es peor, sabe pecar económicamente, o sea sin incurrir en despilfarros y aún sin gastar una perra gorda.

—¡*Oh, la vile moneta!*— que decía, [...] ⁵⁴ otro verde, esotro porque tiene Goya la nariz gruesa, esotro porque Quevedo tiene empeñados los espejuelos, el ciudadano no va sin la mercancía y echando pestes contra el lío monetario que padecemos aquí, donde el dinero anda tan escaso.

Y si para los males espirituales y para los corporales puede encontrarse remedio, con ser tales y tantos, para la nueva calamidad, no la hay.

Sería necesario, en cuanto a la plata, que cada individuo fuera acompañado de un perito de la Casa de la Moneda, o que, al menos, llevara en el bolsillo el Índice famoso para consultarlo siempre que hubiera de recibir dinero.

Y ni aún así estaría libre de perjuicios.

Por lo que respecta al papel, es otro cantar: el único medio sería llevar el talonario para cotejar los billetes, a fin de no tomar los falsos.

Pero quedarían siempre, con talonario o sin él, los inscritos en el dicho-so Índice.

⁵⁴ Falta una columna de texto.

El Banco ve muy tranquilo este lío formidable; tiene su taladro, y le basta.

Pero el mísero mortal que de higos a brevas se encuentra dueño de un papel moneda, y éste le resulta en entredicho, se divierte.

Porque hemos llegado a una época en que ocurre con lamentable frecuencia que llevar un duro en el bolsillo es como tener un tío en Alcalá.

Y observen ustedes que la sogá se rompe por lo más delgado.

Lo más delgado de la sogá es, en este caso, el pobre que pierde su dinero sin que en su mano esté el impedir que nazcan duros ilegítimos y pesetas con embuchado, ni que le empañen los anteojos a un don Francisco, ni al otro le estropeen las narices.

-Verán ustedes como todo queda en que nos suben el vino -decía el borracho del cuento.

En las cuestiones económicas, todo queda en que pagamos... los que casi no tenemos con qué.

¡Pícaro dinero!

(“Diario de Córdoba”, número 17044, 3 de octubre de 1906)

15. AL POLO EN GLOBO

Magnus Synnestvedt ha batido el *record* como ahora decimos, de la información reposteril, poniendo, no en Flandes, sino en Spitzberg, una pica... *superviewante* de p. y p. y w, capaz de despertar la envidia del más caritativo de los noticieros contemporáneos.

Sabido es que el periodista americano Walter Wellmann piensa lanzarse al descubrimiento del polo en un globo dirigible, tan pronto como las circunstancias se lo permitan, y que, entre tanto da la última mano a sus preparativos en la isla de los Daneses.

Como han circulado noticias contradictorias acerca de la expedición, el intrépido Synnestvedt no ha encontrado manera más sencilla de saber a qué carta quedarse, que ir allá a interrogar al propio Wellmann.

Así lo ha realizado, y de la curiosa y detallada información que envía tomo los datos siguientes, interesantes como todo lo que se refiere a las expediciones polares.

Los gastos de la explotación, que según la frase del mismo Wellmann serán *formidables*, los sufraga su periódico el *Chicago Record Herald*.

Wellman ha establecido su cuartel general en la isla de los Daneses, en el punto de Virgo-bay; punto de triste recordación, pues de él partió el desventurado Andrés, hace diez años, para la arriesgada expedición cuyo trágico fin conocimos razonablemente, pero ignorando los pormenores, porque nunca se ha vuelto a saberse de los expedicionarios.

En Hammerfest, la población más septentrional del globo, ha instalado mister Wellmann una estación telegráfica Marconi, y gracias a ella se comunica desde aquellas remotas regiones con el mundo civilizado.

Magnus, el audaz periodista, llega a bordo de un buque, toma tierra y sorprende con su visita –no es para menos- a los expedicionarios.

Estos le llevan en busca del jefe a la casa en que habita, que es la más grande. Pasan por el vestíbulo, cuyas paredes están profusamente *adornadas* con cartones, y caminan por entre conspicuas y respetables pirámides de conservas alimenticias; aquellos sustituyen a los cacharros y chirimbolos decorativos, y a los muebles, alejando entre todo el fantasma del hambre, que es si es detestable en todas las latitudes, en las polares debe serlo mucho más porque son como el infierno: sin esperanza de redención.

En medio de una especie de rotonda se percibe luz cenital, un hombre de gran estatura escribe rápidamente en la máquina.

Su fisonomía es de fría expresión, pero revela energía; las canas blancas pueblan ya su cabello y bigote; al través de los lípidos cristales de unos lentes de oro, la mirada brilla fulgurante y a veces adquiere intensidad impresionante; mas el rostro permanece impassible.

Este hombre es Walter Wellmann, quien recibe a Magnus Synnestvedt, como buen colega, y se presta a responder al interrogatorio. ¿No parece la escena copiada de una novela de Jules Verne?

Wellmann habla con la seguridad de un convencido. Si antes que termine la estación están ultimados los preparativos y el tiempo y el viento son favorables, partirán este año; si no, lo harán el venidero, porque en empresas de este género se debe obrar con prudencia y no fiar al acaso lo que depende del hombre.

La capacidad del dirigible es de lo último y tiene una fuerza ascensional disponible de 4.500 kilogramos. Cesta y globo son obra del aeronauta Godard, y la distribución adoptada ofrece la novedad de tener colocados los motores en una cesta *ad hoc*, con departamento distinto y alejada de la que van los expedicionarios con sus provisiones de gasolina, y, consiguientemente, libre de la contingencia de una explosión.

Acompañarán a Wellmann el mayor Harsey, a quien están encomendadas la observaciones meteorológicas y los franceses Hervien y Colarde.

En cuanto a la impedimenta, no es pequeña lo que han de llevar, pues cargarán con 3.000 kilos de gasolina, para los motores; un trineo automóvil, inventado por el propio Wellmann, y otros cuatro de transporte; un barquito de acero, invención americana, que es maravilloso, por lo ligero, pues su peso no pasa de 140 kilos y puede transportar

1.000. Y los instrumentos necesarios, provisiones para un año, lo cual representa aproximadamente los 4.500 kilos antes citados.

—Dicho esto, se comprende que el lastre no figure; en caso de necesidad, largarían las cosas menos útiles.

—Por lo demás —añade Wellmann— el problema es sencillísimo: o las circunstancias no son favorables, y en este caso no partiremos, o son propicias, y entonces llegaremos fácilmente a la meta. El polo dista de aquí 10 grados, poco más o menos, y cuento con recorrer esta distancia en veinticuatro horas. Si puedo, descenderé en el polo, deteniéndome el tiempo necesario para practicar los experimentos científicos indispensables; si no, daré unas vueltecitas sobre él, y luego regresaré, siguiendo la dirección del viento. Sólo tres días necesito para realizar mi proyecto.

Así, con tal llaneza y sencillez, expone el explorador sus propósitos y esperanzas, como si la cosa fuera de lo más hacedero, natural y corriente.

Dios que ha previsto todo y todo lo ha estudiado, tanto en lo tocante al material, como lo que atañe a los fenómenos físicos y meteorológicos, y tiene la seguridad de ver coronados sus esfuerzos.

Banqueteaban a bordo del *Kong-Herald* Magnus Synneatvedt: le dijo: Mr. Wellmann, batirá usted el *record* y puede vanagloriarse.

—¿A qué latitud nos encontramos? —preguntaba en aquel momento el aludido al capitán del barco.

—A 81 grados, 1 minuto y 11 segundos de latitud norte; —respondió el capitán.

—Pues tampoco es moco de pavo —observó el mayor Harsey dirigiéndose a Magnus— el *record* de reporterismo de usted.

He aquí algo que le crispará los nervios a los enemigos declarados de la Prensa, porque en el fondo de todo esto hay: un periodista que se

dispone a ir al mismísimo polo *en busca de información* –pues lo será, y sensacional por añadidura, lo que Wellmann escriba si efectúa felizmente su viaje, realizando su estupenda navegación aérea– un periódico que paga los enormes gastos de la temeraria empresa; otro periodista, que oyendo las noticias contradictorias que por acá circulan acerca de la expedición, se va a los mares nórdicos, como quien da un paseo, a *interviewar* (*passer moi* le disparate que tratamos de aclimatar españolizando ese sustantivo inglés, que ya le teníamos en buen castellano) a informarse, digo, de su propio colega: Y ambos, levantando sendas copas, en el comedor del *Kong Harald*, proclaman en lacónico brindis los poderosos medios de información de que dispone el *Cuarto Poder*.

Al leer esto, no faltará quien exclame:

–¡Ni el polo está libre de los periodistas!

Dos detalles, capaces de erizarle el cabello a cualquier supersticioso: coros del tinglado levantado para el dirigible de Wellmann, se ve un informe montón de tablas y herraje; es lo que queda del *hangar* que para el suyo hizo Andrés; es el triste epílogo de un drama ignorado, cuyo horribles pormenores quedaron por siempre sepultados en los hielos y envueltos en el misterio de aquellas desoladas latitudes boreales. A pocos pasos del nuevo tinglado, a la izquierda, yérguese un sencillo cenotafio coronado por sagrado símbolo de nuestra Redención; erigiólo piadosamente, en memoria del desventurado explorador, y de sus compañeros de infortunio, la expedición sueca de socorro que salió en su busca, cuando regresó trayendo la dolorosa certeza de que eran infructuosas sus pesquisas.

El día 19 del mes actual, fecha a que alcanzan las distintas noticias del Wellmann, éste no había partido, y por lo tanto puede considerarse seguro, fundándose en lo dicho por él mismo, que no realizará su expedición este año, sino en la estación propicia de venidero. Pero entre tanto, al

campeonato reposteril es, por ahora, de Magnus Synnestvedt. Lo ha ganado *buscando a su víctima* los consabidos 81 grados, 1 minuto y 11 segundos de latitud norte.

¡Nada, ni en Spitzberg!
Mahón 20 septiembre.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17048, 7 de octubre de 1906)

16. UN DESENGAÑO

Todavía no ha transcurrido un mes desde que en estas columnas daba cuenta con encomiásticas frases, de los preparativos que Walter Wellmann, hace en la isla de los Daneses para lanzarse, a bordo de un dirigible, en busca del misterioso Polo.

No somos nadie.

Todavía no hace un mes, digo, y hoy, cuando libre del mal que casi desde entonces me ha impedido dedicarme a mis habituales trabajos, requiero la pluma, y veo la necesidad de escribir sobre análogo tema rectificando...

No, no está el caso; –comunicando para ser exacto– a los lectores del *DIARIO* una noticia sensacional, aunque me apresuro a consignar que lo hago con cierto temor y después de muchas vacilaciones.

Hela aquí, sin más preámbulos; los hechos tan traídos y llevados y que tal número de víctimas le cuestan a la humanidad aventurera, son tan mitológicos como el mismísimo Júpiter, padre de los dioses.

Es decir: tocante a polos auténticos se quedan los *flamencos*, aunque bastante degenerados desde la muerte de Mercurio el nacimiento del flamenquismo, que fueron dos desgracias para el *arte* en el que brilló Juan Brea.

En vano otro Juan, el veneciano Ja...., rompió la marcha en el siglo XV empezando la empresa que habían de seguir Kuigt, Hall y tanto émulo mucho antes de Wellmann, el que está ahora con el pie en el estribo.

Estéril sacrificio el de los pobres ilusos que han dejado sus restos mortales en los hospitalarios bancos de hielo, a las antipáticas focas y los lanudos osos polares.

¿Qué ha sacado la humanidad con tanto esfuerzo?

Bien, descubrir algunos pasos, como el estrecho de Hudson, que debe ser un mal paso, pues siendo estrecho será bien molesto, y un puñado de islas, como Wiche, Eige, etc., que no sirven para maldita de Dios la cosa.

Porque, vamos a ver, ¿qué utilidad hay en ofrecer unos peñascos conservados entre carámbanos como ciertos comestibles?

En cuanto al soñado Polo ¡ay! era eso precisamente un sueño.

Digámoslo de una vez: el Polo nunca ha existido.

Comprendo que la noticia, así, a boca de jarro, producirá impresión ingrata al que la leyere; no se arranca la fe, cuanto menos una ilusión o una esperanza, sin dolor del paciente.

Mas en verdad, yo no tengo la culpa de que el polo haya resultado pura mentira; lo puedo confesar, lector piadoso, sin que el rubor encienda mis mejillas.

Son culpables del tremendo desengaño los hombres de ciencia, que no contentándose con el Ártico, por ejemplo, se inventaron también el Antártico, para completar la pareja y pasar el raciocinio de los crédulos, abusando de la notoria buena fe de nuestros mayores [...]⁵⁵

⁵⁵ Falta texto.

Según la recientísima teoría del eximio profesor antes mencionado, los que hasta ahora hemos llamado polos son lisa y llanamente dos agujeros que al través de la madre tierra llegan hasta el fuego central.

Dos soberbias chimeneas, vamos al decir, que arranca de las propias fraguas de Vulcano.

Esta sencilla explicación viene a derribar por la base todo lo que se ha dicho y creído hasta hoy como artículos de fe, acerca de las auroras boreales de gran espectáculo.

Las cuales auroras son, naturalmente, producidas por el reflejo de las materias en ignición que mantienen las fraguas vulcanianas o que hierven en las calderas de Pero Botero.

¡Cualquiera sospechaba la existencia de ese par de tubos!

Francamente, yo estaba más contento con los viejos polos.

Pero no dejo de reconocer que las chimeneas de Reed, llamémoslas así, ejerciendo, en cierto modo, funciones de válvulas de seguridad, nos evitan la voladura que podría sobrevenir el día menos pensado.

Voladura que sería desagradable, porque nos lanzaría a los espacios siderales, donde flotaríamos como el alma de Geribay, hasta caer en el vecino Marte o en otro planeta de los alrededores, en calidad de aerolitos.

En torno de los abolidos polos flotaba la incitante y atrayente atmósfera de misterio; de cuando en cuando, una novela de Jules Verne, atizaba el fuego sagrado de la curiosidad, o nuevos exploradores, trasladándoles a los desiertos boreales, nos hacían estar en expectación una temporada.

Ya todo ha concluido.

El sabio Reed ha prestado impagable servicio a la humanidad sapiente rasgando el velo polar, destruyendo la leyenda y cerrando a piedra y lodo aquellos horripilantes mataderos de expediciones.

Porque Reed confía –¿y cómo no?– en que después de su asombrosa, inopinada y despampanante revelación, nadie cometerá la imperdonable insensatez de abandonar las comodidad de su casa para meterse a explorador polar.

Mas hay gentes duras de cabeza, y a pesar de todo, no faltará quien, sonriendo con incredulidad, se largue a las regiones heladas en *auto*, en dirigible o *pedibus calcantis*.

Con su pan se lo coma.

Yo a las chimeneas me atengo; creo en ellas a puño cerrado, y que me aspen si intento ir en busca del Polo.

¡Qué he de intentarlo!

(“*Diario de Córdoba*”, número 17069, 28 de octubre de 1906)

17. DESPUÉS DE NAUFRAGIO (Cartas mahonesas)

¿Quién no ha visto tan cuidadosamente descrito en periódicos, novelas o libros de viajes un naufragio? Pocos, quizás ninguno de mis lectores; pero no es lo mismo leer con avidez el emocionante relato, cómodamente arrellanado en una butaca y al calor de henchida chimenea, que experimentar la sensación que produce el terrible cuadro, cuando directamente hiere la retina.

No he visto, naturalmente, al *Isaac Pereire* embestir al escollo causa de la catástrofe; mas contemplándole escorado, con una inclinación de treinta grados, palpitando aún la vida en sus entrañas, semejante a la fiera, que abatida por el plomo del cazador se desangra entre breñas, la tremenda escena resurgía en mi mente con todos los horrores de la realidad.

Parecíeme verla avanzar, impulsado por la potente máquina, haciendo catorce nudos, rodeado de negrura que la espesa lluvia adensaba. Sus tres

luces de situación, la blanca de trinquete, la verde y la roja de babor y estribor, brillaban entre las sombras como tres puntos misteriosos de fantástico triángulo. De pronto la proa embiste al escollo, cuya cresta renegrea entre la fosforescencia que al romperse contra él producen las olas. Detiene su marcha la enorme mole flotante, e inclínase apoyando el costado de babor en las duras rocas.

La violencia de choque despierta a los que tranquilos duermen. El terror se apodera de los ánimos, y locos corren, gritan, interrogan, se agitan, en medio de la oscuridad, que las luces de a bordo hacen más medrosa; rodeados de lo desconocido, que lleva el miedo al paroxismo. El capitán, acallando la voz del instinto, sólo escucha la del deber, y con supremas energías domina el tumulto; manda y regulariza las maniobras de salvamento, secundado por los oficiales y marinería que, denodados, bajo lluvia torrencial, luchan cara a cara, a brazo partido, con la muerte, librando de sus descarnadas manos a las víctimas que quiere asir.

Una vez, dos, diez, veinte, tocan sus pies la tierra salvadora; una vez, dos, diez, veinte, tornan aquellos brazos a pisar las tablas de la insegura nave, a desafiar el peligro para salvar más vidas. Cuando a bordo no queda nadie más que la dotación, ésta, por riguroso turno, salta a los botes y toma tierra; el capitán, último en abandonar el buque, perdida toda esperanza, persuadido de la imposibilidad de salvar su barco, arría banderas y, con lágrimas en los ojos, salta también.

Ha visto al simpático marino alejarse del *Isaac* cubierto por la áspera pendiente del monte y volviendo una y otra vez la cabeza para mirar su maltrecha nave, *moribundo* entre los escollos, y he sorprendido más de una lágrima que, resbalando por tostadas mejillas, iba a perderse entre la blanca barba. El rostro de aquel hombre permanecía impassible, como cuando desde el puente mandaba echar anclas o largar amarras; pero dentro, en el fondo de aquel corazón, un dolor grande, inmenso, gemía,



*Mahón. Vista parcial del puerto. Ed. J. Pons Moll.
(Colección Miquel Àngel Limón Pons)*



El vapor Dagfin, encallado en Villacarlos. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

y aquel dolor mudo impresionó mi alma: la mirada de aquellos ojos, cuando se clavaba en buque, no la olvidaré jamás.

La tripulación, mustia, mojada, quebrantada por la tiránica lucha que había mantenido durante varias horas, impresionaba también.

Los jóvenes grumetes, niños algunos, que nunca, en su corta vida de navegantes, habían pasado por tan crueles angustias, pronto, por privilegio de sus pocos años, al verse a salvo, recuperaban la tranquilidad. Aquella noche, a primera hora, vi a dos, en su alojamiento, que algo alejados de los grupos de marineros en que se comentaban las peripecias del siniestro y sentados en sendas sillas, con los pies en los atravesaños, hacían bailar dos muñecos pendientes de hilos elásticos, con la satisfacción retratada en los semblantes. Ya no recordaban los peligros corridos por la mañana ni pensaban en los que en lo futuro puede reservarles su arriesgada profesión; con descuido absoluto y como si libres de todo temor se encontraran en el hogar que les viera nacer, al lado de su madre cariñosa, concentraban su atención en los grotescos polichinelas que subían y bajaban pendiente de los hilos.

Interrogado por mí uno de ellos, el mayor, que representaba unos diecisiete años, me dijo:

—Es un recuerdo de Mahón este muñeco. Lo llevo para mi sobrinito que tengo en Marsella, ¡si viera usted qué bonito y qué simpático es!

Y se extendió describiéndome al sobrinito, hasta que el otro grumete tomó parte en la conversación, hablándome de un hermanito, para el cual había comprado su correspondiente polichinela.

Después narraron lo que sabían del naufragio uno de ellos que había trabajado mucho, y alentaba la esperanza de que lo premiaran con una cruz.

—Ya sé —terminó diciendo— que no he hecho más que cumplir con mi deber, como todos mis compañeros, pues en estos casos nunca va uno más allá de su deber por mucho que haga; pero a pesar de todo, acaricio la

esperanza de verme condecorado, cosa que no crea usted que es corriente, entre chicos de mi edad.

Oyéndole discurrir así, pensé que el cuerpo de aquel niño encerraba el alma de un hombre de provecho.

Uno de los marineros, recio, curtido el rostro y con grandes bigotes grises, me decía con fácil palabra y jovial entonación:

–Hace treinta y dos años que navego y he naufragado cuatro veces; estoy, pues, acostumbrado y estos percances no me hacen mella.

Pero estas mismas frases, y la vieja de aquellos hombre vigorosos, enérgicas, arrojadas por el mar en tierra extraña, mojados, vestidos, muchos como mejor pudieron, por haber perdido sus ropas, y revelando en su rostro la fatiga, el sueño y aún la debilidad –pues como he dicho en mis anteriores informaciones, realizaron el salvamento en penosísimas condiciones y se desayunaron a las cuatro de la tarde– producían dolorosa impresión en el ánimo.

Parecía que la muerte, que se había cernido sobre las cabezas de aquellos hombres, había dejado en torno de ellas un nimbo que las ensombrecía, pese a las chanzas, agudezas y destellos de humorismo que a menudo brotaban de sus labios.

El domingo, muy de mañana, fondeó en este puerto el vapor *Duc de Bragançe*, de la Compañía Tranatlántique, enviado desde Marsella para recoger a los naufragos y conducirlos a Argel. Zarpó a las doce del día. Al muelle bajó muchedumbre de personas pertenecientes a todas las clases sociales, tributando a los franceses cariñosa despedida; ellos, por su parte, agitaban las gorras, y en su rostro se pintaba cordial expresión de gratitud.

El *Duc de Bragançe* arrió e izó tres veces la bandera francesa, saludando; la española, en el Arsenal de Marina, contestó, y algunas cabezas (aunque no muchas, porque no siempre se dan en todo) se descubrieron.

Ayer llegó, procedente de Biserta, un remolcador dinamarqués para ver lo que puede intentarse con el *Isaac Pereire*. De la dotación de éste han quedado aquí diez marineros para los servicios necesarios, su capitán, Sr. Samidei, y el segundo del *Duc*; los cuales en unión de una comisión técnica, ya designada, procederán al examen detenido del casco y su situación, para obrar en consecuencia. Mas como ya he dicho, es casi seguro que no haya posibilidad de intentar nada.

Son generales los elogios tributados al Cónsul de Francia por la actividad, buen deseo y prudentes medidas de que hizo gala desde los primeros momentos, pues si bien ha habido alguna pequeña improvisación, que ya he mencionado, esto no tuvo importancia ni era de extrañar en tales instantes. Las autoridades de la Marina, los militares y los civiles, han hecho por su parte, cuanto han podido.

Anoche a los doce y media, murió, tras larga y penosa enfermedad, el digno juez de primera instancia don Francisco Buisen, persona muy estimada por sus excelentes condiciones de carácter y funcionario insigne. Su muerte ha sido muy sentida. Pues ha desarrollado ingente trabajo para subvenir a las necesidades de los necesitados. Deja una viuda y siete u ocho hijos sumidos en honda aflicción. Dios haya acogido el alma y derramado el consuelo en la de su viuda e hijos, a cuyo dolor me asocio.

Mahón, 30 de octubre.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17083, 11 de noviembre de 1906)

18. DOS NOTICIAS

“[...] *Acaba de fallecer en el hospital provincial de Agudos, víctima de la leucemia, doña María del Valle Williams Serrano, viuda del poeta don Manuel Bermúdez Ruano.*”

Las anteriores líneas, que me informan de la primera de las dos noticias anunciadas las copio de un artículo saciado de amargura, suscrito por mi apreciado amigo don Enrique Redel y publicado en el *DIARIO* del 7 que llega hoy a mis manos.

Redel, poeta, derrama una lágrima arrancada a su alma de artista por la indiferencia que ha llevado a morir de *leucemia*, piadosamente amparada por la beneficencia oficial, como el último de los menesterosos, a la viuda de un ciudadano ilustre, y exclama con dolorido semblante:

“¿Cómo no ha de arrancar lágrimas el contraste que forman los diestros enriquecidos en la arena de los circos y obsequiados con regalos de precios fabulosos, son objeto de la atención y ánimo de próceres y plebeyos, y la viuda de un hombre que habiendo dado gloria a su patria en el palenque del genio, parece abandonada ante la indiferencia pública?”

Aquí el contraste es rudo, cruel como marcado por las realidades de la vida; y no sabemos qué es más lamentable el efecto o la causa que lo produce. La pluma y las *plumas* –una de las palabras con que en el *argot* hampesco, de ahora llaman a la germanía, se designan las pesetas– andan reñidas desde tiempo inmemorial; [...] ⁵⁶ su ingenio produzca a un Emilio Zola 300.000 francos; aquí el libro es artículo de lujo, y si es de versos... ¡horror!, más que lujo es suntuosidad inaudita o intolerable... y, a la par, casi patente de nulidad para el autor, porque ¿para qué sirve un poeta?

⁵⁶ Ídem.

Pero si el vulgo no lee y lo poco por donde se digna pasar la vista no lo saborea por falta de paladar literario, en cambio acude, unánime y presuroso, a la clásica *fiesta nacional*.

Declaré, antes de pasar adelante, que no soy enemigo de las corridas de toros ni, por lo tanto, me inspiran la saludable repugnancia de que alardean los tauróforos cuando escupen rimbombantes diatribas en nombre del progreso; pero metiéndome a inquirir en el fondo del contraste apuntado por mi amigo Redel, he dado en la *plaza*, y como creo que este prefiera el *noli me tangere*, prosigo mi marcha en torno de *la candente arena*.

Digo que la muchedumbre llena el circo. Las emociones que la vista del peligro esquivado con arte, frescura y agilidad, produce, sacudiendo ruda y enérgicamente los nervios, no pueden compararse con las que despierta la lectura. Éstas, para ser, requieren, primero, una preparación educativa y después una labor intelectual, cuya eficacia está en razón directa de la cultura del lector; aquellas son consecuencia del cuadro vivo, palpitante, vigorosamente matizado, que brusco y rápido hiere la retina. Por eso el entusiasmo se desborda clamoroso, atronador, delirante; como vibración sonora de nervios que han llegado al máximo de tensión.

Una oda cincelada de Quintana, el más pulido soneto de Ayala o de Núñez de Arce, los madrigales más lindos del siglo de oro y las más suaves dulzuras de Garcilaso, son menos fáciles de estimar y de sentir que los arriates de un *quite*, la habilidad y valentía de un *trasteo* y el *volapié* neto que *tumba a la fiera sin puntilla* ¿Qué extraño, pues, que en la ocasión propicia se manifieste la admiración –y aún puede decirse, el afecto– que tanto y tan violento sentir engendrara?

Convénzase el autor de *San Rafael*, grandes y chicos, colosos y pigmeos, todos los que vivimos de la pluma, si no contamos con otros recur-

sos, lucharemos con mejor o peor éxito, mientras las fuerzas nos basten; arrastraremos penosa o alegremente la existencia, lanzando a los vientos de la publicidad nuestras ideas, buenas o malas, acertadas o erróneas, pero que honradamente las creemos beneficiosas y las propagamos; romperemos una lanza, siempre que llegue el caso, en defensa del débil, de la moralidad, de la justicia; procuraremos difundir lo poco o mucho que hayamos aprendido en los libros y que nos enseñara la experiencia... Y luego, cuando la edad o los achaques nos rindan o la vena se agote, la miseria nos tenderá sus descarnados brazos, para conducirnos a los de su compañera la Muerte por el más áspero de los caminos. ¡Dichosos los que logran *dejar algo* para la posteridad, porque su labor no ha sido estéril; a los soldados de fila, a los del montón anónimo, no nos queda ni ese consuelo!...

Mas echando a un lado ayes inútiles, tornemos al asunto, mencionando la segunda de las dos noticias que pueden relacionarse entre sí.

Dando cuenta de la boda de *Machaquito*, estampa *El Imparcial* las siguientes líneas que el *DIARIO* reproduce con frases laudatorias:

“La boda ha tenido una nota simpática. Sin alardes de ostentación ni bullangueros estrépitos se han repartido cuantiosas limosnas. El valiente torero ha hecho además una generosísima promesa. La de crear con el fruto de su trabajo un asilo para los trabajadores ancianos e imposibilitados y otro en Córdoba”.

Ves mi amigo Redel cómo este cordobés, hijo del pueblo, que seguramente no ha leído teorías de los grandes filántropos y se vería muy apurado para entender ternuras metrificadas, ha sido filántropo y poeta sin darse cuenta, como el que hablaba en prosa sin saberlo. Sirve a la vez de muestra para indicar que la tierra española cría esa materia prima y que llamamos corazón, base del mejoramiento, y volvamos al torero.

Su arrojo y su habilidad en el arte en que brillaron los Romeros, lleváronle de la pobreza a la riqueza; y no cabe decir que ha hecho la carrera por intrigar. Cuando la Fortuna, la Juventud y el Amor le sonríen, en el instante supremo de la que podríamos llamar consagración del ídolo, en la ocasión que deslumbra y causa vértigos, el mozo siente adentro, muy hondo, algo que le impulsa a echar una mirada retrospectiva; y de ese algo brota la caritativa idea de fundar un asilo.

¿No hay en ello un epílogo, amigo Redel? ¿Pues cómo —dice usted— países en donde nacen esos *poetas sin saberlo* dejan morir en la miseria a la viuda de Fernández Rueda? Cuestión de relatividad. La sombra entristece, la luz alegra, el triunfador atrae; el paria repele; brinda más atractivos la mesa del festín que el lecho del dolor.

Cuando los poetas y el pueblo se entienden, cuando el segundo siente las bellas artes porque la educación eleve el nivel de cultura batiéndole las cataratas para facilitarle la percepción consciente de lo bello, entonces tendré, como tuvo el francés, *su Berenguer*, cuyas estrofas aprenderé de memoria; cuidará de que la tumba de *su Musset* nunca carezca de frescas y olorosas flores; amará a los niños, respetará los árboles y protegerá a los pájaros.

Mientras esto no ocurra, el poeta será para el vulgo una superfluidad, como la manecita de marfil que figura en el tocador de muchas damas, aunque éstas no carecen de bruñidas y sonrosadas uñas. Se le oirá sin escucharle, cantará para el mundo, aportando a la evolución su labor constante; y el mundo, sin creer que pase de ingrato, recogerá el fruto de ingenio ajeno, pagándolo con la indiferencia y el abandono.

12 noviembre.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17090, 18 de noviembre de 1906)

19. LOS FESTEJOS DE SANTA BÁRBARA (Cartas mahonesas)

Los artilleros han echado la casa por la ventana, como suele decirse, para las fiestas con que anualmente celebran el día de su Santa Patrona; muchos han sido los festejos, y por la cantidad y calidad de ellos, bien merecen unas líneas de crónica, pocas veces mejor empleadas que ahora. *Abundando en esta idea*, como dicen algunos oradores munícipes de pan llevar, comentaré para dar cuenta del programa ejecutado en la fortaleza de Isabel II.

La banda de cornetas de Artillería anunció el día tres, con alegre y marcial diana floreada, el principio de los festejos, media hora después, se rendía culto al deporte vasco, entablando un partido de pelota, a mano, y luego otro de *foot-ball*, a pie. Tanto en el juego nacional como en el inglés, los bandos contendientes lograron mantener vivo el interés de los espectadores.

Por la tarde, en un bonito teatro improvisado, representaron el primer acto del *Tenorio*, *Los pícaros celos* y *El chaleco blanco*, por actores tan improvisados como el teatro. El local, adornado con colgaduras, rojo y gualda, profusión de flores y los escudos de los antiguos reinos, que forman el actual de España, ofrecía muy grato golpe de vista.

El escenario, con todas las decoraciones necesarias, no carecía del menor detalle, y la embocadura y el telón ostentaban artísticas figuras decorativas y emblemas del Arma, obra del artillero primero Montes de Oca.

La representación de las piezas mencionadas superó a cuanto se podía esperar de improvisados artistas que por vez primera pisaban las tablas; pues lo mismo en la parte lírica que en la dramática arrancaron nutridos aplausos. Excuso decir que en *El chaleco blanco*, en el coro que a orillas del Manzanares cantan lavanderas y soldados, estos desempeñaron su

papel con tal propiedad, de indumentaria inclusive, que para los tiempos felices de la obra, en los teatros de la Corte, la hubieran deseado Ramos Carrión y Chueca.

La dirección escénica, a cargo del sargento Olzador, merece más cumplidas felicitaciones.

Una notable orquesta de bandurrias, guitarras laúdes, dirigida por el maestro sargento Arias, amenizó los entreactos, compartiendo el trabajo con los coros. Estos interpretaron con perfecta afinación los cánticos populares catalanes las *Flors de mar* el *Gloria a España*, de Clavé, y el *Pordal*, escuchando mercedísimas ovaciones.

Y para que no faltara el número *brillante*, sin el cual no hay fiesta española, lució y detonó ruidosa y artísticamente en el patio central, una bonita función pirotécnica preparada por el maestro artificiero de la Comandancia.

El rancho extraordinario fue una sabrosa comida que reclamó el nombre de banquete. En torno a largas mesas, cubiertas con blancos manteles e instaladas en las baterías respectivas, sentóse la tropa, y a medida que la necesidad fisiológica, tan imperiosa en estómagos fuertes y juveniles fue quedando satisfecha, la alegría se desbordó ruidosa y expansiva.

Entre el postre y el café surgieron los brindis, orales y líricos, pues no faltaron comensales que, haciendo alarde de voz potente y bien timbrada, entonaron el *toast* con música de *Marina* menestra adecuada a la ocasión. Allí se pronunciaron discursos patrióticos en los que vibraba el corazón grande y sencillo del soldado español, frases de fervor sincero a la familia militar y no pocas tiernas, de las que siempre hallan, dedicadas a la madre ausente; allí se evidenció que dentro de la rigidez que impone la subordinación y la disciplina, cabe el afecto que identificado el espíritu, engendra la solidaridad y une con fuertes vínculos a oficiales



Mahón. Vista parcial. (Colección Miquel Àngel Limón Pons)

y tropa. Era aquel un hermoso cuadro digno de ser descrito por Miss Diosa.

Entre los brindis notables, merecen citarse al del artillero José del Río, evocando pasadas glorias del Cuerpo, el dúo que fue cantado por sus compañeros Andrés y Llambies. Concurrieron, invitados a la cena, diecinueve soldados de infantería e ingenieros de los que forman parte de la guarnición de aquella fortaleza.

El día 4 se rezó la misa de campaña en el patio del cuartel, y durante la celebración cantaron un motete con acompañamiento de armonio.

El altar estaba adornado con sumo gusto, siendo la exornación obra del sargento Llambia.

A mediodía hubo tómbola organizada por el sargento. Resaltó en la que todos los artilleros sacaron premio, y por la tarde nueva función teatral poniendo en escena *El puñal del godo*, *El chaleco blanco* y *El que nace para ochavo*.

El 5, festival en la plaza de toros. Porque han de saber ustedes que los artilleros han tenido la ocurrencia de traer la *fiesta nacional* aunque en miniatura, a esta tranquila roca inasequible hasta hoy a la *afición*. Lo cual ha hecho que algún tauróforo, de los que alimentan en su honrado y timorato pecho el santo horror a los pitones —el cielo nos preserve de ellos *per soecula seocolorum*— pronunciara en fa grave la palabra *profanación*.

Mas como aquí no ha de aclimatarse el *sanguinario* espectáculo ni este ensayo privado a puerta cerrada y formidablemente defendida, puede propagar el microbio taurófilo en la *roqueta*, es de esperar que el buen sentido se haya llevado a punta de capote a la alarma y renazca la tranquilidad, un instante perdida.

Pues como íbamos diciendo, construyeron una plaza de madera muy cuca, con barrera, contrabarrera todos los requisitorios de un circo *de*

verdad. Colgadas con los colores nacionales (siendo blanco la del palco presidencial, en cuyo centro se destacaba negra y monumental bomba emblemática) banderas y gallardetes que ondeaban al viento, adornaban el recinto. Tendidos y alturas aparecían ocupados *militarmente* y en el palco bellas y elegantes damas.

Un sol *de gala* como si también quisiera tomar parte en la fiesta, brillaba esplendoroso, derramando torrentes de luz sobre el vistoso conjunto que ofrecía un golpe de vista verdaderamente hermoso.

Las bellas señoritas de Sidro, Cervilió, Galbia, Gil y Feliú ocuparon la presidencia, quedando por ende convertido en lindo búcaro de flores el palco, y comenzó el festival.

Rompió la marcha nutrido orfeón, obteniendo muchos aplausos por la precisión con que ejecutó las piezas; siguióle el coro de que ya hemos hecho mención al hablar de la función de teatro y fue ovacionado con igual justicia y no menos entusiasmo.

Después sobrevino una rondalla numerosa, y mientras seis baturros auténticos bailaban la alegre jota al son de las vihuelas, bandurrias y guitarricos, un tenor netamente aragonés cantaba, con las inimitables inflexiones y los rudos dejos de la tierra, coplas tan castizas como estas:

*“Mandaré al sentir el plomo
de la bala que me mate
un viva para mi patria
y un beso para mi madre.”*

*“Si pasa la artillería,
cierra, Juana los balcones,
que al fuego de tus miradas
se disparan los corazones”.*

O humorísticas, como la siguiente:

*“Bárbaros son los cañones
y bárbaros los morteros;
si Bárbara es la Patrona,
¿qué serán los artilleros?”*

Luego tocó el turno a una comparsa de negritos que bailó y cantó, con el clásico acompañamiento, unos tangos de los que, pasados ya por agua, podemos llamar flamencos, y también fue muy aplaudida.

Un intermedio cómico-acrobático por los *clowns* Dardé, Lopaini y monsieur Augusto hizo prorrumpir en carcajadas a la concurrencia.

A continuación se procedió al despejo, y al presentarse le cuadrilla estalló ruidosa y merecidísima ovación, pues era traslado fiel del paseo *de veras*: alguacilillos a caballo con la tradicional vestimenta, trajes de luces traídos expresamente, monosabios de rica blusa y pantalón azul, mulillas para el arrastre, debidamente arreadas y engalanadas... Para que la función fuera cumplida, hasta los pacíficos municipales de gruesos bigotes y canoso pelo, ocupaban sus puestos entre la barrera.

Eugenio Pérez, Luis Galcerá e Isidro Zamora (banderilleros) y José Guillermon (puntillero) amén de Adolfo Bocanegra, que estaba decidido a dar el salto de la garrocha, de unos aires toreros que no había más que pedirles, y de los indispensables apodos, sin los cuales parece que no hay Fuentes potables, la heroica resolución de dejar tamañitos a los más radiantes coletudos. Pero desde que el instante desde que Zamora, metamorfoseado momentáneamente en trasunto de don Tancredo, y el primer becerro se encontraron cara a cara, o cara a testuz, dicho con más propiedad, quedó fuera de duda que los toretes no sentían el entusiasmo de los diestros, y habían decidido, por el contrario, mostrarse tímidos y modestos.

Los muchachos hicieron cuanto pudieron y supieron, y luchando con la inalterable mansedumbre de los becerros, lograron banderillar y estoquear concienzudamente al único que se prestó al sacrificio por sus conatos de bravura.

Terminada la corrida, los artilleros, con su proverbial galantería, sirvieron a las damas espléndido agasajo; y entre bocado de sabroso pastel y sorbo de dorado vino andaluz, escucharon frases tan encomiásticas como merecidas por el buen gusto y rumbo de los festejos.

La comisión organizadora, compuesta de los señores comandantes Montanor, capitán Marquerie y tenientes Delmás y del Pozo, puede estar altamente satisfecha de su gestión; han trabajado infatigables, pues el éxito más completo ha coronado sus esfuerzos.

Orfeón, coros, orquesta, comparsas, toreros, todo, inútil creo decir que lo constituían exclusivamente artilleros; éstos han hecho el teatro, pintado las decoraciones y construido la plaza de toros, y la letra de cuanto se ha cantado ha sido compuesta por la tropa, pues ni para los menores detalles de los festejos ha contribuido elemento alguno extraño al Cuerpo de Artillería. El orden más perfecto y la más franca alegría han reinado en todo momento.

Comentando el nuevo cariz que toman las tradicionales fiestas de la Patrona, y comparando las actuales con los jolgorios de antaño, oí a un jefe del Arma referir algunas bromas de otro tiempo, de las que da idea la realizada en un regimiento de montaña, donde los artilleros vistieron grotescamente a un corpulento mulo, y, a hombros con grandes risas y chueca, le subieron al dormitorio acostándoles en una cama.

Observo —un poco tarde por cierto— que me he extendido demasiado narrando los festejos de la Mota, y no me queda espacio que dedicar a los verificados fuera de la fortaleza. Diré, sin embargo, que las baterías de montaña acuarteladas en la ciudad tuvieron banquete, función teatral

y otras diversiones, y que en la Iglesia de Santa María, engalanada con profusión de flores, colgaduras y trofeos guerreros, artísticamente dispuestos, se celebró la misa de rigor, ofreciendo el templo, que es amplio y hermoso, un admirable golpe de vista.

Omito, mi querido Director, otros datos que, como los apuntados, debo a la amabilidad de un artillero, cuyo entusiasmo por el Arma ha llevado en estos días a hacer prodigios de actividad ejerciendo las múltiples y variadísimas funciones de músico, decorador, arquitecto, jardinero, etc.; no quiero decir su nombre, que es el último que figura entre los señores de la Comisión, porque no me lo perdonaría, considerándolo aleatoria a su modestia; pero sí debo darle, y se las doy, las gracias más sinceras.

Cumpliendo este deber, termino esta carta kilométrica.

Diciembre 6.

(*"Diario de Córdoba"*, número 17114, 14 de noviembre de 1906)

20. SEA PARA BIEN

Vivir en una isla ofrece, como diría el ínclito Pero Grullo, ventajas e inconvenientes.

Entre estos, no es el menor el de las comunicaciones, siempre a merced de los acreditados señores Eolo, Neptuno y Compañía, de cuyo humor bueno o malo depende que vientos y mares anden revueltos o pacíficos.

Hace días que deben estar de un humorcito de perros los referidos señores, a juzgar por la furia con que soplan los vientos del cuarto cuadrante y lo alborotadas que vemos las olas.

Tales desencadenamientos han sido causa de que hasta hoy no llegara a mis manos el *DIARIO* correspondiente a primero de año.

Cuando abrimos el *DIARIO* los que vivimos lejos de Córdoba, nos parece que acaricia nuestra frente la brisa de la sin par Sierra, perfumada de romero y azahar; creemos percibir los confusos, característicos rumores de los círculos y cafés, centros de reunión de nuestros amigos, y hasta nos forjamos la ilusión, a veces, de que una voz conocida hiere nuestro oído, y visiones de personas y lugares que nos son queridos surgen en la mente. Por eso le aguardamos con impaciencia, como a grata visita, y lo leemos desde la cabeza hasta el pie de imprenta, viviendo un rato en plena Córdoba y olvidando cuanto nos rodea.

Y así como *La Correspondencia de España* fue un tiempo *el gorro de dormir de los madrileños*, porque era el más matritense de los periódicos de Madrid, el *DIARIO* es la hoja cordobesa por antonomasia.

Del mismo modo que aquel reflejaba un pueblo, este refleja otros y en eso, en eso nada más, estriba el secreto de su popularidad.

La Corres se apartó de los carriles que le trazara su fundador, don Manuel María de Santa Ana, y hoy es un periódico importante a todas luces; pero importante y todo, sólo es uno más entre los importantes, dejando de ser el periódico madrileño por excelencia.

El *DIARIO* continúa su tradición, y aunque se modifica con el transcurso de los años, su evolución obedece a la de Córdoba, sin apartarse un ápice de la órbita que le señalara su creador don Fausto García Tena.

En nuestros más lejanos recuerdos aparece la hoja de la calle de Letrados visitando nuestro hogar, y esa visita cotidiana –en la que le acompañaba la famosa *Iberia* de Calvo Asensio–, repitiéndose con periodicidad y constancia de las revoluciones del mundo sobre su eje, por espacio de años y años, ha creado una costumbre y un efecto: el afecto que engendra la amigable comunicación diaria; la costumbre de pasar la vista por aquellos renglones en los que casi puede decirse que aprendimos a leer.

Andando el tiempo, a aquellas columnas, que desde nuestra infancia mirábamos, con cierto respeto, llevamos nuestra labor, compartiendo la ingrata tarea de redacción con los queridos compañeros que hoy la continúan. En las redacciones de los periódicos hay un ambiente especial; los que cotidianamente lo respiran, se identifican, por lo menos, en una cosa: en el amor común al papel que el cerebro de todos anima.

¿Quién no tiene cariño a sus ideas?

Estos son frutos de nuestro sentir, de nuestros desvelos, de cuanto germina y crece en los más íntimos rincones del corazón y del cerebro; y como ellas con las que dan vida al periódico, le miramos como a cosa nuestra, alimentada con nuestro propio ser.

Por eso, al encontrarme con la gran reforma del *DIARIO*, he experimentado gratísima emoción.

Las reformas de los periódicos ofrecen para la *gente de casa*, amén de ímprobo trabajo, todos los dulces caracteres de una fiesta de familia. Y ciertas reformas, que no son frecuentes ni de poco momento, adquieren la importancia de solemnidades.

Este es el caso presente.

Yo, que no por ser el último y el más modesto de *la casa* dejó de fortalecer a la *familia* del *DIARIO*, honrándome con ello, lamento hondamente no haber podido cooperar a la *confección* de primer número, y deploro no haberme hallado en los instantes críticos al pie de la máquina, aguardando, curioso, el ejemplar primero.

Al fin, *uno* ha llegado a mis manos, y he podido ver cómo el minúsculo *DIARIO* del año 50, al tocar los aledaños de la sexta decena, ha dado un estirón de padre y muy señor mío, remozándose, sintiéndose robusto y pletórico de vida. ¡Curiosos contraste el que ofrece hoy al lado del *papelito* que nació a mediados del siglo último? Sin embar-

go, entonces como ahora, iniciaba una época y un adelanto, y justo es decirlo, pues de derecho le corresponde la alabanza.

¡Pocas publicaciones periódicas podrán contar, como ésta, el caso curioso de que la misma pluma que escribiera su programa, al venir al estadio de la Prensa, haya trazado los cincuenta y ocho artículos que, en otros tantos años, han aparecido en editorial recordando aquellos propósitos antaño estampados y reiterando los de perseverar en su tradición!

Tan honda como grata ha debido de ser la emoción del anciano vate, del decano de los periodistas cordobeses, del excelente Director del *DIARIO*, al contemplar a este rejuvenecido, con ropa nueva y con mayor tamaño, porque en los antiguos moldes no cabían los anuncios ni la información; grande también su alegría al persuadirse de que los años han robustecido al *chico* de 1850, imprimiéndole nueva, exuberante salud: síntoma inequívoco del favor del público, que cierra los extremos de la curva estableciendo el círculo de publicación y lectores en su recíproca correspondencia.

Y no menos profunda ni menos intensa será la satisfacción de mi querido compañero el redactor jefe, quien, en cierto modo, me recuerda la leyenda suiza de aquel relojero que puso tanto empeño y cuidado en la construcción de un reloj, que, viéndole en marcha, creyó a puño cerrado que había transfundido su alma al complicado mecanismo. Considerábase animado por su propio ser, y vivía persuadido de que mientras él alentase andaría el reloj, y viceversa.

Un día amaneció parada aquella máquina de medir el tiempo y el buen artífice, juzgando que había señalado su última hora, se murió dulcemente, tranquilamente, como el que está convencido de que ha terminado su misión en este valle de lágrimas.

Martínez Alguacil no ha dado, como el relojero, el alma al periódico al infundirle vida; pero ha crecido a su sombra, a su sombra le apuntó el

bozo, y a su sombra brilló su primera cana. Sincero en sus afectos y perseverante en el trabajo, ha ido, quizá sin darse cuenta, entregándole su alma; hoy es una necesidad de su vida, como el oxígeno para la sangre, y al *DIARIO* le dedica su infatigable actividad, su más ferviente cariño y su irrevocable vocación de periodista.

Yo no puedo recordar el *DIARIO* sin que a su nombre surja el de Mariano, ni pensar en éste sin acordarme de aquél; ambos son para mí como ciertos adjetivos, que no pueden andar sin el correspondiente sustantivo; o como los afijos gramaticales. He llegado a imaginarme si el corazón de Mariano será un número del *DIARIO*, y cada ejemplar de éste un ejemplar del corazón de aquél, creando de este modo una extravagante identificación de dos en uno y uno en dos, en la cual me hago un lío sin conseguir deslindar las ideas, marcando la línea divisoria.

Mi enhorabuena también para el estimadísimo compañero, a quien, en virtud de las mencionadas imaginaciones, me lo figuro tan remozado y gallardo como el rejuvenecido periódico.

Mahón, 9 enero.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17149, 20 de enero de 1907)

21. ALMAS NOBLES

En esta época de escepticismo, de indiferencia y de tantos *ismos* frigidísimos como gobiernan, rigen e imperan, con la alta misión de enfrentar los impulsos generosos, hoy pasados de moda, o premiarlos, en todo caso, con una carcajada, hay otros *ismos*, tales como el romanticismo y el sentimentalismo, que informaron la literatura de nuestros abuelos, que hacen reír a los modernos superhombres más que sazoadísimo entremés.



Manifestación en Ciudadela. Menorca. Nuevo Mundo, 30 de marzo de 1911. N.º 899

No ha mucho tiempo, leía yo en un periódico extranjero las siguientes líneas:

“La institución parisina del premio a la virtud parece algo grotesco, más que a fomentar la moralidad pública, se presta a servir de asunto para una opereta. En efecto: ver una vez al año a una mujer y a un hombre presentarse ante los señores académicos con la vista baja, el rubor coloreando sus mejillas y la cabeza coronada de blancas rosas, todo para recibir un prosaico billete de mil francos, provoca las sonrisas de los escépticos. Además, nadie ignora que el filósofo se preguntaba si realmente se debe dar un premio material a la virtud o si ésta tiene el premio en sí misma.

Los hechos, con su persuasiva elegancia, se han encargado de contestar al cronista.

La adjudicación del último premio ha hecho conocer al mundo un caso de los que solamente podríamos encontrar en la novela *demodée* que la generación pasada leía en las veladas invernales al amor de la lumbre; en esa novela, pura ficción literaria, que no encierra *decorados humanos*, ni plantea trascendentales problemas, ni revuelve los fangos sociales sistemáticamente, so pretexto de descubrir llagas, como si la vida se desarrollara únicamente entre las pestilentes emanaciones.

Se trata de dos almas nobles, que modestamente, a la sordina y con la mayor sencillez, han realizado una gran obra. Es el caso de exclamar, en latín y todo, para que la exclamación sea más altisonante: *¡Sursum corda!* Sí, respira, corazón, que diríamos vulgarizando la frase. En medio del escepticismo contemporáneo, aún se descubren de cuando en cuando personas que honran la especie y demuestran la existencia de bellezas ideales.

He aquí, sin más preámbulo, la historia heroica, sencilla, grande: Los esposos Welsing tenían cinco hijos el año 1902. Welsing era un pobre obrero que vivía de su jornal, no siempre seguro; su mujer trabajaba en una fábrica de licores, pero tuvo que abandonar el trabajo, cuando, creciendo la prole, exigió más asiduos cuidados.

El esposo tenía un amigo, el cual, abandonado por su mujer, murió en el hospital, dejando en el mayor desamparo a dos niñas, que contaban diez años una y ocho la otra.

Welsing acogió en su casa a las huerfanitas, con lo que vino a tener siete hijos en vez de cinco; pero la familia se vio luego aumentada con el nacimiento de otras dos criaturas del matrimonio, y los nueve se convirtieron a poco en once, porque murió un cuñado de Welsing dejando dos chiquitines en la miseria, y el generoso obrero los recogió también.

Reuníanse, pues, en la casa trece personas a quienes mantener, pero Welsing, lejos de lamentarse, proveía, animoso, a todo.

Mas amaneció un triste día en que la desgracia llamó a la puerta de aquel hogar, adonde nunca la caridad llamara en vano. Welsing se rompió una pierna trabajando y vióse reducido a la inmovilidad.

Entonces la pesada carga de aquella numerosa familia cayó sobre los hombros del hijo mayor, que aún no había cumplido los veinte años, y el mancebo, digno heredero de tal padre, aceptó y cumplió con satisfacción vivísima la tarea comenzada por el autor de sus días.

Sencillo en su grandeza, ¿no es verdad? Y sin embargo, los Welsing, padre e hijo son dos documentos humanos descubiertos en el gran archivo viviente de la Humanidad. Apresurémonos a creer, en honor de nuestros innumerables prójimos, que no serán únicos en el género.

Gocemos un instante pensando los que tenemos el gusto arcaico y malo de sentir con el corazón —que la filantropía modernizada no ha desterrado del todo la caridad, que la caridad es una virtud y que la virtud, para esparcir sus armas, no ha menester que vibren las ondas sonoras a impulso del bombo y los platillos.

Todavía hay más *documentos*; nacionales esta vez. *El Eco Complutense* da cuenta de otro hecho digno de loa: Antonio Bueno, soldado del 6º Depósito de Sementales, perdió por completo la piel de un brazo a consecuencia de no sé cuál enfermedad.

Mas *las ciencias adelantan que es una barbaridad*, según el consabido personaje de zarzuela, y la quirúrgica disponía de un medio de salvar el miembro desollado: *forrarlo de nuevo*, injertando piel en *buen uso*, ya que sin estrenar no era fácil adquirirla.

Pero el artículo, aunque de uso general, no se encuentra disponible siempre que se necesita, y los galenos encargados del injerto no sabían dónde buscar proveedor.

Porque es cosa sabida que despellejar al prójimo es agradable y corriente pasatiempo. ¿A quién no le han arrancado lindas bocas (y aún

bocas no lindas, resguardadas por peluda marquesina) las más dulces, sabrosas y recreativas tiras de pellejo? Pero ¡ay, amado Teótimo! Una cosa es quitar al prójimo el pellejo y otra darle tiras del propio, voluntaria, generosa y caritativamente.

Por algo y para algo estimamos tanto el pellejo los mortales.

Sin embargo, a despecho del terrible documento humano con que atestigüamos todo linaje de enormidades, media docena de mozos con la piel casi nueva, pues apenas la habían usado veinte años, ofrecieron a los quirúrgicos cuanta materia hiciera falta para *confeccionar* el forro.

Y según noticias, la dieron noble y desinteresadamente.

¡Qué dirá, si llega a saberlo, el archimillonario *yankee* que el pasado año aún ofrecía unos miles de *dollars* a quien le hiciera donación semejante?

Con frecuencia vemos entregados a los vientos de la publicidad y al aplauso de sus conciudadanos los nombres de personas que realizan un acto benéfico: el lector, en uso de innegable derecho, bate palmas en loor del donante, y quizá piense también, pasado el entusiasmo de la estación: ¡Caridad, vanidad, qué bien reinas!

Mas pensando luego piadosamente las pícaras suspicacias, recuerda que somos *frigilis* y asequibles al pecado, y considera que el bien queda hecho y el móvil reservado al Supremo Juicio.

En la ocasión presente es de justicia mencionar los nombres de esos seis soldados, señalando al público aplauda la noble y caritativa acción por ellos realizada sencillamente, modestamente, sin vista al bombo ni vanidosos objetivos; como se hacen las heroicidades: porque sí; porque el corazón engendra los alientos.

Helos aquí, pues: Aniceto Bercero Gómez, Florencio Escudero Díaz, Manuel Barbero Cabezas, Adolfo Jiménez Recio, Andrés Chaparro Díaz y Vicente González Blázquez. Según el referido periódico de Alcalá de

Henares, las tiras de pellejo han sido de cuatro centímetros de ancho por 15 de largo. Quizá hay error en cuanto al tamaño: pero ello en nada empequeñece el hecho. Y sería muy justo que el Ministro de la Guerra premiara, como fuera posible, la abnegación de esos nobles jóvenes.

¿No es verdad que resulta grato saber de vez en cuando que no han emigrado del todo la virtud y el sentimiento.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17177, 17 de febrero de 1907)

22. POESÍA DE REDEL. IMPRESIONES DE UN LECTOR

Ánimo se necesita para publicar un libro de versos en la época presente.

El libro, en general, tiene pocos entusiastas.

El amante de la lectura, especie rara en esta tierra de garbanzos, suele serlo hasta cierto punto.

Y este punto no está situado mucho más allá de la prensa periódica, que ofrece un poco de todo para templar la sed, en pequeñas dosis y en esencia.

En esencia, y en pequeñas dosis, cuando no se trata de politiqueo corriente y moliente; éste se suministra a cántaros, y siempre igual en los componentes, como los chismes y cuentos de vecindad.

¿El ostracismo de libro se debe a la pereza, a la negligencia, al indiferentismo, a la falta de paladar o la de dinero? No investiguemos la causa; el efecto es la escasa circulación de los libros.

Los de versos, singularmente inspiran un santo horror a provocan una sonrisa desdeñosa.

Un poeta es casi nada para el vulgo. Y si pertenece a la clase de los modestos, *ipso facto* se le declara cantidad negativa y se le disputa por

chiflado de remate o cursi de solemnidad, a quien eclipsarían los esplendores grandilocuentes de mi antiguo vecino D. Fandila, edil insigne, que decía *ajecto, reasumiendo y haiga*.

Es verdad que para don Fandila no es indispensable ser leído, ni casi, casi tener sentido común, y que el bardo necesita lastre intelectual y sustancia gris, si no ha de ser huero rimador y copletero insustancial; pero estas son garambainas.

Para muchos el poeta es como el ruiseñor, que a veces agrada con sus trinos, en ocasiones molesta y en la práctica no sirve para maldita de Dios la cosa.

¿Qué el vate siente hondo, piensa alto y encuentra forma bella de expresarlo, pintando de modo que lo vea el más miope el encanto de la vida sencilla, las dulzuras del hogar, la fiebre del patriotismo, las excelencias de la fe, las glorias que pasaron, las grandes figuras de la Historia? Palabras, hojarasca, adornos platerescos pasados de moda.

Y acaso tengan razón los que tal piensen.

La influencia del poeta se deja sentir en el pueblo cuando el pueblo lee, cuando el libro le atrae; si el libro es *uno más* en los escaparates ¡qué influencia ha de tener! La de la medicina que el paciente rechaza.

Y si el libro, relegado a la categoría de simple pasatiempo o al más completo abandono, es un objeto inútil, no hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación para comprender que el autor ha perdido el tiempo y que su libro y la del ave canora corren parejas.

En la capital de la vecina República hay un cementerio famoso, vagando por el cual he pensado muchas veces en nuestra amada nación.

Véase allí mausoleos más o menos lujosos y de concepción más o menos peregrina, considerados desde el punto de vista artístico, en lo que siempre se encuentran coronas, flores frescas y cuanto puede ofrecer de testimonio de que los vivos no olvidan a los muertos.



Enrique Redel

Aquellos mármoles guardan las cenizas de escritores que aún tienen *su público* y este público, renovándose con el transcurso de los años, patentiza con sus piadosas ofrendas que el autor no clamó en el desierto como la bíblica voz.

Allí se advierte la labor silenciosa del escritor que honradamente y con sinceridad produce, diciendo al público: *“ahí va el fruto de mis desvelos; si con él te hago un bien, por leve que sea, me consideraré dichoso.”*

En Francia, ya que de Francia hablo, perduran los nombre de Beranger, de Musset y de tantos como arrojaron a los vientos de la publicidad las lucubraciones de su ingenio, el fruto de su meditación. ¿Quién, fuera de un reducido círculo, recuerda aquí a Trueba, a Bécquer a Campoamor? ¿Qué mano piadosa de admirador entusiasta deposita flores en las sepulturas que guardan sus huesos?

En España se lee muy poco. Este pueblo meridional, impresionable en el que el libro imprimiría sus huellas fácilmente, se sustrae al influjo del libro.

Consecuencia de ello es ese olvido en que yacen los literatos que dejaron de existir.

Por eso califico de heroica, o poco menos, el rasgo de publicar un libro de poesías.

Pero Enrique Redel es un poeta que siente y experimenta la necesidad de cantar, pues como el mismo dice:

*Y todos esos altos sentimientos
reflejo de mi alma
estremecieron la dorada cuerda
de mi lira de plata.*

Si en estas cuartillas en vez de consignar lisa y llanamente impresiones de un lector, yo sintiera pujos de crítico de los que Dios me libre, tra-

duciría al español, una vez más, la frase que ha tomado nacionalidad entre nosotros y diría *Redel es un temperamento*.

El autor de la *Lira de plata* es poeta hasta la médula.

Entre el tomo primero de sus *Obras literarias* y el libro de referencia a mediado un considerable lapso de tiempo. La forma literaria de Redel ha cambiado mucho, el campo de sus conocimientos ha ensanchado considerablemente, su léxico es incomparablemente más rico y vigoroso y firme el concepto y valiente la expresión; pero en el fondo, el nervio que vibra, el alma que anima, es el sencillo corazón del propio Redel de antaño; la *lira de plata*, cuyas tres *cuerdas de oro*, de oro puro, al más leve contacto despiden los sonidos de *Patria, Fides, Amor*, hermoso acorde, digan lo que quieran los superhombres de la última hornada, que califican de antigualla el citado mote.

Redel es un poeta modesto que siente en español y lo dice con finura. Sirvan de muestra los cuatro primeros versos de su libro:

*¡Oh, libro humilde! Se cuán poco vales,
mi apasionado corazón ardiente
te engendró en su consorcio con la mente
en el modesto hogar de donde sales.*

Cuarteto que trae a la memoria análoga expresión de un clásico latino.

Quizá hoy que el modernismo hace mangas y capirotos del habla de Cervantes y las rancias ideas de nuestros mayores sufren no menos embestidas, cantar a la Fe, al Amor, a la Patria, y lo que es peor, cantar en castellano y con llaneza, provoque el humorismo de los que se sonríen de los peces de colores, aún siendo coloristas y casi peces; pero no creo que este riesgo asuste a Enrique Redel, pues tiempo ha tenido de meditarlo antes de echar por esos trigos de Dios.

Llaría de flores es la historia de un hogar, que seguramente les parecerá más rancia que las coplas de Caláinos y que el canto gregoriano a los anarquistas conyugales, partidarios de la intercambiabilidad de *costillas* y del amor libre de enojosas trabas.

Por mi parte, aunque soltero o quizá célibe he leído con deleite las intimidades del corazón de este poeta cristiano, en el que la fe y el amor son sólidos sustentáculos de la dicha descrita.

Dicha que no sirve de coraza contra el ajeno dolor, felicidad profundamente humana, mezcla de penas y venturas, que compadece al desdichado.

Redel siente la *poesía de las cosas*, paladea la dulzura de los recuerdos y estima en lo que vale el plácido amor de la familia.

*¡Recordar el hogar donde nacimos
Volver a los sueños de la infancia,
Recordar la madre que perdimos
y de la fe la celestial fragancia!
¡Oh, seres sin hogar, hojas caídas
de la vida en el árido sendero,
del borrascoso tiempo sacudidas
y halladas por el pie del pasajero!
¡Aves de la pobreza, cuyo canto
lastima de los hombres el oído!
¡¡Aunque os inunde de mi pena el llanto,
aquí en mi corazón tenéis un nido!*

Así dice en *El hogar* bella y sencilla poesía.

Redel es cristiano y tiene el valor y la fe de sus convicciones, apartándose en esto de la moda y de la *burlaferia*. Aunque vio la luz primera en la tierra de Góngora, huye, y hace bien, del gongorismo. Pinta lo que

quiere pintar, a menudo con fortuna, sin desbordarse en desagiies policromos que fatigan la vista, ni hacerle astillas los huesos al lenguaje a puro retorcerlo; la vieja paleta castellana, con sus infinitas combinaciones, le basta para encontrar siempre matices adecuados a la justa y clara expresión de sus ideas.

Posible es que los que nacimos en un hogar que los vientos de la vida barrieron como deshace el huracán un montón de hojas secas; los que en lo más hondo del pecho hemos erigido un altar para rendir culto a la madre, alma de aquel hogar, figura augusta y dulce; los que a través del agitado vivir y rudas vicisitudes recorreremos el mundo como aves de paso, siempre en extraña tierra, solos siempre, carentes de afecto puro, cuyo calor vivifique nuestro espíritu, los que hallamos consuelo abriendo a los ojos de la memoria el tabernáculo de los recuerdos iluminado por el perenne amor que los sustenta, descubramos en los versos de Redel mayor encanto del que verán otros mortales que sientan menos nostalgias o estén plétóricos de cariño.

El sentir plácido y tierno conmueve más mis fibras que el tumultuoso desencadenamiento de pasiones; los cuadros íntimos me deleitan más que los problemas fisiológicos rimados; *tonifican* mi moral, valga la frase, mejor que las especulaciones científicas metrificadas.

¿Me voy quedando antiguo? Bien podrá ser, más sea lo que sea, a mi sentir me atengo.

Las ideas se modifican; los sentimientos, no.

La Moda, deidad voluble y tornadiza, entronizó un día los monstruos ornamentales de la Edad Media, el abigarramiento del Churriguera, los peinados complicadísimos de los siglos XVII y XVIII, los semiesféricos guardainfantes de que tan fiel retrato nos legara el eximio Velázquez; todo ello, incurso en el ridículo, si al través de los años lo miramos, hoy nos mueve a risa. La sencilla indumentaria griega y romana, los no

menos sencillos tocados de hetairas y matronas, continúan siendo bellos, mal que les pese a Leonard y Cambrils, de tiempos cercanos; el ridículo de los *démodé* no ha podido caer sobre ellos, ni aún después de exhibirlos con música de Offembach. La arquitectura del Parthenón, nada ha perdido de su belleza soberana, y, solemne en sus augustas líneas, ni aún se digna bosquejar una sonrisa de lástima ante las aberraciones que de la enfermiza imaginación de un pintor escenógrafo han trasladado sus epilépticas contusiones a la edificación urbana.

Tal es el efímero reinado de la moda, cuando la moda sólo busca en el apartamiento de lo natural, creando experiencia vistosa, más emparentada con el delirio que con el genio. Por eso, al enrevesado modernismo arquitectónico y literario prefiero las líneas clásicas, que seducen sin producir vértigos, y el lenguaje claro y expresivo que empleamos para entendernos, sin sacar de madre y de quicio la rica habla castellana. Por eso, de *La Lira de Plata*, de Redel, no quedará solamente, cuando la moda pase, un fárrago ininteligible de palabras rimbombantes y sonoras y de endiablados conceptos, más inextricables que los que tanto agradan a Don Quijote; quedará el sello de un temperamento, los bosquejos bien vistos y sentidos de tipos y costumbres de su tiempo, y, en el fondo, una lectura sana y moral.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17299, 21 de junio de 1907)

23. PLAYAS Y BAÑOS (Desde Mahón)

Aquí, entre otras ventajas, tenemos la de no saber casi lo que ocurre al otro lado del mar que nos rodea.

Gracias a la poca comunicación con el Continente, las noticias llegan a Mahón con retraso y por alambique.



Mahón. Panorama del puerto. ABC, 11-11-1927

La *hermana mayor*, como llaman a Mallorca los menorquines, disfruta de varias líneas de vapores que la unen con diferentes puertos del archipiélago, de la península y del extranjero, y dentro de poco tendrá una más diaria; además tiene doble cable submarino. Menorca se comunica con Barcelona dos veces por semana, una con Palma y posee un solo cable. En el invierno estamos días y días incomunicados, porque así lo disponen los temporales. La balear menor es una especie de Cendillon, Cenerentola o Cenicienta, dicho sea el manoseado nombre en tres idiomas, para que el lector escoja el que le plazca más.

No he de meterme en la peliaguda labor de investigar la causa de tal preterición, porque claro es que el examen no había de resultar a gusto de todos y soy enemigo de provocar protestas; pero consigno el caso, que es evidente, y sigo adelante.

El no tener periódicos diariamente hace que poco a poco se vaya uno acostumbrando a no leerlos y acabe por no saber más noticias que las suministradas por el *DIARIO* y las que buenamente oye de labios de los amigos.

Debido a esto no puedo hablar de Casablanca, tema de actualidad, pues acerca de esto no sé más que lo que en los círculos militares de aquí se dice. ¡Ah! También sé por el *DIARIO* que ha ido a encargarse del Consulado de España en aquella ciudad, mi buen amigo y antiguo compañero de redacción en un diario madrileño de la mañana, Camilo Bargiela, que hace unos tres años dejó el mencionado periódico para ir de cónsul a no recuerdo qué punto de Filipinas.

Bargiela es un *chico* pródigamente dotado de nariz y de bigotes, si que también de entendimiento; hombre muy culto, además, seguramente saldrá airoso de la misión que le ha sido encomendada y que no es nada fácil, ni cómoda en las presentes circunstancias. Observador, genial a veces y humorista a ratos, el excelente *Sataniello* tendrá en su nuevo cargo ocasiones de actuar, en sus adentros, de *pequeño filósofo*, en vista de los casos y cosas que ante sus ojos ocurran y acontezcan. Mi enhorabuena, pues, al amigo Bargiela, a quien deseo salud y suerte.

Y tornemos a Mahón.

La estación presente anima al puerto, solitario el resto del año. Este puerto, abrigadísimo, amplio y profundo, mide una legua de extensión desde la boca al extremo opuesto y tiene capacidades y braceaje suficientes para admitir toda clase de buques, desde los mayores acorazados.

Sus obras hidráulicas son numerosas; sus muelles miden cinco kilómetros de longitud; su Lazareto, sólida y enorme construcción de sillería, es el primero de España. Y no obstante, el puerto está casi desierto.

La marina de esta isla fue importantísima y llegó a contar, hace ochenta años, los siguientes buques: Diez fragatas; cincuenta y ocho bergantines; dieciocho polacas; cinco goletas; nueve bombardas y balandras; quince jabeques, y treinta y dos barcos menores, que forman un total de ciento cuarenta y siete buques. El personal para sus dotaciones lo componían ciento sesenta y dos patrones y capitanes; noventa y dos pilotos;

cincuenta y tres pilotines; mil doscientos dieciocho marineros, y doscientos ochenta y seis hombres de maestranza; es decir, mil ochocientos once hombres de mar.

Tan nutrido estado, del año 1821, quedó reducido a fines de 1884, según datos que he visto, a un bergantín-goleta, dieciséis pailebotes; tres balandras; un jabeque, y once laúdes: treinta y cuatro barcos en junto.

Pues bien: el período de decadencia no ha terminado y, como consecuencia, este hermoso y abrigado puerto siempre está casi desierto. Mas llega la estación de los calores, y a lo largo de los muelles de Levante surgen las casetas de baños; las de piedra, emplazadas enfrente, en la costa norte, abren sus puertas, y los bañistas animan y pueblan aquellas soledades carentes de buques casi por completo.

Aquí no hay playas sino a trechos distantes unos de otros y reducidísimas, ásperas y muy inclinadas. La piscina de cada caseta tiene un fondo artificial de piedra y un palmo más allá del borde de este fondo, el bañista encuentra, por lo menos, quince metros de profundidad. Esto, si por una parte es incómodo para los no nadadores, por otra es delicioso para los que nadan, pues pueden entregarse al higiénico ejercicio sin miedo a tocar fondo ni a recibir golpes ni pinchazos en las piernas.

Cada balneario tiene, como máximo, siete casetas, y en ninguno hay baño general; lo que hace que sea relativamente corto el número de personas que se bañan a un mismo tiempo, y esto quita animación, y lo que es peor, impone la necesidad de aguardar turno para obtener caseta.

De todos modos, los muelles están muy concurridos desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche, constituyendo un paseo *de hecho* y fuera de programa; pues en programa y de derecho indiscutible y en vano atacado, no hay más paseo que el de Isabel II, vulgarmente llamado la Explanada.

A él acude todo Mahón los jueves y domingos, días en que toca una banda militar, y necesario es convenir en que el bello sexo, con sus trajes vaporosos de colores claros y los lindos palmitos que los del feo admiramos sincera y no siempre silenciosamente, constituyen una película cinematográfica viviente y real, atrayente y seductora como ella solo a la luz de los focos eléctricos y aún a la del sol, que tanto temen ciertas bellezas de salón, especie de plantas de estufa.

La falta de playa amplia y suave quita encantos a los baños, por los animados y pintorescos cuadros que la playa ofrece, como ocurre en Valencia, San Sebastián, el Sardinero y otros puntos, pero en cambio el baño resulta muy limpio y cómodo.

Además, aquí no existe la costumbre de formar tertulias en el terrado del balneario y convertirlo en punto de reunión, como se hace en las playas de moda y en otras que, sin ser de moda, atraen muchos bañistas; se va seriamente a tomar el baño, se aguarda el turno, con resignación, y enseguida a casita, con la prisa de quien ha cumplido su misión y torna a los lares.

Tal sistema es causa de que el balneario no ofrezca atractivo y, en cambio, haga molesto el inconveniente de la espera; circunstancias que nos han decidido, a unos cuantos amigos, a abandonar las casetas, serias y circunspectas, y utilizar nuestro bote para bañarnos en medio del puerto, en el punto que nos parece.

Un hombre de mar ha tenido la feliz ocurrencia de apuntar la idea de que corremos peligro de sufrir la no grata dentellada de algún tiburón voraz y mal educado; y aunque el caso es poco probable, el aviso ha introducido sus *miajas* de recelos en la alegre compañía y no falta quien declare rotundamente que no sumergirá a su interesante persona en donde haya más de un metro de agua, aunque lo aspen, porque quiere conservar íntegros sus remos. En cambio hay quien, temiendo a las púas

de los erizos, a los mordiscos de los cangrejos y a los tentáculos de los pulpos, quisiera bañarse en alta mar.

Como también tenemos la suerte de poseer una foca en el puerto, ejemplar único, que vive cómoda y tranquilamente, sin meterse con nadie, se ha discutido si es un becerro marino auténtico o un feroz lobo de mar que aguarda ocasión de engullirse un trozo de bañista crudo; pues no nos hemos puesto de acuerdo. Mi buen amigo Diego Delmás, que no ha logrado ver al anfibio en dos años que lleva cruzando el puerto de extremo a extremo, casi a diario, cree que no es foca, sino *canard*; pero Ernesto Pons, y con él otros compañeros que le han contemplado con sus propios ojos, aseguran que es un hermoso y rollizo ejemplar venido en suave éxodo de los mares del norte, con el exclusivo objeto de gozar de la apacible calma de este puerto. Yo no lo he visto, a pesar de lo mucho que he navegado por las aguas que frecuenta; pero no lo lamento como Delmás ni pongo en duda su plácida existencia.

Ello es que así vamos pasando el verano y sufriendo el calor, que arrecia hasta llegar a la famosa temperatura del frito.

A amenizar la temporada han coadyuvado las festividades de San Juan y San Pedro con el tradicional paseo en la Alameda y las no menos tradicionales cucañas de mar, que ya describí el año pasado, así como la fiesta de San Jaime, en Villa-Carlos, y sus históricas y originales carreras de caballos. En estos días se celebran fiestas también en Alayoz, pero el calor y la pereza, dos cosas muy veraniegas, me quitan todo deseo de concurrir a tales fiestas, y, por lo tanto, no puedo hablar de ellas.

Sin la brisa, que de cuando en cuando se deja sentir, aquí nos asfixiaríamos; pero afortunadamente, ese sopló bienhechor hace muy soportable la temperatura.

Cuando sentado ante mi mesa de trabajo, cerradas las persianas para defender la habitación de los rayos solares, emborrono las cotidianas

cuartillas y sudo copiosamente, a pesar de encontrarme todo lo ligero de ropa que las circunstancias me permiten, no puedo menos de visitar con el pensamiento la redacción del *DIARIO*, de grata memoria para mí.

Allí no llegan las consoladoras brisas del mar, húmedas y frescas; allí no ensancha los pulmones el olorillo marino que aquí acaricia nuestra membrana pituitaria; allí no es posible permitirse ciertas libertades tocante a indumentaria; pero allí aprieta el calor tanto como aquí, y la labor exige que no se levante mano, y se suda gota a gota, o a chorros, sobre las albas cuartillas, que la mano, llevando nerviosamente la pluma, va cubriendo de renglones. Así se redactan sueltos dando cuenta del calor, como uno que recientemente he leído, y que, entre líneas, era todo un poema digno de un Jeremías humorista que escribiera metido en un horno.

A través de aquellos renglones veía yo una cabeza calva y rubia bañada en sudor; una cara colorada, cuya boca resoplaba, y unos ojuelos azules, vivos y picarescos, que seguían, mirando por los cristales de unos lentes, la escritura alta, desigual, nerviosa y enrevesada que la pluma iba trazando. Las tres o cuatro puertas del salón estaban abiertas; el bienhechor botijo de La Rambla, por no ser menos que el redactor aludido y que los otros, sudaba también, colocado en su ventilado puesto; pero ni el más leve soplo de aire pasaba, a pesar de las invitaciones, por las abiertas puertas y ventanas. Sólo Serafín, que nada tiene de *fresco*, entraba de vez en cuando a aumentar el martirio pidiendo original.

Yo, entre tanto, escribía cuartillas, sintiendo, más que el calor, la nostalgia de mi Córdoba querida y el deseo vehemente de verme, aunque fuera por pocos días, en la calle de Letrados.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17358, 20 de agosto de 1907)

24. ¡SI ME CAYERAN...!

Los puntos suspensivos del epígrafe representan la cantidad que aspira a poseer el jugador de lotería; el cual, en la época presente, discurre casi feliz por el paraíso de la esperanza.

De la dulce esperanza que mi querido colega *Calvo Rubio* ponía en solfa con tanto gracejo, no ha muchos días, en estas columnas.

Los ambiciosos usan el verbo en singular: *si me cayera*, dicen, con el pensamiento puesto en el *gordo*.

Los menos codiciosos lo emplean en plural, acompañando la cifra con un cariñoso diminutivo; *duritos o pesetillas*, que sale de sus labios con suavidad de ósculo amoroso.

Prescindamos de las aspiraciones justificadas y no mentemos las justas; éstas porque, por serlo, llevan en sí el visto bueno de las Themis y Astreas más descontentadizas; aquellas por ser naturales, de toda naturalidad.

Y descartados ambos géneros, todavía nos encontramos con un número de solicitudes fantástico, asombroso por su abundancia.

Más son los necesitados que los holgados: pero no todos los necesitados solicitan el desmenuzamiento del gordo en su beneficio, ni todos los holgados dejan de fomentar con su óbolo la providencial caja de ahorros que algunos austeros catones califican de *gran timba nacional*.

Y, sin embargo, la caza a la participación y el agotarse los billetes demuestran que hay legiones de jugadores más numerosas que los ejércitos de Xerges y de Semíramis reunidos.

Si del mismo modo que Asmodeo levantaba las coberteras de las casas pudiéramos levantar las que ocultan los cerebros de los supradichos aspirantes, aprenderíamos cosas muy curiosas, sufriríamos desencantos y tendríamos no pocas sorpresas.

Nada nos enseñarían los que padecen de inopia ni los perseguidos por los *ingleses* o por el Fisco, que en ocasiones es tan británico como si hubiera nacido en el riñón del Wapping; van impulsados por la necesidad de vivir, otros por la de pagar, para seguir viviendo en relativa paz, y todos anhelan, harto justificadamente, dinero para salir de apuros.

Mas hay muchos, muchísimos perseguidores del áureo talego, que no son *pobres diablos*, como diría un traductor al uso, sino devotos del bíblico becerro; no recuerdan aquello de *altis plerunque adjacent abrupta*, o no pueden recordarlo porque no lo saben, o si lo saben y lo recuerdan, se encogen de hombros y sonríen, repitiendo con Blasco: que siempre ha sido el dinero *qui tolis peccata mundi*, aunque el Evangelio afirme precisamente lo contrario.

Y estos ansiosos de oro nos enseñarían más, si leyéramos en sus almas, que moralistas y filósofos, sociólogos y criminalistas de todas las edades.

¡Serían de ver los proyectos, programas, comedias, dramas y sainetes, que al calor del *sueño dorado*, a que alude mi amigo *Calvo Rubio*, germinan y se desarrollan, torturando los cerebros atacados de *gordomanía*!

Los históricos placeres de Capua *serían una cafetera rusa*, según el *pintoresco* lenguaje de nuestra gloriosa chulería, comparados con los que para su regalo se procurarían algunos de los aspirantes a ricos de golpe y porrazo, si su sueño dorado se realizara; la soberbia del propio Belfégoz, que en su calidad de archidiablo mayor debe de tenerla a altas presiones, resultaría humildad eremítica al lado de la que inflaría a ciertos premiados; otros traducirían en manjares sus ansias, eclipsando tres veces por el día el derroche culinario de las bodas de Camacho; aquellos desplegarían tal magnificencia, que el fastuoso Duque de Osuna, redivivo, quedaría deslumbrado. Quien sueña con briosos corceles que arrastren un coche reluciente, cuyas ruedas salpiquen de lodo a los transeúntes; quién con un automóvil que le lleve en vertiginosa carrera reventando

miseros peatones y agitando con su rápido desplazamiento no sólo el aire atmosférico, sino los aires de la envidia...

Lo más humano de la humanidad se esponja en perspectiva de la dorada esperanza, como por ley física se dilata el más prosaico cuerpo sometido a la acción del calor; si ciertas quimeras se realizaran, el estallido de los desfavorecidos sería inevitable y su fortuna se trocaría en desgracia.

Hay mucha gente que no se cree mala ni de tal podríamos calificarla, y que, no obstante, no concibe el propio goce sin un tantico de mortificación del vecino; para muchos el coche, por ejemplo, no es lisa y llanamente un medio cómodo de recorrer distancias más de prisa que *pedibus caleantis*; es, ante todo, un artefacto que eleva a su dueño algunos centímetros sobre el nivel del vulgo pedestre que un cuadrúpedo de carga o de tiro y más vulgar que la plebe misma; y después, el coche representa una forma de *achicar* al viandante modesto que no dispone de más medio de locomoción que el recomendado por el seráfico San Francisco.

Hasta en la necesidad de expansión que la satisfacción del deseo impone, existe a menudo el ansia, inconsciente a veces, de mortificar al amigo elegido por confidente, como si le dijéramos: *escucha la narración de mi dicha; envíame y rabia*.

Oyendo ciertos relatos, viendo ostentar triunfos, de cualquier orden, y exhibir determinadas cosas, me he preguntado más de una vez: ¿El placer que a este hombre le procura la satisfacción del deseo o del capricho es debido al logro en sí o al goce que le produce refregárselo por las narices a deudos y allegados? Y, lo declaro francamente, me inclino atribuirlo a lo segundo, sin excluir en absoluto lo primero.

Venganzas más o menos nobles o ruines, triunfos clamorosos o secretos, vida regalona y libertinaje sin diques ni barreras, de todo encierra el ventrudo saco de los millones loteriles acariciado por los dorados sueños de la muchedumbre jugadora; y para que nada falte, complázcome en

pensar que espíritus elevados planean montepíos, benéficas fundaciones, jalones del algo grande que, creciendo en el tiempo, como los dos reales de don Francisco Piquer, sirve de escollera donde rugientes se estrellen las olas de la miseria que embrutece, que pervierte, que degenera, que envilece, que aniquila.

Muy pronto los famosos bombos de la Casa de la Moneda vomitarían los esperados números, ante la apiñada muchedumbre, que ávida escucha la voz infantil de los niños hospicianos que los *cantan*; muy pronto el desencanto deshará como bolas de jabón dorados ensueños, quiméricas grandezas, locos proyectos, esperanzas de redención o de vida tranquila llevada en paz y en gracia de Dios. A la animación del que espera le sucederá el abatimiento del desengaño para los desafortunados, la alegría para los favorecidos.

¿Quién sabe si el que hoy vive en paz consigo propio, sobrellevando honradamente humilde existencia, sucumbirá mañana asesinado por la felicidad que buscara solicitando los favores de la tornadiza diosa? ¿Quién adivina el bien y el mal que sembrarán a su paso los millones de la lotería? ¡Si, a pesar de todo, me cayera!...

Pero no me caerá.

Porque pertenezco al escaso números de los que no juegan.

(*"Diario de Córdoba"*, número 17473, 15 de diciembre de 1907)

25. AMOR A LOS NIÑOS Y A LA NATURALEZA (Desde Mahón)

Estamos en el período de las fiestas patrióticas. Mahón se ha engalanado para celebrar el Centenario glorioso de aquellos días memorables en que el Alcalde de Móstoles hizo oír sus castellanas palabras al César corso.

El cielo, como deseoso de no desentonar en el cuadro, se ha mantenido límpido; el sol, coruscante; el mar latino que acaricia las rocosas costas menorquinas ostenta el hermoso, el incomparable azul, que sólo se ve en el histórico Mediterráneo.

No intento *cronicar*, como diría uno de los modernísimos reformadores de la vieja habla, los festejos mahoneses; no describiré, pues, la encerroña que en el Circo de Colón divirtió ayer tarde a numerosos invitados, aunque merece los honores de una revista *genial y espiritual*, que decimos los galiparlistas; resultó amenísima, tuvo los más variados percanes, y los cinco becerros destinados al sacrificio murieron a estoque y a cara a cara, sin extraño auxilio, que es todo lo que podía pedirse a los improvisados matadores.

Los distinguidos jóvenes organizadores de la fiesta, militares casi todos, no han perdido ripio; han hecho cuanto se puede hacer en una corrida; desde la mojiganga, con una serenidad que envidiarían los profesionales portugueses, hasta el salto de la garrocha y el de los famosos *écarteur* franceses, de pitón a rabo; un *Don Tancredo*, que no lo hubiera sido más propio, por la inmovilidad, el auténtico *Rey del Valor*, y, para que nada faltase, un simpático oficial de ingenieros toreó en un cesto, suerte que yo no había visto desde mi infancia... ¡Y ya han pasado años, Dios mío!

Aquí no gustan los toros, como no sea *traducidos* a *beefsteacks*, y la llamada fiesta nacional cuenta con enemigos declarados.

Recuerdo que, un par de años ha, los artilleros incluyeron en el programa de sus fiestas a Santa Bárbara la lidia de dos toretes, y el bosquejo de corrida se verificó en la fortaleza de Isabel II.

Pues bien: con tan inocente motivo, un periódico político, republicano, si no yerro, requirió la trompeta apocalíptica y exclamó indignado: ¡Profanación! Creo que antes de ese nefasto día ningún descendiente de

Apis había regado con su sangre generosa la *candente arena*, y me parece natural que los taurófobos, cuya opinión es para mí respetabilísima, no encontraran de su agrado el espectáculo y aún sintieran cierto purrito ocasionado por el temor de que la fiesta pudiera aclimatarse; pero entre un razonable disgusto y la *profanación*, francamente, media un abismo.

Por lo demás, pueden vivir tranquilos en cuanto al toreo, pues es muy difícil que la afición nazca y prospere, a pesar de las encerronas y del deseo del elemento peninsular que las organiza: el público *no entra en la obra*; sus gustos y aficiones le llevan por otros derroteros; yo no los censuro ni los aplaudo; creo que hacen bien, aunque me gusta la clásica fiesta por lo que tiene de hermoso, y no me dedico a votar en contra.

Hermoso también... no, no es esta la palabra; conmovedor me pareció otro cuadro que vi ayer por la mañana: cuando aún vibraban las alegres notas de la diana que una banda de música lanzaba al viento recorriendo las calles de la ciudad, llegaron hasta mí confusos ecos de voces infantiles que, al parecer, entonaban un coro. Impulsado por la curiosidad salí de casa. En la plaza de la Constitución, ante las Casas Consistoriales y rodeados de numeroso público, los niños de las escuelas cantaban himnos patrióticos. En la escalera de piedra que conduce al peristilo del palacio municipal y en los balcones de éste, apiñábase una multitud compuesta de niñas y de pequeñuelos que escuchaban con religiosa atención y aplaudían entusiasmados al final de cada estrofa.

Las expresiones de amor a la madre patria, de honor nacional, de respeto y entusiasmo por la bandera, cantadas por aquellas voces, pronunciadas por aquellos puros labios y aplaudidas por centenares de tiernas manecitas, llegaban hasta mi corazón y hacían humedecerse mis pupilas. Los hombres de mañana cantando a la patria, madre común, y a la paz como supremo bien; ensalzando al soldado, sostén y defensa del lábaro que la simboliza y arrancando aplausos a las futuras madres, era algo

muy dulce, algo muy bello: la esperanza –quimérica ¡ay de mí!– de que esas ideas sembradas en corazones que se están formando fructifiquen lozanas, cultivadas por las nuevas generaciones que han de sucedernos.

Alguien quizá, más fuerte o más despreocupado que yo, califique de cursi *sensiblería* mi emoción; no he de meterme en analizar si es bueno o malo sentir y pensar como pienso y siento tocante a este punto: consigno franca y sinceramente el caso, y ríase el fuerte en buena hora, que ello no modificará mi idiosincrasia ni hará salir el rubor a mis mejillas.

Un francés eminente, cuyo nombre no me permite citar mi rebelde memoria, no formaba la mejor opinión de los que no eran amantes de los niños y de las flores ¡qué mal pensaría de este país, donde tan poco cuidamos la infancia y la flora!

Es preciso carecer de vista y de olfato –y hasta de sentimientos y de nociones de higiene– para mirar con indiferencia las flores y las plantas en general; para mirar a los niños con el cariño y la atención que merecen, forzoso es estar desprovisto de alma y de cerebro, o cuando menos de sentido común.

Si la agricultura nos facilita medios de utilizar los vegetales para los fines que se desea; si es fuente de riqueza y nadie niega su importancia en la vida nacional ¿qué razón hay para que la puericultura no atraiga la atención?

Los niños de hoy son los hombres de mañana; ellos formarán las *masas populares*, los gremios, la clase media, las clases directoras, cuanto anima y da impulso, vida, honra y prosperidad a un pueblo: de su educación, de los sentimientos que ella desarrolle, de las ideas que le inculque, dependen la grandeza o la decadencia de la nación. Una labor constante y progresiva, labor de cada día, de cada hora, de cada

minuto; una labor que no cese en el hogar en la escuela y que el legislador la auxilie y allane es el único medio eficaz de redimir a un pueblo que en sueño suicida duerme al calor de pasadas glorias.

Mientras estas corrientes salvadoras se encauzan o no se encauzan; mientras los hombres de mañana llegan a serlo, yo los contemplo con gusto desde mi ventana correr y triscar ajenos a las miserias de los hombres de hoy, reír a carcajadas y reunirse en capítulo, bajo el arco fronterizo, para resolver alguna importante cuestión de sus juegos. Les miro con cariño, y los gritos con que se me aturden en tanto que afanoso escribo cuartillas y cuartillas, me molestan menos, muchísimos menos, pueden creerlo los chiquillos de mi barrio, que los serios discursos de *sesudos homes*, tan jarifos y ataviados con las más vistosas galas retóricas, como desnudos de fe y de convicción profunda. Aquellos son traviesos y enredadores, como exige la madre Naturaleza para que se desarrollen; pasan del llanto a la risa y viceversa, bruscamente, como sucede cuando las causas determinantes no dejan huella perdurable. Sus travesuras me encantan, sus lágrimas me apenan, sus carcajadas me regocijan y su dicha refleja en mi corazón. Creo en ellos, que no engañan como los hombres ni como estos forjan a la sombra la traición y el dolo...

3 MAYO.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17617, 10 de abril de 1908)

26. LEYENDO A PEDRO DE LARA

—Venga usted sobre cubierta.

—No puedo.

—¿Tan interesante es ese libro que lee usted?

—Mucho: es un tomo de versos de mi amigo, tocayo y paisano Pedro de

Lara, poeta sin trampa ni cartón, que escribe en castellano; aunque esto parezca raro en la época de modernismo que padecemos.

—Bien, pero los versos de Lara dirán lo mismo ahora que luego, y el espectáculo de que sobre cubierta gozará usted desaparecerá pronto. *El Cabañal* ha largado las amarras y avanza lento y majestuoso por las sombrías calles de la ciudad flotante que se mece blandamente en el puerto de Barcelona. La escuadra inglesa, fondeada en el antepuerto, enfoca con sus potentes reflectores el Tibidabo, donde en estos momentos banquetean las autoridades de la ciudad Condal y los marinos británicos; y el Tibidabo le corresponde enviando a los formidables acorazados amistosos saludos con los haces luminosos de su reflector. Numerosas embarcaciones surcan las negras aguas yendo y viniendo a la flota y señalando su presencia con los faroles rojos y verdes. Centenares de personas se agrupan en el muelle de la Paz para ver el ir y venir de los ingleses, y en el fondo brillan las luces de Barcelona, dando al cuadro un aspecto fantástico. Las sombras van absorbiendo poco a poco los detalles de este cuadro que dentro de algunos minutos se borrará por completo en la lejanía del horizonte...

—Tiene usted razón; es muy bonito, muy interesante; pero quiero aprovechar los días de quietud y calma que la navegación me ofrece para acabar de leer este libro que aquí tengo y escribir media docena de cuartillas.

—¿Es de reciente publicación?

—¡Ay, no, amigo mío! Es añejo por el tiempo, aunque fresco por el texto; hay textos que no envejecen.

—Entonces va usted a hablar de él, cuando casi ha pasado a la historia.

—¿Qué remedio? Hace quince meses que trabajo sin levantar mano en dos obras que debía terminar en plazo fijo; acabo de entregar la segunda al editor y de encargarme de otros, que me ocupará hasta fin de año, a

la que no puedo robar, sin caer en falta, ni una hora de los cuatro meses que faltan; y para descansar; para distraer el ánimo, voy a recorrer rápidamente, en quince días –el editor no me deja ni uno más– Barcelona, Tarragona, Valencia, Alicante y Palma de Mallorca; total: siete días de navegación y los ocho restantes para visitar las cinco poblaciones. En estos siete días leeré lo que me queda por ver de este libro y emborronaré unas cuartillas. ¿Qué es tardío? Eso depende del modo de ver.

–Hombre, la actualidad...

–No hay actualidad que valga, cuando se trata de obras como *Cantos de un poeta*. Son muchos los versificadores, los poetas pocos. Entre estos ha entrado la epidemia del modernismo con sus variadas manifestaciones. De muchas plumas pecadoras sale el idioma tan descoyuntado, retorcido, y *quintessendiado*, que no hay forma de entenderlo; tópose a la mejor con conceptos tan enrevesados, que *la razón de la sinrazón*, etc. , resulta a su lado de claridad meridiana; los asuntos, persiguiendo la originalidad en los cotos de la extravagancia o despreciando lo natural, lo lógico, lo propio y peculiar de la humanidad, son ñoñas utopías o absurdas incoherencias, cuando no una tontería sin sentido común.

De todas estas irrupciones de dislates y desatinos queda siempre algo en beneficio de la literatura y de la lengua. Ellas son quienes las remozan y enriquecen; pero mientras la borrasca dura y unos se entusiasman por amor a lo nuevo o por la facilidad de escribir sin trabas, y otros se indignan apegados a lo antiguo o en nombre de las bellas letras y del sentido común, no falta quien, como Pedro de Lara, se muestra artista culto, enamorado de cuanto es bello y noble, y cante con lisura y llaneza, en buen castellano, sus emociones, sus sentimientos, sus ideas de poeta.

Pedro de Lara es un escritor elegante que no busca en las ampulósidades oropeles para engalanar la idea: pensamientos delicados, bellas imágenes, sentimientos hondos que hacen vibrar dulcemente las cuerdas

del corazón, he aquí lo que anima sus versos, versos sonoros, cincelados, y que no por ello dejan de ser naturales y sencillos, como deben brotar del cerebro de un poeta que nació artista.

No puedo leerle a usted todo lo que me gusta el libro, porque necesitaría leer, una tras otra, las doscientas once páginas de que consta; pero cedo a la tentación de hacerle escuchar cualquier cosa elegida al acaso; por ejemplo, este cuarteto del soneto *Sacrificio*, en que el vate lamenta tener que quemar ciertas cartas:

*¡Convertir en cenizas y humo vano
Aquellas escrituras amorosas
Donde tan bellas y sentidas cosas
Dictó su pecho y trasladó su mano!*

—¿Qué tal, le gusta a usted?

—Ya lo creo; no es posible expresar la idea con más naturalidad, ni en prosa. Y sin embargo, tal sencillez no quita poesía al pensamiento, ni amargura a la lamentación, ni elegancia a la forma: antes por el contrario, hace más penetrante, más sensible la idea y el sentimiento que la da vida.

—Pues el terceto final es, *secundum artem*, superior al cuarteto que ha oído usted. Dice así:

*¡Recuerdos de su amor, letras sagradas
Ya fuisteis por el fuego consumidas
Y no seréis por nadie profanadas!*

—Tiene usted razón, así concibo al poeta; hablando al corazón en lenguaje digno de él, y por lo tanto, espontáneo.

—Pues precisamente porque Pedro de Lara es un poeta, como usted y yo lo entendemos, y con nosotros una mayoría inmensa, he dicho que tratándose de él no hay actualidad que valga. A raíz de la publicación de un libro como *Cantos de un poeta*, pasado un trimestre y al cabo de un año, siempre será ocasión de aplaudir al autor que nos procura un rato de agradable lectura y sabe preservar su musa del contagio.

Mucho le gustará a usted también el *Prólogo*, obra de otro amigo y paisano mío, de Enrique Redel, que hace un estudio notable de Lara como literato, y que es trabajo digno de libro que avalora.

Los siete versos que ha oído usted le darán idea de lo que el libro es, si para muestra basta un botón; el *Prólogo* le hará saber quién es Pedro de Lara, pues Redel narra y analiza en esas páginas, con la sinceridad y honradez que le caracterizan, cuanto es pertinente al caso.

—Por esta vez, amigo mío, no me basta el botón de muestra, que sólo ha servido para abrirme el apetito; si usted me lo permite, me llevaré el libro para saborearlo a mis anchas. ¿Qué piensa usted decir de él?

—No lo sé, en verdad; plumas más autorizadas que la mía, empezando por la del prologuista, han dicho ya todo lo que venía al caso y no sería prudente repetir lo que otros escribieron mejor. Por otra parte, ni es mi ánimo lanzarme al escabroso terreno de la crítica, que no me place, ni un viaje como el que hago me dejaría lugar para engolfarme en tales especulaciones. No olvida usted que me tomo quince días de solaz —un día justo por cada mes de trabajo— con intención de descansar y prepararme a una labor que no me dejará reposo en lo que queda de año; que quiero ver, aunque sea muy a la ligera, a Tarragona, Alicante, Valencia y Palma... Pero quiero también enviar mi modesto aplauso a mi tocayo, decirle que he pasado ratos agradabilísimos leyendo sus *Cantos*, y recomendarle muy encarecidamente que no cuelgue la lira; porque, por muchas razones, no le conviene a la literatura patria que enmudezcan los Pedro de Lara.

Esto y algo más quiero decirle. Y en tanto que usted se deleita leyendo a mi amigo y paisano, yo voy a pasear sobre cubierta, esperando que el movimiento, la fresca brisa, el rumor de las olas y el silencio de la noche me ayuden a encontrar la forma adecuada de decir todo eso.

A bordo del *Cabañal*, 12 agosto.

(“*Diario de Córdoba*”, número 17732, 4 de septiembre de 1908)

27. BLASFEMOS Y VERDUGOS

Al ver el epígrafe no crea el pío lector que va a codearse, al través de estos renglones, con los pseudoblasfemos conocidos en la jerga policíaca con la denominación de *quincenarios*; los blasfemos de que se trata son los auténticos, los que, con escándalo de toda persona honrada, blasfeman públicamente; aquellos para quienes fueron creadas las famosas *quincenas* que usufructúan los *sospechosos*, los que, merced a su habilidad y agilidad, escapan a la sanción penal, cayendo de bruces en la a veces arbitraria quincena.

La blasfemia se ha generalizado. La blasfemia es hoy, en el discurso, algo como la salsa en el guisado, como el condimento en el manjar.

Ya no se lanza sólo en momentos en que, exaltado por la cólera, el hombre se perturba y desciende al nivel del bruto, ahora se intercala en la oración suavemente, *naturalmente*, a guisa de inocente interjección, para dar colorido a la frase.

Mozalbetes a quienes aún no apunta el bozo, pretenden hombrearse blasfemando. ¡Qué deplorable efecto produce la blasfemia en los labios infantiles! ¡Causa miedo considerar cuál deber ser el sentido moral de la generación venidera, si los niños continúan educándose con semejante lenguaje!

Como no hay efecto sin causa, la del lenguaje soez es necesariamente el deplorable abandono en que la juventud se cría y en que quizá se criaron sus padres.

Obsérvase, sin embargo, un contraste significativo, digno de ser tenido en cuenta para fines regeneradores: oís en la calle a un carretero –pongo por malhablado– el cual, con ocasión de haberse caído la mula de varas, echa por su boca un caño de palabras soeces, capaces de ruborizar a un guardacantón, e interpoladas con *escogidas* blasfemias que sacarían de quicio al propio pacientísimo Job.

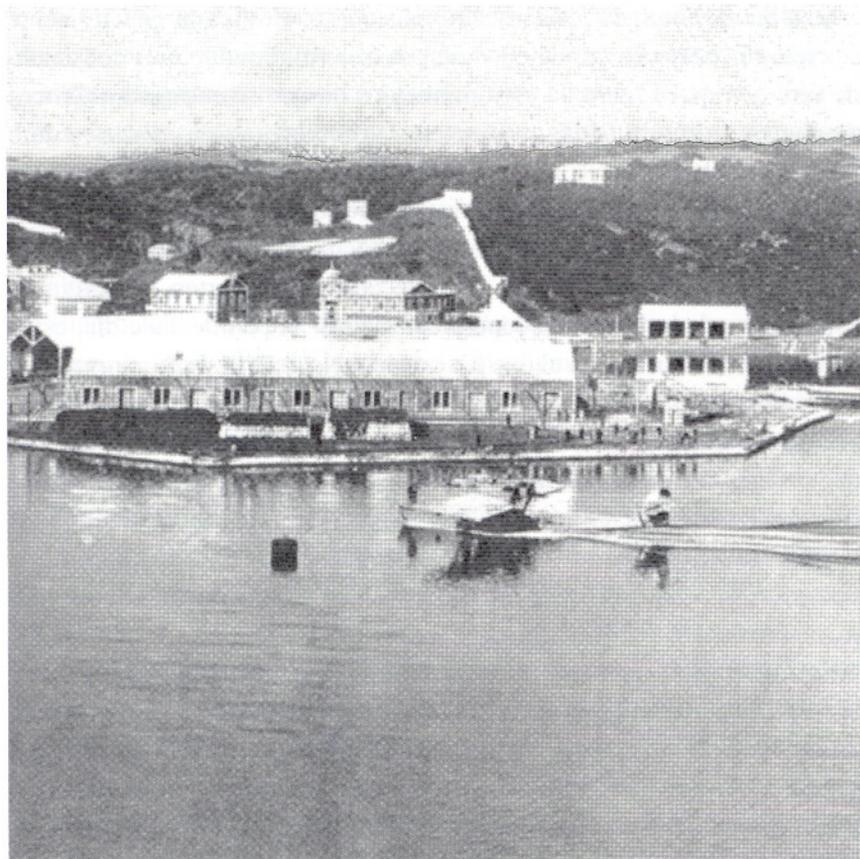
Mentalmente reprobáis a las autoridades que no ponen dique a aquella lengua sin freno, y os vais, más o menos indignados, pero profundamente convencidos de que el carretero de autos no conoce la educación ni de vista, y de que se encuentra, respecto a los hombres civiles, en un estado casi primitivo, aunque completamente cerril.

Pues bien: como cada quisque entiende las cosas a su manera (que para algo hemos descubierto el verlas al través del propio temperamento) si un día veis al deslenguado carretero en *sociedad*, escucharéis de sus labios, con el natural asombro, que *a él le criaron muy bien, y que en punto a educación, la ha recibido tan buena como un grande de España.*

Dicho lo cual desnudara, si a mano viene, el consabido palmo de hierro, dispuesto a abrirle un ojal al primer –aquí un par de adjetivos selectos– que ponga en tela de juicio lo afirmado por don Juan.

Convengamos en que, adjetivos aparte, nuestro hombre está persuadido de la importancia que la educación tiene; y convengamos también en que al mentar la suya habla de buena fe.

Claro es que entre su buena fe y la realidad de la educación de que blasona media un abismo; pero precisamente ese abismo es el que hay que salvar acortando la distancia que separa la opinión del carretero de la verdad; abriendo los ojos del niño a la luz de la educación, para que



Mahón. Llegada del hidroplano Numancia. Foto, V. Pons. ABC, 11 de diciembre 1929

cuando llegue a hombre no se encuentre en el caso del carretero del cuento.

Ni en el de otros que, sin ser carreteros, perteneciendo a clases más elevadas, emplean habitualmente análogo lenguaje... Por las mismas y propias razones que el carretero lo usa: por falta de educación.

Esta bienaventurada falta, mucho más común de lo que generalmente se cree, convierte a menudo en verdugos a ciertos conductores de ganado de tiro, que quizá fuera de esos momentos en que se entregan a feroces desahogos, serán honradísimos sujetos y hombres muy *cabales*, como suele decirse.

Los animales, en general, son acreedores a las consideraciones que reclama su condición; los domésticos, en particular, los que ayuda al hombre en su labor cotidiana, los que con él comparten las fatigas y penalidades de la jornada, cooperando a ganar el pan de cada día, estos merecen hasta cariño... si el que los conduce lleva en el pecho un corazón honrado, capaz de sentir.

Conozco hogares campesinos en donde este humilde y sufrido auxiliar que transporta el hato, que sirve de solaz a los chiquillos, que toma su parte en todos los trabajos, es mirado casi como parte integrante de la familia.

Habrà quien ponga en solfa este amor del campesino a su asno, que tiene mucho del que el árabe profesa a su cabalgadura; yo lo juzgo, como todo sentimiento noble, digno de respeto.

En rudo contraste vemos, sin embargo, con lamentable frecuencia, al cochero, al carretero, que azota cruelmente al animal caído que no puede levantarse; al extenuado, cuya fuerza no alcanza a vencer la empinada pendiente con el peso que arrastra; al receloso que, avisado por los palos, se mantiene en guardia o apercebido a la defensa. Y no solamente vemos que los castiga con crueldad injustificada, sino que por un refinamiento de ferocidad elige para golpearle los puntos más sensibles.

Mientras el brazo machaca, la lengua no permanece ociosa: los dichos más obscenos, las blasfemias más horribles brotan, como canto digno del brutal acompañamiento, de la boca del sayón.

Estas escenas, que sublevan el ánimo, se representan en la vía pública; y este lenguaje llega a herir los oídos de todo el mundo...

De todo el mundo, menos de los agentes de la autoridad, quienes a veces no están muy informados de que hay una sanción para el blasfemo y de que el lenguaje inmoral no puede usarse impunemente en público.

Contra tales formas de expresión, contra el bárbaro que sin percatarse de que descende a nivel inferior al del bruto apaleado se siente verdugo y, dejándose arrastrar por feroces instintos, se ensaña con el pobre e indefenso animal, hay varios remedios de tan fácil aplicación como eficaces resultados.

Primero, una campaña hábil y constante de la prensa, encaminada a combatir el mal, demostrando que la blasfemia y los desbordamientos de feroz brutalidad sólo conducen a evidenciar la falta de educación y a obtener patente de bestia; que la educación es la divisoria que separa al civilizado del salvaje, y que las gentes cerriles no tienen derecho, más que hasta cierto punto, a ser consideradas como personas.

Segundo, algo de labor educativa —ésta atañe a los papás— estimulada con las correspondientes multas municipales, etc. Labor que en su día dará fruto.

Tercero (y mientras ese día llega), aplicación, sin contemplaciones ni paños calientes, de las multas y quincenas, que de los blasfemos convencionales deben hacerse extensivas a los auténticos, para quienes fueron creadas.

Y cuarto, un bando de la Alcaldía, donde ya no lo haya, conminando con castigos a los que maltraten a los animales; bando robustecido con órdenes severas a los agentes de la autoridad para que cumplan enérgicamente lo dispuesto.

Como ve el benévolo lector, los remedios no pueden ser más sencillos ni de más fácil aplicación.

A la vez, sería muy conveniente la constitución de sociedades protectoras de los animales y de las plantas; pero este es otro cantar; que no está todavía el horno para bollos y la creación eficaz de tales socie-

dades sería mucho más laboriosa de lo que puede parecer a primera vista.

Maniático hay que cuida a un gato como si le hubiera llevado nueve meses en las entrañas; allá se las haya, en el sagrado de su hogar, con su gato y su manía, acariciando al minino con la mayor ternura y prodigándole los más dulces epítetos. No pretendemos que nadie incurra en ridículas exageraciones; pero deseamos, en bien de los animales y de la fama de sus conductores, que éstos se den cuenta de que aquellos son seres dignos de consideración y de que los buenos sentimientos no tienen por qué estar reñidos con la Talía.

Claro es que no aspiramos (como cierto sujeto que trataba de abrir las ostras por la persuasión para no violentarlas) a que carreteros y cocheros, gorra en mano, y cortésmente, inviten a los cuadrúpedos de su mando a apresurar el paso, a no asombrarse inoportunamente y a guardar en todos sus actos, públicos y privados, la más exquisita corrección; pero entre esto y lo otros, ¿no hay un justo medio, tan apartado de la barbarie feroz como de la exageración ridícula?

(“*Diario de Córdoba*”, número 18069, 11 de agosto de 1909)

28. DESDE MAHÓN

En esta ciudad de corto vecindario y enclavada en una isla pequeña, la vida se desliza suavemente, como el trineo por el hielo.

La efervescencia política –llamémosla así– que agita el ambiente de otras poblaciones, aquí no pasa, afortunadamente, de los consabidos dimes y diretes entre los periódicos locales. El *crimen pasional*, como han decretado que denominan a determinadas barbaridades, sólo se conoce por los aliñados, minuciosos y sombríos relatos con que la pren-

sa peninsular alimenta la malsana curiosidad del vulgo; los demás asuntos *cronicables* no tienen lugar en la existencia con falsilla, sosegada, suave, tranquila de Mahón. ¿De qué he de informar al *DIARIO*, cuando no hay asunto?

Entre las ventajas de que disfrutamos los habitantes de esta isla, no es la menos el atraso con que llegan hasta nosotros los ecos de lo ocurrido en el resto del mundo.

Habrá quien al leer eso piense en las estaciones telegráficas, telefónicas, radiográficas, etcétera, y se sonría: cierto amigo mío decía que las buenas nuevas son gratas siempre, aunque tarde uno mucho en recibir las, y las malas llegan demasiado pronto, por mucho que hayan tardado.

Gracias a nuestro aislamiento supimos los terribles acontecimientos de la semana trágica cuando ya Barcelona había recobrado la relativa calma de que hoy goza. Pero la voz de alarma la oímos mucho antes de boca de algún pasajero procedente de la Ciudad Condal, que pintaba las cosas lo más negras que sabía, y de algunos religiosos fugitivos, que escaparon disfrazados, como Dios quiso, de tales horrores, y que el mismo día de su llegada salieron de aquí para Palma de Mallorca. Claro es que el espacio del tiempo que medió entre las primeras espeluznantes nuevas y las que nos informaban de la verdad de los hechos, la imaginación menos impresionable lo llenaba con las mayores enormidades históricas que conocía, corregidas y aumentadas con toda la inventiva de que su mente era capaz. Los que tenían deudas, amigos, intereses en la capital del Principado, sufrieron días de prueba. Los alarmistas, raza tétrica, como los conspiradores teatrales, y nociva como la cizaña, aprovecharon la ocasión para declamar la posibilidad de que el incendio se prolongara hasta aquí; pero nadie les hacía caso, y en cambio les *tomaban el pelo*: todos estamos persuadidos de que los mahoneses son pacíficos de suyo (merced divina que quizá no sepan apreciar en su justo valor) y con-

vencidos de que, aunque fueran, por desgracia, levantiscos, el sentido común les vedaría salirse de madre, ni pensar en desbordamientos imposibles.

Eso no le impidió que el día en que se embarcaron tropas para Barcelona hubiera una especie de manifestación, completamente platónica, y cierto previsor aparato de fuerza policíaca, cuya misión fue puramente decorativa.

Más tarde el fusilamiento de Ferrer ha dado juego, pero no precisamente por el hecho, sino por la manera que ha tenido de juzgarlo la prensa extranjera.

Aquí no nos habíamos percatado de que el director de la Escuela Moderna fuera un Máximo Gorki o un León Tolstoi; ha sido menester que *Il Corriere della Sera* nos lo diga con todas sus letras.

Ignorábamos, asimismo, hasta que los periódicos extranjeros, nos lo han contado, que *Ferrer ha sido fusilado porque el mundo civilizado ha protestado y amenazado; y el español no cede ante amenazas de nadie.*

¿No quieres caldo? ¡Toma tres tazas! Es el conocido procedimiento de los chulos cuando *ejercen*. ¡Véase adonde conduce el desconocimiento de las cosas de España fuera de las fronteras y el desahogo de los corresponsales de fronteras adentro!

Creo —y Dios me perdone el mal juicio si no estoy en lo cierto— que con el fusilamiento de Ferrer han ganado todos, incluso él: sus partidarios, porque han dado señal de que existen; la sociedad, porque tiene a un enemigo menos; él, porque la calumnia y la malquerencia se han confabulado para agrandar su figura y coronarla con la aureola del martirio.

Lejos de las grandes urbes donde la agitación febril causa vértigos, donde la moda dicta normas que lo mismo alcanzan a la indumentaria

que a las doctrinas, es posible que yo me vaya quedando anticuado; pero... Al levantar los ojos de las cuartillas y lanzar la mirada por la ventana junto a la cual escribo, diviso el ancho mar, cuya superficie no encrespa el viento; su majestuosa calma influye en mis ideas más poderosamente que el eco de las tumultuosas pasiones que, en perenne lucha, engendran sectas, crean utopías, perturban cerebros y subvierten principios. El lúgubre tañido de las campanas, que en estos instantes llega a mis oídos, anunciando a los creyentes que la Iglesia conmemora hoy a los fieles difuntos, resuena en esta quietud con acentos de plegaria; y volando sobre el mar, estos acentos van lejos, muy lejos, al cielo, que allá en el horizonte parece que se inclina para recibirlos, para escucharlos mejor: La paz, la melancolía que aquí se respira hoy, la suave alegría que flota en el ambiente los días en que el sol brilla esplendoroso, influyen poderosamente, día tras día, en la facilidad con que se van *anticuando* mis ideas. Aquella agitación febril aquí no llega, y las modas arriban *demodés...* o acaso lo bastante maduras para no producir indigestiones.

Hasta las manifestaciones políticas son aquí tranquilas. Con una contra la primera autoridad civil de la isla terminó el mes de octubre; después de oír a unos y a otros, no seré yo quien afirme que la protesta se dirigía contra el funcionario o contra la persona. Que los manifestantes estaban dentro de la ley, demuéstralo el que el propio protestado autorizó el acto. Un grupo, que no vi, paseó tranquilamente por las calles, exteriorizando su protesta con el paseo, y guardando el orden más completo; un número no escaso de personas han dejado sus tarjetas en casa de la protestada autoridad, en son de contraprotesta. Y todo pacíficamente, con la compostura debida y sin vocingleras populacherías de mal gusto.

Con el mismo orden acudieron el día siguiente al cementerio manifestantes y contramanifestantes. Era el 1º de noviembre y había que rendir culto a la piadosa costumbre de visitar el campo santo. Pero consigne-

mos, en honor de la verdad, que al cementerio acudió muchísima más gente que a las reuniones políticas.

El campo santo de Mahón es limpio, bonito y todo lo alegre que puede ser un cementerio. En él no abundan los mármoles y bronces con que la vanidad patentiza en la mansión de la igualitaria muerte, ya que no la piedad, los recursos pecuniarios del que mandó labrarlos; pero hay muchos y variados mausoleos, sencillos y elegantes.

Los mahoneses tienen poca afición a fijar ayes rimados en las lápidas que cubren los restos mortales de sus deudos; con ello dan una prueba de buen gusto y evitan que burlones sonrisas y comentarios humorísticos acudan a los labios, en vez de oraciones.

La piadosa romería que, en Madrid, por ejemplo, nada tiene que envidiar a la clásica de San Isidro, aquí es seria, mesurada, digna: nadie habla a voces en la ciudad de los muertos ni pisa las sepulturas. No se oye una carcajada ni se derrocha el buen humor impropio del sagrado lugar, ni fuma ningún hombre, ni piropea a las mujeres, aunque sean guapas. Tampoco hay vendedores de comestibles y *bebestibles* que den la nota verbenera pregonando su mercancía, ni, por consiguiente, compradores que prostituyan la piadosa romería convirtiéndola en gira campestre con merienda y curda anexas. La muchedumbre recorre pausadamente los patios y galerías, se detiene a contemplar lo que le llama la atención y se va por donde ha venido, más no sin pasar por la capilla.

Ésta, bajo la advocación de Nuestra Señora de Gracia, es sencilla y casi humilde, pero produce en el ánimo grata impresión.

Lo mismo en su única nave que en el camarín de la Virgen hay profusión de exvotos, procedentes, la mayoría, de la gente de mar; multitud de cuadros, ingenuas pinturas que representan momentos terribles en que algún barco lucha y va a perecer entre las enormes olas de una mar embravecida, cubren las blancas paredes de la iglesia; *pailebots*,

bergantines, fragatas y hasta un vapor de ruedas, todo en miniatura, pende de la bóveda, como tantos exvotos que perpetúan la memoria de un milagro hecho por la Virgen de Gracia. Más barquitos, brazos y piernas de cera o de plata, muletas, zapatitos de niños, ropitas y hasta una gorra de marinero, adornan los muros del camarín. Allí se ven, se respiran, se palpan los beneficios de la fe; allí anhela el corazón y pide al Omnipotente...

Ríanse si gustan los espíritus fuertes ansiosos de romper los viejos moldes; creo que un adarme de fe en el corazón pesa más en la balanza de la dicha humana que una tonelada de modernismo en el cerebro.

2 de noviembre.

(*"Diario de Córdoba"*, número 18159, 10 de noviembre de 1909)

29. ELECCIONES (Desde Mahón)

El santo de actualidad, en este archipiélago, lo constituyen hoy las próximas elecciones.

Cumpliendo a conciencia con el *DIARIO*, yo debería dedicar estas cuartillas al importante y trascendental asunto; pero la política menuda me inspira un razonable horror.

Perdónenme los que creen que cada ciudadano debe acudir a los comicios rebosando de legítimo orgullo y lleno de satisfacción, cual corresponde a quien va a ejercitar el sagrado y libérrimo derecho de emitir su sufragio, cumpliendo, a la vez, un ineludible deber para con la patria; tocante al deber, nada hay que decir; en cuanto a lo del derecho, tampoco; respecto a lo de que este sea sagrado y libérrimo... Siempre cae de las nubes algún Tío Paco con la consabida rebaja.

Las elecciones, como las campañas guerreras, suelen traer aparejada alguna epidemia, por grandes que sean los esfuerzos de los encargados de velar por la higiene.

Y la higiene, en achaques electorales, es la moralidad.

No hemos de incurrir en la vulgaridad de dar por sentado que *quien hizo la ley hizo la trampa*, o lo que es igual: en la de atribuir a todo gobernante alevosía y premeditación al dictar medidas, disposiciones y leyes; cualquiera que cuente cuarenta años de existencia y disponga de mediana memoria, puede comparar los tiempos presentes con los que no ha mucho pasaron, y se convencerá de que la moralidad va ganando.

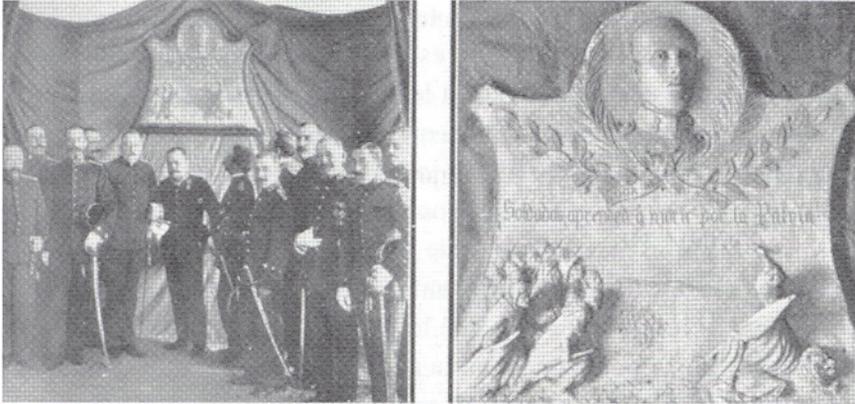
Pero la raigambre era recia y tupida y estaba honda.

El muñidor electoral, foco viviente de infección, subsiste, aunque modificado, y prosigue su labor liberticida; el *sova*, como llaman los congolese al odioso tiranuelo que por acá denominamos *cacique*, continúa, si bien algo alicortado, haciendo sentir su ruín e irritante presión. Y gracias a uno y a otro, Doña Sinceridad sale maltrecha de los comicios, pese a los buenos deseos de los gobernantes.

En épocas pasadas muchos electores se abstenían de votar, convencidos de que no por ello faltaría su voto, que algún *fresco* se encargaba de llevarlos a la urna; y aún se daba el caso de que el interesado llegara al colegio después que el inevitable *fresco* había votado por él.

Para aquellos retraídos ha venido a llenar un vacío la salvadora ley coercitiva de *huelgas* electorales; hoy cada quisque incluido en el censo está obligado a votar; so pena de que esa ley le caiga encima con todo su peso y le aplaste.

Mas como hay muchos electores que se encuentran en el mismo caso que el portugués a quien le dijo el loro: *Su señoría irá adonde*



Mahón. Homenaje al cabo Noval. Nuevo Mundo, 3 de noviembre de 1910. N° 878

le lleven, porque desgraciadamente para sufragio universal (que es una de las grandes conquistas de los pueblos modernos) el número de los que dependen es infinitamente mayor que el de los independientes, la ley de referencia ha venido a aumentar la cifra del *rebaño*, con menoscabo de lo sagrado y de lo libérrimo de que hablábamos más arriba.

Los que se entusiasman con las teorías, sin meterse a estudiar e investigar en la prosa corriente y moliente de la vida, dirán al leer esto que la coacción tiene su sanción en el Código; es ciertísimo.

Mas si esos señores no han habitado hasta ahora en la Luna, donde puede que las cosas pasen de diferente manera que en la Tierra, porque la humanidad lunar padezca menos lunares que la terrestre, o porque sea menos humana, deben saber y archisaber que hay coacciones que el Código no puede verlas ni con lentes.

Como hay crímenes, verdaderos crímenes morales, en los que las leyes carecen de poder para intervenir.

Con el innegable progreso, con la relativa moralización y con todo lo que ustedes quieran, lo cierto es que las ideas *idealistas* de nuestros mayores casi han pasado a la leyenda y que el calor de las ideas va disminuyendo, como aseguran que le ocurre al de la bola que nos sirve de peana; en cambio el del interés personal aumenta, en razón inversa, y los sustituye, no sé si con ventaja o con desventaja. Porque en la revolución de sistemas y de teorías que padecemos hay para todos los gustos, y ya no puede uno afirmar, sin temor de incurrir en yerro, qué es lo provechoso y qué lo nocivo...

Al llegar a este punto caigo en la cuenta de que, burla burlando, me he enfrascado precisamente en el asunto del que no quería hablar.

Y veo también que lo referente a elecciones lo trato en forma que lo mismo podría aplicarse al archipiélago balear que a Belmez o al barrio del Alcázar Viejo.

Pero el tiempo vuela y ya no es cosa de tirar al cesto las cuartillas, aunque nada perderían los lectores del *DIARIO*, y escribir otras más amenas. El vapor correo zarpará dentro de un rato y debo aprovecharlo, so pena de que mi prosa electoral llegue a la calle de Letrados después de escrutinio. Aquí desaprovechar la salida de un buque equivale a perder una semana.

Además, si no menciono las elecciones ¿de qué hablar?

Los artilleros preparan las fiestas que anualmente celebran en honor de su santa Patrona; más como hoy es día 3 y la Iglesia señala el 4 como día de Santa Bárbara, no podría yo *crónica*r las fiestas por adelantado, sin sacarlas de quicio... O escribir describiendo a medida de las narices, como hacen algunos distinguidos *chroniqueurs*.

El tiempo primaveral que disfrutábamos se ha *otoñalizado* con vistas a lo frío y desapacible, privando del tranquilo y *villagrois* paseo vespertino a los aficionados a estirar las piernas andando por la carre-

tera de San Luis, la de San Clemente o la de Villa-Carlos; tampoco puedo hablar del paseo invernal.

En resumen: aquí ocurre lo mismo que podría suceder en el Limbo, donde, según el dicho vulgar, no sucede nada, absolutamente nada.

Cierro, pues, mi desperdigada epístola. Y hasta la semana que viene.

3 diciembre.

(*"Diario de Córdoba"*, número 18188, 9 de diciembre de 1909)

30. NOCHEBUENA (Desde Mahón)

Con un tiempo primaveral se ha celebrado aquí la Nochebuena.

Recuerdo que cuando en la de 1907 se celebraba en la iglesia parroquial de Santa María la Misa del Gallo, el viento ululaba medrosamente y soplaba con tal violencia, que parecía querer arrancar de cuajo el sólido edificio; la lluvia azotaba con furia las vidrieras de las ventanas y la cárdena luz de los relámpagos, cada vez que las iluminaba, hacía las destacar con efecto sorprendente de las vagas sombras en que la alta bóveda gótica se envolvía.

Mientras centenares de velas y de hachones convertían el templo en un ascua de oro, esparciendo su resplandor sobre la muchedumbre, que apiñada en la amplia nave esperaba el Nacimiento del Niño de Dios, en el coro vibraban las voces de los sacerdotes y músicos, entonando los sencillos y alegres cánticos de Navidad, y el majestuoso órgano, compañero del de Fitzburgo, tañido por hábiles manos, inundaba los ámbitos del templo de torrentes de armonía, poniendo en juego sus mejores registros, la lluvia continuaba cayendo, el huracán rugía, y sordamente resonaba a lo lejos, completando el bravío coro

de los elementos, los bramidos del mar, al atacar con creciente furor las rocas de la costa.

El rudo contraste entre la suave paz del interior del templo, las dulces y alegres armonías de la música religiosa, y el horrísono rugir y bramar, en el exterior, de los elementos desencadenados, ponía espanto en el ánimo y en los labios la plegaria.

No era posible escuchar el villancico sin que el pensamiento recorriera el agitado mar acompañando a la nave que, acaso en aquel instante, luchaba desesperadamente con la tempestad. ¡Ah! El que sabe cómo es la Nochebuena en alta mar, cuando la borrasca se enseñoera de las aguas y las escarpadas olas juegan con el barco, le azotan y zarandean, puede afirmar que esas Nochebuenas son terribles, inolvidables, cuando se tiene la suerte de contarlas, y nunca descuida el pedir en ellas a Dios por los navegantes.

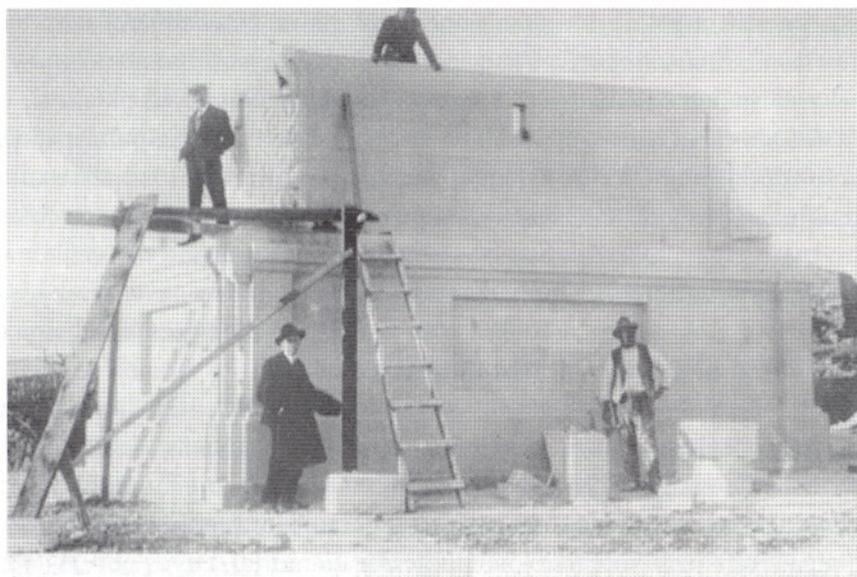
Este año el drama no ha sido en la noche de Navidad; pero sí el desenlace.

El vaporcito remolcador *Thomé de Sousa* es un barquito que tiene hasta tres toneladas Morson; o lo que es lo mismo: es un barco minúsculo, con nueve hombres de tripulación y con bandera del Brasil.

Llevaba a remolque dos chalanas de acero, en cada una de las cuales iban dos hombres para la maniobra.

Cuando navegaba en aguas del terrible Golfo, estalló la tempestad, rompiéronse los cabos del remolque, siendo milagro que las embarcaciones no se embistieran y se destrozaran, y las tres se perdieron de vista entre las densas sombras de la noche y las movibles montañas de una mar revuelta y encrespada.

El *Thomé de Sousa*, después de pelear como un valiente con el temporal, entró en este puerto, de arribada forzosa, habiendo perdido un



Menorca. En la cúspide del monte Toro. ABC, 7 de marzo de 1928

bote, de dos que traía en sus pescantes, y con el otro sin proa, que se la llevó un golpe de mar. El remolcador no salió incólume del combate; también sufrió averías, que aquí ha reparado, y uno de sus tripulantes ha ingresado en el hospital, maltrecho por consecuencia de los golpes de mar.

Cuando el temporal amainó, hízose a la mar el *Thomé* para buscar sus chalanas, regresando a los dos días y medio, sin haber tenido la suerte de verlas. Afortunadamente, encontró aquí su capitán, el señor Visser, a su vuelta, dos cablegramas: uno de Bongie y otro de Philleppeville, puertos ambos de Argelia, no lejanos de Constantina, en los cuales despachos se le daba cuenta de que cada una de las chalanas, con sus dos tripulantes, había arribado a uno de los menciona-

dos puertos argelinos. Y precisamente el día de Nochebuena salió el *Thomé de Sousa* de este puerto, para ir a recoger sus embarcaciones.

La narración del suceso es breve y está hecha con pocas palabras.

Mas ahora, el lector piadoso que arrellanado en cómoda poltrona, al amor de la lumbre, en su tranquilo hogar, recorre con los ojos estos renglones, imagínese la escena, tal y como debieron de verla los cuatro marineros que tripulaban las dos perdidas chalanas.

Densas las tinieblas, agitadoísimo el mar y sobre su encrespada superficie dos embarcaciones, con un par de hombres cada una, navegando al garete, sin más amparo que el de Dios ni más defensa que la misericordia divina. ¿Cuánto tiempo invirtieron en la travesía, hasta la costa africana, aquellos cuatro hombres, cuya navecillas eran ferozmente zarandeadas por la mar embravecida?

No lo dicen los cablegramas; pero seguramente fue mucho más del que necesita para volverse loco del terror un mortal, cuyos nervios no se hayan templado en la vida del marino.

En tanto que aquellos desdichados navegantes a merced del viento y de las corrientes, que lo mismo podían llevarles a la costa que a la eternidad, las gentes, con cara de Pascua, prestaba animación a las calles, hacían las compras propias de estos días y se preparaban a solemnizar en familia, con la fiesta del hogar, el aniversario del Nacimiento del Hijo de Dios.

Solemnidad que aquí se ha cumplido con el orden habitual en esta culta población. Ni un escándalo, ni una borrachera, ni el más leve incidente desagradable, ha venido a turbar las tradicionales fiestas.

Los templos han estado concurridísimos; los teatros, llenos; los paseos, muy animados.

La lotería, suspirado Pactolo, que el que más y el que menos aguarda que se le meta por la puerta de su casa, dorado y deslumbrador,

para sacarle de apuros; esa hermosa ilusión, al calor de la cual el menos fantaseador forja quimeras que le embellecen los horizontes de la vida... hasta que se verifica el sorteo; la caja de ahorros encomendada a la veleidosa Fortuna por los ambiciosos, los despilfarradores y los que no supieron o no pudieron economizar, no se ha mostrado pródiga con Mahón: sólo se ha dignado concederle algún reintegro y un mezuquino premiecillo de cinco mil tristes pesetejas.

Al lado de los imponentes millonazos del GORDO, mil duros no merecen que se hable de ellos de otro modo.

Pues bien, esa despreciable cantidad (conste que relato desde las empingorotadas alturas de los seis millones; pero que desde el nivel del mar, que es la elevación de mi vivienda, veinte mil reales me parecen aceptabilísimos y yo los recibiría, con muchísimo gusto) las cinco mil *del ala*, decía, le han caído a un *betunero*, el cual ha repartido el décimo que jugaba entre sus parroquianos, dividiéndolo en participaciones de a peseta y de ahí para abajo.

A poco han tocado los agraciados, pero otros han salido infinitamente peor librados que ellos.

Cuando estas cuartillas vean la luz pública habrá dado principio el reinado del año de gracia de 1910, enlazando entre los dos extremos de un siglo, la guerra del Rif con la de la Independencia.

Apunto la idea para que saquen punta los aficionados a filosofar sobre las enseñanzas de la Historia.

Yo aprovecho la novedad del año para desearles a mis lectores todo género de venturas y para enviar a mis compañeros de redacción un fraternal abrazo.

Y ya que he sacado los pies del plato, metiéndome en el terreno de las felicitaciones, no sería justo escatimarle al veterano *DIARIO* las

que merece por el hermoso número que publicó el día de la Purísima Concepción, ejemplar que honra a su director y los talleres en que fue compuesto.

He terminado mi misión de cronista balear, por este año, amigo lector; perdóname las *latas* que te he dado.

Y ve juntando resignación para las que te voy a procurar en el venidero, si el director no le manda colgar en la espetera la pecadora pluma a tu servidor.

28 diciembre.

(“*Diario de Córdoba*”, número 18214, 5 de enero de 1910)

La vida de Pedro Alcalá-Zamora Estremera es una verdadera novela romántica, digna de la pluma de un Pérez Galdós, de un Zola o Dumas. Las excentricidades de su juventud hicieron que malgastara una inmensa fortuna, y ya pobre y con una gran cultura, hablaba perfectamente francés e italiano, se dedicó a la traducción de artículos y novelas, para redacciones de periódicos y editoriales, y a la creación de sus propias obras, como poesías, artículos variados, novelas, cuentos, monólogos dramáticos, diccionarios y obras bilingües de pedagogía.

Como articulista lo podemos comparar con el cordobés Ricardo de Montis, o con los artículos de Larra, Ramón de la Cruz y Mesonero Romanos. En sus artículos, crónicas o cartas retrata con maestría de estilo y agudeza de ingenio las sociedades andaluzas de Córdoba y Jaén, la de Madrid, y la isleña de Mahón.

Su pluma sagaz, aguda y crítica pone de manifiesto cuestiones candentes de la época que vive. Cuando le leemos nos retrotrae a finales del XIX y principios del XX, poniendo ante nuestros ojos una visión exacta del ayer, tan necesario para comprender el hoy histórico. Y todo con una prosa moderna, con frases cinceladas, justas, sin barroquismos, pero llenas de imágenes que realzan el comentario y lo elevan hasta metas de gran maestría estilística. Lenguaje rico, léxico variado, demostrativo de un dominio absoluto del castellano, que adereza frecuentemente con frases latinas, francesas, italianas o inglesas. Prosa fresca, atractiva, de lectura agradable para gozar leyendo y viajar al ayer de nuestros abuelos.

Institut Menorquí d'Estudis



CONSELL INSULAR DE MENORCA

ISBN: 978-84-95718-58-7



9 788495 718587

ENRIQUE ALCALÁ ORTIZ

Es natural de Priego de Córdoba. Profesor jubilado de EGB y técnico en "Especialización contable y análisis de balances".

Articulista en numerosas revistas, colabora habitualmente en los periódicos de su ciudad, *Adarve* y *Priego Semanal*, con artículos de investigación y poesía. Conferenciante, pregonero de la Semana Santa, ha presentado numerosas comunicaciones en jornadas de cronistas nacionales y provinciales, así como en la Academia cordobesa y en diferentes congresos de folclore, patronatos culturales y patrimonio.

Autor de más de 86 libros con un total de 104 tomos, agrupados en poesía (28), folclore (8), historia local (15), cofradías y hermandades (7), noticias de prensa (15), personajes prieguenses (11), memorias y diarios (9), fotografías antiguas (7), fotografías modernas (3) y biografías (1).

Creador de una página web, www.enriquealcalaortiz.com, en la que ofrece gratis más de 500 artículos de su propia autoría y 22.000 fotos, entre otros temas.

Ha sido presidente de la Coral Polifónica "Alonso Cano" y director del Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres. Fue seleccionado "Profeta en su tierra" de la serie del diario "Córdoba". Es premio periodístico "Ciudad Priego de Córdoba", "Socio de Honor del Casino de Priego", "Cronista Oficial de Priego", "Académico Correspondiente en Priego de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba", y "Prieguense del año 1993".

COL·LECCIÓ "COVA DE PALA"

1. *Algunas notas sobre la situación económica de las instituciones menorquinas en la primera mitad del siglo XVI*
Florenci Sastre Portella
3. *Apunts històrics sobre la formació del poble des Migjorn Gran*
Pere Pons Camps
4. *Els jueus dins la societat menorquina del segle XIV*
Ramón Rosselló i Andreu Murillo
6. *Vies de comunicació i poblament rural del terme des Mercadal*
Albert Martínez Esteban
8. *Una societat pagesa en una època de transició. Estructura demogràfica des Mercadal (1785-1865)*
Miquel Àngel Casanovas
Maria del Pilar Florit
9. *El espectáculo cinematográfico en Maó (1897-1942)*
Ignacio Martín Jiménez
10. *Estructura demogràfica de Ferreries (1801-1850)*
Miquel Àngel Casanovas Camps i Florenci Sastre
11. *El llibre d'or dels menorquins de la Florida: el registre de San Pedro de Mosquitos i estudi de la població menorquina a la Florida en el segle XVIII*
Philip D. Rasico
13. *L'estació de salvament de naufrags de Fornells i el salvament marítim a l'illa de Menorca*
Enric García Domingo
14. *La toponímia de Menorca a les obres de Ramon Rosselló Vaquer*
Cosme Aguiló Adrover
15. *Historia de la Aviación en Menorca*
Antonio Pons Villalonga
16. *Joan Comas Camps, de pedagog a antropòleg*
Estudi introductor i a càrrec de Pere Alzina Seguí
18. *Regeneracionisme i educació popular a Menorca. La contribució de José Pérez de Acevedo (1903-1917)*
Xavier Motilla Salas
19. *Dones i sabates. El paper de la dona en el procés de la indústria del calçat a Ciutadella de Menorca (s. XX)*
Montse Marquès Marroquín
20. *Cineclub Ateneu de Maó, 40 anys de bon cine (1964-2004)*
Salvador Castelló Carreras
21. *Sant Antoni de Fornells: d'Església de Castell a parròquia*
Joan Pons Moll
22. *Actituds col·lectives davant la mort a Maó en els segles XVII i XVIII*
Guillem Sintès Espasa
23. *El terme del Mercadal a l'època del Barroc*
Andreu Murillo
24. *La gota de llet: protecció de la infància i educació social a la Menorca contemporània*
Xavier Motilla Salas